LOS REYES DE KEARNY



NAVESSA ALLEN

B

Los reyes de Kearny

Navessa Allen

Traducción de Yolanda Casamayor Corderí

Para aquellos que nunca creyeron en mí: que os jodan.
(Ya está. Esa es la dedicatoria)

Nota de la autora

¡Anda, hola! ¡Muchas gracias por leer *Los Reyes de Kearny*! Esta es una novela que inicialmente autopubliqué, y estoy muy contenta de que haya encontrado casa. La historia se desarrolla durante un caluroso verano en Texas, en un pueblo ficticio que he ubicado en la zona donde pasé varios años al servicio de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos.

Siempre incluyo muchos detalles personales en mis libros, pero tal vez este sea el que más contenga de mí y al que más cariño tengo. Los dos veteranos de guerra, el protagonista que conduce una moto, las borderías, el *caos*… Sinceramente, podría ser perfectamente una autobiografía.

Es broma.

O no.

En fin. Espero que te apetezca un romance con toques oscuros protagonizado por un par de exmilitares con muy mal carácter que no pueden mantenerse alejados el uno del otro. Ah, y también incluyo el tipo de personaje sobre el que más me gusta escribir: una abuela que se comporta de forma inapropiada.

¡Disfruta de la lectura!

Ten en cuenta que este libro se escribió antes de la guerra entre Rusia y Ucrania. Todas las referencias a un conflicto en esa zona son pura ficción.

1

Jakob Larson iba a acabar conmigo.

Bajo la tenue iluminación ámbar del bar, ese hombre era un pecado de más de metro ochenta envuelto en oscuridad. Las mangas de la chupa de cuero le llegaban hasta las muñecas. Un par de sinuosos tatuajes reptaban hacia fuera como dos serpientes gemelas, con la tinta negra enroscándose sobre el dorso de las manos. Giró la cabeza hacia la izquierda y, por encima del cuello de la chaqueta, le asomó otro seductor atisbo de tatuaje.

Observé su amplia espalda como si tuviera rayos X en los ojos, preguntándome cuánta piel llevaría cubierta. Quienquiera que le hubiera inyectado toda esa tinta era un cabronazo con suerte. Inclinarse sobre él horas y horas, con su descomunal cuerpo tumbado debajo…

«Dios, qué calor hace hoy en el bar», pensé mientras me planteaba si sería demasiado evidente que empezara a abanicarme.

Levanté la vista y seguí recreándome en el resto de Jakob. Tenía el pelo rubio oscuro y lo llevaba muy corto por los lados, pero por arriba lo tenía más largo, así que podías hundir los dedos en él. La barba le oscurecía la mitad inferior del rostro. Yo nunca había sido muy fan del vello facial, pero el suyo estaba tan pulcro y

minuciosamente recortado que me pregunté si el resto de su cuerpo recibiría las mismas atenciones.

No podía decirse que fuera guapo; sus facciones eran demasiado marcadas. Parecía el hijo bastardo de un despiadado dios nórdico. De pómulos angulosos, labios fruncidos y cejas muy pobladas y siempre ceñudas, tenía lo que a mí me gustaba llamar una cara de «que te jodan».

Aun así, poseía cierto atractivo carnal. Se movía con la gracia natural de un atleta, como si hubiera llevado su cuerpo al límite, se hubiera dado cuenta de sus capacidades y eso le permitiera usarlo de forma casi sobrenatural en comparación con el resto de nosotros. Salvo que él no era atleta, sino luchador. Tenía una marca a media nariz de alguna fractura antigua. Sus nudillos presentaban las cicatrices de un hombre al que le gustaba golpear cosas con los puños. Otros motoristas más corpulentos lo evitaban cuando se desplazaban entre la multitud, abriéndose como las aguas ante Moisés. Incluso allí de pie, inmóvil, proyectaba un aura de algo apenas contenido y medio salvaje.

Leí en alguna parte que, a los cinco minutos de conocer a alguien, las mujeres ya saben si quieren acostarse o no con esa persona. Con Jakob necesitabas esos cinco minutos para decidir si el riesgo de follártelo valía la pena. Ni siquiera podía mirarlo sin imaginármelo desnudo, con los bíceps en tensión mientras se cernía sobre mí y me embestía con los abdominales contraídos. A mí normalmente no me iba todo ese rollo del macho alfa —muchos de los tíos que proyectaban esa aura eran posesivos, unos capullos que rozaban lo abusivo—, pero Jakob parecía ser la excepción a la regla. Culpé a la

mujer de las cavernas que habitaba en mi interior: era la clase de hombre que la hacía enderezarse y prestar atención.

«Él grande. Hacer bebés fuertes. Proteger cueva».

Me sentí un poco mejor al ver que no era la única que lo observaba. En una mesa cercana, había tres mujeres de mi edad que no dejaban de mirarlo de reojo. Y algunas de las que bailaban en la pista le ponían ojitos.

El sonido de una voz enfadada se elevó por encima de la música del bar. Conseguí despegar la vista de Jakob para ver de dónde venía. En el rincón más apartado, dos clientes discutían junto a la mesa de billar. Como el resto de los parroquianos, eran miembros de la banda de moteros local, los Reyes de Kearny. Ambos eran mayores: un negro de piel oscura y un tipo blanco pelirrojo con un chaleco de cuero que dejaba al descubierto sus tatuajes carcelarios. Había demasiado ruido y no se oía lo que decían, pero su lenguaje corporal dejaba claro que estaban a punto de llegar a las manos.

Nina, otra de las camareras, además de una buena amiga, vino a mi lado y se puso de puntillas para intentar ver algo. Con su metro y medio de estatura, no iba a ser posible. Se inclinó un poco hacia la izquierda, buscando otro ángulo de visión. Esa noche llevaba suelto su oscuro cabello y, al moverse, le cayó en cascada sobre los hombros. Igual que yo, vestía toda de negro: era el uniforme estándar del bar y asador Charley's.

Porque ayudaba a disimular las manchas de sangre, solíamos bromear.

—¿Quién está berreando? —preguntó Nina.

El hecho de que estuviera despampanante incluso con el ceño fruncido daba cuenta de su belleza. Gracias a su fino sentido del

humor, su piel morena clara, unos pómulos por los que yo mataría y unos labios carnosos siempre al borde de la sonrisa, no era de extrañar que fuera la empleada que ganaba más propinas.

Entrelacé los dedos y me agaché.

—Ven, que te impulso y lo ves tú misma.

Cualquier otra persona me habría dicho que me callara o que no era tan graciosa como me creía, pero Nina sonrió y amagó con poner el pie sobre mis manos, dejando en evidencia mi farol. Solté los dedos y di un paso atrás. Ni de coña iba a tocarle la suela de la zapatilla. Era más de medianoche y el suelo de la barra estaba pegajoso por el alcohol derramado y cubierto de diminutas esquirlas de vidrio, algunas de las cuales debían de habérsele incrustado en la goma de las deportivas de caña alta.

—Cobarde —dijo ella.

Abrí la boca para lanzarle algún insulto, pero una voz grave retumbó detrás de mí.

—Son Micky y Rob.

Eché un vistazo por encima del hombro y vi a Chiquitín, el tercer camarero del turno de esa noche, mirando absorto hacia la muchedumbre. Chiquitín era uno de esos apodos irónicos: su tamaño era mastodóntico. Con sus cerca de dos metros y una espalda como la puerta de un granero, cuando lo necesitábamos también hacía de segurata. Las luces del techo le brillaban en la calva. Sus oscuros ojos rezumaban preocupación. Un ligero rubor le tiñó la piel color aceituna, pero la quietud se había apoderado de sus extremidades. Parecía un hombre mentalizándose para una pelea.

—¡Oye, tío! ¡¿Me pones otra cerveza?! —le gritó una mujer.

—Sí —respondió él, acercándose a ella sin apartar la mirada del gentío.

Lo bueno que tenía nuestro bar era que Charley, el propietario, también era motero. Y los Reyes de Kearny cuidaban de los suyos. Les convenía mantener la paz ahí dentro y, siempre que había bronca, ellos mismos solían reprimirla antes de provocar daños permanentes, ya fuera a los combatientes o al propio bar.

Esa noche no fue diferente. A Micky, el pelirrojo, apenas le dio tiempo a empujar a Rob antes de que tres hombres intervinieran. Jakob era uno de ellos. Por desgracia para él, Rob ya estaba lanzándole un puñetazo a Micky y lo pilló en medio. Hice una mueca de dolor cuando encajó el golpe. A mí me habría dejado fuera de combate, pero a Jakob solo le volvió la cabeza a un lado.

La muchedumbre se quedó inmóvil, tensa ante la amenaza de más violencia.

La cara de «que te jodan» de Jakob adquirió un matiz asesino. Escupió un lapo de sangre y miró a Rob. El bar se había quedado tan callado que pude oír lo que le decía desde el otro extremo.

—Esta te la perdono.

Rob le sacaba a Jakob más de veinte kilos y unos cuantos centímetros, pero retrocedió al instante.

—Mierda. Lo siento, tío —se disculpó; llevaba las manos en alto, como si Jakob le estuviera apuntando con una pistola.

—¿Ya habéis acabado? —preguntó este mirando a Rob y a Micky.

Los dos hombres asintieron e hicieron como que continuaban con la partida de billar. En cuanto Jakob se dio la vuelta, todos soltamos el aire que habíamos estado reteniendo.

Nina me dio un codazo.

—El Vikingo ataca de nuevo.

—¿Por qué la gente le tiene tanto miedo? —pregunté.

Un tipo que estaba cerca le hizo un gesto para indicarle que quería una ronda de chupitos.

—Enseguida, Bill —dijo ella cogiendo unos vasos para él y sus colegas. Me echó una mirada incrédula mientras servía los whiskies —. A veces aún se me olvida que eres nueva.

Fruncí el ceño.

—¿Después de tres meses?

Soltó una carcajada grave y gutural. Varios clientes se volvieron para mirarla. No me extrañaba. Yo era básicamente heterosexual, pero, cada vez que se reía así, se me estremecía un poco la conciencia.

—Cariño, en este pueblo a los tres años seguirías siendo nueva — respondió. Terminó de servir los chupitos y se los dio a Bill con una sonrisa deslumbrante—. Gracias por la paciencia, corazón.

Al motero viejo y canoso se le subieron los colores.

—No hay problema, Nina. —Le dio una propina de diez dólares por las molestias y me pregunté si quizá yo debería sonreír más.

—¿Me puedes dar un poco de hielo? —preguntaron detrás de mí.

Al girarme vi a Jakob acomodando su enorme figura en uno de los taburetes vacíos de mi zona. Tenía la mejilla izquierda roja y estaba empezando a hinchársele. Su gesto torcido lo hacía parecer aún menos accesible de lo habitual…, algo nada fácil. Era solo la tercera vez que me hablaba y, cómo no, tenía que estar cabreado. Hasta ahí mi descabellada idea de tirarle la caña esa noche.

—Claro —dije. Teníamos montones de trapos limpios apilados bajo la barra, en un estante. Cogí uno, lo llené de hielo y até los

extremos. Tras apretar bien el nudo, se lo entregué—. Aquí tienes.

Alargó la mano, pero, en lugar de coger el trapo, me agarró la muñeca a tal velocidad que apenas vi el movimiento. Contuve la respiración. Tenía la piel cálida y los dedos tan largos que me rodeó la muñeca por completo, sujetándome con firmeza. Sí, quería que ese hombre me tocara, pero mi deseo entraba en conflicto con el mosqueo que me provocaba el hecho de que me hubiera puesto las manos encima sin preguntarme primero.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —le solté.

Me subió la manga de la camiseta con la otra mano y me rozó la piel con sus dedos callosos, poniéndomela de gallina a su paso. Solo se detuvo cuando descubrió el tatuaje que tengo en la parte superior del brazo. Era un estilizado avión de combate AC-130 volando frente a una calavera.

—¿Eres exmilitar? —preguntó.

—Sí. —Haciendo gala de las habilidades que aprendí en el Ejército, levanté el brazo y se lo retorcí para zafarme de él—. Y, si vuelves a agarrarme de esa forma, los llamo para que me hagan el favor de lanzar un Maverick encima de tu casa.

Elevó sus ojos azul pálido hacia los míos; brillaban como la escarcha bajo las luces del techo.

—Ese es un misil de los gordos.

—Yo no me ando con tonterías —repliqué con tono de advertencia —. ¿Quieres el hielo o no?

Su respuesta fue arrebatármelo.

—¿Fuerza Aérea?

Asentí antes de añadir:

—Artillera del aire.

Me miró como si intentara imaginárselo. Me preparé para recibir un comentario sexista.

—Perdona por agarrarte —dijo en su lugar.

Se me destensaron un poco los hombros.

—No vuelvas a hacerlo.

—No lo haré —respondió mirándome a los ojos.

Por extraño que parezca, lo creí.

Otra de las moteras de mi sector levantó el vaso en el gesto universal de «ponme otra». Me alejé de Jakob para servírsela. Le rocé el hombro a Nina mientras me dirigía hacia el tirador de cerveza.

—Tienes que enseñarme ese movimiento —dijo.

—En cuanto acabemos el turno —le aseguré.

Trabajar rodeada de tipas y tipos duros tenía sus riesgos, así que le había estado enseñando algunas técnicas básicas de defensa personal. Al parecer, la lección de esa noche iba a centrarse en cómo zafarse de alguien.

—Aquí tienes. —Le pasé la cerveza a la mujer que la había pedido —. ¿La pongo en tu cuenta?

—Sí. Gracias, Krista. —Me dejó un dólar en la barra antes de darse la vuelta.

Lo cogí y me fui a la caja registradora. Como Charley formaba parte de los Reyes, fiaba a sus colegas moteros, que no tenían que pagar hasta final de mes. A mí esa práctica no me parecía muy inteligente. Algunos de nuestros clientes acumulaban cuentas astronómicas tras sumar rondas y rondas de chupitos que no podían permitirse, porque no tenían que pagarlas hasta un par de semanas

después. La mayoría pensaba que conseguiría el dinero antes de ese día, algo que ocurría rara vez.

Me preocupaba un poco que en realidad eso fuera lo que quería Charley. Él era uno de los miembros fundadores de los Reyes, junto con Daniel King, el presidente, cuyo apellido traducido al español daba nombre al club. Había visto a Daniel pagar las cuentas de sus motoristas cuando ellos no podían cubrirlas, diciéndoles que ya encontrarían la manera de saldarlas. De ese modo tan inquietante, conseguía que le fueran leales y estuvieran en deuda con él. Me los imaginaba haciendo toda clase de ilegalidades para devolverle el favor.

—Krista.

Me volví al oír mi nombre.

Jakob apoyó un codo enfundado en cuero sobre la barra, con el hielo que le había dado presionado contra la mejilla.

—¿Me pones una cerveza tostada?

—Claro. —Se la serví y se la dejé delante, esa vez tratando de no acercarme demasiado.

—¿Por qué no has solicitado unirte a los Reyes? —preguntó.

El club de moteros de los Reyes de Kearny solo admitía a miembros con experiencia militar previa. Todos y cada uno de los hombres y mujeres que vestían su chupa de cuero habían luchado por el país. En parte, ese era el motivo por el que la Policía local les daba cierto margen y mucha gente del pueblo aguantaba sus gilipolleces. Jakob no era la primera persona que me hacía esa pregunta, pero sí que era una de las pocas a las que quería respondérsela.

—No vine a Kearny por el club —le conté—. Mi abuela está en una residencia de ancianos del pueblo.

Tenía los ojos clavados en los míos, con su enorme cuerpo inmóvil en el taburete. La mayoría de la gente se movía nerviosamente cuando se sentaba, pero él no. Parecía un lobo acechando a un ciervo. Esa era una de las cosas que más me atraían de Jakob. Cuando te hablaba, sentías que te convertías en todo su mundo. No podía ni imaginarme lo bien que debía traducirse esa concentración en el sexo.

—¿En Magnolia Hills? —preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Avísanos si esa gente os da algún problema —dijo.

Un escalofrío de malestar me atravesó la espalda.

—¿Por qué? ¿Es que ha pasado algo allí?

Él asintió y desvió la mirada a la derecha, alejándola de mí, y juro por Dios que sentí como si la temperatura bajara. Como si el sol hubiera desaparecido tras una nube.

—Eh…, ¿te importaría darme más detalles? —le pregunté.

Él volvió a mirarme y negó con la cabeza.

—¿A qué hora sales?

—Hoy cierro.

Con la cerveza en la mano, se levantó del asiento.

Me puse a parpadear mientras él empezaba a darse la vuelta.

—Tío, en serio, ¿te vas a…?

Sí, tal cual. Sin echar la vista atrás, tiró algo de efectivo sobre la barra y desapareció entre la multitud.

Me tragué el enfado y volví al trabajo. Mi nana era la única persona que me quedaba en el mundo. Bueno, mis padres aún

seguían vivos, pero eran unos seres humanos despreciables y, si no volvía a verlos nunca más, lo consideraría una bendición.

La nana era mi abuela paterna. Me acogió la primera vez que arrestaron a mis padres por temas de drogas —a él por posesión y a ella por conducir bajo los efectos de sustancias conmigo en el asiento de atrás— y ya nunca me devolvió. Tras su primera estancia entre rejas, mis padres se marcharon del pueblo y, desde entonces, solo sabíamos de ellos cuando necesitaban dinero para la fianza o hacían breves intentos de rehabilitación.

No todos los adictos son unos cabrones. Sabía que muchos eran buenas personas con una enfermedad que podía llevarlos a hacer cosas terribles, pero mis padres no entraban en esa categoría. Ellos estaban podridos por dentro incluso sin las drogas ni el alcohol. Lo aprendí de primera mano durante una de las intentonas de mi madre por estar sobria. Me pegó por llorar. No un bofetón ni una cachetada en el culo, sino un puñetazo en el estómago. Funcionó. Dejé de llorar. Porque no podía respirar.

Tenía cuatro años en aquel momento. La nana no volvió a dejarme sola con ella.

Decir que mi abuela lo era todo para mí sería quedarse muy corta. Y Jakob acababa de decirme que el centro de atención cognitiva en el que me había llevado meses ingresarla quizá ocultaba algo turbio.

2

El resto del turno se quedó en un recuerdo borroso. Serví cervezas, preparé combinados, espanté a los que me tiraban los trastos y luché por mantenerme centrada mientras mis pensamientos daban vueltas como el agua que se escurre por el desagüe. ¿Por qué me había preguntado Jakob a qué hora salía de trabajar? ¿Era una forma sutil de decirme que no quería responderme en un bar abarrotado? ¿Se suponía que debía esperarlo?

Miré el reloj. Habíamos cerrado a las dos de la mañana, pero había tenido que acabar mis tareas nocturnas antes siquiera de pensar en irme. Ya eran casi las tres. La faena estaba hecha y acababa de enseñarle a Nina cuatro formas diferentes de soltarse si la agarraban por la muñeca.

Eché un vistazo por la ventana delantera. En el aparcamiento no había ni rastro de la moto de Jakob. Mis compañeros se iban marchando uno a uno por la puerta de atrás y yo no estaba dispuesta a quedarme sola esperándolo. El bar no estaba en la mejor zona del pueblo y, a pesar de mis años de entrenamiento en el combate cuerpo a cuerpo, no me emocionaba la idea de poner en práctica mis habilidades contra un motorista borracho que seguramente llevara un cuchillo o una pistola.

—¿Vienes, Krista? —preguntó Chiquitín.

—Sí —respondí.

Unos minutos más tarde, salí del bar climatizado al sofocante calor de la noche. Solo estábamos a principios de mayo, pero en el sur de Texas el verano comienza en abril y dura hasta noviembre. Hacía unas semanas que un intenso calor había tomado el pueblecito de Kearny, envolviéndonos en su cálido abrazo. El zumbido de los insectos que poblaban los árboles cercanos era ensordecedor. La humedad pesaba en el aire y mis movimientos parecían lentos y aletargados. El agotamiento tampoco ayudaba. No había salido ilesa de mi época en el Ejército y mi cuerpo, lleno de cicatrices, se sentía maltrecho y lastimado por llevar tanto tiempo de pie.

Me despedí de mis compañeros y puse rumbo a mi coche con una torpeza vacilante y preartrítica. Una de las razones por las que la nana y yo decidimos establecernos en este pueblo, aparte de por la supuesta excelencia de la residencia de ancianos, fue la cercanía del hospital militar. Tenía una cita allí con mi fisioterapeuta en unos días y no veía la hora de ir.

Me metí en el coche, bloqueé las puertas y me dirigí a casa. El horario de visitas de la residencia era de diez a cinco. Después de lo que había dicho Jakob, quería estar allí en cuanto abrieran las puertas, lo que significaba que con suerte dormiría unas cinco horas. Al menos nunca había tenido problemas para conciliar el sueño. Como es bien sabido, los veteranos de guerra son capaces de planchar la oreja en cualquier sitio, y yo no era ninguna excepción.

Me detuve en un semáforo en rojo a dos manzanas del bar. El estruendo de un motor cercano rugió en la noche como un león reclamando su presa. Pocos segundos después, una moto se paró a mi lado. Era tan ruidosa como una Harley, pero, cuando le eché un

vistazo, vi que llevaba la palabra VICTORY estampada en el lateral del depósito de gasolina. El conductor llevaba un casco abierto y gafas protectoras, pero solo por la barba ya sabía que era Jakob. Me miró y luego sacudió la cabeza hacia la izquierda, indicándome claramente que lo siguiera.

Pues vale.

El semáforo cambió a verde. No había nadie más en la calzada, así que puse el intermitente y giré, conduciendo tras la moto de Jakob hacia una calle lateral.

No era idiota. Sí, me sentía atraída por el cuerpo de Jakob y su magnética energía sexual, pero en realidad no sabía nada de él. Podría ser un completo psicópata.

Aguanté el volante con una mano y con la otra abrí la consola central. Dentro llevaba una 9 milímetros que había comprado cuando aún estaba en activo. Como artillera del aire, no me iba la parafernalia de las pistolas más llamativas; prefería un diseño resistente y una reputación sólida. Esa marca no era muy popular, pero tenía unas críticas espectaculares. La gente de *Guns & Ammo* había enterrado una en el barro durante un día; otra la habían congelado en un bloque de hielo que luego habían descongelado bajo un sol abrasador, y una tercera la habían lanzado desde un edificio de diez pisos. Después de todo aquello, las tres armas dispararon más de mil veces sin fallar. No era bonita, pero cumplía su función. Me la guardé en el bolso mientras estacionaba detrás de Jakob, en un pequeño aparcamiento residencial.

Él apagó el motor y se quitó las gafas y el casco. Pasó su larga pierna por encima de la moto y avanzó hacia mí con pasos rápidos y firmes.

Mantuve el coche en marcha y con las puertas bloqueadas mientras bajaba la ventanilla.

—Bueno, qué normal todo, ¿no?

Jakob se inclinó hacia delante y apoyó los codos en el marco de la ventanilla. Su olor me penetró en la nariz: cuero, aceite de motor y un toque de colonia intensa. De tan cerca, sus ojos eran increíblemente azules, como si hubiera capturado el cielo ártico en su mirada.

—No quería que nos oyeran en el bar —aclaró—. ¿Puedes parar el motor y venir conmigo? Si nos ven, es mejor que piensen que vamos a follar, no a intercambiar secretos.

Y ahí se fueron mis pensamientos, directos al abismo.

Él interpretó mi sofoco momentáneo como una vacilación.

—No soy ninguna amenaza para ti —aseguró—. Sería como hacerle daño a un familiar.

Sacudí la cabeza para despejar la neblina de lujuria que me obnubilaba la mente. ¿Acababa de decir algo así como que éramos parientes?

—¿Qué?

Se subió la manga derecha de la chupa lo justo para revelar una parte de su fibrado antebrazo. Las espirales de tinta que había observado antes no eran más que los bordes deshilachados de la estilizada capa de un espectro. Sobre la siniestra criatura destacaban las palabras LA MUERTE ESPERA EN LA OSCURIDAD escritas en una marcada negrita.

Levanté la vista hacia él.

—¿Eras un acechador nocturno?

Él me sostuvo la mirada y asintió con la cabeza.

Me quedé de piedra. Jakob era de las fuerzas aerotransportadas, igual que yo, solo que él pertenecía a un regimiento de helicópteros del Ejército de operaciones especiales que volaba sobre territorio enemigo de noche, bajo y a gran velocidad. Durante un tiempo, estuve destinada con una unidad de acechadores nocturnos en Siria. Eran de los cabrones más locos de operaciones especiales. Y eso era *mucho* decir.

Por eso no confié en él al instante, pero ya no me preocupaba tener que pegarle un tiro. Solo el uno por ciento de los estadounidenses sirven a su país. En cierto modo, eso te convierte en familia; formas parte de ese pequeño porcentaje de la población que se ha unido a otras personas de todo tipo de procedencias y estás dispuesto a luchar y morir para proteger al resto. El hecho de que ambos fuéramos combatientes aéreos significaba que pertenecíamos a un grupo aún más reducido de individuos. Era una comunidad muy unida y las noticias volaban. Si me hacía daño, en el mejor de los casos lo extirparían como a un tumor maligno. En el peor, alguien podría animarse a hacer un vuelecito y lanzarle un montón de hierro sobre la cabeza.

Mi expresión debió delatarme, porque se enderezó y dio un paso atrás, con las manos caídas a los costados, esperando. Subí la ventanilla, apagué el coche, cogí el bolso y salí. Entonces plantó las manos sobre el techo, a ambos lados de mi cabeza, para encerrarme. Apenas tuve espacio para darme la vuelta después de cerrar la puerta.

Me lo quedé mirando a escasos centímetros. Una farola cercana proyectaba su tenue luz sobre nosotros, lo que no contribuía a que pareciera menos peligroso. Las cejas le ensombrecían los ojos,

convirtiéndolos en dos pozos azul cerúleo. De repente, su apodo, el Vikingo, cobró todo el sentido. Con los laterales de la cabeza rapados, unas manchas de sangre y algunas estilizadas runas pintadas sobre la piel, estaría listo para ir a aterrorizar a alguna aldea inglesa del siglo VI.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Tenemos que vender la mentira —dijo inclinándose más hacia mí.

Claro. La mentira de que íbamos a follar.

Madre de Dios.

—Vale —contesté recostándome contra la puerta.

Mi aceptación le iluminó los ojos, como si le impresionara que, en lugar de discutir con él, hubiera optado por seguirle el rollo. Si supiera lo dispuesta que estaba a apoyar cualquier cosa que atrajera su enorme cuerpo hacia el mío…

Aun así, no podía evitar preguntarme a qué venía tanto follón. ¿Por qué pensaba que lo estaban vigilando? ¿Era una especie de agente encubierto que se había infiltrado en el club? Lo observé detenidamente, tomándome mi tiempo. No parecía poli. De hecho, por lo que sabía de él, estaba encantado haciendo de matón para los Reyes. ¿Tendría aquello que ver con alguna otra cosa? ¿Quizá con una banda rival o con una escisión dentro del club?

Dejé de hacerme preguntas cuando acortó la distancia que nos separaba. Con mi metro setenta y siete, soy bastante alta, pero aun así tenía que levantar la vista para mirarlo a los ojos. Me hacía cosquillas en la mejilla con la barba mientras se inclinaba hacia mí. Cuando me rozó la oreja con los labios, me estremecí. Llevaba toda la noche deseando tenerlo cerca. Joder, para ser sincera, soñaba con

ese momento desde la primera vez que lo vi y ¿quién sabía cuándo iba a tener otra oportunidad como esa?

«A la mierda».

Ladeé la cabeza y le acaricié el cuello con la nariz. Ahí el olor de su colonia era más intenso y embriagador, con notas especiadas y almizcladas y un ligero toque cítrico. Casaba muy bien con el cuero.

—¿Por qué cojeas? —preguntó.

Parpadeé, sorprendida conmigo misma de haber tenido pensamientos obscenos por segunda vez en menos de cinco minutos.

—No te va el parloteo, ¿eh, Jakob?

Noté su aliento acariciándome el cuello cuando me respondió.

—Nunca le he visto la utilidad. No es más que hablar por hablar hasta que alguien diga algo importante.

Joder, visto así…

—Mi pierna derecha es básicamente biónica —dije—. Prótesis de cadera, clavos para sujetarme la rodilla, implantes de acero en la espinilla y el fémur…, supongo que te haces una idea. Me retiraron con una baja médica.

—¿Herida de combate? —preguntó.

Asentí; sabía que notaría mi respuesta debido a nuestra proximidad.

Ahora venía cuando se echaba hacia atrás y me miraba con lástima. Me había pasado con otros soldados y sabía que ya no me veían a mí, sino a otras personas con las que habían prestado servicio, y que sentían esa terrible culpa del superviviente por haber salido indemnes de un infierno cuando muchos otros no habían corrido la misma suerte.

Jakob no se echó hacia atrás ni me miró con lástima. Me puso delicadamente una mano sobre la cadera lesionada y se inclinó hacia mí.

—¿Qué sucedió?

Por algún motivo, gracias a nuestra intimidad forzada hablar de ello fue más sencillo de lo habitual. Quizá porque, con su nariz hundida en mi pelo, no tenía que mirarlo al hablar, o a lo mejor porque no había reaccionado como yo esperaba o, tal vez, por el simple hecho de que era un acechador nocturno y sabía que había visto cosas peores que yo y entendía lo que estaba a punto de contarle.

—Nos ametrallaron durante el asedio de Kolomyia —le dije.

—¿Ucrania? —preguntó con una voz tan grave que tenía algo de gruñido.

Asentí de nuevo, recordando la breve pero sangrienta guerra en la sombra que Estados Unidos libró contra Rusia después de que esta reclamara la península de Crimea e intentara arrastrar al resto de Ucrania de vuelta al redil de la nueva URSS.

—El tren de aterrizaje resultó dañado durante el combate —proseguí—. Nuestro piloto se vio obligado a hacer un aterrizaje de emergencia en un camino de tierra a las afueras de la ciudad. El cuarto motor chocó contra el suelo. La carcasa se resquebrajó y las líneas de aceite se rompieron, derramando queroseno por todas partes. Algo debió de provocar una chispa, porque el ala derecha se incendió.

—Eso no explica lo de tu pierna. —Prácticamente me susurró al oído.

Respiré hondo.

—Nuestra equipación se soltó durante el choque y me atrapó la pierna cuando intentaba saltar. Tuvieron que intervenir cuatro miembros de la tripulación para liberarme. Casi mueren quemados.

—¿Y el piloto? —preguntó.

—No era un camino plano —respondí—. El morro cedió tras el impacto. Quedó aplastado.

Me ceñí a los hechos. Directos, sin florituras, clínicos. Era la historia estándar. Si no le daba muchas vueltas, a veces todo quedaba ahí. A veces no veía el suelo acercándose a toda velocidad a través de las puertas abiertas de la bodega. No sentía la mano de la tripulante más joven apretándome con todas sus fuerzas. Me olvidaba de lo asustada que estaba cuando la violencia del primer impacto nos separó. No oía el chirrido del metal sobre la tierra y las rocas ni el gemido desgarrador del acero al doblarse bajo una presión inmensa que no estaba diseñado para soportar. No sentía mi cuerpo destrozado bajo un peso imposible. No oía a mis compañeros gritar sobre mí mientras perdía y recuperaba el conocimiento. No sentía el insoportable calor de las llamas que tenía al lado ni el pavor a que me dejaran atrás y me quemara viva.

—Recuerdo ese accidente —afirmó Jakob—. Yo estaba a unos ochenta kilómetros.

Una oleada de sorpresa puso fin repentinamente a las lágrimas que amenazaban con brotar. ¿Él había estado allí? ¿Y tan cerca como para haber visto nuestro avión si hubiera mirado hacia arriba en el momento preciso?

Era extraño pensar que ese hombre había estado en el mismo lugar que yo durante el peor día de mi vida, pero de alguna manera

eso me hizo sentir aún más cerca de él. Nuestra intimidad perdió su matiz forzado y se convirtió en algo mucho más peligroso.

No le pregunté dónde había estado exactamente ni qué hacía a las afueras de Kolomyia. Las respuestas podrían ser clasificadas, lo que significaba que, si me lo contaba, ambos podríamos ir a la cárcel, y no me entusiasmaba la idea de pasar el resto de mis días en Leavenworth.

Volvió a apretarme la cadera, con mucha suavidad, y dio un paso atrás.

—Siento lo que te pasó.

La cabeza me daba vueltas. Quizá no fuera un alfa de mierda, después de todo. Quizá la imbécil fuera yo por juzgarlo a la primera de cambio.

—Gracias.

—¿Lista para subir?

Dije que sí con la cabeza, aún tratando de recomponerme.

Me condujo hasta la entrada posterior de un pequeño edificio de piedra rojiza. Estábamos en una zona antigua del centro del pueblo donde los bloques formaban una hilera de casas y aún no había llegado la gentrificación.

—¿Cuántos tramos de escaleras hay? —pregunté.

Me abrió la puerta y me cedió el paso.

—Dos.

Miré el primero y suspiré. Podía bajar escaleras sin problema, pero subirlas a veces me costaba mucho, como en ese momento, que ya estaba cansada y el dolor me punzaba la pierna.

Jakob se quedó detrás de mí, dejándome tomar la delantera y marcar el ritmo. Puse el pie izquierdo en el primer escalón, respiré

hondo y comencé a subir. Mi cadera protestó. La parte inferior de la pierna me dolía como si la tuviera increíblemente inflamada. Parecía como si los huesos de la rodilla se me estuvieran pulverizando contra el metal que los mantenía en su sitio. Apreté los dientes y seguí adelante, impulsándome con una mano en la barandilla.

Tras un tiempo que me pareció una pequeña eternidad, alcanzamos el último rellano. Me detuve frente a la puerta de Jakob y traté de recuperar el aliento. Más le valía que hubiera un sofá cómodo de cojones al otro lado.

—Por favor, dime que tienes aspirinas —dije.

Jakob se deslizó junto a mí y metió la llave en la cerradura. O al menos lo intentó. Ante la ligera presión de su mano, la puerta se abrió con un chirrido. Bajé la vista y observé signos, ahora evidentes, de que habían forzado la entrada.

Jakob también los vio. Se apartó rápidamente y se sacó una pistola de la chupa. Yo cogí la mía al mismo tiempo y dejé caer el bolso a mi lado. Debido a nuestro entrenamiento militar, los dos sujetábamos el arma de un modo idéntico: con la boca apuntando hacia el suelo, la mano derecha alrededor de la empuñadura, la izquierda ahuecada debajo y el dedo índice extendido a lo largo del cañón.

Cruzamos la mirada. Él soltó la mano izquierda y me hizo unos gestos extraños.

—No hablo militar —le susurré.

Me lanzó una mirada indescifrable y se agachó, listo para tomar la delantera. Cuando la gente sostiene un arma, suele apuntar a la altura del pecho. Si Jakob se ponía en cuclillas, tenía más

probabilidades de pillar desprevenido a quienquiera que estuviera dentro.

El problema era que las luces no estaban encendidas. La oscuridad irradiaba desde las entrañas del apartamento como una bestia aguardando para morder.

Le indiqué a Jakob que esperara un segundo y saqué el teléfono del bolso. Con los dedos temblorosos, pulsé el botón de la linterna, apreté los dientes para soportar el dolor que me producía agacharme y deslicé el teléfono hacia dentro, por el suelo. Dio unas vueltas encima del parquet, iluminando la estancia como una bola de discoteca. Jakob esperó medio segundo y dobló la esquina en cuclillas, apuntando con el arma. Al ver que no disparaba de inmediato ni volvía al pasillo, supuse que no había nadie dentro.

Se irguió.

—Despejado.

Lancé un suspiro entrecortado y bajé el arma.

—Hola, Daniel —saludó Jakob.

«Espera. ¿Qué?».

Me asomé por el marco de la puerta. Cuando los ojos se me acostumbraron a la tenue luz del teléfono, Daniel King se materializó frente a mí. El cabronazo más mezquino de Kearny estaba sentado en medio del apartamento, en el sofá con el que yo había fantaseado recientemente. No se veía a nadie más, así que supuse que había sido él quien había forzado la puerta.

¿Qué narices estaba pasando?

3

Jakob encendió las luces antes de adentrarse en el apartamento. Recogí el bolso del suelo y lo seguí unos pasos por detrás.

Los Reyes de Kearny eran unos pendencieros, de esos hombres y mujeres más preocupados por su reputación de macarras que por la estética. Me había imaginado que la casa de Jakob sería austera: un sofá, un colchón en la esquina, ropa sucia esparcida por el suelo, tal vez una mesa de centro con cajas de pizza y latas de cerveza vacías amontonadas encima…

Pero su casa no era austera, sino espartana.

El Ejército nos afecta a todos de formas extrañas. Si Jakob no era un maniático de la limpieza antes de alistarse, sus años de servicio lo habían convertido en uno. Tenía un apartamento más grande que el mío, con una cocina abierta a la sala de estar. Más allá del umbral de una puerta situada a la derecha, vislumbré un cuarto de baño reluciente. En la misma pared se abría otra puerta. Seguramente un dormitorio. Los pocos muebles que tenía no eran nuevos ni modernos, pero parecían de buena calidad y estaban impecables. Sabe Dios lo que revelaría una luz ultravioleta. La fama de Jakob no se limitaba a su violencia, lo que me hacía suponer que su apartamento estaría pintado del suelo al techo con restos de sus encuentros sexuales.

Lo único que no encajaba era Daniel King. Sentado en medio del sofá con los brazos extendidos sobre el respaldo, ocupaba todo el espacio que le era humanamente posible. Si subiera una foto suya a Twitter con el comentario «Mirad cómo se despatarra este», en menos de una hora recibiría diez mil respuestas de mujeres hartas de ese tipo de comportamiento. Tenía su ropa de motero cubierta de polvo de la carretera. Había apoyado sus sucias botas sobre la mesita de centro, como si el lugar le perteneciera. Entre el allanamiento y su lenguaje corporal, el mensaje quedaba claro: «No siento ningún respeto ni por ti ni por tus mierdas».

El tipo rondaba los cuarenta y largos y, joder, no podía conservarse mejor. Tenía el pelo negro azabache y bastante largo como para que se notara que lo tenía un poco rizado. Su rostro parecía sacado de un cartel de SE BUSCA. Una barba de tres días le cubría la poderosa mandíbula. Cuando clavó sus oscuros y penetrantes ojos en mí, casi me estremecí. Al ver la mueca sarcástica de sus labios me sentí como si acabaran de contarle un chiste verde sobre mí y ahora él me estuviera imaginando desnuda.

Se había hecho con una de las cervezas de Jakob y, mientras entrábamos, se la llevó a los labios y le dio un buen trago, observándonos por encima del borde. Su expresión me recordaba a la de esos gatos de YouTube que tiran un vaso de la mesa sin otra razón aparente que la de ser unos capullos y luego miran al dueño como diciendo: «¿Qué coño vas a hacer al respecto?».

Me acerqué a Jakob y guardé la pistola en el bolso.

—«No hablo militar» —repitió Daniel con una media sonrisa—. Qué graciosa.

Me esforcé por sonreírle.

—Gracias.

Como si fuera algo cotidiano que el líder de tu banda entrara en tu apartamento sin avisar, Jakob colgó las llaves junto a la puerta y se quitó la chupa. La camiseta oscura que llevaba debajo se le ceñía a los músculos de una forma que me habría hecho babear si no fuera porque teníamos público. Tenía los brazos totalmente cubiertos de tatuajes. Me los quedé mirando unos instantes. A algunas personas muy tatuadas se les nota que no han pensado los diseños de antemano y más bien los han ido añadiendo de forma gradual. El resultado puede ser una estridente mezcla de estilos y patrones. Jakob debía de haber diseñado sus tatuajes con esmero. Todos incorporaban de algún modo la temática militar y cada uno fluía tan sutilmente hacia el siguiente que parecían una sola obra maestra de tinta cohesionada. Debió de tardar años en completarla y, a juzgar por la calidad, seguro que le costó casi tanto como su moto.

Se detuvo junto a la nevera y se volvió hacia Daniel.

—¿Quieres otra cerveza?

—Sí —respondió el otro.

Jakob desvió la mirada hacia mí. Suavizó la voz y la bajó varios tonos hasta alcanzar una sonoridad grave y bronca.

—¿Quieres una cerveza, cariño? —dijo.

Me lo quedé mirando, tiesa como un cirio. «¿Cariño?».

En sus ojos centelleó una advertencia tácita y decidí seguirle el rollo, como había hecho con el resto de las locuras de la noche.

—Claro.

Circulen, que aquí no pasa nada. Somos solo tres adultos racionales manteniendo una conversación de lo más normal después

de que uno de ellos irrumpiera en el apartamento de otro sin aparente explicación.

Agarré la cerveza que me ofrecía Jakob y le quité el tapón, contenta de tener algo que hacer con las manos. Eso reducía la tentación de volver a coger mi pistola. La situación no podía ser más insólita. ¿Por qué había forzado Daniel la puerta de Jakob? ¿Y por qué Jakob no le pedía explicaciones? Había tanta tensión entre los dos hombres que sentí como si estuviera a punto de quedar atrapada en la corriente y ser arrastrada con ellos al mar.

De repente, la paranoia de Jakob en el aparcamiento me pareció mucho más lógica.

—¿Cómo ha ido el turno, Krista? —preguntó Daniel.

Cuando pronunció mi nombre, me atravesó un escalofrío de temor.

—Bien, señor King.

—¿Ningún problema?

—Ninguno.

Asintió con la cabeza, como si infiriera que todo estaba en orden en su reino.

Le di un buen trago a mi cerveza. Ese hombre no había usado mi nombre por casualidad. Me puso de los nervios, porque yo nunca había hablado con él y no creía siquiera que supiera de mi existencia. Cada vez que venía al Charley's, se sentaba en una mesa resguardada especial que había al fondo, siempre reservada para él. El tío era demasiado importante como para ir a buscar sus bebidas a la barra. Sus lacayos se las llevaban.

No era ninguna ingenua; que me hubiera preguntado por mi noche no había sido casual. Quería hacerme saber que sabía quién era yo. Por algún motivo, percibí aquello como una amenaza. ¿Por

qué? ¿Porque estaba ahí con Jakob? ¿Sería verdad que había una escisión en los Reyes y los causantes eran esos dos hombres? En ese caso, sin querer, me había posicionado del lado de Jakob.

Los engranajes de mi cerebro comenzaron a girar. Si la paranoia de Jakob estaba justificada y nos habían estado observando en el aparcamiento, lo más probable era que esa persona le fuera leal a Daniel y le contara lo cerca que habíamos estado. Seguro que ese era el motivo de que Jakob me hubiera llamado «cariño». Por eso me había lanzado esa mirada de advertencia: quería que siguiera con el juego que habíamos empezado abajo.

Me había puesto en una situación incómoda. Aunque el nombre que aparecía en mis nóminas era el de Charley, yo sabía para quién trabajaba realmente. Si cabreaba a Daniel o si este desconfiaba de mí, me quedaría sin trabajo y de patitas en la calle. Pero ¿y si estaba interpretando mal la situación? ¿Y si había algo más, alguna otra razón por la que Jakob quisiera mantener aquella treta?

Me apoyé contra la encimera de la cocina y le di otro trago a la cerveza, con la mente trabajando a marchas forzadas. Jakob sacó dos cervezas más de la nevera y se dirigió hacia el líder de su banda. Le dio una y los dos brindaron con las botellas. Luego volvió hacia mí y se apoyó a mi lado, tan cerca que nos tocábamos la cadera. Le dio un trago a su cerveza y, con total naturalidad, me pasó un pesado brazo sobre los hombros, como si fuera algo que hiciera todo el tiempo, como si yo fuera *suya* o algo así, y, aunque una parte de mí quería liberarse de ese abrazo, me quedé donde estaba.

Puede que no conociera muy bien a Jakob, pero lo creí cuando dijo que no iba a hacerme daño. A Daniel, por el contrario, no lo

conocía en absoluto y, si me hubiera dicho lo mismo, nunca lo habría creído.

Supongo que por eso era del equipo Jakob.

Puse cara de tonta y le sonreí como una mujer en plena fase de enchochamiento. Él bajó la vista y, al encontrarse con mis ojos, su cara de «que te jodan» se transformó en algo tipo «voy a follarte hasta que grites mi nombre». Estaba tan cerca que era imposible que no se hubiera dado cuenta de que me había estremecido.

Con la mirada aún fija en la mía, levantó la cerveza y le dio un trago. No debería haberme excitado tanto esa imagen —trabajaba en un bar lleno de moteros que, noche tras noche, repetían ese mismo gesto hasta la saciedad—, pero, cuando Jakob apartó la botella y se limpió el labio inferior con el pulgar, desvié la vista hacia abajo y la clavé en ese movimiento. Contrajo los labios tan solo una vez y en sus ojos capté un destello de algo parecido al regocijo antes de que pestañeara…, y luego me encontré mirando a un hombre con menos expresión que un bloque de hielo.

Como si no acabara de encenderme la sangre, apartó la mirada y se volvió hacia el hombre del sofá.

—¿Qué pasa? —dijo.

Mierda, durante un segundo me había olvidado por completo de Daniel.

Sacudí la cabeza para despejarme y bebí un poco más de cerveza. «Esto me pasa por estar tan cerca de la viva imagen de la tentación».

—Lo de Mike no ha salido bien —dijo Daniel.

—¿Qué Mike? —preguntó Jakob.

—Mike Kaschak —respondió aquel echándole un vistazo al apartamento—. Pensé que podría estar aquí.

Jakob mantuvo una expresión neutra, pero cuando tensó el brazo a mi alrededor me di cuenta de que aquellas palabras le habían afectado más de lo que dejaba entrever. Mi sentido arácnido se activó. ¿Ese era el motivo por el que Daniel había cometido un pequeño allanamiento de morada?

—No lo he visto —sentenció Jakob.

Daniel se acabó su primera cerveza y empezó con la segunda.

—¿Me lo dirás si lo ves?

—Por supuesto.

Daniel frunció los labios en una sonrisa irregular. La blancura de sus dientes contrastaba con su tez bronceada. El cabrón era atractivo, pero no me hacían falta cinco minutos para saber si me iría a la cama con él. Con Jakob, mi cavernícola interior había sopesado si era seguro tener un rollo de una noche y había decidido que valía la pena arriesgarse. Daniel, por su parte, la devolvió gritando a la cueva.

Nos miró a Jakob y a mí.

—Así que estáis juntos.

—Estamos juntos —repitió Jakob.

Moteros, qué gente tan locuaz.

—Debe de ser reciente —aventuró Daniel—. No había oído nada al respecto.

Jakob se encogió de hombros.

—Krista es reservada.

Lo que implicaba que lo nuestro no era nuevo y que queríamos mantenerlo en secreto. Y él se lo acababa de contar al hombre más

poderoso del pueblo. Si tenía algo claro sobre la gente con poder es que disfrutaban ejerciéndolo sobre el resto. Por eso no se les daba bien guardar secretos, porque, en su necesidad de quedar por encima de los demás, a menudo usaban a las personas que consideraban inferiores como trampolín. Ya me estaba imaginando a Daniel contándoselo a sus esbirros solo para presumir de que él, el rey de reyes, se había enterado de lo nuestro, mientras que ellos no tenían ni idea. Me daba la sensación de que, por desgracia, al día siguiente a esas horas Jakob y yo seríamos la comidilla de todo Kearny.

La sonrisa de Daniel se volvió más pronunciada, como si fuera un tiburón que hubiera olido sangre en el agua. Posó sus ojos oscuros en los míos.

—Estaría bien que vinieras a cenar. A Eva le encantaría que le echaran una mano en la cocina.

Eva era su esposa, una mujer alta y despampanante de ascendencia armenia y mexicana a la que solo había visto de refilón entre la gente. Estuve tentada de decirle que no sabía cocinar, aunque la verdad es que soy un as de los fogones. Ese tipo de comentarios fuera de lugar siempre me tocaban las narices; era muy típico de hombres como él suponer que había ciertas «tareas femeninas». El mensaje subliminal era este: ven a mi casa y hazme la cena mientras yo me quedo sentado sin hacer nada, porque tengo pene.

«No seas idiota», me dije a mí misma. Necesitaba estar a buenas con ese hombre si quería conservar mi trabajo y, aunque al hacerlo moría un poco por dentro, le sonreí.

—Me encantaría.

No me di cuenta de que Jakob había vuelto a tensar el brazo que tenía sobre mí hasta que volvió a relajarlo.

Daniel miró a su matón.

—¿Qué te ha pasado en la cara?

Levanté la vista. Jakob había recibido el puñetazo de Rob en la mejilla izquierda y, aunque se había puesto hielo, parecía más hinchada que antes y empezaba a adquirir un tono púrpura de aspecto enfermizo.

—Micky y Rob han vuelto a las andadas —explicó Jakob.

Daniel soltó un taco.

—¿Han destrozado el local?

Él negó con la cabeza.

—Se separaron antes de llegar a las manos.

Su cara evidenciaba lo contrario.

—Bien —dijo Daniel levantándose de su trono. Se terminó la cerveza y la dejó encima de la mesita—. Os dejo solos, tortolitos.

Me guiñó un ojo al marcharse y me entraron ganas de vomitar.

Intenté alejarme de Jakob cuando Daniel cerró la puerta tras de sí, pero él me retuvo con el brazo que tenía a mi alrededor y me impidió moverme. Nos quedamos así varios minutos, con las botas de Daniel resonando de fondo por las escaleras. Cuando oímos el golpetazo de la puerta del edificio, Jakob retiró el brazo de mi hombro y se alejó de la encimera.

Lo observé mientras se dirigía hacia la entrada, más silencioso de lo que cabría esperar de un hombre de su envergadura. El marco tenía una brecha, como si Daniel hubiera irrumpido por la fuerza, pero más arriba había una serie de cerrojos que solo podían echarse

desde dentro, y esos estaban intactos. Jakob los cerró y, por si acaso, encajó una silla debajo del pomo.

—Ponte cómoda —dijo volviéndose hacia mí—. Esta noche te quedas aquí.

4

—¿Perdona? —dije apoyando la cerveza sobre la encimera—. Ni de coña voy a quedarme aquí esta noche. Tengo que ir a casa y darle de comer a mi perro.

Mentira. Yo no tenía perro, pero eso él no lo sabía. Tan solo era un intento desesperado de escapar. No podía quedarme ahí con ese hombre. Era un peligro para él. Era evidente que en su vida estaban pasando cosas muy perturbadoras. Dudaba mucho que alguien en su situación tuviera en mente el sexo; lo más lógico era que le preocupara su supervivencia. Yo siempre había sido demasiado directa con ese tema y no confiaba en no acabar haciéndole determinadas proposiciones si me quedaba a dormir en su sofá.

Jakob frunció el ceño.

—Tú no tienes perro.

Me quedé estupefacta.

«Mierda, es un puto polígrafo».

—Eh…, claro que sí.

Se acercó a mí con calma y se detuvo tan cerca que nos tocamos las puntas de los zapatos. Si intentaba intimidarme, estaba fracasando de un modo espectacular. Sus anchos hombros ocupaban todo mi campo de visión y tuve que frenar el impulso de tocarle el pecho para comprobar si era tan duro como parecía.

—No es verdad —insistió con voz grave—. Vives en un estudio diminuto, en un edificio que no admite mascotas.

Me obligué a alejarme de él. «Desear a un acosador en potencia no es mentalmente sano, Krista».

—¿Cómo sabes dónde vivo?

—Charley me pidió que te investigara cuando solicitaste el puesto de camarera.

Me lo imaginé rebuscando en el cajón de mi ropa interior. No fue ni la mitad de inquietante de lo que debería.

—¿Y cuándo ibas a decirme que habías estado acosándome?

Me miró con gesto impasible.

—Yo no te he acosado. Investigamos a todos los recién llegados a Kearny, sobre todo a los que van a tener acceso al club. ¿Crees que no ha habido agentes encubiertos que han intentado colarse en el pueblo? Teníamos que asegurarnos de que no pertenecías a las fuerzas del orden antes de dejarte entrar en nuestro bar.

Sí, vale, tenía sentido.

—Aun así, no pienso quedarme aquí —aseguré.

Cogió su cerveza, pero, en lugar de darle otro trago, dio media vuelta y la tiró por el desagüe de la cocina. Dejó la botella vacía en el fregadero y se giró hacia mí, cruzándose de brazos. Los ojos se me fueron hacia sus bíceps, que le tensaban las mangas de la camisa. Si los flexionaba un poco, podría llegar a romperlas.

«Flexiónalos, joder».

—Daniel cree que estamos follando —apuntó, ajeno a mis sucios pensamientos—. ¿Qué pensaría si te largaras cinco segundos después que él? Se olería algo.

—Entonces, me quedaré lo justo para convencerlo. —Miré a Jakob. Entre su espartano apartamento y la practicidad de su carácter, el sexo con él debía de ser tan bestial como diligente—. ¿Qué te parece media hora?

Bajó la mirada y me dio un buen repaso mientras se le derretía el hielo de los ojos.

—Dos, por lo menos.

Me quedé sin aliento. «Céntrate, Krista, es todo hipotético».

—¿Por qué tenemos que hacer todo esto?

Se le tensó un músculo de la mandíbula.

—No necesitas saberlo.

Por su expresión, supe que nada de lo que le dijera iba a hacerlo hablar. Ambos habíamos pasado por la escuela SERE: supervivencia, evasión, resistencia y escape. El Ejército nos había entrenado para soportar interrogatorios y mantener la boca cerrada. No iba a sacarle nada acerca de por qué se había colado Daniel en su apartamento ni de quién era Mike. Al menos, no sin cinta americana, unos alicates y una sala insonorizada.

Aquello era cosa del club de moteros. Como yo no lucía sus prendas de cuero, no tenía por qué saber de qué iba. Y seguramente era lo mejor. La respuesta podía hacer mención de las actividades ilegales de los Reyes, y a mí no me apetecía nada ser cómplice de ninguno de sus delitos.

Le di otro trago a la cerveza.

—Bueno, no me imaginaba que la noche fuera a ir así.

—¿Cómo te la imaginabas? —preguntó con una voz algo más áspera.

Parpadeé; me había pillado con la guardia baja. Daniel ya no estaba ahí. No había que aparentar, pero el rudo personaje de Jakob comenzaba a desvanecerse ante mis ojos, reemplazado por algo mucho más tentador. Me recorrió lánguidamente con la mirada, deteniéndose en mis pechos y en el contorno de las caderas.

Virgen santa, a ver si él *también* estaba pensando en sexo.

Noté que me miraba con expresión desafiante cuando volvió a posar los ojos en los míos, como si no esperara que fuera a responderle con sinceridad. Nunca había rehuido una pelea en mi vida y no iba a empezar en ese momento. ¿Quería saber cómo me había imaginado yo la noche? Muy bien. No tenía ningún problema en contárselo.

—En el peor de los casos, me iba a la cama sola y cachonda —le solté.

Clavó los ojos en los míos.

—¿Y en el mejor?

Dejé la cerveza y le sonreí con picardía.

—En el mejor de los casos, rompíamos el somier de mi cama.

Antes de que me diera cuenta, estaba con el culo plantado sobre la isla de la cocina. Jakob me había levantado sin el menor esfuerzo. Era de lo más sexy, pero del impacto contraje el gesto: mis cicatrices de guerra no dejaban de recordarme que no podía tener ni un solo momento sin dolor.

Detuvo las manos y las bajó hasta mi cintura. Seguramente había visto cómo me estremecía.

—Es la maldita pierna —dije—. Ignórala. Eso intento yo.

En lugar de besarme, como esperaba que hiciera, se dio la vuelta.

Alargué la mano y lo agarré por la parte de atrás de la camiseta.

—¿Adónde te crees que vas?

La mirada que me echó por encima del hombro fue demoledora.

—A buscarte la aspirina que habías pedido.

Lo solté.

—Permiso concedido.

Se rio entre dientes, con un gruñido sordo y grave que parecía un trueno lejano, y abrió un cajón de la cocina.

Cogí un par de aspirinas del blíster, me las metí en la boca y las bajé con un trago de cerveza.

—¿Sabes? Creo que puedo contar con los dedos de una mano las veces que te he visto reírte.

Se puso entre mis piernas y me plantó las manos en las caderas, acercándose mucho. Mientras me observaba arrugó el entrecejo y vi en primer plano su cara de «que te jodan». La táctica intimidatoria se vio ligeramente deslucida por la forma en que le brillaban los ojos, como si en realidad se estuviera divirtiendo.

—¿Y cuándo ibas a decirme que habías estado acosándome? —preguntó, echándome en cara mis propias palabras.

—Ja, ja —respondí tratando de no sonreír—. No va por ahí. Es solo que… me fijo en ti cuando estás en el bar.

—Allí no me río mucho —señaló.

—Así es.

Detrás de aquello había una historia, me daba cuenta, pero ya había aprendido hacía un par de minutos que de él no iba a obtener respuestas que no quisiera darme. Vale. No las necesitaba. Tampoco es que quisiera conocer toda su vida ni que tuviera pensados nuestros votos matrimoniales. Ni siquiera quería ser su novia. Tan solo quería desnudarlo y hacer con él cosas terribles e impúdicas a

lo largo de un fin de semana maratoniano, y acabar caminando un poco raro durante la semana siguiente.

Extendí la mano y volví a agarrarle la camiseta, esta vez para acercarlo a mí. Él apoyó las manos en la encimera, tensando los bíceps, y detuvo la boca a un centímetro de la mía. Gruñí con frustración e intenté acortar la distancia, pero él se enderezó.

—No querría tocarte sin permiso —dijo.

Lo miré con hastío.

—Acabas de levantarme y ponerme sobre la encimera.

—Me estaba dando tortícolis de tanto mirar hacia abajo —contestó —. Esto es diferente.

Por la sonrisilla que dibujó, me di cuenta de que, al menos en parte, se estaba quedando conmigo, pero el hecho de que recordara lo que le había dicho en el bar y de paso insinuara sutilmente que yo tenía el control sobre cualquier contacto que hubiera entre nosotros me ponía muchísimo. Si le decía que parara, no tenía ninguna duda de que se apartaría y no volvería a intentar nada conmigo.

El tema era que yo quería que lo intentara *todo* conmigo.

Centré la atención en sus labios.

—Te doy permiso para tocarme cuanto quieras durante el resto de la noche.

Fue como si hubiera pulsado un interruptor. Apenas había terminado de pronunciar esas palabras cuando se abalanzó sobre mí. Me estampó los labios en la boca. Con el choque de pechos mis tetas quedaron aplastadas contra la dura superficie de sus músculos pectorales. Alcé los brazos, desesperada por agarrarme a algo, y le rodeé el cuello. Él se inclinó más contra mí, y el culo se me deslizó un poco por la encimera de mármol, alejándome de él. Por el

gruñido que soltó, aquello no fue de su agrado. Me puso su gigantesca mano en el trasero y me arrastró hacia él con un movimiento que parecía una orden inaudible: «Vuelve aquí, joder».

A pesar de su aspecto de invasor vikingo medio congelado, besaba como si estuviera en llamas. Sus labios eran cálidos y exigentes. La cabeza me daba vueltas mientras intentaba seguirle el ritmo. Aquello no eran preliminares; había empezado directamente follándome con la boca.

Cuando se apartó, estuve a punto de gimotear.

Se quedó ahí parado, con los labios tentándome de cerca y su cálido aliento recorriéndome la piel.

—¿Te dolerá si te cojo en brazos?

Tardé unos segundos en recordar cómo se hablaba.

—Sí, pero caminar me dolería más.

Le enganché los brazos al cuello y los pies a la espalda, y él bajó las manos hasta mi trasero y me levantó de la encimera. El apartamento se volvió borroso mientras él se giraba para ir hacia el dormitorio. Aprovechando la posición en la que me encontraba, pegué la nariz a su cuello y respiré su colonia. Por instinto, separé los labios y le di un mordisquito. Él lanzó un masculino gemido de aprobación y me atrajo más hacia él, con la polla erecta entre los dos.

El mundo se inclinó cuando me dejó sobre la cama. Me hundí en el colchón, más aún cuando se añadió su peso. Dios, cómo había echado aquello de menos. La calidez de otra piel bajo las manos. Ver a un hombre cerniéndose sobre mí. No me había acostado con nadie desde antes de mudarme al pueblo y cuatro meses de abstinencia me habían dejado hipersensible al tacto.

Temblé cuando deslizó las manos por mis brazos y noté la deliciosa aspereza de sus callosidades en la piel. Me había recogido la larga melena en una trenza para que no me molestara mientras trabajaba, y él se la enrolló en la muñeca y luego me agarró por la base del cuello para girarme la cabeza hacia un lado. Me hizo cosquillas con la barba cuando me rozó la garganta con los labios.

Volví a estremecerme, esa vez con más fuerza, y sentí un anhelo familiar entre los muslos. No era suficiente. Había demasiadas capas entre nosotros y yo quería estar piel contra piel. Alargué la mano y tiré del dobladillo de su camiseta. Él me soltó, se impulsó sobre el colchón y se arrodilló entre mis piernas para quitársela.

Dudaba entre abalanzarme sobre él y quedarme donde estaba para mirarlo un rato. El tío estaba mazado, pero no parecía una de esas monstruosidades testosterónicas que a veces se veían en las salas de pesas. Era más esbelto, más delgado. *Denso.* No tenía ni un gramo de grasa. Su físico era de esos que solo se consiguen a base de un esfuerzo constante. Me había dicho un pajarito que iba a un gimnasio local de artes marciales mixtas. Seguro que iba al *dojo* seis días a la semana para tener ese aspecto.

Los tatuajes no acababan en sus brazos. Le subían por los hombros y le bajaban por el pecho, cubriéndole los pectorales. Bajo la tenue luz de su dormitorio, el contraste entre la tinta oscura y su piel pálida era muy llamativo y, al ser tan blanco, resultaba imposible pasar por alto las cicatrices. En la parte inferior derecha destacaba la reveladora marca de una herida de bala. Aunque la tapaban los tatuajes, vi una hendidura similar en su pectoral derecho que podría ser otra. Tenía una línea oscura a lo largo de las costillas izquierdas; el tipo de herida cortante que haría un cuchillo. Todavía estaba

rosada y no acaba de tener buen aspecto, como si no hiciera mucho que se le hubieran caído los puntos. Tenía varias cicatrices más en el torso, cada una de un color diferente según su antigüedad.

Los Reyes de Kearny no eran precisamente un grupo pacífico y, debido a la cercanía con otras bandas y clubes de moteros, la violencia estaba siempre a la orden del día. Era imposible saber si Jakob se había hecho la mayoría de esas cicatrices durante su estancia en el Ejército o después de licenciarse. Yo no iba a preguntárselo. Al fin y al cabo, la respuesta a esa pregunta no era importante en ese momento y habría estropeado el ambiente.

En lugar de interrogarlo, me quité la camiseta. Menos mal que esa noche había ido a trabajar con la esperanza de acabar debajo de él. Me había afeitado antes de salir de casa y había sido muy previsora: me había puesto uno de mis conjuntos de bragas y sujetador más bonitos. Nina y yo nos habíamos pasado los días libres holgazaneando en la piscina de mi bloque de apartamentos y el encaje rojo resaltaba sobre mi bronceado.

Jakob desvió la mirada desde el sujetador hasta mi abdomen y la posó sobre la cinturilla de mis vaqueros. Alargó la mano y los desabrochó con un hábil movimiento de dedos.

—Dime que llevas un conjunto a juego.

Me estiré debajo de él como un gato.

—Llevo un conjunto a juego.

Soltó un gruñido ronco y me bajó la cremallera. Normalmente, ese era el momento de la noche en el que paraba a mi posible amante y lo advertía sobre la pierna. Las lesiones que había sufrido, junto con las cirugías posteriores, me habían dejado unas cicatrices horribles. Y no solo unos finos cortes rojizos atravesándome la piel, como los

peores que Jakob parecía tener. A mí me faltaban trozos allí donde el metal había seccionado el músculo, tenía patrones de malla permanentes de los injertos de piel que había necesitado y marcas a lo Frankenstein en las zonas unidas con grapas.

No pensé que hiciera falta advertir a Jakob. Él tenía su propia ristra de lesiones pasadas y, como miembro de los Reyes y compañero veterano, debía de haber visto un buen número de heridas mortales, tanto recientes como curadas. Aun así, no soportaba la idea de ver su cara de asco al contemplar mi pierna por primera vez, tal como le había ocurrido a uno de mis antiguos rollos de una noche, con quien no llegó a pasar nada.

—Tengo la pierna bastante mal —dije.

Me agarró la parte superior de los vaqueros y tiró de ellos hasta debajo del trasero. Tardó en alzar los ojos hacia los míos, como si no quisiera dejar de mirarme las bragas.

—¿Y?

Solté un fuerte suspiro.

«Y».

Que Dios bendijera a ese hombre por hacer como si le importara un comino.

—Me ha parecido que debía avisarte, por si eras aprensivo —respondí.

Él no dijo nada, tan solo siguió tirando de mis vaqueros hacia abajo hasta que se dio cuenta de que yo aún llevaba puestas las zapatillas. Solté una blasfemia y empecé a quitármelas con los pies. En pocos segundos, ambos estábamos desnudos. Ninguno de los dos había tenido la paciencia de desvestir al otro y saborear lentamente cada centímetro de piel recién descubierta. La cosa no

iba de eso. Así que cada uno se arrancó su propia ropa con gestos rápidos y bruscos.

Se sacó un condón del bolsillo de los vaqueros antes de tirarlos al suelo. No me ofendió que hubiera previsto la situación ni me sorprendió que tuviera uno tan a mano. Si yo tuviera el aspecto de Jakob Larson, llevaría siempre los cuatro bolsillos a reventar y además me ataría un paquete de repuesto al tobillo, como una pistola de reserva.

Me apoyé sobre los codos para verlo mejor. Cuando abrió el condón, bajé la mirada para ver cómo se lo ponía. Tenía la polla enorme, como el resto del cuerpo, y tan gruesa que tendríamos que tomarnos las cosas con calma si no fuera porque yo ya estaba empapada.

Jakob tiró el envoltorio a un lado y luego se detuvo, recorriéndome la pierna derecha con la mirada. Levantó un hombro con indiferencia.

—He visto cosas peores.

Bajé la vista hacia el punto de su muslo izquierdo en el que una llamativa hendidura en la carne y unas cicatrices gruesas y fibrosas indicaban que él también había perdido un trocito de músculo.

Se detuvo al advertir mi línea de visión.

—¿Aún quieres follarme?

Exhalé un suspiro entrecortado.

—Sí, por Dios.

—Bien.

Me dio una palmadita en la rodilla izquierda y luego sacudió la cabeza a modo de orden silenciosa para que me pusiera de lado. Aquello podría haberme molestado si no me hubiera dado cuenta de

lo que estaba haciendo. Quería tomarme por detrás para que yo me apoyara sobre el costado derecho, porque en esa posición tendría que mover menos mi pierna dolorida.

Genial. Justo cuando ya me había convencido de que aquello iba a ser cosa de una sola noche, va Jakob y se pone en plan encantador.

Me coloqué de lado y el colchón se hundió detrás de mí. Cuando eché un vistazo por encima del hombro, casi me quedo sin aliento. La imagen de Jakob acercándose a mí sigilosamente sobre la cama era algo que nunca jamás iba a olvidar. Movía su colosal y musculoso cuerpo de una forma poco menos que inhumana, con una elegancia casi perezosa y una potencia lánguida marcada por unos tendones rígidos. En cierto modo, estar con él en la vida real era mejor que los cientos de fantasías que había tenido de nosotros dos juntos, y eso que de momento no habíamos hecho más que besarnos.

A la expectativa, mis músculos profundos se tensaron mientras se deslizaba detrás de mí. Me agarró del hombro y me giró un poco, lo suficiente para sellarme la boca con los labios.

«Eres mía», decía su beso.

Me entregué a él en cuerpo y alma. Tal vez solo fuera por una noche, pero, mientras yo estuviera allí, era *suya*. Podía tener la parte de mí que quisiera y yo a cambio lo reclamaría a él con mucho gusto.

Volvió a enrollarse mi trenza en la muñeca y me agarró del pelo, sujetándome mientras me deslizaba la polla entre los muslos. Levanté un poco la pierna izquierda para facilitarle el acceso y lo sentí resbalando por la humedad. Notaba el calor que desprendía su piel incluso a través del condón.

Me preparé para sentir cómo me penetraba desde ese ángulo, pero me sorprendió empujando hacia delante hasta rozarme el clítoris con la punta. Se me escapó un gemido, que él se bebió mientras seguía dedicándose a mi lengua. Subió la mano libre por mi costado y aterrizó en mi pecho. Me lo agarró y abarcó mi copa C antes de aflojar y pasarme los dedos por el pezón. Moví el culo hacia atrás en respuesta y volvió a rozarme el clítoris con la punta del miembro.

Mientras me acariciaba el pezón y jugueteaba con mi lengua volvió a embestirme, esa vez con más fuerza. Por la humedad que se acumulaba entre nosotros, sabía que él era consciente de lo que me estaba haciendo sentir, y cuando mis gemidos adquirieron un tono de súplica debió de darse cuenta de que yo quería más.

Dejó de besarme y se rio. El sonido era despótico.

La madre que lo parió. Me lo estaba negando a propósito.

Y lo peor era que eso me ponía como una moto.

Podía tolerar que tomaran el control en la cama si la persona era Jakob. Con otra pareja sexual, o, qué coño, incluso con otro estado de ánimo, tal vez habría sido yo quien dirigiera el cotarro.

Cuando me imaginé elevándome sobre él, con sus manos atadas a la barandilla protectora de la cama mientras lo cabalgaba, supe que quería hacer aquello una y otra vez. Y otra.

«Y otra».

—No me hagas decirlo —balbuceé.

Volvió a empujar hacia mí, tan lentamente que se me iba arqueando la espalda a medida que las estrías del condón bailaban sobre mi piel hiperestimulada. Luego me rozó la oreja con los labios

y esa fue su única advertencia antes de morderme el lóbulo más fuerte que yo antes a él.

—Dilo —gruñó.

Madre. De. Dios.

—Por favor, Jakob —carraspeé.

Deslizó la mano desde mi pecho hasta mi vientre. Me la metió entre los muslos y con los dedos se guio hasta el agujero. Al mover las caderas hacia él, sentí una punzada en la parte derecha. Menos mal que no pudo ver mi mueca de dolor. Con tanto acero sujetándome los huesos, el sexo nunca era una experiencia indolora. A veces se acercaba a ese ideal si me lo tomaba con calma, pero, en una noche así, tras tantas horas de pie, no había forma de evitar la dosis de incomodidad que acompañaba al placer. Al menos había aprendido a engañar a mi cerebro para disfrutar de un poco de dolor durante el sexo. Debía agradecerle el consejito a un simpático terapeuta del Ejército con cierta tendencia al sado.

Cuando me introdujo su cálida punta, el dolor se ahogó bajo una oleada de placer.

«Sí. Dios, sí». Lo necesitaba.

El ángulo me hacía estar más prieta de lo habitual y, a pesar de mi excitación, Jakob tuvo que meterla y sacarla varias veces para cubrir el condón de fluidos y penetrarme con mayor profundidad. Incluso entonces, el cabrón se tomó su tiempo para empujar.

Resoplé con cara de fastidio.

—Si me tratas con tanto cuidado, te juro que voy a decirles a todas las mujeres que conozco que Jakob Larson me hizo el amor de forma lenta y apasionada.

Su pecho vibró contra mi espalda mientras se reía, no sin cierta perversión.

—Sabía que te impacientarías.

Giré la cabeza para intentar verle la cara. ¿Cómo que *sabía* que me impacientaría? ¿Es que aquello también lo tenía pensado? En la tenue luz de su cuarto, tuve el tiempo justo para ver el destello blanco de sus dientes antes de que me embistiera.

Estuve a punto de gritar. Y no de dolor.

—Uf, Dios, Jakob…

Todavía tenía la mano entre mis piernas y al siguiente envite me puso la yema de un dedo sobre el clítoris. En ese momento, las palabras perdieron todo su significado y yo me entregué al deseo que me recorría las venas y a la sensación de su gruesa y rígida polla llenándome. De algún modo, aquello era a la vez demasiado e insuficiente.

Jakob debió de sentir lo mismo. Suspiró de frustración y luego me apretó más fuerte la trenza.

—Gírate —dijo, tirándome del pelo para que me moviera.

Me giré un poco hacia delante y con otro tirón me señaló que estaba justo donde él quería. Deslizó una pierna entre las mías, se incorporó sobre el codo y empezó a follarme de lado. Mi cuerpo se amoldó a él, palpitando al ritmo de sus envites, como si intentara atraerlo más hacia dentro. No sabía si podría aguantarlo mucho más, pero me sentía tan bien que estaba dispuesta a arriesgarme. Consciente de mi lesión de cadera, eché la pelvis hacia atrás con sumo cuidado. El ángulo cambió y entonces me la clavó hasta el fondo.

Los dos lanzamos un gemido.

Él siguió penetrándome, afanándose con los dedos y con la polla. Extendí la mano y le agarré el culo para animarlo a seguir. A ese ritmo, ni siquiera íbamos a necesitar la media hora que yo había previsto al principio. Casi acabábamos de empezar y yo ya estaba pasando el punto de quiebre.

—Jakob… —susurré, clavándole las uñas en la piel.

En lugar de darme lo que quería, ralentizó los movimientos y se inclinó sobre mí, acercándome los labios al oído.

—Joder, si no te doliera la pierna, alargaría esto hasta que me suplicaras que te dejara correrte.

¿Cómo podía seguir hablando con frases completas? Intenté responderle, pero me acarició el clítoris con los dedos justo cuando su polla impactó en mi cérvix, así que solo conseguí balbucear:

—Para… la… próxima…

Dios, ojalá hubiera una próxima vez.

No cambió el ritmo al saber que estaba a punto de correrme. Muchos hombres pensaban que ese era el momento de follarte como un conejo hasta hacerte llegar al clímax, sin entender que lo que habían estado haciendo era justo lo que necesitabas. Jakob no. Mantuvo una cadencia lenta pero implacable, tocándome como si fuera un instrumento de cuerda. Yo cantaba debajo de él; todas mis terminaciones nerviosas cobraban vida mientras me llevaba cada vez más al límite. La cadera seguía doliéndome incluso en esa posición, pero no tanto como para retrasar lo inevitable.

Hundí los dedos de la mano que me quedaba libre en las sábanas y me perdí en la sensación de sus acometidas. Casi al instante, me corrí gritando su nombre, apretándolo con los músculos internos. Él me soltó la trenza y apoyó ambas manos, cambiando de ángulo para

prolongar mi orgasmo; comenzó a ralentizar sus embestidas y noté su polla palpitando dentro de mí tras la potencia de su liberación.

—Joder, Krista.

Plantó la boca sobre mi hombro y me lo mordisqueó, moviéndose cada vez más despacio. Lancé un profundo suspiro de satisfacción debajo de él, completamente agotada.

Después nos tumbamos boca arriba, inertes, con el sudor enfriándose en nuestra piel cuando el aire acondicionado se puso en marcha.

—Necesito una ducha —dije—. Huelo a sexo y a cerveza.

Jakob se inclinó hacia mí y volvió a darme unos mordisquitos en el hombro.

—Sabes a sexo y a cerveza.

Aunque estaba exhausta, el murmullo grave de su voz me tentó a abrir las piernas y preguntarle si quería comprobar si *todo* el cuerpo me sabía igual, pero, antes de articular las palabras, dio media vuelta y se puso en pie. Giré la cabeza para no perderme las vistas. Joder, el tío tenía un culo increíble. Siempre me habían vuelto loca los hombres con el trasero redondo. La única imperfección del suyo eran las cuatro pequeñas medialunas que le había dejado en la piel con las uñas.

Salió de la habitación a zancadas y, un minuto después, oí el sonido de la ducha. Estaba convenciendo a mi cuerpo de que levantarme merecía la pena cuando Jakob volvió a entrar en la habitación y me recogió de la cama.

—Sabes que puedo caminar, ¿verdad? —bromeé.

Sus rasgos adoptaron la misma expresión que cuando le advertí sobre mi pierna.

—¿Y?

5

—¿Qué pasa con la residencia de ancianos? —le pregunté a Jakob.

Nos habíamos duchado y estábamos otra vez en la cama. Me había dejado una camiseta para dormir. Tenía un fresco aroma a lima y me quedaba enorme. Fuera, la oscuridad se atenuaba en el cielo nocturno y una corona de oro rojizo comenzaba a elevarse hacia el este. Eran las cinco de la mañana. Me pesaban tanto los párpados que habría necesitado palillos para mantenerlos abiertos, pero tenía que saber si la nana estaba en peligro.

Jakob me miró a los ojos.

—Están metiendo drogas en Kearny.

—Creía que no vendíais aquí —señalé frunciendo el ceño.

—Y no lo hacemos. No son nuestras. En su mayoría son fármacos de gama alta que requieren receta, y creemos que alguien del personal de Magnolia está sustituyendo los medicamentos de los ancianos por placebos y vendiendo los auténticos por su cuenta.

Me giré sobre la espalda y me presioné los ojos con las manos.

—Me cago en todo. ¿Sabes lo mucho que investigué antes de elegir Magnolia Hills? Tenían la mejor reputación del estado en el tratamiento del alzhéimer.

—Esto es algo reciente —aseguró Jakob—. Y aún no hemos podido demostrarlo. No es más que una sospecha.

Aparté las manos y lo miré.

—¿Por qué no habéis podido demostrarlo? ¿No habéis hablado con la dirección?

Él negó con la cabeza.

—No querrían escucharnos. Los Reyes no somos bienvenidos en Magnolia Hills.

—Creía que todos los negocios locales os adoraban.

Los Reyes tenían la costumbre de ayudar a los comercios familiares con dificultades, frecuentándolos cuando el negocio iba mal o concediéndoles préstamos a tipos de interés bajos con los fondos del club cuando los bancos les denegaban asistencia financiera. En parte, ese era el motivo por el que mucha gente del pueblo aguantaba sus mierdas, además de por todo ese rollo de que eran exmilitares. A pesar de sus defectos, se preocupaban por el pueblo y hacían más por mantener a sus vecinos sanos y salvos que la mayoría de nuestros funcionarios electos.

¿Convertía eso a una banda de traficantes de armas en los buenos de la película? No, pero mi paso por el Ejército me había enseñado que no todo era blanco o negro, como algunos querían hacernos creer.

—Hay miembros del club que tienen allí a sus padres o a sus abuelos —dijo Jakob—. Igual que algunos tipos de los Jokers. Una vez, sus caminos se cruzaron durante las horas de visita.

No hizo falta que me contara más. Los Jokers, un club de moteros asentado al oeste de Kearny, eran los mayores rivales de los Reyes. Sin duda, ese día habían tenido bronca. Tan solo esperaba que ningún residente hubiera resultado herido.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté.

No podía volver a trasladar a la nana. Acababa de instalarse y parecía que Magnolia Hills le gustaba mucho.

—¿Eres su apoderada? —preguntó Jakob.

—Sí.

—¿También para temas médicos?

Asentí con la cabeza.

—Pide que le hagan una prueba farmacológica —propuso.

—¿No se enfadará su médica?

Magnolia Hills tenía varios facultativos en plantilla. La de la abuela era una mujer latina de mediana edad que se apellidaba Perez y hasta el momento había sido excelente. No quería que pensara que cuestionaba la atención que le brindaba a mi abuela.

—Dile por qué quieres hacérsela —respondió—. Que has oído que allí hay alguien sospechoso. Puede que la dirección no quiera escuchar a los Reyes, pero si los familiares de sus pacientes empiezan a quejarse la cosa cambia.

—Vale, sin problema —dije—. ¿Qué más? ¿Quieres que les saque fotos a escondidas a los miembros del personal?

Me miró con gesto divertido.

—Lo mejor sería que la próxima vez me llevaras contigo. Podemos decir que soy tu novio y que quieres presentarme a tu abuela. No les quedará más remedio que dejarme entrar y así podré echar un vistazo por mí mismo.

Me lo quedé mirando.

—Solo si me prometes no hacer nada por lo que acaben prohibiéndome la entrada.

Se las arregló para encogerse de hombros mientras estaba tumbado.

—Te lo prometo.

—Quería ir a verla hoy.

Desvió la mirada más allá de mí, hacia el despertador.

—Entonces, tenemos que cerrar la boca y dormir un poco.

Lo que tienen los rollos de una noche es que se supone que solo duran *una* noche. Si te has dejado llevar y te has quedado a dormir, la mañana siguiente puede ser de lo más incómoda. ¿Vuelves a follar, convirtiéndolo en un rollo de una noche y una mañana? ¿Te ofreces a prepararle el desayuno para agradecerle el orgasmo de una forma un poco rara? ¿O intentas escabullirte antes de que tu ligue se despierte, quedando como una completa idiota?

Yo prefería evitar esos conflictos de raíz. Normalmente, disfrutaba de lo lindo y después me iba a casa con una sonrisa. Eso no es posible cuando alguien te ordena que te quedes y bloquea la puerta del apartamento.

Jakob y yo nos habíamos quedado dormidos cada uno a un lado de la cama, con mucha distancia entre los dos, pero, cuando me desperté a las pocas horas, tenía un fornido brazo sujetándome la cintura contra el colchón y la pierna izquierda apoyada sobre una de las de Jakob. En algún momento de la mañana, él había acurrucado la cabeza en mi cuello y ahora yacíamos así, compartiendo la misma almohada y con su aliento calentándome el hombro mientras el sol se asomaba por los bordes de las cortinas e iluminaba la estancia con su resplandor de mediodía. El reloj marcaba las 11.06. Adiós a la idea de llegar a la residencia en cuanto abrieran.

Le di un toquecito con el hombro.

—Jakob.

Se despertó sobresaltado y se cernió detrás de mí como una serpiente lista para atacar.

Levanté las manos entre nosotros.

—¡Guau!

—¿Krista? —preguntó con voz ronca por el sueño.

—Sí. Sigo aquí.

—Lo siento —se disculpó mientras se frotaba la cara con una mano.

—No pasa nada.

Nota mental: no volver a despertar a Jakob Larson de un sueño profundo nunca más. Debería haberme dado cuenta de que eso no se le hace a un veterano de guerra, pero solo había dormido seis horas y el cerebro aún me iba lento.

Una vez superada la amenaza de violencia, aparté las manos y me levanté, no sin cierta dificultad. Tenía la pierna agarrotada, pero la noche había merecido la pena.

—Tengo que volver a casa a cambiarme antes de ir a ver a mi nana —dije—. ¿Quedamos en Magnolia Hills sobre las doce y media?

Él asintió y se recostó contra el cabecero.

—Claro.

Tenía el pelo revuelto por haber dormido con él mojado. Parecía cansado y satisfecho; nunca lo había visto tan relajado. Tenía las mantas amontonadas alrededor de la cintura, revelando su cincelado torso en todo su esplendor. Entonces me falló la rodilla derecha y tuve que agarrarme a la barandilla protectora para mantener el equilibrio.

Jakob me puso las manos en las caderas para sostenerme.

—¿Todo en orden? —preguntó.

—Todo en orden, solo estoy un poco dolorida.

Las manos desaparecieron.

—Es el efecto que provoco en las mujeres.

Le eché una mirada por encima del hombro. Su sonrisilla arrogante se correspondía con el tono zalamero y provocador que había utilizado. Entrecerré los ojos y él sonrió aún más. Vaya, vaya. Jakob Larson tenía sentido del humor.

—Me refería a la pierna. No a la vagina —respondí para desinflar un poco su gigantesco ego.

Su camiseta me favorecía igual que un saco de patatas, pero, por la forma en que me miraba, cualquiera diría que estaba completamente desnuda.

—Sabía que debería haberlo alargado un rato más —contestó arrastrando las palabras.

—Madre mía, te lo tienes muy creído —le recriminé mientras recogía mi ropa del suelo.

Necesitaba hacer pis. Me había aplastado la vejiga con el peso de su brazo.

Se reclinó y apoyó las manos detrás de la cabeza, atrayendo mi mirada hacia sus bíceps, y me dedicó una oscura sonrisa de pura arrogancia masculina.

—Dijo la mujer que prácticamente me suplicó que hubiera una próxima vez.

Cerré la boca de golpe y, cojeando, me fui a esconderme al baño. Es verdad que había dicho eso, ¿no? Por Dios, y además iba en serio. Incluso en ese mismo momento, al verlo recostado contra el cabecero, la mente se me llenó de pensamientos obscenos y me

imaginé haciéndole todo tipo de cosas que le borrarían ese gesto de suficiencia.

Pero no teníamos tiempo para nada de eso. La nana era lo primero. Tenía que salir pitando de allí, cambiarme y asegurarme de que no le estaban dando Tic Tac en lugar de los inhibidores de colinesterasa que supuestamente la ayudaban con la pérdida de memoria.

Me centré en lo mío y me puse la ropa de la noche anterior. No había forma de evitar el espejo que descansaba sobre el lavamanos de Jakob, así que hice lo posible por arreglarme frente a él. Tenía los ojos, de color marrón oscuro, un poco irritados y los labios aún más carnosos de lo habitual, prueba del buen uso que les había dado la noche anterior. Entre eso y el pelo, que se me había rebelado por completo mientras dormía, parecía como si me hubieran dado una buena paliza.

Cuando reaparecí, Jakob estaba en la cocina, con unos vaqueros desgastados que le quedaban por las caderas. No llevaba camiseta y el aire se me escapó con un «Ufff» sordo. Era diferente ver todos esos músculos a plena luz del día. En el suave resplandor de la noche anterior, las sombras jugaban sobre su piel, suavizando sus ángulos, otorgándole un aspecto menos macizo, más maleable. Y mirarlo desde arriba esa mañana mientras él estaba sentado en la cama había distorsionado mi perspectiva y me había hecho olvidarme momentáneamente de la inmensidad de su tamaño. Ahora se me antojaba indestructible. Ahora era imposible ignorar el hecho de que parecía la versión exterminadora de un ser humano. Sus bíceps eran tan grandes como mis muslos. Podría haberme

columpiado en sus músculos trapecios. Más que abdominales, tenía ladrillos apilados en el torso.

Se detuvo junto a la encimera y se volvió hacia mí, y el aroma a café recién hecho me impregnó la nariz.

—¿Cómo lo tomas?

«Como tú quieras dármelo», estuve a punto de soltar.

La mayoría de la gente sentía rechazo por las cosas que la intimidaban. A mí, en cambio, siempre me habían atraído. Supongo que respondía a algún tipo de necesidad enfermiza de demostrar mi valía. De convencerme a mí misma de que podía ser igual de mala, igual de cruel, igual de peligrosa. O de que la gran Krista Evans no le temía a nada. Fuera cual fuera el motivo, Jakob me atraía como un imán. Era medio salvaje, lo precedía una tremenda reputación de violento y, aun así, lo único en lo que yo pensaba en ese momento era en cómo convencerlo para que me dejara atarlo al mueble más cercano. El hecho de que me hubiera puesto a fantasear con la idea de que alguien tan peligroso decidiera someterse a mí era un tema completamente diferente que le tocaría desentrañar a mi terapeuta.

—Krista.

Parpadeé.

Jakob estaba de pie con la jarra de café en la mano, observándome. Su expresión se llenó de picardía y arrogancia.

—Por un momento he pensado que te estaba dando un ictus. ¿Quieres que me ponga una camiseta o ya estás bien?

Me ardía la cara de vergüenza. No era de sonrojarme fácilmente, pero, joder, es que me había pillado babeando por él.

«Bien hecho, Krista». En lugar de desinflarle el ego, se lo había conectado a un tanque de helio. Por su sonrisa de engreído, sabía

que nunca lo iba a olvidar.

—Estoy bien —mascullé.

—¿Cómo tomas el café? —repitió.

—Solo con leche, si tienes —contesté intentando actuar con la mayor naturalidad posible. El Ejército me había enseñado que responder a ese tipo de bromas solo empeoraba las cosas.

Sacó una taza para llevar de un armario, me la llenó y se reunió conmigo en la puerta mientras yo me calzaba las zapatillas.

—Aquí tienes.

La cogí mientras me erguía, impresionada pero un poco confusa. Jakob no parecía mal tío. Quizá fuera un pelín arrogante, pero, seamos realistas, se había ganado a pulso esa seguridad en sí mismo. Y quizá se había mostrado brusco, reservado sobre su vida y, a veces, demasiado dominante, pero luego estaban esas otras pequeñas cosas, como no haber sentido rechazo por mi pierna, que me hubiera llevado hasta la ducha, su oscuro sentido del humor y ahora lo del café, que me hacían pensar que no acababa de merecerse esa mala reputación.

—Gracias —le dije.

—De nada. —Apartó la silla del pomo de la puerta, abrió los cerrojos, y luego se giró y se fue hacia la cocina sin mirar atrás—. Nos vemos luego.

Me tragué mi frustración y salí del apartamento. *Para nada* había deseado que me diera un beso de despedida. Vamos, ni de coña.

Casi me había convencido a mí misma de que eso era cierto cuando me fui con el coche, saboreando uno de los mejores cafés caseros que había tomado en años.

6

La residencia de ancianos Magnolia Hills se erguía en un excelente terreno de cuatro hectáreas sobre las ondulantes colinas de Texas. En su mayoría era zona verde, con vastas extensiones de césped muy bien cuidado salpicadas aquí y allá de unos imponentes robles que proporcionaban una sombra bastante necesaria. Había unas pintorescas vallas de madera que separaban un área de la siguiente. Los senderos serpenteaban perezosamente por todo el recinto y el personal no dejaba de animar a los residentes a que salieran e hicieran un poco de ejercicio los días que no había alertas de bandera negra.

A la nana y a mí nos gustaba escaparnos por la puerta de atrás cuando iba a visitarla y pasarnos horas paseando. A veces nos dirigíamos hacia nuestro banco favorito. Se encontraba bajo un magnolio que daba nombre a la residencia, en la cima del cerro más alto de la finca. Allí nos sentábamos juntas a charlar mientras las nubes, blancas y esponjosas, desfilaban sobre nosotras. Estábamos en la tierra de los cielos inmensos, donde las vistas se extendían hacia el horizonte en todas direcciones.

Estacioné en el aparcamiento de la residencia y apagué el coche. El edificio en sí era menos imponente que los alrededores. Solo tenía

tres pisos y no se había construido para impresionar, sino para resistir los tornados que azotaban la región cada primavera.

A las doce y media en punto, oí el rugido de una motocicleta revolucionada. Cuando miré, Jakob estaba aparcando junto a mí. Debí de haberme imaginado que sería puntual. Apagó el motor, se bajó de la moto y se quitó el casco. Ataviado con sus prendas de cuero de los Reyes, parecía tan inaccesible y peligroso como la noche anterior en el bar.

Tal vez aquello fuera un error.

Dejó el casco sobre el asiento de la moto, consciente de que nadie iba a ser tan idiota como para robárselo, y se acercó con total parsimonia hasta mi puerta. Llevaba unas gafas de sol que me impedían verle los ojos y no tenía ni idea de si su mirada seguía siendo tan cálida como esa mañana o si se había vuelto a congelar.

—¿Te vas a quedar ahí sentada todo el día o nos ponemos manos a la obra? —preguntó con la voz amortiguada por el cristal.

Estaba segura de que aquello era un error.

Suspiré y salí del coche. Jakob se quitó los guantes de la moto mientras nos dirigíamos hacia la puerta principal. Se los guardó en el bolsillo de la chupa y alargó la mano para entrelazar los dedos con los míos, haciéndose pasar por mi novio.

Los problemas comenzaron nada más pasar por la puerta.

En la entrada, un hombre corpulento que vestía un uniforme de seguridad se levantó de una silla y nos cerró el paso, separando bien los pies, como si fueran a embestirlo. Tenía la piel negra clara, llevaba la cabeza rapada y su complexión me hizo pensar que era capaz de sacarnos literalmente al vuelo de allí. Se llamaba Hank. Yo había charlado con él varias veces, sobre todo cuando había una

cola de visitas esperando para firmar el registro. Era un expolicía que trabajaba para el servicio de seguridad del centro. Magnolia Hills los había contratado a él y a otros agentes para ayudar con los pacientes más rebeldes. No era de extrañar que las personas con demencia se volvieran violentas y, a veces, hasta los celadores más fornidos del personal necesitaban que les echaran una mano.

Hank siempre había sido de lo más amable conmigo, pero en ese momento no se molestó en ocultar su cara de repulsa mientras miraba fijamente a Jakob.

Le apreté la mano a mi supuesto novio, rezando para que me dejara ocuparme del asunto.

—Hola, Hank.

—No puedes entrar —espetó con la vista clavada en Jakob.

El motero se puso rígido y me apretó más fuerte la mano.

«Mierda».

Me solté antes de que me lastimara los dedos y me puse delante de él, con la esperanza de apaciguar la situación.

—Hank, es mi novio. No ha venido a crear problemas. Solo quiero que conozca a mi abuela.

Él por fin posó la mirada en mí, reconociéndome al instante.

—¿Estás saliendo con un miembro de los Reyes, Krista?

Asentí con la cabeza.

—Trabajo en el Charley's, ¿recuerdas?

Él arrugó el entrecejo.

—No serás una de ellos, ¿verdad?

—No. Mira, te prometo que no habrá ningún problema. Solo quiero que conozca a mi nana, ahora que todavía… —respiré hondo e imposté cierto tembleque de voz— es mi abuela, ya sabes.

Se le suavizó la expresión. Él sabía que ella tenía alzhéimer y que había empezado a fallarle la memoria a corto plazo. Me sentí como una capulla por jugar esa carta y manipularlo intencionadamente, pero, si así lograba proteger a la nana y a sus amigos de algún candidato a traficante de drogas, haría eso y cosas peores, y más adelante ya rezaría para obtener la absolución.

Hank volvió a mirar a Jakob. Se le endurecieron los rasgos.

—Si te pasas de la raya, te pego un tiro —sentenció, apoyando la mano sobre la culata de la pistola que llevaba amarrada al cinturón.

Jakob no dijo nada, pero el gesto brusco que hizo con la barbilla podría considerarse de asentimiento.

Esperé en tensión mientras Hank lo miraba y luego exhalé un suspiro entrecortado cuando por fin se hizo a un lado y nos dejó entrar. Por su expresión, supe que nuestros días de charleta amistosa mientras esperaba para ver a la nana habían terminado. Como expolicía, tenía sentido que odiara a los Reyes —se habían librado de cargos de asesinato en el pueblo, si algunos de los rumores más desagradables que había oído eran ciertos—, pero no pude evitar sentir una punzada de tristeza que iba ensombreciendo mi estado de ánimo a medida que dejábamos atrás la entrada.

Por suerte, la zona de recepción estaba bastante despejada. Solo había otros dos grupos de visitas delante de nosotros, esperando para entrar: tres hombres latinos mayores y una pareja joven que parecía de origen asiático oriental con dos niños revoltosos corriendo alrededor. La mujer se giró al oír las estruendosas pisadas de las botas de Jakob sobre el mármol y en cuanto lo vio se le borró la sonrisa. Se inclinó hacia su marido y le susurró al oído mientras nos

acercábamos. Él miró hacia atrás y agarró a sus hijos, manteniéndolos cerca de él.

Si Jakob se sintió ofendido, no lo demostró. Examinó la sala en la que nos encontrábamos con un gesto de aburrimiento absoluto, como si no quisiera estar ahí. De lejos, era imposible que nadie se diera cuenta de lo concentrado que estaba, de cómo parecía captar cada detalle. A nuestra derecha se abrió una puerta y él se volvió para seguir con los ojos al hombre que había salido por ella. Lo miró de tal forma que yo también giré la cabeza.

Se trataba de un tipo blanco que rondaba la treintena. Vestía un traje azul marino que le quedaba como un guante y revelaba anchura de hombros y una cintura estrecha. Tenía el atractivo de los pósteres antiguos de Abercrombie. Llevaba el pelo castaño cortado a cepillo. El intenso color dorado de su piel delataba una vida al aire libre. Parecía joven, exitoso y tremendamente seguro de sí mismo.

Mientras caminaba, iba recorriendo la sala con su oscura mirada, que acabó deteniendo un momento en Jakob y luego en mí. Yo era una mujer atractiva. Estaba acostumbrada a que me dieran esos repasos. Por Dios, la primera semana que trabajé en el Charley's me entraron más veces de las que podía contar. Ese hombre me miraba con interés, pero no parecía una mera admiración. Me examinó de arriba abajo con una precisión clínica, como si estuviera comparando mis rasgos con algún tipo de base de datos interna. Debía de ser médico.

Un segundo después, apartó la vista y se esfumó por otra puerta. No volvió a aparecer, pero Jakob se quedó mirando en esa dirección como un sabueso. ¿Habría reconocido a ese tipo? No podía preguntárselo sin que nos oyeran. Entre lo cavernoso del espacio y

el mármol que cubría el suelo, esa sala poseía una acústica por la que cualquier teatro mataría. Todos los sonidos se amplificaban, incluso los susurros apagados de la pareja que teníamos delante.

Tras varios minutos de incomodidad, nos acercamos a la recepción. La mujer blanca que había detrás era aún más alta que yo y de constitución robusta. De cuarenta y pocos años, llevaba el pelo castaño claro recogido en el mismo moño sobrio de siempre. Nos miró con sus penetrantes ojos color avellana a través de unas gruesas gafas de pasta.

Puse las manos sobre el mostrador y sonreí, tratando de no parecer amenazante.

—Hola, Annie.

Ella señaló a Jakob con la cabeza.

—Él no puede entrar.

Le repetí la misma historia lacrimógena que le había contado a Hank, pero, por desgracia, ella era inmune a mi cara bonita y mis lágrimas de cocodrilo.

—La última vez que dejamos entrar a uno, acabamos con veinte mil dólares en daños —aseguró con un firme gesto de obstinación en la barbilla.

Vale, ¿y eso por qué narices no había aparecido en mi búsqueda de Google? ¿Daniel King se había encargado de suavizar o encubrir el asunto?

Jakob se puso a mi lado y deslizó dos billetes nuevos de cien dólares por el mostrador hacia Annie.

—No daré problemas.

Ella miró el dinero un segundo y después le echó un rápido vistazo a la sala. Por suerte, no había nadie más en la cola detrás de

nosotros, porque en ese caso quizá no se habría sentido tentada a aceptar el soborno. Finalmente, con una expresión que aseguraba que no quería hacer aquello por nada del mundo, extendió la mano y cogió los billetes.

—Más te vale —contestó.

Nos apunté en el registro y alejé a Jakob de allí, rezando para que nadie más intentara detenernos. Su cara de «que te jodan» volvió a aparecer en todo su esplendor y, por cómo apretaba la mandíbula, me preocupó que pudiera golpear a la próxima persona que lo mirara raro.

Y justo por eso no buscaba más que un rollo de una noche con él. Por eso no quería ser su novia. No quería estar preocupada por sus cambios de humor. No quería allanarle el camino ni enfadarme cuando la gente lo tratara como si tuviera la rabia. Tenían todo el derecho a temerlo. Estaba en una banda, joder. Había muchas maneras de adornarlo, pero, aunque todos los Reyes fueran veteranos, también formaban parte de una organización criminal.

Me dirigí a grandes zancadas hacia la habitación de la nana con mi propia cara de «que te jodan», arrepintiéndome de haberlo dejado ir. Por ese tipo de cosas no debería aceptar nada que me propusieran justo después de follar: las hormonas me nublaban el cerebro y me impedían tomar buenas decisiones.

El pasillo estaba vacío y nuestro calzado resonaba estrepitosamente sobre el suelo de baldosas. De repente sentí un tirón en el brazo y me vi aprisionada contra la pared, con Jakob alzándose imponente frente a mí. En ese momento, a plena luz del día y ya muy molesta con él, no me parecía ni de lejos tan sexy como la noche anterior. Le puse las manos en el pecho y le di un

empujón. Mi pierna era un verdadero fastidio, pero iba al gimnasio cuatro veces por semana y tenía músculo y técnica suficientes como para mover a alguien del tamaño de Jakob si me lo proponía. Al pillarlo con la guardia baja, se tambaleó unos pasos hacia atrás. Sus ojos reflejaron una enorme sorpresa antes de endurecer el gesto.

—¿Qué te pasa? —gruñó.

—Ya no estamos en tu apartamento —dije en voz baja para que no se oyera—. No tienes permiso para agarrarme cuando te dé la gana.

Me echó una mirada característica de los Reyes.

—Vale, pero ¿qué te pasa *de verdad*?

—No debería haber accedido a hacer esto —respondí—. A partir de ahora, aquí todos van a tratarme diferente, porque pensarán que estamos saliendo.

En cuanto las palabras abandonaron mi boca, me di cuenta de hasta qué punto me hacían quedar como una capulla. Como si me avergonzara de él. No era el caso. Me importaba una mierda lo que pensaran los demás, simplemente no me apetecía estar escuchando los juicios de la gente. Con lo franca que era, tarde o temprano acabaría llamándoles la atención y las cosas se pondrían aún más feas.

—Jakob…

—Ya veo —intervino antes de que pudiera disculparme—. No vaya a pensar nadie que la novia de Estados Unidos se ha rebajado a salir con un puto miembro de los Reyes.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Qué quieres decir con *eso*?

Agitó una mano hacia mí.

—Parece que te has arreglado para ir a misa.

Me eché un vistazo. Llevaba una falda tobillera de cintura alta con una camiseta de tirantes ajustada metida por dentro que me hacía unas tetas increíbles. A mí me parecía que me quedaba bastante bien, y si había elegido esa ropa había sido, en parte, por cómo pensaba que reaccionaría Jakob al verme con ella. Pero esa no era la respuesta que esperaba. Sus palabras me dejaron helada y me sentí como una idiota por haber querido impresionarlo.

—Tú no eres quién para hablar de ropa —repliqué, ya algo airada —. Vas cubierto de cuero negro de los pies a la cabeza y estamos a veintisiete grados.

—Para protegerme si tengo un accidente con la moto —espetó.

Desplegué los brazos.

—Estamos dentro. Aquí no hay peligro de caerse. Pero tú no te quitas esa chupa en todo el día, no vaya a ser que la gente no sepa que eres de los Reyes.

Se acercó y, con voz grave e iracunda, dijo:

—Soy de los Reyes lleve o no la chupa.

Abrí la boca para contestarle y me di cuenta de que no merecía la pena.

—Deberías irte —dije en su lugar.

Él clavó los ojos en los míos como un taladro subártico.

—No.

—No necesito que estés aquí para que le hagan las pruebas a mi abuela y, después de esto, la idea de fingir que eres mi novio delante de ella me da ganas de vomitar.

Bajó aún más el tono.

—Me necesitas y lo sabes. Estás metiendo las narices en asuntos turbios. Supera tu cabreo conmigo y piénsalo, Krista. Si le dices a tu médica que alguno de los empleados está traficando con medicamentos sin el respaldo de los Reyes, te convertirás en un blanco fácil. Quienquiera que sea tan imbécil como para jugársela a mi banda no tendrá ningún problema en cerrarle la boca a una mujer entrometida.

—Puedo cuidar de mí misma —contesté.

Él resopló.

—Y una mierda. Cualquier luchador que se precie detectaría esa pierna lesionada a un kilómetro de distancia. Es lo primero que golpearía yo, y sabes que si un tipo de mi tamaño te diera una buena patada estarías jodida.

Apreté los puños hasta clavarme las uñas en las palmas. Qué rabia de hombre.

—Eres un gilipollas.

Esbozó una sonrisa tan fría como sus ojos.

—Nunca he dicho lo contrario.

Cierto. La idiota que había malinterpretado un momento de decencia humana básica como prueba de que Jakob Larson era mejor de lo que parecía había sido yo.

No volvería a cometer ese error.

7

Me detuve frente a la puerta de la nana y respiré hondo varias veces. Jakob estaba justo detrás de mí. Había accedido a que viniera conmigo, incluso tras nuestra discusión en el pasillo de abajo, porque él tenía razón: sola era un blanco fácil. No me preocupaba tanto eso, a pesar de su insistencia en que yo no podía cuidar de mí misma, como el hecho de que, en consecuencia, también podía acabar convirtiendo a la nana en un blanco fácil. Si alguno de los empleados era corrupto, le resultaría muy fácil atacarla para vengarse de mí, y eso no me lo perdonaría nunca.

Mi única condición era que no le mintiéramos a la nana. Delante de ella no podía hacerme pasar por la novia de Jakob. Al menos de momento. Y, a juzgar por cómo se había cerrado, él tampoco estaba preparado para fingir que nos habíamos enamorado locamente.

Respiré hondo una última vez para calmarme y me volví hacia Jakob. La ropa de cuero que llevaba era negro mate, como su moto, y la luz parecía esquivar su silueta como si le tuviera alergia. Sus ojos azules no mostraban ningún atisbo de calidez. Estaba ahí plantado como un fragmento de noche, proyectando un aura de violencia estigia. Los rellenos de kevlar de su chupa lo hacían parecer aún más gigantesco. Si no lo conociera, habría puesto tierra de por medio. Y aun conociéndolo quería dar un paso atrás.

Cuando me puse frente a él centró su mirada en mí, tan intensa e inflexible como siempre.

—Nada de mentirle a ella, ¿vale? —dije—. Vamos a contarle la verdad para que acceda a ayudarnos en sus propios términos.

—Nada de mentiras —repitió él.

—Está aquí porque tiene alzhéimer —le conté.

Ya se lo había insinuado en su apartamento, pero no se lo había dicho abiertamente y necesitaba que estuviera preparado para la visita.

No me respondió. A diferencia de Hank, yo ni siquiera tenía la garantía de un ligero gesto de asentimiento.

Apreté los dientes para contener un chispazo de irritación y me obligué a usar un tono neutro.

—No sé si hoy va a tener un día bueno o malo, así que prepárate para repetir las cosas un par de veces. Puede que pregunte lo mismo en más de una ocasión. Si lo hace, síguele la corriente. No señales que ya te ha hecho esa pregunta. Eso solo la confundirá y empeorará las cosas.

De nuevo, no hizo más que mirarme fijamente.

Sentí que se me contraía la mano derecha, deseosa de abofetearlo. En lugar de eso, me di la vuelta y descargué mi rabia contra la puerta, golpeándola tan fuerte que hasta me dolieron los nudillos.

—¡Adelante! —gritó la nana.

Abrí de un empujón y entré. El apartamento de mi abuela era igual que cualquier otro de clase media. A mi derecha había una cocina luminosa, de estilo rústico. Justo delante estaba el salón, elegantemente decorado con muebles de su última casa. Frente a la

entrada se abría una gran hilera de ventanales, con una puerta corredera en el centro. Las estancias estaban orientadas al sudoeste, hacia los campos, y a esas horas, cuando la mañana comenzaba a dar paso a la tarde, la luz inundaba el interior. La puerta corredera daba a un amplio balcón repleto de muebles de exterior y macetas de terracota que albergaban un jardincito de hierbas.

La nana se abrió paso por el salón y vino hacia mí con los brazos abiertos.

—Aquí está mi niña.

La abracé más tiempo del habitual, porque en ese momento necesitaba su consuelo y su calidez.

—¿Va todo bien, cariño? —preguntó ella.

—Sí —respondí separándome un poco—. Nana, este es Jakob Larson. Jakob, esta es mi abuela, Isabelle Evans.

A él se le formó un pequeño pliegue entre las cejas mientras la miraba. ¿Sería de sorpresa? Mi nana no encajaba en el estereotipo del paciente con alzhéimer. Era alta, como yo, y caminaba con la columna recta a pesar de sus sesenta y largos. Ese día llevaba suelta su rubia melena, que le caía por la espalda como una cascada de ondas. Llevaba toda la primavera pasando mucho tiempo al aire libre, así que lucía una piel sonrosada, con los primeros signos de un bonito bronceado. Tenía un rostro juvenil y unos penetrantes ojos verdes que centró en Jakob.

—Encantada de conocerte, Jakob —saludó la nana, tendiéndole la mano.

Contuve la respiración, rezando para que al menos se mostrara educado.

Él dio un paso adelante y se la estrechó.

—Igualmente, señora Evans.

—Llámame Izzy —dijo la abuela mientras se soltaban. Dio un paso atrás y me dio un codazo—. Bien hecho —señaló con tono de admiración.

Casi me atraganto.

—Nana, que te está oyendo.

—Ya lo sé —afirmó sin dejar de mirarlo como si él fuera un gran vaso de agua y ella estuviera muriéndose de sed—. Pero tiene pinta de que, en las circunstancias adecuadas, podría ser un auténtico cabronazo, así que quiero caerle bien.

—Nana, te lo suplico. Corta el rollo.

Jakob desvió la mirada hacia mí.

—Ya veo de quién has sacado esa boquita.

La mujer soltó una carcajada.

—Ay, Jakob, creo que tú y yo nos vamos a llevar de maravilla. —Se acercó a él, sin miedo, y lo cogió del brazo—. Venga, entra y cuéntame cómo conociste a mi pequeña.

Lo condujo hacia el salón, pasando junto a mí. Y él se dejó. Me quedé de piedra, arrepintiéndome más y más de ese día a cada segundo que pasaba.

—En el bar —dijo Jakob.

—¿De verdad? Yo conocí a mi difunto marido en un bar.

Sus palabras me sacaron de mi ensimismamiento.

—No somos nada, nana —traté de explicar mientras me acercaba a ellos.

Ella nos miró alternativamente a Jakob y a mí, y luego resopló.

—Tonterías. Estáis más erizados que un par de puercoespines cabreados. Si no acabáis de tener una riña de enamorados, me trago

mis palabras. —Tiró de Jakob para sentarlo en el sofá, a su lado, y lo miró con seriedad—. ¿Qué ha pasado?

Él desvió la vista hacia mí.

Yo lo observé. «No seas desgraciado».

—Le dije una verdad incómoda que no quería oír —contestó sosteniéndome la mirada.

«¡Desgraciado!».

La nana dio unas palmaditas sobre su antebrazo cubierto de cuero.

—Muy bien. A veces es más terca que una mula. Necesita un hombre con arrestos que le hable claro.

Me ardía la cara, pero no de vergüenza, sino de rabia. ¿Una verdad incómoda? ¿Creía que me había dicho una verdad incómoda que yo no quería oír? ¿Que para mí suponía algún tipo de novedad que mi pierna fuera mi puto punto débil?

Había una enorme diferencia entre un amor malsano y ser gilipollas, y, por cómo me había dicho en el pasillo que no podía cuidar de mí misma, estaba claro que él era un gilipollas de mucho cuidado. No lo había hecho para protegerme ni para que afrontara una realidad complicada. Me lo había dicho porque estaba furioso y con un tono de voz de mierda destinado tanto a menospreciarme como a herirme. Bueno, pues lo había conseguido. Si mi nana no hubiera estado allí, le habría caído una buena bronca. Jakob necesitaba oír ciertas verdades incómodas.

Me senté en el sofá de dos plazas que había frente a ellos.

—Nana, no somos nada —repetí.

Porque no lo éramos. Lo de anoche había sido algo puntual. De eso estaba segura al cien por cien.

Ella se volvió hacia mí con una sonrisita que desapareció en cuanto vio mi expresión.

—¿Qué pasa?

—Jakob es miembro de los Reyes —dije.

—¿Quiénes son los Reyes? —preguntó.

Ya le había hablado de ellos, pero tampoco me sorprendía que lo hubiera olvidado. El alzhéimer suele afectar primero a la memoria a corto plazo.

La nana recordaba con todo lujo de detalles el vestido que yo había llevado en el recital de quinto, pero, si le preguntara qué había desayunado ella misma el día anterior, era posible que no supiera responderme.

—Son un club de moteros de la zona —aclaré—. Creen que alguno de los empleados del centro podría estar robándoles medicamentos a los residentes y sustituyéndolos por placebos para vender los fármacos en el pueblo.

La nana frunció el ceño. Mucho.

—Me cago en la leche, Krista. Investigamos este sitio. Se suponía que era el mejor.

Sonreí. Sí, había heredado mi boquita de ella. Además, recordaba haber investigado aquel lugar conmigo. Aquel debía de ser uno de sus mejores días.

—Es un problema nuevo —dije.

—¿Qué necesitáis? —Desvió la mirada de mí a Jakob—. ¿Queréis que espíe al personal? ¿Que os informe desde dentro?

Él negó con la cabeza.

—No. Queremos que te hagan unas pruebas farmacológicas para asegurarnos de que no están manipulando tus medicamentos —

explicó.

—Sin problema —respondió ella—. Tengo cita con la doctora Perez dentro de una hora. Se lo podemos preguntar.

Jakob se giró hacia mí.

—Enséñame este sitio mientras esperamos.

Míralo, exigiéndome cosas como si le debiera una puta mierda, después de cómo se había comportado.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿No has experimentado suficiente tensión al entrar? ¿Quieres intimidar a algunos ancianos, ya que estás aquí? ¿O quizá tentar a la suerte con Hank y comprobar si de verdad es capaz de dispararte?

—¡Krista! —exclamó la nana con tono de regañina.

Apreté la mandíbula y evité mirarla a los ojos. *No* pensaba disculparme con él.

—Quiero ver si reconozco a alguno de los empleados —sentenció Jakob—. Si veo a algún cabrón sospechoso entre el personal, nos ahorraríamos mucho tiempo.

Mierda. Por muy tentador que fuera cerrarle el pico porque sí, en mi cabeza siempre acababa imponiéndose la lógica. Lo que decía tenía sentido. Además, puede que aquella fuera su única oportunidad de echarle un vistazo a ese lugar. Iba a tener que enseñárselo. No me gustaba, pero iba a hacerlo, y eso me resultaba molesto. Seguro que era mucho más fácil ser una de esas personas que enterraban la cabeza en la arena y dejaban que sus emociones dictaran ciegamente las decisiones que tomaban. A veces envidiaba a esa gente.

—De acuerdo —concedí—. Pero pórtate bien.

—Mira quién fue a hablar —replicó él.

—Ufff, cuánta tensión hay entre vosotros —señaló la nana levantándose del sofá. Suspiró con cierta nostalgia—. Lo que más me gustaba de pelearme con tu abuelo era cuando llegaba el momento de hacer las paces.

«Puaj».

—Nana, no necesitaba esa información.

A ella se le dibujó una sonrisa.

—Una vez rompimos una mesa.

Me entraron náuseas y me tapé los oídos para evitarme más traumas.

Ella se rio. La conocía; el peligro no había pasado. Para mi abuela, no había nada más entretenido que avergonzar o escandalizar a quienes tuviera alrededor, por lo que, aunque sabía que eso me haría quedar como una idiota delante de Jakob, mantuve los dedos en los oídos y empecé a tararear para ahogar su voz mientras la seguía fuera de su apartamento.

A los diez minutos, abandoné cualquier esperanza de que Jakob y yo no fuéramos la comidilla del pueblo al caer la noche. La nana no paraba de presentárselo a todo el mundo como «el apuesto novio de mi nieta» y, cuando le decía que dejara de hacerlo, me mandaba callar.

—Solo ayudo a mantener la farsa —aseguró—. Además, acompañar a un delincuente peligroso por las instalaciones me hará ganar popularidad. Sin ánimo de ofender, Jakob.

Mi abuela, la reina del baile.

A Jakob se le ensombreció el rostro nada más entrar en la cafetería. Examinó la sala con su gélida mirada.

—No me has ofendido.

¿Me lo estaba imaginando o acababa de añadir un toque aún más amenazante en su expresión solo para satisfacer a mi abuela?

Desde el momento en que la doctora Perez puso un pie en el apartamento de la abuela, quedó claro que no era precisamente fan de Jakob. Al verlo, se detuvo en seco. Era una mujer de cuarenta y tantos, menuda y esbelta, con la piel muy bronceada. Tenía el pelo oscuro cortado en una media melena. Vestía unos elegantes pantalones negros con una blusa de seda blanca de cuello redondo metida por dentro. Llevaba una chaqueta negra desabrochada con las mangas remangadas, que dejaban a la vista una franja del forro de seda rosa. Su estilo era refinado y profesional y, por mucho que intentara copiárselo, siempre había algún detalle que se me escapaba.

Cruzamos la mirada y su expresión se tornó en decepción.

—¿Cómo lo has metido aquí? —Levantó una mano para impedir que respondiera—. Y, lo que es más importante, ¿por qué?

La puse al corriente de lo que creíamos que estaba pasando en Magnolia.

Se le arrugó el entrecejo mientras escuchaba, hundiéndose entre la nana y yo en el sofá. Cuando terminé, miró a Jakob, que se había quedado de pie cerca de la puerta corredera.

—¿Has reconocido a alguien?

Jakob dudó medio segundo antes de negar con la cabeza. Me extrañó, porque me acordaba del hombre que habíamos visto al entrar. Se había fijado en él, pero supongo que en realidad no debía de conocerlo. O eso o estaba mintiendo.

—¿Desde cuándo tienes sospechas? —preguntó la doctora Perez.

—Desde hace un mes —respondió él.

Ella arqueó las cejas.

—¿Y no se te ha ocurrido decírselo a alguien del centro?

Él encogió un hombro, casi como un gesto de desprecio.

—No me habrían hecho caso.

—Yo sí —replicó ella—. Tal vez al principio no habría querido creerte, pero lo habría investigado. —Se volvió hacia la nana—. Me tomo muy en serio la salud de mis pacientes.

Mi abuela sonrió y le dio una palmadita en el brazo, igual que había hecho antes con Jakob. A veces la nana podía ser brusca y un poco impertinente, pero en el fondo era una persona muy cálida.

—Ya lo sé —dijo.

—Eso es genial, doctora —añadió Jakob con un tono más áspero —, pero usted no es quien coge el teléfono aquí.

—Eso no ayuda —señalé antes de volverme hacia la doctora Perez —. ¿Ha notado algo? ¿Algún comportamiento sospechoso por parte de algún empleado? ¿Residentes que no responden a la medicación como deberían?

Ella me lanzó una mirada llena de elocuencia.

—No podría responder a tu última pregunta aunque así hubiera sido. Es secreto profesional.

Vale. Jugaríamos a su manera.

—¿Ha respondido mi abuela a la medicación como cabría esperar?

El brillo de sus ojos indicaba que había hecho la pregunta correcta.

—Ha respondido mejor de lo esperado. A todo menos al fármaco para la artritis.

Torcí el gesto.

—¿Cree que podrían haberlo manipulado?

—Es una posibilidad —afirmó—. Sus brotes han mejorado poco o nada desde que iniciamos el tratamiento y, hasta ahora, eso me tenía desconcertada. Incluso llamé a un colega de Houston especializado en osteoartritis para saber si alguna vez se había encontrado con una respuesta similar.

—¿Y es así? —pregunté.

Ella negó con la cabeza.

—Pero ¿no es una simple receta genérica de antiinflamatorios no esteroideos? —dije—. ¿Por qué querría nadie robar eso? —Como apoderada de la abuela, conocía todas las pastillas que le habían recetado.

La doctora Perez se metió el pelo detrás de la oreja.

—Combinados con litio, a veces consiguen emular los efectos de un opioide. Conlleva un riesgo enorme de reacciones adversas potencialmente catastróficas, pero… —Se encogió de hombros.

Suspiré.

—Pero la gente que quiere colocarse suele estar dispuesta a correr ese riesgo.

El rostro de la nana se endureció.

—Quiero que me hagan esa prueba farmacológica.

La doctora Perez me miró en busca de confirmación.

—Por favor, hágale esa prueba —ratifiqué.

La médica se levantó de su asiento.

—Vuelvo en unos minutos.

En cuanto se fue, me giré hacia mi abuela.

—Más te vale que no encuentre marihuana en tu organismo.

Ella puso cara de inocente.

—No recuerdo haber fumado nada.

Me la quedé mirando. La nana le había dicho a Jakob que a veces yo podía ser terca como una mula, pero lo que no le había contado es que eso lo había aprendido de ella.

—Escudarte en tu alzhéimer me parece de lo más bajo, incluso para ti.

Un destello acerado le atravesó los ojos.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Como quieras, pero sabré si has mentido en cuanto lleguen los resultados.

Se cruzó de brazos y se recostó en el sofá.

—Supongo.

No iba a dar su brazo a torcer, lo que significaba que sin duda había estado fumando marihuana. ¿De dónde narices la sacaba allí dentro?

Junto a la puerta corredera, Jakob miraba por la ventana, como si lo aburriéramos. Seguí su mirada: estaba buscando entre el improvisado jardín de hierbas de mi abuela las características hojas de las plantas de marihuana. No vi ninguna, pero antes de irme saldría a echar un vistazo más en profundidad, por si acaso.

La doctora Perez regresó unos minutos más tarde y se llevó a la nana al dormitorio para recoger las muestras con un mínimo de intimidad. Jakob y yo nos quedamos solos en la sala de estar. Lo ignoré deliberadamente, porque cada vez que lo miraba volvía a subirme por las paredes. Por desgracia, el apartamento de la abuela estaba cubierto de tonos crema y blanco roto, y él constituía un

borrón de oscuridad aislado que se colaba en mi campo de visión incluso cuando yo apartaba la mirada.

Por eso siempre era mejor largarse después del sexo. Antes de que las cosas se complicaran o el recuerdo de un orgasmo alucinante se viera empañado por la revelación de que tu pareja era el mayor de los cretinos. La próxima vez que mi cavernícola interior asomara la cabeza, yo misma le daría con un palo.

—Hecho —anunció la doctora Perez cuando reaparecieron—. Debería tener los resultados del laboratorio mañana por la mañana si los pido con urgencia.

—Gracias —dije, poniéndome en pie—. ¿Me llamará cuando se los comuniquen?

Me prometió que lo haría. Después, salió de allí disparada. Nos había dedicado más tiempo del habitual y tenía que atender a otros pacientes. Antes de irse, también prometió que no airearía nuestras sospechas hasta tener los resultados de mi abuela, y, si había signos de que habían manipulado la medicación, entonces ya decidiríamos qué hacer.

Le dije a Jakob que podía irse, pero él insistió en quedarse hasta que yo me marchara.

Estuve otros veinte minutos con la nana, que me puso al corriente de todo lo que me había perdido desde mi última visita, dos días antes. Me deleitó con el relato del drama acontecido en el comedor —al parecer, en la segunda planta se estaba gestando un asunto escabroso que estalló mientras se comían el pollo a la parmesana—, seguido de una crónica de la partida de cartas que había ganado la noche anterior contra su rival del final del pasillo.

Algunas semanas eran así. Parecía que su memoria estaba perfecta, salvo por algún que otro descuido común en cualquier persona de edad avanzada, como no encontrar las gafas cuando las tenía justo en la cabeza. Otras semanas, en cambio, repetíamos la misma conversación tres veces en un día.

El alzhéimer era brutal. Tan impredecible que, justo cuando creías que tu ser querido estaba mejorando, la enfermedad se recrudecía y te recordaba que no había forma de superarla. Acabaría llevándoselo todo, a mí incluida.

Jakob permaneció en silencio casi todo el rato, pero al menos respondió educadamente a las pocas preguntas que le hizo la abuela. Si hubiera sido grosero con ella, todo se habría ido al garete.

Antes de irnos, revisé las plantas de la terraza. Ninguna era de maría. La nana debía de habérsela comprado a algún vecino. ¿Quién iba a imaginarse que las residencias de ancianos eran auténticos nidos de vicio y pecado?

—¿Nos vemos mañana? —preguntó mi abuela mientras nos acompañaba hasta la puerta—. Tienes el día libre, ¿no?

Asentí, a la vez triste y contenta de que lo recordara.

—Vendré cerca del mediodía.

—Perfecto —dijo ella.

Me gustaría ir en cuanto abrieran las puertas, pero esa noche volvía a hacer el último turno y, si después no dormía un poco, luego no serviría para nada.

Me despedí de la nana con un abrazo y conduje a Jakob fuera de la residencia. Nos echaron algunas miradas de reojo, pero nadie dijo nada y respiré aliviada al salir a la agradable calidez de primera hora de la tarde.

Mientras atravesábamos el aparcamiento, Jakob iba pegado a mí como una lapa. Cuando fui a meterme en el coche —sí, era tan mezquina que intenté huir sin despedirme—, él plantó una mano sobre mi puerta y me impidió abrirla.

—Dame tu teléfono —me soltó.

Me giré para mirarlo.

—¿Por qué?

Se había vuelto a poner las gafas de sol y le ocultaban los ojos.

—Voy a guardar mi número para que me llames cuando tengas noticias de Perez.

—La *doctora* Perez —murmuré mientras rebuscaba en el bolso.

No quería darle mi teléfono, pero me pudieron las ganas de irme de allí cuanto antes, así que se lo entregué. Además, la estúpida de mi parte lógica me recordó que los Reyes se enterarían si pasaba algo. Yo tampoco quería drogas en Kearny, y menos aún si las hacían con fármacos que robaban a gente que de verdad los necesitaba.

Cogió el teléfono e introdujo su número en mi lista de contactos.

—¿Te has fijado en que la buena de la doctora no ha respondido a tu pregunta sobre si algún empleado se comportaba de forma sospechosa?

Fruncí el ceño. No, no me había fijado, pero, pensándolo bien, era verdad que ella había desviado astutamente el tema hacia la medicación que tomaba mi abuela.

—¿Crees que ella ya sospechaba que algo no iba bien en la residencia y tenía miedo de decirlo?

Me devolvió el móvil.

—O eso o está metida en el ajo.

Tras el inquietante comentario, cogió el casco de la moto y pasó la pierna sobre el asiento.

—Nos vemos esta noche.

Enseguida arrancó el motor y se marchó de allí entre estruendos.

8

Llegué a trabajar diez minutos tarde. Después de volver a casa tras visitar a la nana, me había sentado en el sofá y me había quedado dormida al instante. No es lo que había planeado, pero, en cuanto mi cabeza tocó el respaldo del sofá, la falta de sueño de la noche anterior y el estrés de esa mañana cayeron sobre mí como una tonelada de ladrillos.

Y lo estaba pagando.

Odiaba llegar tarde. Durante la instrucción básica, tuve un sargento cuyo lema era «Si no llegas quince minutos antes, llegas tarde». Por desgracia, fue una de esas cosas que se me quedaron grabadas, y saber que iba con retraso y que de ningún modo podría fichar a tiempo me había puesto de un humor de perros.

Esa noche, el jefe de turno era un mamonazo irlandés enorme, Jimmy O'Keefe. Formaba parte de los Reyes y del círculo de amigos de Charley. Los dos habían servido juntos en la primera guerra de Irak. Todos los empleados lo odiábamos. Durante sus turnos no hacía más que beber cerveza gratis y parlotear con los clientes. De vez en cuando berreaba alguna orden desde su taburete para hacerse el importante y, si no le hacíamos caso al momento, se levantaba de un salto y nos gritaba en la cara, como si todavía fuera sargento en activo y nosotros unos cadetes cabezas huecas. En

cuanto anunciábamos la última ronda, siempre era el primero en salir por la puerta, obligando a alguno de nosotros a cerrar por él. Normalmente llegaba tan tarde al trabajo que era un pequeño milagro que esa noche me hubiera ganado.

—¡Llegas tarde! —bramó mientras pasaba por su lado corriendo.

—¡Y tú temprano! —le grité yo.

Por la cara de tonto que se le quedó, no lo había pillado. Lo dejé allí, dándole vueltas al asunto, y me dirigí hacia la barra. Nina, que ya estaba detrás sirviendo pintas, arqueó una ceja y me miró por encima del grifo. El local estaba a reventar incluso para ser sábado. Me tocaba sustituir a una mujer llamada Judy que rondaba los sesenta y aún se decoloraba el pelo con agua oxigenada que compraba en la tienda de la esquina.

—Llegas tarde, joder —dijo.

Guardé mis cosas debajo de la barra y empecé a iniciar sesión en la caja registradora.

—Lo sé. Lo siento.

—Llevo aquí desde el mediodía —insistió acercándose hasta rozarme el codo—. Los putos pies me están matando.

Perdí los estribos y me giré hacia ella.

—Ya te he dicho que lo siento. ¿Qué más quieres de mí, Judy? No voy a volver a disculparme.

Lo bueno de ser una mujer de metro setenta y siete con algo de músculo era que, si me lo proponía, podía resultar una zorra bastante intimidante. Judy era casi tan bajita como Nina y, mientras me cernía sobre ella, vi un destello de temor en sus enrojecidos ojos azules.

Dio un paso atrás, con el mentón bien erguido, y echó un vistazo a su derecha. El bar estaba hasta los topes y había un montón de testigos pendientes del altercado. Ella tenía que atender a esos capullos, igual que yo, y, si le perdían el respeto, en su siguiente turno se le iban a desmadrar.

Respiré hondo y aplaqué mi ira.

—Oye, he tenido un día de mierda, y nada de lo que diga cambiará el hecho de que he llegado tarde. Siento haber perdido los nervios.

—Vale, pero que no se repita —soltó antes de irse con gesto indignado.

Nina se acercó con sigilo por el otro lado y la observó mientras se marchaba.

—Bien jugado.

—Gracias.

Pulsé algunos botones de la caja registradora digital con más fuerza de la estrictamente necesaria mientras intentaba controlar mi genio. Los altavoces pitaron y mi identificador de camarera parpadeó en la pantalla, confirmando que había fichado.

Nina se inclinó hacia mí y dijo en voz baja:

—Pensé que estarías de mejor humor después de la noche que has pasado.

Me puse rígida. Bajé la mirada y vi una sonrisa libidinosa en su hermoso rostro.

—¿Quién te lo ha dicho?

Empezó a contar con los dedos.

—Primero mi hermana me envió un mensaje. Luego me lo contó Sally cuando la sustituí en su turno —señaló hacia la barra, detrás

de mí—, y después Rob, Steve y Derek me preguntaron si sabía que Jakob y tú os estabais acostando.

—¿Qué les has dicho?

—Que soy tu mejor amiga y que cómo no iba a saberlo. —Cuando se fijó en mi cara, se le borró la sonrisa—. Así que ¿es verdad que habéis…?

Asentí con la cabeza.

Me dio una guantada en el brazo y se inclinó hacia mí.

—¿Por qué narices no me has llamado?

—Es una larga historia —respondí—. Te la cuento cuando cerremos.

Sus oscuros ojos centellearon.

—Más te vale.

Percibí un movimiento por el rabillo del ojo. Alguien me hacía señas para que le rellenara el vaso. Me fui en esa dirección, pero Nina me agarró del brazo. Me volví hacia ella.

—Solo dime si la cosa fue tan bien como imaginamos —insistió.

Las dos nos habíamos pasado una cantidad de tiempo vergonzosa sentadas junto a la piscina, comentando qué miembros de los Reyes serían mejor en la cama. Jakob solía situarse entre los cinco primeros. Qué ingenuas habíamos sido.

Bajé la voz y me incliné hacia ella.

—Fue aún mejor.

Ella parpadeó.

—No puede ser.

Entonces tuve un flashback, que no era el primero del día, de Jakob agarrándome el pelo con fuerza mientras me follaba de lado.

Sentí un eco del orgasmo que me había provocado y me estremecí de la cabeza a los pies. Nina se dio cuenta y me soltó el brazo.

—Madre de Dios. ¿Tanto?

Asentí, con expresión sombría.

—Tanto.

Por eso, en lugar de intentar calmar mis emociones en la residencia, les había dado rienda suelta. Me preocupaba que, si me hubiera olvidado un solo segundo de quién era realmente Jakob, podría haber acabado en algún cuarto de mantenimiento de Magnolia inmovilizada contra una pared de estanterías mientras él me empotraba hasta dejarme sin sentido por segunda vez en menos de veinticuatro horas.

—¿Vas a volver a verlo? —preguntó Nina.

—No si puedo evitarlo —respondí—. Fue algo puntual. ¿Podemos dejar de hablar de eso?

Ella asintió con la cabeza.

Yo me fui a rellenar ese vaso.

Por desgracia, *todo el mundo* quería hablar del tema. Jakob ya me había contado que varios miembros de los Reyes tenían familiares en Magnolia. Pues, al parecer, esos viejos metomentodo no tenían nada mejor que hacer que llamar a sus familiares en cuanto me vieron con Jakob y decirles: «No te vas a creer a quién le están haciendo una visita guiada de este sitio».

Más de un cliente dejó caer la palabra «novio». Siempre me impactaba como una bomba. En el club, la gente o bien follaba con quien quisiera, es decir, con promiscuidad y sin ataduras, o bien se echaba una «parienta» o un «pariente», lo que significaba que

estabas unido a alguien de por vida, como los hombres lobo. Hasta donde yo sabía, no había término medio.

Resultó que hasta entonces Jakob nunca había reclamado a ninguna «parienta» —decidí asesinar violentamente a la primera persona que intentara llamarme así—, y el hecho de que conmigo estuviera haciendo una excepción se consideraba todo un acontecimiento. Mis clientes me trataban con una reverencia inédita que me daba ganas de romper algo.

Uno de los miembros más jóvenes del club me deslizó un billete de cinco dólares después de servirle un chupito de dos dólares del whisky más barato que teníamos en la casa y luego me dijo:

—Quédese con el cambio, señora.

—Yo me gano la vida trabajando —le espeté.

En el Ejército, el tratamiento de «señor» o «señora» se reservaba para la gente con galones en los hombros. Yo había sido soldado raso, de infantería, y estaba muy orgullosa. En los Reyes, solo los matones y los jefes de rango superior se ganaban el derecho a que los llamaran «señor» y «señora», y, como yo ni siquiera pertenecía al club, ni loca iba a permitir que la gente empezara a tratarme como si fuera una de sus miembros más destacados.

Todo era tan retrógrado que, solo porque pensaban que salía con uno de sus esbirros, de repente se había disparado mi valor. Como si estuviéramos en el siglo XVII y yo fuera una sirvienta de cocina casada con un lord. Pues no estábamos en el siglo XVII. Y yo no había heredado el rango de Jakob solo por haberme acostado con él, así que la próxima persona que lo insinuara se iba a llevar una buena bronca.

Me habría dejado llevar por mi cólera feminista de no haber presenciado exactamente lo mismo cuando una de las mujeres que formaba parte del consejo de los Reyes empezó a salir de forma oficial con un mecánico del pueblo. Aquello no era sexismo, era clasismo.

Hacia las diez, una morena guapa se sentó en uno de mis taburetes. Yo estaba trabajando en un extremo de la barra y ella decidió ponerse justo al lado de la pared, encogida, como si intentara pasar desapercibida. La reconocí enseguida. Se llamaba Beth. La había visto en plan fogoso con Jakob cuando empecé a trabajar en el Charley's, pero poco después se distanciaron y ahora ella estaba con un tipo al que todos llamaban Flaco. Parecían bastante felices juntos, pero, cuando le vi la cara, me atravesó una pequeña punzada de ansiedad. Parecía una mujer con ganas de hablar.

—¿Qué te pongo? —le pregunté.

—Un vodka con tónica.

Tenía una voz agradable, grave para ser de mujer, melódica, como si supiera cantar. Con un poco de carraspera, seguro que volvía locos a los hombres con su charla poscoital.

Le serví la copa y se la puse delante.

Ella se mordió el labio y miró alrededor.

—¿Algo más? —dije.

Entonces se inclinó un poco sobre la barra y se le bajó la camiseta, dejando al descubierto un generoso escote. Jakob debía de ser más de tetas que de culo, porque yo también iba bien servida.

—¿Tú y Jakob…? —inquirió.

—¿Qué pasa con nosotros? —contesté.

Llevaba toda la noche ofreciendo respuestas ambiguas. Si algo había aprendido de crecer en un pueblecito con unos padres yonquis era que alimentar los rumores, ya fuera confirmándolos o desmintiéndolos, solo conseguía prolongar los cotilleos y el subsiguiente interés que despertaban.

—Ten cuidado —me advirtió.

Sentí un escalofrío en la espalda.

—¿Por qué?

—A veces es un auténtico capullo.

—¿Te ha pegado? —pregunté.

Negó con la cabeza, sacudiendo sus rizos color chocolate.

—No, por Dios. Jakob no es de esos. Ni siquiera se ha portado realmente mal conmigo. Es solo que… —Lanzó una exhalación y miró alrededor, como si buscara las palabras adecuadas—. No sé, parece que no tiene filtro.

Suspiré.

—Sí. Me he dado cuenta.

—Y puede ser muy celoso —añadió.

Vaya, menuda fuente de información. Aunque no estuviéramos saliendo, no me importaría saber más cosas sobre él. Podrían serme útiles más adelante…, de alguna manera.

—¿Cómo de celoso? —pregunté.

—Una noche mandó a Ricky Sloan al hospital por tocarme el culo.

Fruncí el ceño.

—¿Así que le dio una paliza a un hombre que te había agredido sexualmente?

—¿Qué? —Soltó una risita nerviosa—. No. O sea, sí, lo mandó al hospital, pero Ricky solo me tocó el culo, eso es todo. No intentó… —Echó un vistazo alrededor y bajó la voz—. Ya sabes.

«¿Violarte?». Estuve a punto de preguntárselo, pero no lo hice. El pueblo de Kearny aún no se había enterado de que no estaba bien manosear a la gente solo porque te pareciera atractiva, así que dudaba de que la mayoría entendiera que un simple toqueteo era una agresión. Ni siquiera Beth, por lo visto.

Había atendido a Ricky unas cuantas veces y el tipo me daba muy mala espina. Mi instinto rara vez se equivocaba con hombres como él y una parte de mí había estado esperando a que me dijera algo inapropiado o intentara meterme mano, porque me habría encantado ser yo quien le diera una lección vitalicia sobre los límites y el consentimiento. Lo único que lamenté al enterarme de que Jakob lo había mandado al hospital por magrear a Beth fue que se me hubiera adelantado.

—¿Hay algo más que deba saber? —le pregunté.

—No —respondió con un gruñido.

Beth y yo dimos un respingo cuando vimos a Jakob saliendo de entre dos moteros. No lo había visto llegar, porque, a diferencia de lo que había pasado en la residencia, ahí se mimetizaba perfectamente en el mar de cuero y tejanos que se abría ante nosotros.

Beth dejó unos billetes sobre la barra y se largó con su bebida. Chica lista.

Jakob dejó caer su corpulenta figura sobre el taburete que ella había abandonado y apoyó los codos en la barra.

—¿Has disfrutado de la pequeña sesión de chismes?

Le enseñé los dientes con una mirada demasiado cortante como para considerarse una sonrisa.

—Muchísimo.

Cuando abrió la boca para responder, le posaron una mano en el hombro.

—¡Hola, par de dos! —bramó Daniel King.

Genial. Justo lo que necesitaba esa situación. Otro capullo.

—Hola, jefe —respondió Jakob con desgana, levantándose para cederle el asiento.

Daniel le hizo señas para que se sentara de nuevo.

—Veo que por fin se ha corrido la voz sobre vosotros.

Si hubiera hablado un poco más alto, habría gritado. No me equivocaba al pensar que usaría esa información para sentirse superior a los demás. El hecho de que hubiera elegido ese momento para hacerlo me pareció tan repulsivo que me imaginé escupiendo en la próxima bebida que pidiera.

Jakob asintió con la cabeza.

Yo hice lo posible por no fruncir el ceño.

—¡Krista! ¿Me ayudas con este barril? —gritó Nina.

«Dios la bendiga».

Me excusé y fui a echarle una mano. Estaba agachada, con una mano a cada lado del bidón de acero. A veces no era fácil ajustar los accesorios cuando intentabas cambiar de barril y a ambas se nos había llenado la cara de espuma de cerveza en más de una ocasión. Habíamos descubierto que el riesgo disminuía si hacíamos la reconexión de los tubos entre las dos.

Me agaché a su lado, con la pierna quejándose.

—¿Qué le pasa?

—Nada —bisbiseó—. Parecía que estabas a punto de perder los estribos y quería darte una excusa para alejarte de esos dos.

Me la quedé mirando.

—Te abrazaría si no me vieran.

Ella sonrió.

—Abrazo mental recibido. Ahora vamos a poner cara de mala leche mientras fingimos que trasteamos con esto un rato.

Levanté las manos y moví los tubos, arrugando el entrecejo, tal como habíamos acordado.

Ella también lo arrugó, pero el resultado fue más hermoso.

—¿Qué tal la noche?

—De mierda —sentencié—. Pero me están dando muy buenas propinas a pesar de mi actitud horrible.

—Las ventajas de acostarse con uno de los Reyes.

—Solo ha sido una vez, no varias. No volverá a pasar —aseguré.

Ella me clavó la mirada y sustituyó el ceño fruncido por un amago de sonrisa.

—Ajá…

—No me des la razón como a los tontos. Hablo en serio.

Echó un vistazo veloz por encima de mi hombro con sus oscuros ojos antes de volver a posarlos en los míos.

—Eso díselo al psicópata que lleva mirándote toda la noche.

Me puse tensa. La pierna me falló y estuve a punto de caerme.

—Creía que acababa de llegar.

Sus labios esbozaron una amplia sonrisa.

—Qué va. Lleva rato en una de las mesas de la esquina con otros dos matones.

—Ah.

Me dio con el hombro.

—Antes, cuando Rob te hizo reír, se medio levantó de su asiento como si fuera a matarlo.

Quizá Beth no se equivocaba con el tema de los celos, después de todo.

—Pues no sé por qué —dije—. Las cosas no han terminado especialmente bien entre nosotros.

Se extrañó.

—¿No?

Negué con la cabeza.

—Te juro que luego te lo cuento. Ahora ayúdame a levantarme. Me están empezando a dar calambres en la pierna.

Como era de esperar, Jimmy se escabulló por una puerta de servicio en cuanto anunciamos la última ronda.

—Qué desgraciado —soltó Nina.

El tercer camarero del turno de esa noche, un negro bajito de veintipocos llamado Kyle, se cruzó de brazos mientras observaba con gesto indignado la puerta cerrándose de golpe. Con apenas la edad mínima para beber y esa cara de niño, su mirada resultaba más graciosa que amenazante, pero no tuve el valor de decírselo.

—Uno de estos días, voy a descuadrar la caja —afirmó—. Si faltan mil dólares, Charley tendrá que intervenir y Jimmy se verá obligado a confesar que se largó antes de tiempo.

—No hagas eso —respondimos Nina y yo al unísono.

Kyle frunció el ceño.

—Son compañeros de guerra —le expliqué—. Aunque Charley sepa que Jimmy es un miserable, seguirá poniéndose de su lado si es su palabra contra la tuya.

Kyle soltó una maldición y se marchó enfadado.

Nina se lo quedó mirando.

—El chaval aún tiene mucho que aprender de la vida.

Asentí.

—No como nosotras, que somos dos brujas viejas.

Me tiró un trapo de la barra.

—Habla por ti.

Una hora después, las dos estábamos sentadas en su coche, en el aparcamiento. La noche había sido una locura y, aunque la mayor parte del tiempo había estado de mal humor, no podía negar que se me había acabado contagiando el ambiente del local. Todavía estaba en una nube, como buena extrovertida, y, aunque sabía que enseguida llegaría el bajón, aún no estaba lista para volver a casa.

—¿Qué ha pasado entre tú y Jakob? —preguntó Nina.

—Ayer hizo un comentario críptico sobre Magnolia durante nuestro turno que me puso los pelos de punta —le conté—. Más tarde, paró junto a mí en un semáforo y me pidió que lo siguiera hasta su casa. Los Reyes creen que alguno de los empleados del centro está vendiendo fármacos para drogas en el pueblo.

Levantó las cejas.

—Solo un loco o un idiota vendería drogas en Kearny.

—Lo sé —dije—. Cuando llegamos al apartamento de Jakob, Daniel King estaba sentado en el sofá y la puerta estaba reventada, como si la hubiera forzado.

Nina se reclinó en el asiento.

—¿Qué cojones…?

Le conté la extraña interacción que tuvieron y que luego Jakob me ordenó que me quedara a pasar la noche.

Cuando acabé, su rostro reflejaba preocupación.

—¿Crees que tienen alguna rencilla?

—No tengo ni idea —repliqué—. Es lo que pensé al principio, pero esta noche han estado de colegueo en el bar.

—A lo mejor es algo privado y se lo están ocultando al resto del club.

Se me escapó una risita.

—Pues están haciendo un buen trabajo, porque esos moteros son unos cotillas de cuidado. Dudo que sean capaces de mantener su desavenencia en secreto por mucho tiempo.

—¿Y qué crees que está pasando? —preguntó ella—. ¿Quién habría vigilado el apartamento de Jakob si no era alguien leal a Daniel?

—Ni idea. Lo único que sé es que algo no va bien y no voy a quedarme tranquila hasta que averigüe de qué se trata.

Me puso una mano en el antebrazo.

—Ten cuidado. La gente que mete las narices en los asuntos de los Reyes suele acabar arrepintiéndose.

—No te preocupes —la tranquilicé—. No soy tan tonta como para meterme donde no me llaman. A estas alturas, ya me he resignado a que el tema me carcoma indefinidamente.

Apartó la mano de mi brazo.

—Vale, entonces, Daniel se fue… ¿y luego qué?

—Luego Jakob me dio el orgasmo más intenso de toda mi vida.

Nina soltó un suspiro tembloroso.

—O me cuentas los detalles o no pasó.

Le conté los detalles.

La gente siempre le ha dado mucha importancia a las charlas que tienen los hombres en los vestuarios, pero, según mi experiencia, las mujeres somos igual de propensas a hacer esa clase de bromas. Adornamos los hechos, fanfarroneamos sobre el tamaño del pene y hasta exageramos detalles tontos, como el número de posturas que probamos; cualquier cosa para quedar como una especie de diosas del sexo y dejar a nuestra pareja como un súbdito devoto, por supuesto.

Con Jakob no hacía falta adornar nada y, mientras hablaba, era como si reviviera cada uno de los sórdidos y gloriosos momentos de la noche anterior. Cuando terminé de hablar, además de muerta de sed, estaba lista para la siguiente ronda, aunque seguía cabreada con él.

Nina lanzó un silbidito.

—Madre de Dios…

—Ya. Pero luego, en la residencia, ha sido una auténtica pesadilla, así que no volverá a pasar.

Le hice un resumen de nuestra visita, incluido el motivo y que habíamos convencido a la doctora Perez para que nos ayudara.

La expresión de Nina se suavizó.

—Siento que dijera eso sobre tu pierna.

—No es lo que dijo, sino cómo.

Ella asintió.

—Lo sé, y aun así lo siento.

Suspiré.

—Gracias.

Se mordió el labio un segundo, observándome con expresión cautelosa.

—Suéltalo ya —le dije.

—No te lo tomes a mal ni pienses que estoy de su parte ni nada por el estilo, porque no es así. Yo siempre seré del equipo Krista.

—Lo sé. ¿Qué pasa?

—¿No crees que él podría haber interpretado tu comentario sobre que la gente fuera a tratarte diferente como si te avergonzaras de él? ¿Y que por eso luego se portó como un capullo contigo?

—Ya lo he pensado, pero eso no justifica su comportamiento.

Alzó las manos.

—No lo estoy justificando, solo digo que hasta los tipos como Jakob tienen sentimientos, y no sería la primera persona que se pone a la defensiva cuando se siente herida. —Me lanzó una mirada llena de elocuencia.

Quería revolverme en mi asiento. Si me paraba a pensarlo, debía admitir que yo también podría haber manejado mejor la situación. Aquel comentario sobre su necesidad de recordarle a la gente que era de los Reyes no había salido ni del mejor lugar ni en el tono más amable.

—¿Alguna vez te cansas de tener siempre razón? —le pregunté a Nina.

Ella me brindó una enorme sonrisa.

—Nunca.

Me dirigía a mi apartamento cuando, de pronto, oí el ruido de un motor. Vi un faro por el retrovisor mientras una moto doblaba la esquina de una calle lateral y se colocaba detrás de mí. Me siguió durante todo el trayecto a casa.

Salí del coche con la mano dentro del bolso, agarrando mi pistola.

La moto se detuvo a mi lado e inmediatamente reconocí a Jakob, que apagó el motor y se acercó a grandes zancadas. La noche se aferraba a su corpulenta figura como si estuviera dándole la bienvenida a un hijo perdido. Los grillos chirriaban en los árboles cercanos. El calor se cernía pesadamente sobre nosotros a pesar de que el sol se había puesto hacía horas. La enredadera de buganvillas que envolvía la escalera de hierro forjado de mi edificio de apartamentos perfumaba el aire con el embriagador aroma de sus flores.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Asegurarme de que llegas bien a casa —respondió.

Solté la pistola y me colgué el bolso al hombro.

—No necesito guardaespaldas. Sé que piensas que no puedo defenderme en una pelea, pero estoy segura de que puedo disparar un arma sin tu ayuda.

Me miró fijamente durante un buen rato.

—Yo no he dicho que no pudieras defenderte. He dicho que esa rodilla te hace vulnerable.

Sentí que me subía calor por el cuello.

—¿Hablas en serio? Literalmente, he dicho: «Puedo cuidar de mí misma», y tú has respondido: «Y una mierda», así que queda bastante claro que para ti no soy más que una víctima indefensa.

Me miró con indiferencia. El tono de su voz era igual de insulso.

—Yo no pienso eso.

—Todo apunta a lo contrario —repliqué—. Y no me gusta que me pintes como si fuera hipersensible delante de mi abuela. —Puse voz

grave para imitarlo—. «Le dije una verdad incómoda que no quería oír».

La ira se apoderó de mí y, cuando intentó contestarme, lo avasallé sin piedad.

—No es lo mismo ser directo que ser un capullo, y decirme medio mosqueado que no puedo cuidar de mí misma fue una cagada y lo sabes. Y, por cierto, no era una verdad incómoda. Créeme, me recuerdan veinte veces al día que mi pierna es mi punto débil, pero eso no quiere decir que esté indefensa. Nunca me has visto pelear, Jakob. Soy despiadada. Si vas a por mi pierna, te arrancaré la yugular con los dientes a poco que te acerques.

—Lo siento —dijo.

—Además, tampoco… Espera. ¿Qué?

Me lo quedé mirando; mi ira se desvaneció. ¿Acababa de disculparse?

Clavó los ojos en los míos con una concentración inquebrantable.

—Fue una cagada. Lo siento. Estaba cabreado porque te avergonzabas de mí y perdí los nervios.

Si me hubieran pinchado, no habría sangrado. Había herido los sentimientos de Jakob Larson y él se estaba disculpando por su reacción. No podía contárselo a Nina. Se le subiría tanto a la cabeza que ya no cabría por las puertas.

—No me avergüenzo de ti —le aseguré.

Él arrugó el entrecejo.

—Has dicho que te iban a tratar diferente y que no deberías haber accedido a llevarme allí.

—Sé lo que he dicho. No me he expresado bien y tú has saltado con lo de mi ropa antes de que pudiera disculparme. —Respiré

hondo y dejé a un lado mi estúpido y obstinado orgullo—. Siento haberte hecho sentir así. De verdad, no me avergüenzo de ti. Pero sé que la gente del centro me lo va a poner difícil si cree que salgo contigo, como si fuera asunto suyo, y con lo bocazas que soy seguro que exploto y empeoro las cosas.

—Estabas guapa.

Parpadeé.

—¿Eh?

—Con esa ropa —aclaró, acercándose. Durante un segundo, bloqueó la luz de una farola que había cerca con su enorme complexión y los dos nos sumimos en una profunda sombra—. Aunque parecieras una santurrona camino de misa, estabas muy buena.

Me quedé boquiabierta.

Jakob se inclinó como si fuera a besarme, pero se quedó temblando a un centímetro de mis labios, como si algo lo hubiera frenado.

A la mierda.

Lo agarré por la chupa y tiré de ella.

Nuestras bocas chocaron.

Me golpeé la espalda con la puerta del coche.

Jakob me comprimió con su inmenso cuerpo.

Le solté la chupa y le envolví el cuello con los brazos, aferrándome a él con tanta fuerza que lo aplasté contra mí. Casi lo asfixio. Él me agarró el pelo para sujetarme mientras me devoraba la boca. Entonces le mordí el labio y sentí un sabor a cobre en la lengua. No sabía si estábamos a punto de follar o de pelear.

De repente, Jakob se apartó del coche impulsándose y me vi obligada a soltarlo para no caerme de bruces sobre el pavimento. Me quedé tambaleante, con la cabeza dando vueltas por la falta de oxígeno. Mierda, me había olvidado de respirar mientras me besaba.

Tenía el pecho agitado, como si él también se hubiera olvidado de respirar.

—¿Me llamas mañana cuando te conteste Perez?

No confiaba en poder responderle de viva voz ni en que no fuera a invitarlo a subir, así que tan solo asentí con la cabeza.

Él se quedó allí parado un minuto más, recorriendo mi cuerpo con la mirada, con los hombros en tensión, como si estuviera librando algún tipo de batalla interna. Me daba algo de miedo que, si volvía a abalanzarse sobre mí, le hiciera un placaje y acabáramos follando sobre mi coche, en un aparcamiento perfectamente iluminado en el que podía vernos cualquiera.

Abrí la boca.

—Mañana —repitió antes de darse la vuelta, con una voz tan grave que sonó como una especie de amenaza pecaminosa.

9

Me despertó el sonido de una llamada de teléfono. Estaba teniendo un sueño extrañamente lúcido en el que chapoteaba en una piscina llena de Grand Marnier con mi mejor amiga de la infancia mientras el señor Rogers nos leía una novela de Stephen King. El sueño se fue desvaneciendo mientras le echaba un vistazo al despertador que hay en mi mesilla de noche. Eran las nueve de la mañana. Al menos había dormido unas cuantas horas.

No reconocí el número de móvil, pero vi que era de la zona y, consciente de que ese día podía llamar la doctora Perez, contesté.

—¿Hola?

—Krista, soy la doctora Perez.

Me apreté el teléfono contra la oreja y me incorporé en la cama.

—Hola. Sí, soy yo.

—Ya tengo los resultados de tu abuela. Tenías razón. Han estado manipulando su medicación.

«Mierda».

Una parte de mí tenía la esperanza de que todo aquello no fuera más que un gran malentendido, pero sus palabras borraron cualquier destello de optimismo. La cosa iba a ponerse fea, tanto si Magnolia iniciaba una investigación interna como si los Reyes atrapaban al culpable. Ojalá fuera el propio centro quien lo descubriera, porque

así al menos todo se resolvería por la vía legal. Si los moteros llegaban primero, que Dios se apiadara de esa alma cándida. Me daba la impresión de que cualquiera que desobedeciera sus órdenes recibiría un castigo ejemplar.

—Krista —dijo la doctora Perez.

—Sigo aquí. Lo siento. Intento asimilarlo.

—Lo entiendo —repuso ella—. Yo…, eh…, quería contarte otra cosa.

Lancé un suspiro.

—Había marihuana en sus análisis de sangre, ¿verdad?

—Sí.

—Hablaré con mi abuela al respecto —le aseguré.

Con todos los fármacos que tomaba la nana, no podía añadir THC a la mezcla sin más. Era una droga y, como todas las drogas, tenía efectos secundarios y el potencial de interferir negativamente con sus medicamentos legítimos.

—Gracias —respondió la doctora Perez—. ¿Vas a venir a verla hoy?

—Sí, esa es la idea.

—¿Puedes volver a traer a Jakob contigo? Quiero hablar de esto con la dirección y estaría bien que estuvierais los dos presentes para explicar el motivo de vuestras sospechas.

—Lo llamaré para ver si está disponible.

—Gracias. Os agradecería mucho que vinierais los dos.

Parecía nerviosa. No me quitaba de la cabeza lo que Jakob había dicho sobre su posible implicación, pero yo no creía que estuviera metida en el ajo. Por el ligero temblor de su voz, intuí que quizá tenía miedo, lo que me llevaba a pensar que tal vez yo estaba en lo cierto y ella ya sospechaba que olía a podrido en Magnolia.

—¿Se encuentra bien, doctora Perez? —le pregunté.

Al otro lado de la línea se oyó una sonora exhalación.

—Sí, gracias. Solo estoy un poco alterada.

—Usted ya sabía que algo iba mal, ¿verdad? —quise saber.

—Ahora mismo no puedo hablar de eso —dijo en voz baja, como si le preocupara que la oyeran—. Por favor, llámame a este número cuando hables con Jakob y concertamos una cita.

—De acuerdo.

Nos despedimos y colgamos. Lo llamé de inmediato.

Contestó al tercer tono con la voz ronca, como si acabara de despertarse.

—¿Hola?

—Soy Krista. Ha llamado la doctora Perez. Tenías razón. Han estado robando medicamentos.

Tres horas después, estaba sentada en mi coche con el motor encendido en el aparcamiento de Magnolia Hills. Iba a visitar a la nana al mediodía, según lo previsto, y luego Jakob y yo nos reuniríamos con la doctora Perez a la una.

El familiar bramido de una moto llegó a mis oídos. Al principio era lejano, como una tormenta que se avecina en el horizonte, pero luego rugió más cerca, tan fuerte que me entraron ganas de taparme los oídos. Estaba esperando a Jakob, que me imaginé que llegaría en su moto de color negro mate al aparcamiento. Sin embargo, fueron diez las motos que atravesaron la entrada, una detrás de otra. Me hundí en el asiento, con la esperanza de que aquello fuera una simple coincidencia y todas estuvieran accediendo a la residencia por cualquier otro motivo, pero entonces avisté a

Jakob, justo en el medio de la cuadrilla, y entendí que aquello era obra suya.

Las motos pasaron junto a mi coche y estacionaron alrededor, formando un perímetro. Me traqueteaban los dientes. El ruido de todos esos motores en marcha debía de estar sacudiendo las ventanas del edificio. Seguro que los residentes ya se estaban levantando del asiento para saber a qué venía tanto alboroto, e iban a llevarse una buena sorpresa cuando vieran a esos peligrosos delincuentes rodeando mi coche. Quizá se preguntaran qué hacían allí los Reyes, pero el mensaje que los moteros querían enviar con su pequeña demostración de poder no iba dirigido a ellos. Era para el traficante que trabajaba ahí dentro, que miraría por las ventanas y comprendería que yo pertenecía a los Reyes y que, si me jodía a mí, los estaba jodiendo a ellos.

Sin saber muy bien qué pensar al respecto, apagué el coche y salí.

Jakob bajó la pata de cabra, se apeó de la moto y vino a mi encuentro. Se detuvo como a un metro de distancia, con la cabeza ligeramente ladeada, mirando más allá de mí. Se le tensaron un poco los hombros, lo justo para que mis entrenados ojos percibieran el movimiento, y respiró hondo. Estaba mirando la puerta de mi coche y lo supe: *supe* que estaba pensando en nuestro beso de la noche anterior, porque yo estaba pensando en lo mismo.

Sacudí la cabeza para despejarla e hice un gesto hacia las motos que había detrás de Jakob.

—Qué sutil.

Él llevaba puestas las gafas de sol, pero por la forma en que juntó las cejas supe que estaba frunciendo el ceño.

—¿Qué?

Levanté la voz por encima del estruendo.

—¡Que qué sutil!

Se giró un poco e hizo un gesto tajante, y los motores que teníamos alrededor se fueron apagando uno tras otro. Cuando pararon, se volvió hacia mí.

—No estoy intentando ser sutil.

«No me digas, Sherlock». Miré al resto de los moteros.

—No pueden entrar.

—Lo sé —dijo—. Pero se van a quedar sentados tranquilamente aquí fuera mientras nosotros hablamos con la dirección con cara de malos.

—Vale —convine—. ¿Estás listo?

—Un segundo.

Se acercó sin prisas a un hombre negro corpulento que llevaba un chaleco de cuero. Cuando se levantó la visera del casco, reconocí a Rob, el hombre que la otra noche le había dejado a Jakob un ojo morado, aún en proceso de cura. Los dos intercambiaron algunas palabras durante varios minutos. No parecía que hubiera ningún tipo de rencor entre ellos mientras hablaban. Rob asintió una última vez y Jakob regresó con paso firme, devorando el pavimento con sus largas piernas.

—Acabemos con esto de una vez —dijo.

—Intenta no insultar a nadie —respondí yo mientras nos dirigíamos adentro.

Lanzó un gruñido sordo.

—Aplícate el cuento.

Ufff. ¿En serio estuve dispuesta anoche a lanzarme a sus brazos?

Igual que el día anterior, las gilipolleces empezaron nada más llegar. Esa vez no fue Hank quien nos impidió el paso, sino un hombre blanco más joven y musculado al que no había visto jamás. Si alguna vez hiciera de extra en una película, el nombre del personaje que aparecería en los créditos sería «Rubio descerebrado». Parecía un tipo con más músculos que seso.

—Él no puede entrar —soltó, señalando a Jakob con el mentón.

—Creo que ha habido un problema de comunicación. —Di un paso hacia él, pero me quedé paralizada cuando vi que bajaba la mano hacia su arma. ¿Qué coño…?—. La doctora Perez debería haber avisado de que lo dejaran pasar.

—No os mováis —ordenó sacándose un *walkie-talkie* del cinturón. El aparato comenzó a chasquear y el hombre habló a través de él—. Aquí hay una joven con un miembro de los Reyes. Dice que lo han autorizado a entrar.

Se oyó el restallido de las interferencias, pero la respuesta llegó de inmediato y con total claridad: «Negativo».

Pero si ni siquiera han tenido tiempo de comprobarlo…

El guarda volvió a colocar el *walkie-talkie* en su sitio y se me quedó mirando.

—Él no va a entrar.

—Déjame llamar a la doctora Perez —propuse.

Parecía de gatillo fácil, así que señalé mi bolso. En cuanto asintió, metí la mano lentamente y saqué el teléfono.

Dio varios tonos antes de pasar al buzón de voz. Dejé un mensaje.

—Hola. Soy Krista Evans. El guarda de abajo no deja entrar a Jakob y, al parecer, nadie ha autorizado su acceso. —Colgué y me volví de nuevo hacia el hombre uniformado—. La doctora quería que

él entrara para que los dos habláramos con la dirección sobre mi abuela.

El guarda se cruzó de brazos. Al menos ya no tenía la mano en la pistola.

—Hasta que llame y me lo diga ella misma, este hombre no entra.

Jakob me tiró del brazo y me sacó al exterior.

—¿Conoces a ese tipo?

Negué con la cabeza.

—No lo había visto en mi vida.

Echó un vistazo por encima de mi hombro hacia la puerta principal. Sin duda, el guarda estaba justo al otro lado, devolviéndole la mirada.

—Esto no me gusta.

—A mí tampoco —dije.

—¿Dónde coño está la buena de la doctora?

—No sé. Voy a llamarla otra vez.

Como la primera vez, saltó el buzón de voz. No me molesté en dejar otro mensaje.

Guardé el móvil en el bolso y me volví hacia Jakob, consciente de que no iba a gustarle lo que estaba a punto de decirle.

—Quédate aquí fuera y déjame ver si puedo averiguar algo.

—No vas a entrar ahí sola —respondió.

Me puse como una fiera.

—Te recuerdo que no eres mi jefe.

Apretó la mandíbula y se le dilataron las fosas nasales, como si estuviera cabreado, pero, cuando se dio cuenta de que no iba a intimidarme, bajó el tono autoritario de su voz.

—No me parece inteligente que entres ahí sola ahora mismo. Todo esto es muy raro, joder.

—No voy a ponerme a discutir contigo, pero mi abuela está ahí dentro y, si realmente está pasando algo raro, ella es más vulnerable que nadie. Lo más seguro es que se haya olvidado por completo de nuestra conversación de ayer y ni siquiera sepa que debe tener cuidado.

—Vale —masculló—. Pero llámame en cuanto sientas que algo no va bien.

Solté un suspiro exasperado.

—¿Y qué vas a hacer, asaltar la residencia?

Se le ensombrecieron los ojos siniestramente.

—Sí.

—Podría haber heridos, Jakob.

Dio un paso hacia mí.

—Entonces, más te vale rezar para que no te pase nada ahí dentro.

No sabía si sentirme cabreada o halagada ante tal nivel de preocupación por mi bienestar. De momento, estaba demasiado inquieta por la nana como para ponerme a decidir.

Sin mediar palabra, giré sobre los talones y volví a entrar.

El nuevo guarda se apartó de la pared y me siguió, como si pensara que yo representaba un peligro para los residentes. Ya sabía que la gente iba a tratarme diferente cuando les contara que estaba saliendo con un miembro de los Reyes, pero no me esperaba una reacción tan extrema, y eso me molestó.

Por fin encontré una cara conocida tras el mostrador de recepción. Annie volvía a estar ahí trabajando. Desvió la vista hacia el guarda y

luego hacia mí, y la expresión de sus ojos casi me corta la respiración. Por algún motivo, o no le caía bien ese tipo, o no confiaba en él. Quedó claro por su forma de ignorarlo deliberadamente mientras yo me acercaba, clavando en mí su mirada, como si intentara advertirme de algo.

¿Qué narices estaba pasando en ese sitio?

Me acerqué al mostrador.

—He venido a ver a mi abuela.

Annie asintió y me entregó una hoja de registro, más callada de lo habitual.

—¿Has visto a la doctora Perez? —pregunté mientras cogía un bolígrafo.

—Hace horas que no la veo. ¿Quieres que llame a su consulta?

—Sí, por favor —dije.

Terminé de firmar el registro y esperé mientras marcaba el número.

—Hola —saludó un momento después—. Soy Annie, de la planta de abajo. ¿Está la doctora Perez? —Frunció el ceño en respuesta a lo que le dijo la persona que se encontraba al otro lado de la línea—. ¿Cuándo se ha ido? —Posó la mirada en mí—. Ajá. Ajá. Vale, gracias. —Colgó.

—¿No está aquí? —quise saber.

Annie negó con la cabeza.

—Hoy ha parado antes para comer y aún no ha vuelto.

Le eché un vistazo al reloj de pared que había cerca. Con tanto demorar mi entrada, ya eran las doce y cuarto.

—¿A qué hora se ha ido?

—A las diez —respondió ella.

Se me hizo un nudo en el estómago.

—¿Suele tardar tanto en comer?

—Cuarenta y cinco minutos como mucho —afirmó Annie.

El guarda se aproximó.

—Basta de preguntas. Estás retrasando la cola.

Miré hacia atrás y vi a una pareja mayor esperando. Al girarme de nuevo hacia Annie, aproveché para ojearle el pecho al guarda, donde debería llevar una placa con su nombre. No era el caso. El malestar que me producía el nudo del estómago se convirtió en miedo.

Le di las gracias a Annie antes de girarme para ir hacia la amplia hilera de ascensores que ocupaba la pared del fondo. El guarda se metió en uno conmigo y me invadió la angustiante sospecha de que estaba a punto de suceder algo malo.

Tras cuatro años de despliegues casi constantes en zonas de guerra, había aprendido a confiar en mi olfato, y en ese momento el instinto me gritaba que ese hombre representaba una amenaza para mí. Entre la respuesta inmediata por el *walkie*, la ausencia de una placa con su nombre y que me había sacado a toda prisa de recepción cuando empecé a hacer preguntas sobre la doctora Perez, ya no tenía la menor duda de que en Magnolia pasaba algo que iba más allá de un simple empleado sospechoso.

—¿Por qué me sigues? —le espeté al guarda, orgullosa de que mi voz sonara tan firme.

El pulso me latía con fuerza en los oídos y la adrenalina se precipitaba por las venas, preparándome para la pelea que mi cuerpo pensaba que se iba a producir.

—Para asegurarme de que no das problemas —contestó—. Ya me he enterado del jaleo que montó ayer tu noviete, pero yo no soy tan blando como Hank. Que tengas una cara bonita no significa que me vaya a tragar tus mentiras.

—¿Quién va a vigilar la puerta principal mientras tú no estás? —pregunté. *Ni de coña* lo quería ahí conmigo—. Ahora mismo mi noviete puede entrar si le apetece.

Él señaló con la cabeza hacia la derecha. A través de las puertas del ascensor, que aún estaban abiertas, vi a otros dos hombres ataviados con el uniforme de seguridad dirigiéndose hacia la entrada del edificio para relevarlo. Tampoco los reconocí. En mi interior resonaron todas las alarmas de peligro. Yo era una persona amigable y hacía muchas preguntas. No solo podía nombrar a todos los integrantes del equipo de seguridad de Magnolia, sino que además sabía quiénes de ellos estaban casados y a cuáles no les caían bien sus suegros. Podía comprar que hubiera un nuevo guarda de seguridad, pero tres, justo después de descubrir que ahí podía estar desarrollándose una actividad ilegal y con la doctora Perez desaparecida en combate…, no. Eran demasiadas coincidencias como para quedarse tranquila.

La guinda del pastel fue que el uniforme no les quedaba bien. Todos los guardas con los que había tratado hasta entonces lo llevaban a medida. El más bajo de los dos hombres que iban camino del vestíbulo se revolvió dentro de su camisa color camel, y la manga, que le quedaba demasiado ajustada, se le levantó lo justo para revelar un trazo oscuro en su brazo. Me fijé bien, entrecerrando los ojos. Era el borde inferior de un tatuaje. No veía más que una

pequeña parte, pero distinguí que era cuadrangular. Como una especie de… naipe.

«Ay, Dios».

La manga volvió a moverse y se le subió un poco, y yo me quedé sin aliento. Por la esquina inferior derecha asomaba una pequeña «J».

Joder. Aquello era mucho peor de lo que me imaginaba.

Los Jokers, los mayores rivales de los Reyes, hacían un uso muy distintivo de los naipes en su club. El emblema de la banda era precisamente ese: una carta con el arquetípico *joker* destacado en bajorrelieve en el centro. El guarda llevaba uno tatuado. Quería estar equivocada. Quería que fuera cualquier cosa menos lo que era, pero ya había visto uno de esos tatuajes antes y se me había quedado grabado a fuego en la memoria.

Las puertas del ascensor comenzaron a cerrarse. Jakob había mencionado que algunos de los Jokers tenían familiares ingresados en Magnolia. ¿Acaso esos moteros habían visto una oportunidad mientras los visitaban? ¿Una forma de colar drogas en Kearny a través de la residencia de ancianos y debilitar la influencia de los Reyes?

Aunque estaba desesperada por salir del ascensor, no me moví de donde estaba. Tenía que ir a por la nana. Ahí pasaba algo tremendamente grave y ni loca iba a permitir que ella se viera envuelta. Ese guarda no se separaba de mí y, si salía, solo conseguiría que se subiera a otro ascensor conmigo o me siguiera por las escaleras, y cualquier retraso podría darle ventaja a otra persona para que llegara hasta la nana antes que yo.

Me deslicé hacia un rincón cuando las puertas se cerraron; necesitaba poner algo de distancia entre el «guarda» y yo. El corazón me martilleaba las costillas. Estaba atrapada en un espacio cerrado y diminuto con un hombre que no solo pensaba que Jakob era mi novio, sino que podía pertenecer a una banda rival. Había oído toda clase de historias terribles sobre la violencia que perpetraban contra amigos y familiares de los Reyes como forma de venganza o advertencia, y, cuando se volvió hacia mí, me preocupó acabar siendo la siguiente.

—Así que Jakob Larson, ¿eh? —dijo.

Yo no había dicho su nombre completo delante de él, y aun así lo sabía. Mierda, ojalá me estuviera equivocando con todo aquello.

—¿Qué pasa con él? —solté.

—Solo me preguntaba qué le ves a ese tío.

Me encogí de hombros. Quizá, si le hacía creer que no había nada entre nosotros, no me consideraría tan importante como para hacerme daño o acosarme.

—¿Quién ha dicho que le vea nada?

El guarda me miró, sonriendo.

—¿Pero no era tu novio?

Le sostuve la mirada.

—Eso solo lo dije para meterlo aquí.

Su sonrisa se desvaneció y fue sustituida por una expresión fría e impasible que me erizó el vello de la nuca.

—Entonces ¿era mentira?

Me dejé de disimulos y di rienda suelta a mi propia locura. Había hecho frente a un misil tierra-aire ruso y había sobrevivido para contarlo. Me había pasado cuatro años de mi vida volando con los

mejores, sembrando muerte y destrucción desde el puto cielo. Un gilipollas en un ascensor no iba a intimidarme.

—Era mentira.

Nos movimos a la vez. Me aparté hacia la izquierda mientras él se abalanzaba hacia delante y, en lugar de recibir su puño en la cara, lo esquivé. No se lo esperaba, así que, incapaz de frenar, estampó los nudillos contra la impenetrable pared de acero del ascensor.

Lo bueno de entrenar el combate cuerpo a cuerpo todos los días durante años es que al final se te da bien calar a la gente. Puede que ese tipo fuera grande, pero no estaba tan preparado como yo. Me di cuenta justo antes de que arremetiera contra mí, cuando bajó el hombro derecho para lanzar el puñetazo.

No le había mentido a Jakob hacía un rato. Era una luchadora despiadada. Casi siempre mantenía mi carácter a raya, pero, si intentaban hacerme daño, le daba rienda suelta y todos esos meses de furia contenida salían despedidos a borbotones.

El hombre lanzó un aullido cuando golpeó la pared con el puño y el sonido de su dolor nos envolvió en aquel espacio cerrado. Me escurrí hacia el hueco que había detrás de él. Tenía una milésima de segundo para tomar una decisión antes de que se recuperara. Por lo general, los cabrones fornidos como él encajaban los golpes mejor que la mayoría. Si veía venir el puñetazo y se tensaba justo antes de que lo alcanzara, había pocas esperanzas de causarle daño de verdad. Toda esa musculatura le haría de amortiguador. Tenía que pegarle donde tuviera menos protección. En las articulaciones. En la cara. Allí donde la piel cubriera el hueso con poco músculo o cartílago de por medio. Esas eran mis mejores opciones si quería salir de ahí ilesa.

Apuntalé la pierna derecha, agradeciéndole a Dios que aguantara, y le lancé una patada con la izquierda. Fuerte. Mi pie aterrizó en la parte posterior de su rodilla. Se le dobló la pierna y se desplomó de lado hacia la pared por el inesperado cambio de equilibrio. Se agarró al pasamanos e intentó levantarse, pero le propiné una patada en las costillas. Por instinto, se balanceó hacia mí para intentar protegerlas de un nuevo golpe. Fue una jugada de principiante; se notaba que no estaba acostumbrado a ese tipo de peleas sin reglas. Di un paso adelante y le clavé la rodilla en la cara, imaginándome que le atravesaba el cráneo con la pierna para golpearlo con todas mis fuerzas. Sentí un crujir de huesos y, cuando basculó hacia atrás, vi que le manaba sangre de su destrozada nariz.

Rebotó contra el suelo, aturdido, y ya no se levantó. Apenas habían pasado cinco segundos desde que me había lanzado el primer puñetazo. Todavía era rápida.

«Chúpate esa, Jakob».

Se oyó un tintineo sobre nosotros y las puertas se abrieron. En la planta baja había detectores de metal, así que no había entrado con mi pistola. Ni de coña iba a dejar a ese tío con su arma para que me disparara por la espalda cuando recuperara el conocimiento. Se la saqué de la funda antes de pasar por encima de él. Me la metí en el bolso, cogí el teléfono y eché a correr hacia la habitación de la nana. Mi pierna mala explotó de dolor desde la cadera hasta el tobillo, pero hice caso omiso.

Llamé a Jakob mientras recorría el pasillo a toda velocidad.

—¿Qué ha pasado? —bramó.

—El guarda acaba de atacarme en el ascensor.

—¿Estás bien?

—Te estoy hablando, ¿no?

—¿Y por qué parece que te estás muriendo?

Esa me dolió. Seguramente estaba menos en forma de lo que pensaba.

—Estoy corriendo; quiero llegar lo antes posible a la habitación de la abuela. La doctora Perez no está. Salió a comer temprano y no se sabe nada de ella.

Más adelante se abrió una puerta. Reduje el paso y me puse a caminar cuando vi que salía una pareja de ancianos. Oí que se abría otra puerta a mis espaldas. Un segundo después, un grito de mujer. Habían encontrado al guarda.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jakob.

Seguí andando pausadamente y le sonreí a la pareja al pasar junto a ellos, fingiendo que no había oído el grito. En cuanto se alejaron, volví a acelerar el paso.

—Perdona, acabo de cruzarme con alguien. Jakob, creo que he visto un tatuaje de los Jokers en el brazo de otro guarda.

Soltó un taco.

—Preparaos. Vamos a entrar a por vosotras.

—Ten cuidado. Van armados.

—Nosotros también —respondió él antes de cortar la comunicación.

Llegué a la habitación de la nana y llamé a la puerta.

—¡Está abierta! —gritó ella.

Casi me da un aneurisma. No estaba cerrada con pestillo. Podría haber entrado cualquiera y…

«Basta», me dije a mí misma. No era el momento de agobiarme pensando en todo lo que podría haber pasado.

Entré a toda prisa y cerré la puerta con pestillo. Al recordar lo que había hecho Jakob la otra noche, agarré una de las sillas de la cocina de la nana e intenté encajarla bajo el pomo. No era tan fácil como parecía y hasta el tercer intento no conseguí que quedara bien sujeta.

—Vaya, menuda entrada —bromeó la nana.

Me fui hasta ella a zancadas y le di un fuerte abrazo. Gracias a Dios, estaba bien.

Llevó la vista a mi pierna cuando nos separamos.

—Uy, cariño, tienes sangre en los vaqueros.

—No es mía.

Suspiró.

—Nunca es tuya. ¿Con quién te has peleado ahora? ¿Con Amy?

Fruncí el ceño. ¿Amy? Ay, mierda, se refería a Amy Smith, la chica que un día se me echó encima en el autobús. Cuando iba a secundaria.

Me quedé mirando a la abuela, buscando en sus ojos esa expresión ausente que revelaba cuándo tenía un mal día. Efectivamente, tenía la mirada perdida más allá de mí, como si estuviera escuchando una melodía que solo oía ella.

Maldita sea.

—Oye, nana. ¿Te apetecería quedarte conmigo un par de días?

Ella sonrió.

—Me parece estupendo. Siempre y cuando no te suponga una molestia.

—Claro que no.

La conduje hasta su dormitorio y entre las dos preparamos rápidamente una bolsa de viaje. Encontré sus medicinas en la cocina

y me las guardé en el bolso. Ya compraríamos cualquier cosa que se me hubiera olvidado en la tienda del pueblo. No pensaba dejarla ahí ni un día más. Iba a pagar muy caro lo que le había hecho a ese guarda —si es que realmente lo era—, pero, si se trataba de un pandillero, algo por lo que me apostaría un brazo, acababa de pintarme una diana descomunal en la espalda.

¿Dónde estaba la doctora Perez? ¿Le había dicho algo inconveniente a la persona equivocada y la habían silenciado? ¿O al final sería verdad que estaba metida en el ajo y la llamada para que viniera con Jakob no era más que un señuelo?

—¿Vas a decirme por qué has bloqueado mi puerta de una forma tan creativa? —preguntó la abuela.

—Creemos que hay gente peligrosa en el edificio —respondí; no tenía sentido mentir.

Torció el gesto.

—¿Cómo que «creemos»?

—Un hombre llamado Jakob Larson y yo. Te lo presento en unos minutos.

O eso esperaba.

Volví a la puerta, aguzando el oído por si oía disparos. Los Reyes eran más. Me había molestado que Jakob apareciera con la caballería, pero en ese momento le estaba bastante agradecida. Esperaba que los hombres de abajo también se dieran cuenta de que tenían las de perder y decidieran no presentar batalla.

—Ya lo conocí ayer —dijo la nana.

Me giré como un resorte.

—¿Te acuerdas de Jakob?

—Claro que me acuerdo de Jakob. Cómo iba a olvidarme de un cabronazo tan guapo.

Me quedé perpleja. Si no tenía un mal día, ¿a qué se debía esa mirada vidriosa?

Ay, no.

Me acerqué a ella e inhalé con fuerza.

Mi abuela levantó las manos y dio un paso atrás.

—¿Qué haces?

El olor herbal y terroso de la marihuana me inundó las fosas nasales.

—¡Nana! ¡Se supone que no debes fumar hierba!

—Es para el glaucoma —replicó.

—Tú no tienes glaucoma.

Dejó caer las manos y me miró con gesto impasible.

—Entonces, es para los dolores de cabeza que me provoca la mandona de mi nieta.

Consiguió desmoralizarme.

—Perdona. Es que me preocupo mucho por ti.

Me dio unas palmaditas en el brazo.

—Ya lo sé, cariño, pero tienes que dejar que me divierta un poco de vez en cuando.

Decidí que no era el momento de señalar que su análisis farmacológico me había revelado lo mucho que se había estado divirtiendo últimamente.

El teléfono me sonó dentro del bolso; lo saqué y contesté. Era Jakob.

—Estamos avanzando por el pasillo —me informó—. Prepárate para abrir la puerta.

Retiré la silla del pomo.

—No he oído ningún disparo.

—En cuanto nos vieron se largaron.

—¿Los has reconocido? —pregunté.

—No, pero uno de los nuestros sí. Tenías razón. Son Jokers.

Mierda.

—¿Crees que se han llevado a la doctora Perez?

—Ya lo investigaremos —aseguró—. ¿Qué coño le has hecho a ese guarda?

—¿Quién, yo? ¿Una pobre chica indefensa? —pregunté con la voz más melosa del mundo.

—Corta el rollo —dijo—. Ya me he disculpado.

Vale. Tenía razón. Me sentía muy ansiosa y lo estaba pagando con él.

—Es verdad. Perdona. Le he dado varias patadas muy fuertes y luego le he empotrado la rodilla en la cara.

—¿Él no te ha dado ningún golpe?

—No.

—Bien —concluyó.

Cielo santo, parecía orgulloso.

Un segundo después, llamaron a la puerta. Antes de abrir, eché un vistazo por la mirilla para asegurarme de que era Jakob. Los dos nos quedamos allí de pie, el uno frente al otro, en lo que fue un momento incómodo. *Ni de coña* iba a darle un abrazo.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —respondí.

—Hola otra vez, Jakob —saludó la nana, acercándose a mí por detrás—. Anda, veo que has traído a unos amigos.

Abrí la puerta de par en par, dejando al descubierto al pequeño ejército uniformado de cuero que tenía detrás: un montón de hombres y mujeres apiñados en el pasillo, algunos con armas militares a la vista. No me extrañaba que los Jokers se hubieran largado.

—¿Listas para irnos? —preguntó Jakob.

Asentí con la cabeza.

—La nana va a quedarse conmigo.

—No puedes volver a tu casa —dijo él.

Lancé un suspiro. Debería haberlo visto venir. Tanto si los Jokers tenían a la doctora Perez como si ella trabajaba para ellos, a esas alturas ya sabrían que yo era la causante de que los Reyes estuvieran desbaratando su pequeña operación. Se rumoreaba que tenían casas francas que usaban en situaciones como aquella y, si me guiaba por la indescifrable expresión de Jakob, diría que estaba a punto de pasar un tiempo en una.

—Está bien —convine.

Fui a coger la bolsa de la nana, pero Rob se puso en medio y la levantó.

—Ya me encargo yo —afirmó guiñando un ojo, con una de esas voces de barítono profundas y ronroneantes que te atravesaban.

La abuela se irguió al oírla.

—Ooh, menudo vozarrón.

Él inclinó la cabeza hacia ella.

—Gracias, señora.

—Es usted muy caballeroso —le soltó ella tendiéndole la mano—. Me llamo Izzy.

Mi abuela, la insinuante reina del baile.

—¿Podemos ponernos en marcha? —pregunté una vez que se dieron la mano—. La policía estará de camino.

Milagrosamente, conseguimos salir de allí antes de que apareciera ninguna luz parpadeante.

10

Los Reyes cercaron mi coche mientras conducíamos, cinco por delante y cinco por detrás, formando ambos grupos una falange. Jakob iba a la cabeza. Supuse que nos quedaríamos cerca del pueblo, del territorio de los Reyes, pero, a medida que nos alejábamos de Kearny y ganábamos altitud en Hill Country, empecé a preguntarme adónde demonios nos estaba llevando Jakob.

—Tienes unos amigos muy interesantes —observó la nana girándose hacia mí en su asiento.

—No son mis amigos —le contesté.

—¿Tus compinches? ¿Tus camaradas? ¿Tus compañeros de fechorías? —insistió.

—No estoy en los Reyes.

—Bien. Esta familia ya tiene suficiente con una pareja de malhechores. —A través del parabrisas, miró la ancha espalda de Jakob—. Aunque tal vez podría hacer una excepción y dejar entrar a uno más.

Solté un suspiro.

—Ya te he dicho que no somos nada.

—Y yo sigo pensando que mientes.

—Si saliéramos juntos, nos mataríamos durante la primera semana —argumenté.

La noche anterior era prueba de ello. Lo que había ocurrido entre Jakob y yo no había sido tanto un beso como un enfrentamiento físico. Beth me había asegurado que él no era el tipo de hombre que pegaba a las mujeres, y yo la había creído. Yo tampoco era violenta, y aun así casi lo estrangulo en mi desesperado intento por acortar la distancia que nos separaba.

Una suave risita inundó el coche, sacándome de mis pensamientos.

—Nada como un poco de violencia amigable para animar las cosas.

Casi me ahogo y me salgo de la carretera.

—¡Nana!

—Cariño, conduce con cuidado —dijo dándome una palmadita en la espalda.

—¿Por qué siempre intentas mandarme de nuevo a terapia? —gimoteé—. ¿Por qué no te limitas a darme la lata con lo de casarme y tener hijos, como hacen las demás abuelas?

Me miró con picardía y entreabrió los labios, lista para darme una réplica sin duda traumática.

Intenté taparle la boca mientras conducía.

—Si dices algo más sobre ti y el abuelo, doy la vuelta y te dejo con esos traficantes de droga.

Con gran sabiduría, cambió de tema.

—¿Ya os habéis reconciliado después de la pelea de enamorados de ayer?

—No fue una pelea de enamorados —insistí—. Pero sí, nos hemos reconciliado.

—¿Cómo te lo ha compensado? —preguntó.

«Siguiéndome a casa y besándome como un loco».

—Se disculpó por ser un idiota.

—¿Y tú te disculpaste por ser una idiota?

—¿Quién ha dicho que yo fuera una idiota?

Estaba tan callada que me arriesgué a mirarla de reojo. Tenía la ceja derecha arqueada y me lanzó la mirada que tantas y tantas veces había recibido durante mi juventud, esa que decía: «A mí no me engañas, jovencita».

—Sí, me disculpé —respondí entre dientes.

—Así me gusta. Ser capaz de admitir que te has equivocado es la mitad de la batalla. Os llevaréis bien.

Logré resistir el impulso de corregirla otra vez. Cuando a mi nana se le metía algo en la cabeza, no había forma de hacerla cambiar de opinión. Recuerdo preguntarle a la doctora Perez si aquello era un síntoma del alzhéimer, pero me contestó que no, que era un síntoma de terquedad.

Al cabo de una hora de trayecto, la primera pareja de Reyes se desvió de la ruta, dejándonos con ocho escoltas. Cinco minutos más tarde, vimos que se alejaba el siguiente grupo, y después, el siguiente dio media vuelta en medio de la nada. Al final solo quedó Jakob.

El motor de mi coche chirriaba mientras ascendíamos por la antigua cuenca de un río. La carretera atravesaba la roca roja de la colina, ocultándonos las vistas hasta que alcanzamos la cima.

—¡Uy, qué bonito! —exclamó la nana cuando llegamos arriba.

Tenía que darle la razón. Ante nuestros ojos se extendía una meseta de terreno agrícola salpicada de ranchos y campos de cultivo. Jakob nos guio hasta el mismísimo corazón de aquel

altiplano antes de girar a la derecha por un discreto camino de tierra. A menos de un kilómetro, pasamos por debajo de un arco que rezaba RANCHO FRIHET y entonces me di cuenta de que estábamos atravesando un acceso.

La vía doblaba a la izquierda y, al salir de la curva, apareció una casa a lo lejos. Se erigía colina abajo, encaramada al borde de un despeñadero. Más allá había un río ancho y de corriente lenta que serpenteaba perezosamente. Era un entorno idílico, sobre todo por el pequeño rebaño de vacas *longhorn* que pastaba en un prado cercano.

—¿Adónde nos ha traído tu pretendiente? —preguntó la nana.

—Ni idea —respondí, porque aquello parecía demasiado bonito para pertenecer a los Reyes.

La región de Hill Country era conocida por la violencia y la ferocidad de sus tormentas, y la casa estaba diseñada para soportarlas. Era grande, pero, en lugar de extenderse a lo alto, se desplegaba a lo largo del precipicio, y tenía un estilo moderno con acabados de estuco y piedra clara en el exterior. Las líneas del tejado eran asimétricas, con unos ángulos muy pronunciados para que la lluvia resbalara al momento. Unos enormes ventanales ofrecían vistas de los alrededores.

Jakob se detuvo junto al garaje y deslizó la moto junto a dos Harleys. Yo aparqué, dejando una distancia prudencial entre nosotros, y salí del coche con la nana. Los insectos chirriaban en el prado de al lado. Los pájaros trinaban sobre nosotros. Habían plantado un sauce un poco más abajo, un poco alejado de la casa para que las raíces no dañaran los cimientos, pero incluso a esa distancia se oía la brisa susurrando entre sus ramas encorvadas.

Percibí un destello rojizo por el rabillo del ojo. Me giré justo a tiempo para ver a un *golden retriever* bajando a brincos por el sendero frontal hacia nosotros. Cuando divisó a Jakob, se puso a ladrar como un loco, cambiando de rumbo para abalanzarse sobre él, que se agachó para saludar al perro y a punto estuvo de caerse de culo cuando este lo embistió a toda velocidad. Saltaba y gimoteaba sobre él, intentando lamerle la cara, las manos, meneándose lo más cerca posible de su inmenso cuerpo… ¿Qué culpa tenía? La escena me recordó a uno de esos vídeos de YouTube en los que un perro fiel se reencuentra con su humano después de haber estado separados un tiempo, y eso despertó una inquietante sospecha en mi interior.

El animal se apartó de Jakob y vino hacia la nana y hacia mí. Las dos nos preparamos para el impacto.

Un penetrante silbido rasgó el aire.

—¡Molly, vuelve aquí ahora mismo! —gritó un hombre.

La perra, al parecer una hembra, dudó un segundo y nos lanzó un quejido, como si estuviera dispuesta a volver, y después salió disparada hacia un hombre rubio igual de corpulento que Jakob. Debía de tener entre cincuenta y tantos y sesenta y pocos años, y caminaba tranquilamente por el sendero con unos vaqueros gastados y una camiseta blanca de cuello de pico. Tenía los brazos cubiertos de tatuajes descoloridos e iba descalzo. Lo seguía una mujer pelirroja y menuda que llevaba un vestido holgado sin mangas sobre unas mallas. Parecían un par de hippies con pasta y entrados en años.

Cuando el hombre cruzó la mirada conmigo, reconocí esos ojos al instante. Los había visto convertirse en hielo cientos de veces.

La nana también advirtió el parecido.

—Ya veo que su aspecto le viene de familia —soltó.

Virgen santa, eran los padres de Jakob. No me había llevado a una casa franca; me había llevado a su hogar.

El hombre que, según mis suposiciones, era el padre de Jakob se acercó a él, sonriendo con una transparencia que su hijo no había heredado.

—Cuánto tiempo sin vernos. —Tenía la voz grave y un poco ronca, como si hubiera fumado durante toda su juventud.

En lugar de abrazarse, los dos hombres se dieron la mano. La mujer menuda, entendía que la madre de Jakob, fue menos formal. En cuanto ellos se separaron, ella agarró a su hijo por los hombros, lo atrajo hacia sí con una sorprendente demostración de fuerza y lo abrazó durante un minuto largo. Oí el murmullo suave de una voz femenina, pero lo que le dijo se lo llevó la brisa antes de que llegara a mis oídos.

Conocer a los padres de alguien siempre me ponía nerviosa. Por lo general, no me preocupaba demasiado lo que la gente pensara de mí, pero la cosa cambiaba cuando se trataba de los seres queridos de personas que me importaban. El día que conocí a la madre de Nina acabé sudando la camiseta.

Últimamente no paraba de repetirme que Jakob no significaba nada para mí. Que solo era un hombre con el que me había acostado. Las mariposas que sentía en el estómago dejaron al descubierto la mentira. Si no me importara ni un poquito, la amenaza inminente de conocer a sus padres no me provocaría ganas de vomitar.

Jakob y su madre se soltaron.

Entonces él se volvió hacia mí y confirmó mis temores.

—Estos son mis padres, Liam y Jennifer. Papá, mamá, ellas son Krista y su abuela, Izzy.

Los cuatro intercambiamos holas.

Liam señaló la casa.

—¿Por qué no entráis y nos cuentas por qué tu novia tiene sangre en los vaqueros?

—No soy su novia —dije.

—No es mi novia —respondió él a la vez.

Liam resopló, nos miró a los dos y se giró hacia la casa.

—Ya, claro —soltó con un marcado sarcasmo.

La nana estalló en carcajadas, como si fuera lo más divertido que había oído en años, y luego se cogió del brazo de Jennifer mientras las dos seguían a Liam. Jakob y yo nos quedamos allí parados, viéndolos alejarse con esa mirada de resignación característica de los niños que se avergüenzan de sus mayores.

Molly eligió ese momento para saltar sobre mí. Casi me caigo de espaldas.

—Sí, hola. Yo también estoy encantada de conocerte. —Levanté una mano para bloquearla—. No, no puedes lamerme la boca si la tengo abierta.

—Baja, Molly —ordenó Jakob.

La perra volvió a ponerse a cuatro patas y se escabulló entre nosotros, moviendo la cola tan rápido que todo su cuerpo se contoneaba.

—Me has traído a tu casa —solté.

Jakob se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros.

—Es el lugar más seguro que se me vino a la cabeza.

«Ufff». No. No me iba a poner a analizar esa afirmación.

—¿No estaré poniendo a tus padres en peligro?

Se volvió hacia mí con su característica cara de «que te jodan». Parecía cabreado, pero estaba convencida de que no lo estaba, tan solo era la forma que tenía de reflejar cualquier emoción fuerte con sus rasgos faciales. ¿Enfado? Ceño fruncido. ¿Confusión? Ceño fruncido. ¿Excitación? Ceño fruncido, pero con un toque sexy.

—¿No has visto las motos? —preguntó.

—No he tenido ocasión de fijarme mucho —respondí.

Había estado demasiado preocupada por el hecho de que él quisiera que me quedara con su familia.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a las Harley y, diligentemente, yo me volví hacia ellas. Justo en el centro de cada uno de los depósitos de gasolina había un emblema con un par de alas estilizadas y raídas abiertas por completo. En medio aparecía una calavera sonriente con un casco de moto. Yo no había crecido en una comunidad motera, pero, aun siendo nueva, reconocí el diseño. Era el parche de los Espectros, uno de los clubes criminales sobre dos ruedas más grandes y famosos del país. En la lista de gente peligrosa del FBI, equivaldrían a una de las Big Four.

Me giré hacia Jakob.

—¿Tus padres están en los Espectros?

Asintió con la cabeza.

—Mi padre es miembro fundador.

Solté una exhalación más parecida a un bufido. Me sentí como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago. De repente, la ternura que me había producido que nos llevara ahí se había convertido en terror. Por eso todo el mundo le tenía miedo. No solo

por él mismo, sino porque, si cabreabas a Jakob, cabreabas a papá. Si Liam era miembro fundador, posiblemente fuera uno de los hombres más peligrosos del estado, si no del país. Nadie querría enemistarse con él. A menos que fueras un suicida.

Llevé la vista más allá de Jakob. Sus padres acompañaban a mi abuela hacia la puerta principal. Molly, que no quería perderse la emoción, salió corriendo tras ellos por el sendero. La nana le dijo algo a Liam, que nos miró a Jakob y a mí con expresión ladina. Luego asintió y se volvió hacia la abuela. Ella le hizo otro comentario y le dio un codazo suave en las costillas, y él echó la cabeza hacia atrás y se partió de risa, con la cara iluminada. Pero aquella imagen no ayudó a frenar el miedo que me recorría las venas.

Me giré hacia Jakob. No quería insultarlo insinuando que sus padres eran un peligro para mi nana, pero necesitaba saber que ella estaba a salvo.

—Prométeme que mi abuela va a estar bien aquí.

Me miró con firmeza, sin pestañear.

—Va a estar bien aquí.

De momento tendría que conformarme con eso. Si me estaba mintiendo, si sus padres le hacían daño a mi nana, pediría un par de favores a los amigos que aún estaban en el Ejército y me vengaría de todo el clan Larson. Me la pelaban las consecuencias.

En el fondo, no creía que fuera a darse el caso. Y el hecho de que le confiara a Jakob la seguridad de mi abuela me asustaba más que cualquier otra cosa de las que habían ocurrido ese día.

Liam Larson se cruzó de brazos y miró fijamente a su hijo.

—Entonces ¿qué hicisteis después de que Krista entrara?

Los tres estábamos en la preciosa cocina de estilo italiano de los Larson. Fuera, visibles a través de la enorme puerta de cristal corredera orientada al río, la nana y Jennifer charlaban sentadas a una mesa mientras bebían limonada en el patio de atrás. El sol empezaba a descender hacia el horizonte y el día había adquirido una especie de brillo dorado.

Jakob se apoyó contra la encimera de mármol.

—Esperar.

Liam ladeó la cabeza y me sonrió. Intenté mantener la compostura.

—Mi hijo debe de confiar mucho en ti para haberse quedado ahí fuera —dijo.

—Teníamos que averiguar qué estaba pasando con la doctora Perez —contesté—. Había bastantes posibilidades de que yo le sacara esa información a la recepcionista.

—¿Cuándo empezaste a sospechar del guarda que iba contigo? —preguntó.

Tenía la misma intensidad que su hijo. Me costaba mirarlo a los ojos mientras respondía.

—Cuando quedó claro que la recepcionista desconfiaba de él. Annie es bastante dura. Ayer ni siquiera se creyó mi lastimera historia sobre Jakob, así que, cuando me di cuenta de que estaba alterada, supe que algo iba mal. Entonces me fijé en que el tipo no llevaba placa identificativa.

—Tienes buen instinto —celebró Liam, y, entre su sonrisa y la cordialidad del cumplido, empecé a notar una ligera calidez en las mejillas—. ¿Qué pasó en el ascensor?

Le conté lo de la pelea.

—Si es un Joker, es nuevo —afirmé al terminar.

—¿Qué te hace pensar eso? —quiso saber Liam.

—A diferencia de los otros guardas, no llevaba ningún tatuaje a la vista, y no ha estado en muchas peleas en espacios cerrados. Lanzó el primer puñetazo con todas sus fuerzas, y no se protegió y el dolor lo ralentizó mucho. Por eso pude acabar con él tan rápido.

A Liam se le arrugaron las comisuras de los ojos.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás siendo modesta?

Negué con la cabeza.

—No es eso. Supongo que te has dado cuenta de que cojeo.

Asintió.

—Pues el guarda o no lo vio o no entendió lo importante que era. Lo primero que hizo fue darme un puñetazo, en lugar de una patada en la pierna.

—Ah —exhaló, pero continuó mirándome como si pensara que le estaba ocultando algo.

La verdad es que no era así. Vale, era más rápida y estaba mejor preparada que el guarda, pero, si ese mamonazo me hubiera tirado al suelo, la pelea habría sido mucho más fea.

—¿Cuándo llamaste a Jakob? —preguntó Liam.

—En cuanto salí del ascensor —respondí.

Él se volvió hacia su hijo.

—¿Y tú cómo reaccionaste?

—Les dije a todos que sacaran las armas más grandes que tuvieran y nos dirigimos a la puerta principal con ellas a la vista —explicó Jakob.

Liam esbozó una sonrisa.

—Supongo que vieron que ibais armados hasta los dientes y salieron por patas, ¿no?

Jakob hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

Liam le puso una mano en el hombro.

—Buen trabajo. Sin esa demostración de fuerza, quizá les habría podido la arrogancia y habrían intentado convertir esa residencia en su Álamo particular. —Era difícil no percibir su tono de orgullo cuando soltó a su hijo—. ¿Os largasteis de allí antes de que llegara la policía?

—Sí —confirmó Jakob.

Liam se volvió hacia mí.

—Seguro que te llaman. Querrán interrogarte sobre lo que pasó.

Me dio un vuelco el estómago.

—Genial.

—No te preocupes. Te enviaremos a una abogada del club y ella los enterrará en papeleo.

—¿Quiénes? —pregunté mirando a los dos hombres—. Un momento, ¿los Reyes son una subdivisión de los Espectros?

Jakob asintió.

«Madre del amor hermoso…».

—Por favor, decidme que los Jokers no son una subdivisión de otro club.

A Liam se le borró la sonrisa de la cara.

—Forman parte de los Bandidos.

Genial. Simplemente maravilloso. Dos de los clubes de moteros criminales más grandes del país tenían subdivisiones vecinas al borde de una guerra abierta. Eso no presagiaba nada bueno para Kearny.

Me volví hacia Jakob.

—Si me voy a quedar aquí, tengo que ir a casa a recoger algunas cosas.

Él se impulsó con la encimera.

—Voy contigo.

Su padre gesticuló con la cabeza hacia el garaje.

—Llevaos el Mustang. No lo reconocerán.

—¿Las llaves están donde siempre? —preguntó Jakob.

—Sí —respondió Liam.

Aquel fue a buscarlas y yo fui a llevarme a Jennifer aparte para hablar con ella un momento sobre la nana. Resulta que la madre de Jakob tenía formación como enfermera, así que supuse que eso había influido en el hecho de que él nos llevara allí, consciente de que la nana iba a necesitar cuidados especiales mientras nos escondíamos.

La puerta corredera de cristal parecía muy pesada, pero se abrió sin hacer ruido con el mínimo roce. Debía de estar bien tener dinero.

—Jennifer, ¿puedo hablar contigo? —pregunté alzando la voz.

Ella miró a la nana, que le hizo un gesto para que se fuera.

—Adelante, Jen. Yo estoy bien aquí fuera, acompañada por estas vistas.

Jennifer sonrió y le apretó la mano a mi abuela antes de levantarse. Tenía esa clase de atención consciente y porte calmado que casaba bien con la profesión de enfermería y, tras verla interactuar con la nana esa tarde, me sentí un poco menos nerviosa por dejarla al cuidado de los Larson durante una o dos horas mientras regresábamos a Kearny.

Jennifer entró y cerró la puerta tras de sí. Era unos diez años más joven que el padre de Jakob; debía de rondar los cincuenta. En su asalvajada melena pelirroja no se veía ni una sola cana. Seguía teniendo un rostro juvenil, igual que mi abuela, ya fuera gracias a la genética o a un uso saludable del protector solar. La inteligencia le brillaba en los ojos cuando encontró mi mirada.

—¿Qué tal? —preguntó con un acento que señalaba sus raíces irlandesas.

—No sé qué te habrá contado Jakob, pero mi abuela tiene alzhéimer.

—Sí, me lo ha dicho.

—Bueno, a muchos pacientes con alzhéimer estos cambios tan bruscos les pueden afectar un poco. Hasta ahora ha tenido una buena semana, pero no me sorprendería que, después del caos de hoy, se pusiera peor. Puede que tengas que repetirle las cosas muchas veces, o que se altere o se confunda porque no sepa quién eres ni por qué está aquí.

Jennifer miró por encima de mi hombro, hacia el punto de la cocina en el que se encontraba Liam.

—Vale… —respondió lentamente.

—Solo quería avisarte, porque ahora mismo soy su única cara conocida y, cuando me vaya, puede que empiece a patinar de inmediato —expliqué.

Jennifer parecía extrañada.

—¿No te ha dicho Jakob por qué me saqué el título de Enfermería?

Negué con la cabeza.

—Ni siquiera sabía que nos iba a traer aquí, así que mucho menos que fueras enfermera.

Frunció aún más el ceño y miró a su marido.

—Tienes que hablar con tu hijo.

Oh, oh, había dicho «tu hijo». No sé cómo, pero acababa de meter a Jakob en un lío con sus padres.

Detrás de mí, Liam suspiró y se perdió dentro de la casa.

Jennifer se giró para mirarme.

—Mi madre tenía alzhéimer. Falleció hace dos años.

Empecé a parpadear.

—Me licencié para poder traerla aquí y ser su cuidadora a tiempo completo —añadió Jennifer—. Vivió aquí con nosotros desde que Jakob era pequeño.

Sentí cómo me ruborizaba.

—No me había dicho nada. Ayer, cuando le hice un repaso de los síntomas del alzhéimer, se quedó tieso como una estatua.

Me puso las manos sobre los hombros.

—Lo siento. Quiero a ese chico más que a mi propia vida, pero a veces me encantaría zarandearlo hasta que le repiquetearan los dientes.

Me dio un par de sacudidas para demostrármelo y, muy a mi pesar, esbocé una sonrisa.

—Me siento como una idiota —admití.

Ella me apretó los hombros.

—Pues deja de sentirte así. Jakob es muy reservado, incluso con nosotros. Criarte con unos padres que pertenecen a una organización criminal puede inculcarle a un niño cierto grado de

desconfianza sana. Y después de su paso por el Ejército… —Me soltó y se encogió de hombros.

—¿Cuánto tiempo estuvo allí?

—Ocho años.

—¿Entró nada más terminar el instituto?

Asintió.

—¿Te ha hablado de alguna de sus misiones? —pregunté.

Ella negó con la cabeza y sus rizos oscilaron.

—Me dijo que no podía, por motivos legales. Todas eran clasificadas.

Entonces encajó otra de las piezas del rompecabezas de Jakob. Por experiencia propia, sabía que la gente que había trabajado en misiones muy confidenciales era paranoica y reservada. Solo se relacionaban dentro de sus propias unidades, no socializaban con otros soldados y perdían el contacto con cualquier amigo que tuvieran antes de alistarse. Porque ¿qué le ibas a decir a alguien de fuera? No podías responder a ninguna pregunta sobre dónde estabas o qué hacías. No podías contar para qué estabas entrenando. Era mucho más fácil guardar silencio que mentir y, si Jakob ya era desconfiado antes de alistarse, solo Dios sabía lo que habían hecho con él ocho años de misiones secretas.

—Dale tiempo —sugirió Jennifer—. Bajo esa coraza de tipo duro se esconde un buen hombre.

—Lo intentaré —respondí, porque no sabía qué otra cosa decirle.

«Lo siento, pero solo lo estoy utilizando por su cuerpo» me parecía un poco brusco, incluso para mí, y empezaba a darme cuenta de que tal vez ya ni siquiera fuese cierto.

Veinte minutos después, Jakob y yo volvíamos a rodar por la carretera. El Mustang verde oscuro en el que íbamos era un clásico con un motor grande y ruidoso, pero, a pesar de su potencia y belleza, pensaba que ojalá hubiéramos cogido mi porquería de coche. Con él quizá nos habrían reconocido, pero tenía aire acondicionado y eso empezaba a parecerme una buena compensación. En esa parte de Texas, la temperatura solía ser diez grados más alta que en los pueblos de las tierras bajas circundantes. Ese día no había ni una sola nube en el azul aciano del cielo. El asfalto irradiaba calor mientras el sol abrasaba el capó del vehículo.

Me hice un moño despeinado en la parte alta de la cabeza y bajé la ventanilla. Jakob también bajó la suya.

Me volví hacia él.

—¿Tanto te habría costado mencionar ayer que tu abuela tenía alzhéimer?

No despegó la vista de la carretera.

—No vi la necesidad.

Ufff, hombres…

—Bueno, no sé, al menos podrías haberme ahorrado el esfuerzo.

Se me quedó mirando, con los ojos ocultos tras las gafas de sol.

—Los dos últimos años de su vida, mi abuela no sabía quiénes éramos. Pensé que podía evitar recordarte lo feas que van a ponerse las cosas con la tuya.

Casi me llevé la mano al pecho. Sentí que el corazón se me paraba de golpe. Era cierto, las cosas iban a ponerse muy feas con la nana y ni yo ni nadie podíamos hacer nada para evitarlo. Se me revolvían las tripas cada vez que lo recordaba.

Observé el perfil de Jakob mientras él volvía la vista hacia la carretera.

—Tienes razón. Habría sido difícil oír eso segundos antes de saludarla, pero quizá podrías haber encontrado otra forma de mencionarlo sin tener que llegar a ese punto.

Subió uno de sus gigantescos hombros.

—Quizá, o a lo mejor una pregunta habría llevado a otra y al final habríamos acabado hablando de eso. Además, ya estabas enfadada conmigo de antes.

—Tenía mis motivos —le recordé.

—No digo lo contrario. Simplemente, no quería añadir la pena a mi lista de ofensas.

Me di la vuelta y miré por la ventana, reflexionando sobre sus palabras. ¿Me gustaba cómo había manejado la situación? No. ¿Entendía que alguien con el pasado de Jakob se comportara de ese modo? Sí. Ya estábamos enfadados cuando llegamos a la habitación de la abuela. En lugar de romperme el corazón, se había callado. A su manera, había intentado protegerme.

Mantuve la cabeza girada mientras le hacía la siguiente pregunta:

—De ahora en adelante, ¿puedes intentar decir algo en ese tipo de situaciones? Prefiero estar triste en ese momento que sentir vergüenza después.

—Lo intentaré —dijo.

Acababa de insinuarle que teníamos un futuro juntos y él me había seguido el juego. Dios, ¿en qué me estaba metiendo?

Nos quedamos en silencio mientras pasábamos de los pastos a los maizales. Aquella primavera, en Texas había llovido más de lo habitual y las oscilantes mazorcas estaban tan altas que no se veía

más allá. Hacía rato que el eco de la voz de Jakob me rondaba la mente: «Vamos a entrar a por vosotras». Por cómo había sonado, habría hecho falta todo un ejército para detenerlo.

Había entrado a por la nana y a por mí, arriesgándose a un enfrentamiento abierto con los Jokers y, por extensión, con los Bandidos. La noche anterior no se había molestado en desmentir los rumores que circulaban por ahí sobre nosotros. Después, me había seguido a casa para asegurarse de que estaba a salvo, se había disculpado por comportarse como un idiota y luego me había besado como si quisiera devorarme. Ese mismo día, cuando pareció que una banda rival podría tenerme en el punto de mira, en lugar de dejarme tirada en alguna casa franca de mierda, me había llevado al hogar que compartió con sus padres.

Puede que estuviera sacando conclusiones precipitadas, pero cada vez quedaba más claro que lo que estaba pasando entre nosotros tampoco era algo pasajero para Jakob.

El sudor me perlaba la frente. Saqué el brazo por la ventanilla y extendí los dedos para ver si conseguía que entrara algo de aire en el interior del habitáculo. Tenía calor y estaba agitada. La pelea con el guarda me había sacado de quicio, y nada como un pequeño roce con la muerte para que a una le entren ganas de hacer alguna locura.

Me volví hacia Jakob. Se había quitado las prendas de cuero antes de salir y llevaba puestos unos vaqueros oscuros y una camiseta negra que se le pegaba al cuerpo como una segunda piel. Su chupa de los Reyes estaba en el asiento de atrás. No me cabía la menor duda de que se la iba a poner en cuanto saliéramos del coche. Aunque le había tomado el pelo al señalar su necesidad de llevarla

siempre puesta, me alegraba de que la hubiera traído. Si alguien encargado de vigilarme veía el emblema de los Reyes que tenía bordado en la parte posterior, a lo mejor se lo pensaba dos veces antes de hacer nada.

Se movió sutilmente y yo lo miré de arriba abajo. Agarraba la parte superior del volante con la mano izquierda, marcando bíceps bajo la tinta de los tatuajes. Si decidía ver hasta dónde llegaban las cosas con él, un día de esos tendría que preguntarle qué significaba cada uno de ellos. No parecía la clase de hombre que se estampaba cualquier símbolo en el cuerpo.

Bajé la mirada. Tenía la mano derecha apoyada sobre la palanca de cambios que había entre nosotros, listo para reducir de marcha mientras nos acercábamos a la siguiente cuesta. Fantaseé con esos dedos largos y hábiles durante un par de minutos antes de volver a centrarme en su rostro. Se había puesto unas gafas de sol clásicas y, con el pelo así peinado hacia atrás, parecía el hermano rubio y barbudo de James Dean.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó arrastrando las palabras; se había dado cuenta de que lo miraba.

—Sí —contesté sin ningún tipo de vergüenza.

Me echó una mirada. Yo clavé los ojos en sus gafas de sol un segundo y luego le di un buen repaso de arriba abajo, tan despacio que no había forma de que hubiera pasado por alto mi interés.

Volvió la vista a la carretera.

—Después de lo del pasillo, vas a tener que decirlo.

Ah, sí, lo del pasillo, cuando le di un empujón y le revoqué el permiso para tocarme cuando quisiera. Ese debió de ser el motivo

por el que anoche se contuvo antes de besarme. A veces odio mi carácter.

—Haz que me corra, Jakob…

Con los años había aprendido que a los hombres les encantaba que dijeras su nombre en cualquier contexto relacionado con el sexo. Jakob no era una excepción. Se le tensó la mandíbula. Reajustó su forma de agarrar el volante. Desplazó la mano que descansaba sobre la palanca de cambios hasta su entrepierna y acomodó el bulto que se le estaba formando. Me estremecí al ver que mis palabras habían tenido un efecto tan inmediato sobre él.

—Desabróchate los vaqueros —dijo.

Vacilé medio segundo. Mi idea era proponérselo y que se detuviera en algún lugar apartado para montárnoslo en el asiento de atrás. ¿Quería hacer que me corriera mientras conducía? Miré alrededor. No había nadie más con nosotros en la carretera. Deslicé las caderas hacia delante, me desabroché los pantalones y bajé la cremallera.

Él alargó la mano y me metió los dedos bajo el elástico de las bragas. Los vaqueros me quedaban ajustados, así que tuvo que hacer fuerza para llegar donde yo necesitaba que llegara. Oí un desgarro y supe que alguna costura corría el riesgo de romperse, pero me importaba una mierda. Si no fuera por la evidente amenaza de estrellarnos con el coche, seguramente me habría subido encima de él.

Me buscó el clítoris con la misma intensidad inquebrantable de siempre, pero, en lugar de detenerse ahí, se abrió paso hacia delante, curvó la mano y me metió uno de sus gruesos y largos dedos. Yo ya estaba mojada, en realidad, desde que lo había visto asomarse a la puerta de la abuela con aquella aura de violencia que

desprendía, como un efluvio casi visible de peligro. Me rozaba el clítoris con la palma de la mano mientras se adentraba cada vez más en mí, hasta que una descarga eléctrica me atravesó el vientre. Antes de recuperar el aliento, empezó a mover la mano adelante y atrás, metiendo y sacando el dedo.

Solté un fuerte gemido y dejé caer la cabeza hacia atrás, contra el asiento. Ese día podría haber muerto. La abuela podría haber resultado herida. Si los Jokers hubieran decidido convertir Magnolia en su Álamo particular, ¿quién sabe cuántas personas se habrían visto atrapadas en el fuego cruzado? Gracias a la rapidez mental de Jakob, todos habíamos logrado escapar y, desde que salimos de aquel edificio, no había hecho más que ansiar ese recordatorio de que seguía viva, era libre y podía sentir alegría, lujuria y deseo.

—Móntame —gruñó Jakob.

Le agarré la muñeca para sujetarlo mientras hacía lo que me había dicho, cambiando la posición de las caderas todo el rato hasta que por fin encontré el ángulo menos doloroso para mi pierna mala. Sí, así. «Justo así».

Los vaqueros me quedaban tan ceñidos que tenía la palma de su mano pegada al clítoris. Me moví arriba y abajo, con los pechos bamboleándose rítmicamente. Apartó los ojos de la carretera e, incluso a través de sus gafas de sol, sentí cómo marcaba mi cuerpo con la mirada. Claro, era un hombre más de tetas.

Levanté una mano y me acaricié el pecho a través de la camiseta.

—Ojalá pudieras usar la boca… —gemí, consciente de que se volvería loco al no poder hacerlo.

Se centró rápidamente en la carretera y cambió el ángulo del dedo, tocando un punto más profundo de mí que me hizo jadear al

siguiente rebote. Estaba a punto de correrme.

—Te comería los pezones hasta hacerte gritar —dijo—. En cuanto entremos en tu apartamento, voy a follarte en el suelo.

Lo embestí de nuevo, esa vez con más fuerza.

—¿Qué tiene de malo…, *Dios*, Jakob…, mi cama?

Él negó con la cabeza; apretaba tanto la mandíbula que lo siguiente lo pronunció entre dientes.

—No voy a tener paciencia para caminar tanto.

Sus palabras me desarmaron. El placer se acumuló en lo más profundo de mi ser, concentrándose en el bajo vientre, y luego explotó hacia fuera. Perdí el ritmo, pero, cuando detuve las caderas, él lo retomó con la mano, alargando el orgasmo hasta que me volví tan hipersensible por el placer que casi dolía.

—Para —pedí sin aliento.

Dejó la mano quieta dentro de mí. Apreté los músculos con la potencia remanente del clímax.

Virgen santa.

La cabeza me daba vueltas. Los ojos me hacían chiribitas. No quería que parara. Había algo en ese hombre que me despojaba de todas mis capas de humanidad y dejaba al descubierto la criatura lúbrica y codiciosa que era.

«Otra vez. Más. Más fuerte», exigía.

Entonces sacó la mano de mis vaqueros, se metió el dedo en la boca y se tragó mi sabor.

—¿Cuánto corre este coche? —le pregunté.

En respuesta, pisó el acelerador a fondo.

11

En cuanto cruzamos la puerta, cualquier pensamiento relacionado con el sexo se evaporó de mi mente. Era imposible que Jakob me follara en el suelo, porque estaba cubierto de cristales. Levanté la cabeza y, horrorizada, contemplé el caos de mi apartamento. Solo había estado fuera un par de horas, no parecía tiempo suficiente para causar tal cantidad de destrozos.

Habían arrancado el colgador de la pared de la entrada con tanta fuerza que los tacos que había usado para fijarlo se habían llevado un trozo de yeso. La foto en la que salíamos la nana y yo que tenía colgada justo enfrente yacía a nuestros pies, hecha añicos. Habían clavado un cuchillo en el sofá y le habían sacado parte del relleno. El apartamento era demasiado pequeño como para tener una mesa de comedor, pero guardaba un par de taburetes bajo el voladizo de la encimera de la cocina. Lo único que quedaba de ellos eran dos montones de madera con los que, si acaso, se podría hacer leña.

Me giré para apreciar el resto del estropicio. El colchón, arrastrado fuera del somier, había sufrido los mismos apuñalamientos y desgarros que el sofá. Todos mis papeles estaban desparramados por el suelo. Los libros tenían páginas arrancadas. Habían tirado de mis bonitas cortinas para quitarlas de las ventanas, con barra y todo, haciendo aún más agujeros en el yeso. A la mayoría de los armarios

de la cocina les faltaban las puertas, pero algunas aún colgaban de una única bisagra, meciéndose con la brisa que entraba por las ventanas reventadas. Me incliné hacia delante y giré la cabeza hacia la derecha. Había fragmentos de mi vajilla diseminados por todo el suelo de la cocina.

—Supongo que no me van a devolver la fianza del piso —dije, porque, si no hacía una broma, me iba a poner a gritar.

Jakob cerró la puerta detrás de mí.

—Quédate aquí.

Mi apartamento era un estudio. Los únicos lugares donde esconderse eran el baño o los armarios. Los cristales rotos crujieron bajo las botas de Jakob cuando pasó por mi lado. Vi cómo registraba primero los armarios. Allí no había nadie. Luego empujó la puerta del baño y retrocedió, tapándose la nariz.

—¡Hostia puta! —exclamó mientras alargaba la pierna.

No tenía ni idea de qué estaba haciendo hasta que oí el sonido de la cisterna. Lo que había encontrado era tan asqueroso que había tenido que usar la punta de la bota para accionar la palanca. Sí, mejor me quedaba donde estaba, *gracias*. No me apetecía ni lo más mínimo ver nada que pudiera provocarle arcadas a un hombre como Jakob Larson.

Cerró la puerta tras de sí y volvió a mi lado. Debía de parecerle realmente asustada, porque me puso las manos en los hombros y bajó la vista para mirarme a los ojos.

—Aquí no hay nadie. Estás bien. Solo son cosas.

Yo asentía una y otra vez. Sí, estaba bien. Sí, solo eran cosas. Pero eran *mis* cosas. Y ahora ya no quedaba nada. Las preciosas cortinas que había elegido con la nana en HomeGoods. Todos esos

platos y tazas de cerámica hechos a mano que había comprado en un taller de la zona. Ese maldito sofá de Ikea para el que tanto había tenido que ahorrar, con su colchón plegable para que Nina pudiera quedarse a dormir si nos emborrachábamos demasiado en la piscina durante nuestro día libre. A la mierda todo. Así, sin más. Habían entrado en mi casa, habían profanado mi espacio seguro y habían destrozado todas mis pertenencias.

Me sentía confusa.

«Desprotegida».

Me sorbí los mocos, con un nudo en la garganta.

Jakob me rodeó con los brazos y me apretó contra él.

—Lo siento, Krista —susurró—. Es culpa mía, yo te he metido en esto.

Negué con la cabeza y volví a sorberme la nariz.

—No es culpa tuya. Yo acepté ayudarte.

Tres años antes no habría cedido a la amenaza de las lágrimas. Las habría reprimido, enterrando mi dolor en lo más profundo de mí y dejando que me consumiera por dentro. Las tipas duras no lloran. Los soldados no lloran. Pero ese simpático loquero del Ejército que me había enseñado a engañar al cerebro para que disfrutara de un poco de dolor durante las relaciones también me había mostrado las consecuencias de contener las emociones, así que me quedé allí, entre los brazos de Jakob, y me permití derrumbarme unos minutos.

Los últimos dos días habían sido horribles salvo por los breves momentos de felicidad que me había dado ese hombre. Podría haber sido peor. Mucho peor. Podrían haberle hecho daño a la nana. Me podría haber fallado la rodilla durante la pelea en el ascensor. Si me hubiera puesto cabezona en lugar de hacerle caso a Jakob, la nana y

yo podríamos haber estado en mi apartamento cuando entraron a la fuerza. Esos pensamientos, más que cualquier otra cosa, fueron los que me llevaron al llanto. Lo que más me asustaba siempre eran los «y si…». Me pasaba desde el accidente de avión. ¿Y si mis compañeros de tripulación no hubieran llegado a tiempo? ¿Y si me hubiera quedado atrapada allí y hubiera muerto presa de las llamas?

El psicólogo me había enseñado que no había que reprimir ese tipo de pensamientos, sino seguirlos hasta el fondo de la madriguera del conejo, hasta el amargo y horrible final. Era la única manera de liberarme de su tormento y reducir la ansiedad residual.

Jakob me acariciaba la espalda mientras yo me imaginaba las situaciones más desfavorables que podrían haber ocurrido. En ningún momento intentó calmarme ni decirme que no me preocupara. No se sintió incómodo ni hizo bromas sobre el hecho de que le estaba empapando la camiseta con las lágrimas, y por eso, más que por ninguna otra cosa, quería estar cerca de él y averiguar si entre nosotros realmente podría haber algo más que sexo.

Cuando las lágrimas empezaron a secarse, ya me sentía mejor. Todo seguía siendo horrible y mi apartamento seguía destrozado, pero al menos la nana y yo estábamos sanas y salvas.

A medida que la tristeza y el miedo se desvanecían, la ira surgió para llenar el vacío.

Me revolví entre los brazos de Jakob. Él se echó hacia atrás y me miró. Seguro que tenía la cara roja e hinchada; nunca he estado guapa al llorar. A él no parecía importarle. Extendió la mano y me enjugó el último resto de humedad de la comisura del ojo.

—Quiero participar en la venganza —dije.

Puso cara de póquer.

—¿Qué venganza?

—No me vengas con tonterías, Jakob —le solté—. Los Jokers o alguien que trabaja para ellos han entrado en el corazón de Kearny y le han destrozado el apartamento a la mujer que creen que sale con el hijo de Liam Larson. Sé que los Reyes no lo van a dejar pasar.

—Tú no eres de los Reyes —afirmó—. No puedes participar en la venganza a menos que lleves nuestro emblema.

—Aparte de ti, nadie lo sabría.

Frunció el entrecejo.

—Fui artillera del aire y tuve uno de los mejores expedientes de la historia de mi unidad —insistí—. Ponme en un sitio elevado con un rifle y, si las cosas se tuercen, me aseguraré de que los Reyes salgan de allí con vida.

Me miró con gesto inexpresivo.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Tomar posición en algún edificio y agujerearles el cerebro si vienen a por nosotros?

Guau. ¿Por qué con él todo era siempre tan extremo?

—Estaba pensando más bien en atravesarles algunos puntos no letales para dejarlos fuera de combate —repliqué—. Fui la primera de mi promoción en la formación de francotiradores. Puedo hacerlo.

Arrugó el entrecejo aún más.

—¿Y si fallas? ¿Y si se mueven y acaban muriendo por las heridas? Esto no es el Ejército. No nos enfrentamos a combatientes enemigos extranjeros; se trata de civiles estadounidenses. Aquí no hay ningún gobierno que autorice las muertes. Si te cargas a uno, serás una asesina.

Ahí estaba, esa era la razón por la que ni se me ocurría juzgar a ningún miembro de los Reyes por lo que hacía. La mayoría eran

veteranos de guerra. Como a mí, los habían despojado de su humanidad durante la contienda. Habían mirado al oscuro interior de la naturaleza humana y se habían dado cuenta de lo brutales y repugnantes que éramos en realidad. El «No matarás» había pasado a ser un «En realidad, no pasa nada si matas a quien te digamos».

Masacre autorizada. Qué concepto más absurdo, joder.

Cuando terminó la guerra, nos arrojaron de nuevo a la vida civil con una formación ridículamente insuficiente que no nos permitía readaptarnos. ¿Tan raro era que, en lugar de aclimatarse, los miembros de los Reyes hubieran encontrado una nueva causa por la que luchar? ¿Una nueva unidad a la que unirse? ¿Un mundo lleno de personas como ellos, que observaban la realidad con los ojos bien abiertos? En el campo de batalla reinaba la anarquía y, aunque lo abandonaras, lo que allí habías vivido nunca te abandonaba a ti del todo. Después de aquello la civilización ya no tenía mucho sentido. La veíamos como la fachada débil que era. Sabíamos lo poco que hacía falta para derribarla, así que dejamos de tragarnos todas las tonterías que nos contaban y comenzamos a vivir según nuestra propia brújula moral descacharrada.

—Soy una asesina desde los veinte años —le dije a Jakob—. Que un gobierno me diera autorización nunca me facilitó matar, y desde luego no detuvo las pesadillas. Luché contra los rusos junto a los ucranianos para evitar que su país volviera a ser arrastrado a la nueva URSS, así que más te vale que me creas cuando te digo que no dudaría en llevarme por delante a un par de Jokers si supiera que así estoy protegiendo Kearny.

Me miró fijamente durante un buen rato y, por fin, asintió.

—Puedes participar.

Solté una profunda exhalación.

—Gracias.

Se oyeron unos golpecitos detrás de nosotros, seguidos de un crujir de cristales cuando la puerta se abrió.

—¿Krista?

Jakob y yo nos giramos de golpe. Un atractivo hombre latino cercano a la treintena quedó encuadrado bajo el marco. Llevaba el oscuro pelo cortado casi al rape y unas gafas de montura negra sobre la nariz. Era mi vecino de enfrente, Raúl. Trabajaba desde casa de diseñador gráfico. A juzgar por la indiferencia que reflejaba su rostro mientras ojeaba mi apartamento, seguro que había estado en casa mientras lo destrozaban.

Jakob se acercó a mí. Para un ojo inexperto, podía parecer relajado. Tenía una postura distendida, con los brazos colgando tranquilamente a los lados. Vi de soslayo cómo se ponía de puntillas, listo para saltar. Le puse una mano en el antebrazo para detenerlo.

—Hola, Raúl —saludé—. Este es Jakob. Jakob, mi *vecino*, Raúl.

Él volvió a apoyar los pies en el suelo.

Raúl, ajeno al peligro que acababa de correr, lo saludó con la cabeza.

—Encantado de conocerte, tío.

Jakob le devolvió el gesto.

—Lo mismo digo.

—Supongo que has visto algo… —le dije a Raúl.

Él negó con la cabeza.

—He oído algo. Parecía como si estuvieras derribando una pared, así que llamé a Brad.

—Brad es el conserje —le expliqué a Jakob. Volví a mirar a Raúl—. ¿Qué te dijo?

Su expresión se tornó oscura.

—Que la inmobiliaria por fin te había dado permiso para remodelar la cocina.

«Puto Brad».

—¿Está metido en esto? —preguntó Jakob dando un paso hacia la puerta.

Le agarré más fuerte el brazo. Bajar corriendo las escaleras para asesinar al conserje no era de gran ayuda.

—Lo dudo —respondí—. Es una sabandija de medio pelo, pero no sería tan imbécil como para trabajar para los Jokers en territorio de los Reyes. Seguro que solo le han pagado.

Raúl abrió los ojos como platos.

—¿Esto es cosa de los Jokers? —Miró a Jakob, se fijó en el parche que llevaba en la parte delantera de la chupa y levantó las manos—. Yo no quiero tener nada que ver con ninguna disputa territorial.

—No te preocupes. No vamos a meterte —le aseguré—. ¿Verdad que no? —Le apreté el brazo a Jakob, que soltó una especie de gruñido de asentimiento.

Raúl salió de mi apartamento caminando hacia atrás y no se detuvo hasta cruzar el pasillo. Su novio asomaba la cabeza por la puerta de su casa, con los ojos desorbitados. Genial. Lo había oído todo.

—Gracias por avisarme —dije.

Raúl asintió y desapareció en el interior de su apartamento. Oí unos susurros y lo que parecieron diez cerrojos cerrándose uno detrás de otro.

—Pues ya sabemos por qué nadie ha llamado a la policía —dije volviendo la vista hacia los escombros en los que se había convertido mi vida.

Jakob frunció el ceño con aire inquisitivo.

—En este bloque de apartamentos se anima a los residentes a encauzar las quejas a través del conserje de cada edificio —le expliqué—. Es una forma de evitar que venga la policía cada vez que un perro ladra demasiado fuerte.

La frustración se apoderó de sus facciones en cuanto entendió que, si algún vecino había llamado a recepción preocupado por el ruido, Brad lo habría tranquilizado, de modo que cabía la posibilidad de que nadie hubiera visto siquiera a las personas que habían hecho aquel estropicio.

Pensándolo bien, tal vez *podríamos* bajar un momento y cargarnos a Brad.

Me sonó el teléfono en el bolso. Cuando lo saqué, vi un número desconocido. Como en la llamada de la doctora Perez, era local. Deslicé hacia la derecha para contestar.

—¿Hola?

—¿Es usted Krista Evans? —preguntó una profunda voz masculina.

Pulsé el botón del altavoz.

—Sí.

—Soy el agente Sanders, de la policía de Kearny. Nos gustaría que viniera a la comisaría a responder algunas preguntas, si tiene tiempo.

—Abogada —sentenció Jakob sin molestarse en bajar la voz.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el agente Sanders.

—Iré —respondí—, pero necesito fijar la hora con mi abogada. Le diré que los llame.

—¿Quién es su abogada? —preguntó—. Quiero asegurarme de que me pasen la llamada.

—Katherine Jenkins —contestó Jakob.

El agente Sanders suspiró. Parecía cansado.

—Eres de los Reyes. Debería haberlo imaginado.

—No soy de los Reyes —dije—. Solo soy una amiga del entorno.

—Vale. Pero, señora Evans…

—¿Sí?

—Cuanto antes venga a la comisaría, mejor. Aquí hay un representante de Magnolia Hills que asegura que usted agredió a uno de sus guardas de seguridad.

Me mordí la lengua para no soltar un taco.

—Gracias, agente. Iremos lo antes posible.

Nos despedimos y colgamos.

Furiosa, me volví hacia Jakob.

—¿Ese desgraciado dice que *yo* lo agredí? Pero si fue *él* quien me siguió hasta el ascensor e intentó atacarme.

Jakob se había quedado pensativo.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Sanders no debería habértelo contado —respondió—. Va contra el reglamento de la policía. Les gusta llevar allí a la gente y luego decirles de qué se los acusa para sacar algo de su reacción.

Parecía que hablaba por experiencia.

—Entonces ¿por qué me lo ha contado? —pregunté.

—No es mal tío… —contestó Jakob— para ser poli. No le gustan los Reyes, pero es legal incluso con nosotros. Seguramente te lo ha

dicho porque le huele a mentira. Has tenido suerte. Gracias a él, Katherine podrá preparar la defensa con antelación.

Le estuve dando vueltas al asunto mientras Jakob llamaba a su padre para contarle lo que había pasado desde que salimos de su casa. Cuando colgó, llamó a Daniel King y le repitió la historia, y después llamó a Katherine Jenkins, mi nueva abogada. Tardamos cuarenta minutos en contarle todo lo que había sucedido ese día con pelos y señales. Al terminar, nos dio una larga lista de instrucciones y nos dijo que nos reuniéramos con ella fuera de la comisaría en una hora.

12

Jakob salió de mi aparcamiento entre los rugidos del motor del Mustang.

Sentada a su lado, me giré hacia él.

—¿Pasa algo entre Daniel King y tú?

—¿A qué te refieres? —preguntó, como si no se hubiera visto venir la pregunta.

—¿Tenéis algún problema?

Dijo que no con la cabeza.

—No, que yo sepa. ¿Por qué?

Me lo quedé mirando. ¿En serio?

—Bueno, no sé. Supongo que me pareció curioso que entrara por la fuerza en tu casa la otra noche, hiciera unos comentarios bastante crípticos sobre un tipo llamado Mike y se haya comportado como un auténtico capullo contigo por teléfono.

Daniel había puesto a Jakob a caldo cuando este le había relatado los acontecimientos del día. Él no lo había puesto en altavoz, pero aun así oí su tono airado, como si estuviera gritando.

Jakob se encogió de hombros.

—No le des más vueltas a lo que pasó en mi apartamento. Nada de lo que hace Daniel King tiene ningún puto sentido para nadie más que para él mismo. Cuestionarlo no hace más empeorar las cosas. Y

tiene derecho a estar cabreado, he roto la cadena de mando al hablar con mi padre antes que con él sobre lo que ha pasado hoy.

Había algo más, estaba segura, pero entonces la advertencia que Nina me había hecho la otra noche me atravesó la mente como un susurro y decidí dejar el tema. Ella tenía razón. Pese a mi curiosidad, no necesitaba entrometerme aún más en los asuntos de los Reyes. Una vez que me hubiera vengado por lo de mi apartamento, haría lo posible por olvidarme de todo.

—No paro de darle vueltas a una cosa… —dije.

Jakob frenó suavemente el coche para detenerse en un semáforo en rojo.

—¿Qué cosa?

—¿Cómo es que no has averiguado quién es el camello preguntándole a alguien del pueblo que le haya comprado droga?

Sacudió la cabeza.

—Ya lo hemos intentado. Nadie quiere admitir que compra droga en Kearny, y mucho menos delatar a quien la vende.

—¿No insististe en el tema? —pregunté—. Es bastante importante.

—Qué va —contestó acelerando el motor en cuanto el semáforo se puso en verde—. Si nos ponemos a torturar a la gente para sacarle respuestas, el pueblo se volverá contra nosotros.

«Eh…, ¿qué?». Me aparté un poco de él.

—Me refería más bien a sobornar a alguien para que contestara vuestras preguntas.

El hecho de que pasara por alto esa opción y pensara directamente en la tortura era un poco preocupante. Puede que mi brújula moral no apuntara del todo hacia el norte, pero empezaba a pensar que la de Jakob ya ni siquiera funcionaba.

Me echó una mirada y sonrió al ver mi expresión, aunque en realidad no vi más que un destello de sus dientes, demasiado salvaje para considerarlo una sonrisa.

—Era broma, Krista.

—Ah. —Me relajé un poco.

Él volvió a centrarse en la carretera.

—No tiene sentido torturar a la gente. No puedes fiarte de lo que te digan bajo ese nivel de presión. Al final te cuentan lo que quieres oír solo para que se acabe el dolor. —Hablaba con una autoridad que apuntaba a que tal vez había aprendido esa información de primera mano.

Fruncí el ceño al ver su perfil.

—¿Sabes? Me preocupa que estés muy arriba en la escala de los psicópatas.

En respuesta, se bajó las gafas y me lanzó la mirada más perturbadora que había visto jamás.

—Eso te pone como una moto, ¿eh?

Sin querer, me eché a reír.

Cuando muriera iba a ir directa al infierno. Porque la verdad es que sí, así era.

Katherine Jenkins no era como esperaba. Si me hubieran preguntado qué aspecto tendría una mujer encargada de defender a una banda de moteros criminales, seguramente habría descrito al prototipo de reina de hielo: alta, imponente, rubia y con una mirada capaz de paralizarte en seco.

Katherine hizo estallar esa suposición por los aires. La puerta de su lujoso todoterreno se abrió de par en par mientras aparcábamos junto a ella en la comisaría, dejando a la vista a una mujer blanca y bajita de unos cincuenta y cinco años. Llevaba una falda gris ajustada con una sofisticada camisa metida por dentro. Se había recogido los rizos castaños en un moño bajo y el escaso maquillaje que lucía estaba aplicado con pericia. A pesar de su elegancia, parecía una madre. Yo no acababa de entender por qué —a lo mejor se parecía a alguna figura materna imaginaria con la que había soñado de niña, puesto que la madre que a mí me había tocado resultó ser una capulla—, pero, en cuanto posé los ojos en ella, el cerebro simplemente se me fue a «mamá».

Mientras salíamos del Mustang, nos recibió con una sonrisa acogedora. Cruzamos la mirada y sus ojos marrones me transmitieron su alto grado de compromiso, como si dijeran: «Todo irá bien, cariño. He venido a cuidar de ti».

—Hola. Tú debes de ser Krista. —Se presentó tendiéndome la mano. Su voz no hacía más que reforzar ese rollo de madre. Cálida y melódica, parecía como si estuviera a punto de preguntarme si quería un poco más de estofado.

—Sí —respondí. Se la estreché—. Gracias por ayudarme con tan poca antelación.

—No hay problema. Los amigos de los Reyes son mis amigos. —Su sonrisa creció cuando llevó la vista hacia Jakob—. Espero que no te hayas metido en líos, jovencito.

Si él sintió que lo trataba con condescendencia, no se le notó. La miró arqueando una ceja y elevando una comisura de los labios con gesto jovial.

—Yo nunca me meto en líos.

Katherine soltó un bufido de desaprobación.

—Gracias a mí, claro.

Jakob sonrió. Podía contar con los dedos de una mano la cantidad de personas con las que lo había visto hacerlo. Esa mujer debía de caerle muy bien. Y no me extrañaba. Yo llevaba tres minutos en su compañía y ya estaba deseando que me invitara a una cena familiar.

Katherine clavó los ojos en los míos.

—Recuerda, no respondas ninguna de las preguntas que te hagan.

—Entendido —dije.

Ella no apartó la mirada.

—Es fundamental que me dejes hablar a mí. Puede que la policía diga algo para incitarte a responder. No lo hagas.

—¡Sí, señora! —exclamé juntando los talones y ofreciéndole el saludo militar.

Ella llevó la vista hacia el cielo.

—Genial. Otra listilla.

Bajé la mano, sonriendo aún más que Jakob.

Katherine meneó la cabeza y se volvió hacia él.

—Tú quédate aquí fuera. La policía de Kearny sabrá que Krista tiene trato con los Reyes porque yo la represento, pero no hace falta que les pongamos un recordatorio visual delante de las narices ni que un miembro del club les lleve la contraria.

Jakob puso cara de inocente.

—¿Desde cuándo le he llevado yo la contraria a la poli?

Katherine le lanzó una mirada que me hizo pensar que debía de ser una madre más estricta de lo que había pensado al principio.

—¿De verdad quieres que te responda a eso, jovencito?

Jakob dijo que no con la cabeza. Buena elección. Si hubiera tentado a la suerte, lo habrían castigado sin salir.

Katherine se volvió hacia mí.

—Tú y el guarda estabais solos en el ascensor. A menos que hubiera cámaras allí dentro, ninguno de los dos puede demostrar su versión de los hechos. Sin testigos, todo lo que digáis no serán más que pruebas de referencia. La mala noticia es que, si no había cámaras, él puede acusarte de agresión y presentar una demanda civil o penal contra ti. Si es civil, querrá que pagues los daños. Si es penal, podrías ir a la cárcel.

Asentí, ya con cara más seria. Por favor, que hubiera cámaras en el ascensor. Si acabara en la cárcel por defenderme de un pandillero que se hacía pasar por guarda, perdería la poca fe que me quedaba en el sistema judicial.

Katherine me puso una mano en el brazo y me miró con gesto compasivo.

—No te preocupes. Seguramente podamos evitar una acusación penal. La policía no tiene muchas pruebas que pasarle a la fiscalía y, sin indicios sustanciales de que lo atacaste de improviso, el fiscal del distrito no querrá continuar con el caso.

Solté un suspiro de alivio.

—De acuerdo.

Me miró de arriba abajo.

—Buena elección de ropa. Exagera un poco la cojera cuando entremos. Queremos que parezcas lo más indefensa posible.

Me había aconsejado que me cambiara antes de salir del apartamento. Yo me había quitado los vaqueros ensangrentados y, siguiendo sus instrucciones sobre cómo destruir las pruebas, Jakob y

yo los habíamos remojado en lejía y los habíamos tirado a un contenedor cualquiera a unos kilómetros de mi bloque de apartamentos.

Katherine había hecho mucho hincapié en que pareciera lo más inocente y vulnerable posible. Llevaba un vestido de verano amarillo intenso con un cárdigan blanco por encima. No era la primera vez que me enfrentaba a cargos por agresión —cuando estaba en el Ejército, participé en un par de peleas de bar muy lamentables bajo los efectos del alcohol— y sabía que parecer indefensa era una buena forma de que la gente se preguntara si en realidad yo era capaz de hacer las cosas de las que se me acusaba.

El dobladillo del vestido me llegaba justo por encima de las rodillas, dejando a la vista las peores cicatrices. Normalmente solo me ponía vaqueros, faldas o vestidos largos, pero no porque me diera corte o me avergonzara de mi cuerpo, sino porque no quería enfrentarme a las mil y una preguntas que me hacían cuando se me veían. La mayoría de las personas que me habían preguntado por ellas tenía buena intención, y yo comprendía la curiosidad, pero ya estaba harta. El caso es que me encontraba en un momento en el que no me interesaba ocultar mis cicatrices. Iba a entrar en esa comisaría exagerando mi cojera y rezándole a Dios para que todos los que las vieran se apiadaran de mí.

¿Estaba siendo ruin? ¿Manipuladora? Sin duda, pero no iba a arrepentirme de nada si eso me libraba de un delito de agresión.

Katherine miró su reloj.

—Si ya han presentado cargos, interpondremos una contrademanda y después solicitaremos que abran una investigación sobre tu apartamento. ¿Has hecho fotos?

Asentí y saqué el móvil para enseñarle los desperfectos.

Ella lanzó un silbido de asombro mientras pasaba las imágenes.

—Vas a quedarte en casa de los padres de Jakob, ¿verdad?

—Sí —respondí.

Levantó la vista de mi teléfono y nos miró alternativamente a él y a mí.

—Os aconsejo que no os separéis en los próximos días. Si alguien ha sido tan violento con las pertenencias de Krista, no quiero ni pensar en lo que le haría si le pusiera las manos encima.

Aunque era un día sofocante, me atravesó un escalofrío.

Jakob se dio cuenta y me pasó un brazo sobre los hombros.

—No la perderé de vista.

—Más te vale —contestó Katherine mientras me devolvía el teléfono—. Voy a necesitar los datos de contacto de Raúl. Estaría bien tener un testigo a mano. ¿Te atacan en un ascensor y luego te vas a casa y te encuentras el apartamento destrozado? Sería sospechoso hasta para un policía ciego. El hecho de que Brad lo encubriera juega a nuestro favor. Demuestra que hubo conspiración para cometer el delito.

Cuanto más hablaba esa mujer, más entendía por qué Liam Larson la mantenía en nómina. Era inteligente, capaz y aparentemente inquebrantable. Comentamos algunas cosas más antes de despedirnos de Jakob y entrar en el edificio.

La puerta principal nos escupió a una pequeña sala rectangular. Había más puertas tanto a nuestra izquierda como a nuestra derecha. Ninguna tenía tirador. Justo enfrente, una agente uniformada atendía el mostrador de recepción tras una mampara de plexiglás tan gruesa que parecía a prueba de balas. Katherine nos

presentó. A continuación, la agente nos pidió que rellenáramos unos formularios y luego nos dejó pasar. Una de las puertas laterales se abrió con un clic. Allí nos recibió otro policía, que nos condujo por un pasillo revestido de linóleo hacia las profundidades del edificio. Miré alrededor mientras caminábamos. Hacía tiempo que no entraba en una comisaría. La última vez había sido en el instituto, cuando me llamaron para responder algunas preguntas sobre el posible paradero de mis padres.

Esa comisaría era más grande que la de mi localidad. Pasamos junto a un departamento de expedientes, una sala de espera, varias salas de interrogatorios, una cafetería y una gran sala de juntas antes de que nos metieran por una puerta que había al fondo. Daba a un amplio espacio de oficinas repleto de escritorios. La mitad estaban desocupados. En el resto había agentes uniformados y detectives vestidos de calle. Frente a algunos de los escritorios, había sendos civiles sentados en unas sillas de aspecto incómodo. Un par de ellos llevaban esposas, mientras que los otros parecían estar presentando denuncias o respondiendo preguntas.

Desvié la mirada hacia el rincón más alejado de la sala y, entre la multitud, distinguí un rostro que me resultó vagamente familiar. Arrugué el entrecejo, esforzándome por ubicar a ese hombre, y de repente caí en la cuenta. Era el tipo al que Jakob se había quedado mirando en Magnolia Hills, el que había pasado por el vestíbulo mientras esperábamos para registrarnos.

Debió de sentir mi mirada, porque se giró un poco en la silla y me clavó sus oscuros ojos desde el otro lado de la estancia. Casi me tropiezo. Desprendían una intensidad increíble y, pese a la indescifrable expresión de su rostro, me dijeron más de lo que

necesitaba saber. Había conocido a suficientes malas personas como para reconocer las señales. Joder, yo misma era una asesina, pero, aunque estaba para el arrastre, mis ojos aún tenían vida. Los suyos eran como los de un hombre muerto, un cascarón andante cuya alma habían destrozado mucho tiempo atrás. Mi cerebro reptiliano lo reconoció al instante. En cuanto cruzamos la mirada, empezó a sisear en mi cabeza para que me alejara de él, y ni siquiera el hecho de que estuviéramos en una sala llena de polis a casi diez metros de distancia fue suficiente para acallarlo.

Yo siempre había tenido una cara expresiva y él debió de leer mis pensamientos en ella, porque sonrió. Aparté la mirada bruscamente y me concentré en poner un pie delante del otro. Era el tipo de sonrisa que le dedicabas a alguien justo antes de matarlo.

Supongo que ya sabía quién estaba presentando las denuncias contra mí.

No me gustaba esa coincidencia. Jakob se había fijado en aquel tipo como si lo conociera y ahí lo teníamos, intentando que acusaran a su «parienta» de agredir a un falso guarda. Recuerdo haber pensado que podía ser médico, pero el agente Sanders especificó que había sido la dirección la que había presentado la denuncia. Si él formaba parte de la dirección, era imposible que no supiera que el guarda era falso. ¿Acababa de posar los ojos sobre el cerebro de toda la operación?

Cuanto más lo pensaba, más me convencía de que así era. Todo encajaba. ¿Quién sino la dirección podría haber metido guardas falsos en Magnolia? ¿Quién si no tenía el poder de encubrir lo que allí estaba pasando? ¿Quién si no iba a estar tan enfadado conmigo

por haber mandado al traste su pequeño negocio de drogas como para que pareciera que quería matarme?

Katherine se dio cuenta de que estaba distraída. Ladeó la cabeza hacia mí mientras caminábamos.

—¿Estás bien?

—Sí —respondí.

Había demasiados oídos alrededor y no me sentía segura como para comentar mis sospechas. Volvimos a callarnos y seguimos al poli hasta un escritorio pegado a la pared del fondo.

El agente Sanders se levantó de la silla que había detrás. Era un hombre blanco alto, de unos cuarenta y cinco años, con el pelo castaño claro y los ojos de un azul vivísimo. Tenía una hechura muy adecuada para su profesión: esbelta pero musculosa. Si alguien intentaba escapar durante un arresto, no me cabía la menor duda de que él podría correr tras esa persona hasta dejarla exhausta.

Me miró de arriba abajo, haciendo una mueca de dolor cuando llegó a la pierna, pero al menos se las arregló para saludarme sin poner voz compasiva.

—Agente Sanders —dijo tendiéndome la mano.

Cojeé hacia delante y se la estreché. El apretón fue firme y profesional.

Me soltó y se volvió hacia Katherine, y su rostro adoptó una expresión resignada, como de cansancio.

—Acabemos con esto de una vez —soltó al tiempo que nos sacaba de la sala.

Le eché un vistazo al tipo de Magnolia mientras nos marchábamos. Seguía mirándome. No soy de las que se asustan fácilmente, pero ese hombre me ponía los pelos de punta.

A partir de entonces, no dejé de mirar al frente, siguiendo al agente Sanders y a Katherine por la laberíntica comisaría. Los tres nos apiñamos alrededor de una mesa bastante pequeña que había en una sala de interrogatorios y, desde ese momento, la abogada dominó la conversación. Resultó que no había cámaras en los ascensores. Al final el caso solo iba a basarse en pruebas referenciales. Ese descubrimiento me dejó aterrorizada unos minutos —¿qué pasaría con la nana si me condenaban?—, pero mi miedo no tardó en evaporarse. Todas y cada una de las acusaciones que Sanders leía en voz alta, Katherine las refutaba con una determinación tan férrea que habría desgastado incluso al policía más fanático. En ningún momento alzó la voz. No fue en absoluto grosera. Tan solo permaneció allí sentada, hablando en un tono tranquilo y lógico que, de alguna manera, hacía que todo el caso que habían montado en mi contra pareciera ridículo a más no poder. Hacia el final casi me sentía mal por Sanders. Él no había hecho nada para merecer que lo dejaran en evidencia; solo intentaba hacer su trabajo. Simplemente había tenido la mala suerte de que mi caso aterrizara en su escritorio.

Yo solo tuve que quedarme allí sentada y mantener cerrada mi bocaza feliz. No sé cuánto le pagaba Liam Larson a Katherine, pero se quedaba corto.

Cuando terminó de desmontar el caso penal que se había articulado en mi contra —al parecer, el guarda *sí* había decidido presentar cargos penales—, deslizó mi teléfono por el escritorio y le mostró a Sanders los destrozos que habían provocado en mi apartamento. Él espabiló un poco mientras ojeaba las fotos.

—¿Podemos hacer copias? —preguntó.

—Se las enviaré por correo electrónico —respondió Katherine.

El policía levantó la vista hacia mí.

—¿Cuánto tiempo ha estado fuera?

—Cinco horas —contestó Katherine por mí.

Y así durante toda la entrevista. Sanders, pobrecito, siguió dirigiéndome a mí todas sus preguntas, bien porque ese era el protocolo, bien porque esperaba que yo rompiera filas y acabara abriendo la boca. Pero no era tonta. Katherine me había dicho que la mantuviera cerrada y eso hice.

—¿No es interesante —apuntó ella— que, el mismo día que mi clienta va a Magnolia Hills con la intención de denunciar lo que ella cree que podría ser un fraude de recetas con una de las doctoras del centro, dicha doctora no regrese nunca de su pausa para comer, mi clienta sea agredida en un ascensor por parte de un guarda al que no había visto jamás, y, después, al llegar a casa, se encuentre el apartamento destrozado?

—Yo no lo calificaría de «interesante» —resolvió Sanders—. Lo investigaremos. —Me devolvió el teléfono—. ¿Dónde va a quedarse?

—Con la familia de un amigo íntimo —respondió Katherine.

Él siguió mirándome a mí.

—Le aconsejo que no salga de la zona.

La abogada apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante.

—¿Y por qué? Ella no ha hecho nada que justifique esa orden.

Sanders perdió ligeramente la compostura mientras se volvía hacia ella, frunciendo el ceño con frustración.

—No es una orden. Es un consejo. Es posible que necesitemos que vuelva para responder algunas preguntas más una vez que

hayamos abierto una investigación sobre su apartamento.

—Creo que mi clienta ya ha sido más que servicial —dijo Katherine con el mismo tono tranquilo y conciliador que había mantenido durante toda la conversación—. Ha tenido la amabilidad de venir aquí por voluntad propia para responder a estas acusaciones claramente falsas contra ella. Si tiene alguna otra pregunta, puede dirigírmela a mí. Ella ya ha pasado por bastante.

El agente Sanders suspiró, con expresión resignada.

—Está bien.

—Si eso es todo… —concluyó Katherine, levantándose de su asiento.

Sanders se recostó en la silla y asintió.

—Eso es todo.

Ella le sonrió con la misma calidez que me había mostrado antes.

—Ya buscamos nosotras la salida. Como siempre, ha sido un placer, agente Sanders.

Él resopló e hizo un gesto con la mano para despedirnos.

—Sí, seguro…

Me levanté de la silla y la seguí hasta el pasillo.

—Me muero por chocarte los cinco —le susurré.

En su rostro se dibujó una sonrisita victoriosa.

—Espérate a que salgamos.

13

Seguí a Katherine fuera de la comisaría, reprimiendo las ganas de temblar. Parecía que salía de una nevera. Como si enfrentarse a los polis no fuera ya lo bastante malo sin la incomodidad añadida de tener la piel de gallina de la cabeza a los pies.

Me detuve justo al salir por la puerta y dejé que el calor de Texas me envolviera como una manta. El sol ya estaba bajo en el horizonte, pero, incluso mientras se ponía, quemaba con tal intensidad que ahuyentó mi frío persistente. Cerré los ojos y me volví hacia su calidez, regocijándome en el hecho de no haber acabado entre rejas. Los motores rugían en un semáforo cercano. Una suave brisa me acarició la piel, trayendo consigo el aroma de la hierba recién cortada.

Tragué una buena bocanada de libertad y me volví hacia mi salvadora.

—¿Me chocas los cinco?

Katherine levantó la mano.

—Venga.

Chocamos las palmas y luego bajamos los escalones de la entrada. Capté un movimiento por el rabillo del ojo. Cuando me giré, vi a Jakob levantarse de un banco del parque situado bajo un grupo de árboles cercano. En lugar de su chupa de los Reyes, llevaba un

chaleco de cuero holgado sobre su camiseta negra, con el logotipo del club de moteros estampado a la altura del pecho, a la derecha. Me sentí como una tonta por no haberme dado cuenta antes de las similitudes entre la insignia de los Reyes y la de los Espectros. Mientras que la calavera de los Espectros portaba un medio casco, la de los Reyes llevaba una corona rota sobre la cabeza. Por lo demás, eran exactamente iguales.

Jakob emergió de entre las sombras de los árboles hacia el refulgente dorado del atardecer. Juro que la oscuridad se aferró a él medio segundo de más, como si no quisiera dejarlo ir. Se acercó a nosotras con ese paso tan característico suyo, como si sus largas piernas devoraran el pavimento, clavando la mirada en Katherine y en mí.

—¿Cómo ha ido? —preguntó al llegar a nuestra altura.

—Tan bien como cabía esperar —contestó Katherine.

—Está siendo modesta —señalé yo—. Ha machacado al agente Sanders.

—Pobrecito —repuso Jakob, pero por la leve curvatura de sus labios era evidente que quería sonreír.

Katherine miró su reloj.

—Bueno, tengo que irme. —Se volvió hacia mí—. Si la policía de Kearny se pone en contacto contigo, les dices que me llamen.

—De acuerdo —respondí—. Muchas gracias de nuevo.

Ella sonrió y me dio un apretón en el brazo.

—De nada. Hablamos pronto.

Nos despedimos y la observamos mientras se metía en el coche. Unos minutos después, salió del aparcamiento saludándonos con la mano. Había dudado entre incluirla o no en la conversación que iba

a mantener con Jakob. Al final decidí no hacerlo. Quizá necesitara acogerse a la negación plausible si los Reyes tomaban cartas en el asunto respecto a la información que yo poseía. Bueno, o que creía poseer.

Me volví hacia Jakob.

—¿Te acuerdas del tipo ese al que te quedaste mirando fijamente cuando estábamos en la cola para registrarnos en Magnolia?

Asintió.

Señalé con el pulgar hacia la puerta principal.

—Pues estaba dentro. Estoy bastante segura de que es él quien está presionando para que se presenten cargos contra mí y, cuanto más lo pienso, más claro tengo que está metido hasta las cejas en todo esto.

—¿Por qué? —preguntó.

—Para empezar, él tiene que saber que ese guarda era falso. ¿Quién sino un gerente tendría tanto poder como para contratar a miembros de una banda y encubrirlo todo desde dentro? Y, por mucho que me duela admitirlo, presentar cargos contra mí es una jugada maestra, porque podría poner en duda cualquier testimonio o acusación contra ellos. —Agité las manos en el aire y puse ojos de loca—. «La pirada esa no hace más que inventarse mierdas para librarse de los cargos por agresión. ¿De qué gran conspiración me habla, agente?».

Jakob se giró hacia la comisaría. Si tuviera superpoderes, podría haberla incendiado con la intensidad de su mirada.

—¿Has oído su nombre?

Dejé caer las manos a los lados.

—No. Me pareció que era mejor no llamar la atención sobre el hecho de haberlo reconocido. ¿Sabes quién es?

Jakob me miró de reojo, frunciendo un poco el entrecejo.

—Puede. Su cara me resulta familiar, pero no consigo ponerle nombre.

—¿Quieres esperar en el coche hasta que salga para echarle otro vistazo? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—No podemos. Tenemos que ir a casa de Daniel, a una barbacoa.

Me quedé estupefacta.

—¿Qué?

—Me ha llamado mientras estabais dentro y nos ha invitado. Se ha encargado de recordarme que tú le dijiste que te gustaría ir a cenar allí algún día.

Me cago en mi yo del pasado.

—No quiero dejar sola a la nana mucho tiempo en un lugar desconocido.

Jakob se acercó y me puso las manos en los hombros.

—Lo entiendo, pero tenemos que ir.

Me lo quedé mirando. Mierda. Volvía a tener esa expresión inexpugnable en el rostro. Por alguna razón, *de verdad* creía que debíamos ir. Ya fuera porque no quería cabrear al líder de su banda o porque, después de todo, algo pasaba entre ellos. El caso es que yo no tenía ni idea y eso no me gustaba.

Necesitaba preguntarle al respecto, pero me contuve e hice todo lo posible por recordarme a mí misma que no era asunto mío. Ya me había metido en suficientes líos por involucrarme en los problemas de los Reyes.

—Vale, pero primero tengo que llamar a la nana —dije.

Él asintió y me soltó.

Llamé a mi abuela mientras salíamos del aparcamiento. Había convencido a Jennifer para que viera su telenovela favorita con ella y las dos se habían pasado las últimas tres horas de cháchara. Intenté hacerle un par de preguntas capciosas para comprobar su estado mental, pero me apremió para que colgara el teléfono. El último episodio había terminado con muchísimo suspense y tanto ella como Jennifer estaban ansiosas por empezar el siguiente.

—Toma, habla con Liam —dijo la nana.

Oí unos ruidos amortiguados, como si le estuviera pasando el teléfono.

—¡Yo también te quiero! —grité.

Qué mujer.

—Hola —saludó Liam con tono grave—. ¿Cómo ha ido?

Lo puse en altavoz y, juntos, Jakob y yo le contamos los pormenores de mi visita a la comisaría. Me aseguré de alabar abiertamente la heroicidad de Katherine.

Liam se rio entre dientes.

—Eso no es nada. Deberías verla en un tribunal.

—No te ofendas —contesté—, pero preferiría evitarlo.

—Es comprensible —replicó él—. Jakob, necesitamos vigilancia en Magnolia Hills. Elige a un chico nuevo en quien confíes y al que no reconozcan.

—Estoy en ello —afirmó el hijo.

Del teléfono salió un ruido atronador, seguido de una voz vertiginosa.

—Tengo que colgar —se apresuró a decir Liam—. Han empezado el siguiente episodio sin mí.

La llamada se cortó. Llevé la vista del teléfono a Jakob. Su padre no era como me lo había imaginado. Orgulloso de su hijo, dispuesto a ver telenovelas con su mujer y mi abuela, y todo mientras dirigía una de las bandas de moteros más peligrosas del país. Tenía que dejar de hacer suposiciones sobre la gente si no quería quedar siempre como una imbécil.

Daniel y Eva King vivían a las afueras del pueblo, en un casoplón de dos plantas situado en medio del bosque. Debían de tener una parcela de terreno bastante grande, porque los vecinos más cercanos estaban a casi un kilómetro. Y menos mal, porque si no probablemente habrían llamado para quejarse del ruido.

Cuando llegamos, la música retumbaba desde el patio trasero, tan fuerte que se oía por encima del motor del coche. El crepúsculo había dado paso al anochecer durante el trayecto y los focos exteriores estaban encendidos, iluminando un camino de entrada repleto de motos, vehículos de gran cilindrada y camionetas. Parecía que habían acudido más de la mitad de los Reyes.

Jakob aparcó a unos cien metros de la casa y apagó las luces del coche. Subimos las ventanillas, lo que amortiguó la contundente línea de bajo.

—¿Estás preparada para esto? —preguntó.

Me volví hacia él.

—¿Para mi primera fiesta con los Reyes? Claro. No creo que sea mucho peor que un turno ruidoso en el bar.

Me lanzó una mirada que indicaba lo contrario.

—Qué mona te pones cuando eres ingenua.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Ja, ja.

Él alargó el brazo y me metió un mechón de pelo detrás de la oreja; luego deslizó la mano para rodearme el cuello. Notaba la yema áspera de su pulgar mientras me frotaba la piel. Posó la mirada en mis labios.

—Me alegro de que no te hayan detenido.

—Ah, ¿sí? —dije.

Apretó la mano, atrayéndome hacia él.

—Sí. Habría sido más difícil sacarte de allí que de Magnolia Hills.

Sonreí con la broma. Él no. Mierda, hablaba en serio. Nota mental: nunca dejes que te arresten.

Se inclinó hacia delante y se detuvo a un centímetro de mis labios.

—¿Por qué te has cambiado?

Bajé la mirada. Me había puesto unos vaqueros mientras él conducía y luego me había quitado el vestido por la cabeza, con una lentitud tortuosa. Casi estrella el coche. Lo había sustituido por una camiseta de tirantes muy escotada que dejaba mis pechos casi al descubierto.

—¿No te gusta el nuevo modelito? —pregunté.

Llevó la mirada justo a mi escote.

—El modelito me encanta. —Arrastró los ojos poco a poco hasta clavarlos en los míos, como si no quisiera apartarlos de mis tetas—. ¿Por qué evitas la pregunta?

Solté un suspiro.

—Madre mía, realmente no te gusta nada el parloteo, ¿eh?

Meneó la cabeza, sin dejar de deslizarme el pulgar por el cuello, con los labios muy cerca de los míos.

—Me he cambiado porque no quería lidiar con los miles de preguntas que iban a hacerme un montón de moteros borrachos sobre mis cicatrices.

—Has venido conmigo —señaló—. No van a molestarte.

Una afirmación a la altura de su ego. Por Dios. El problema era que seguramente tenía razón.

Me encogí de hombros.

—He preferido no arriesgarme.

Asintió como si lo comprendiera. Y quizá así fuese.

—¿Qué te pasó en la pierna? —pregunté. Sentía curiosidad al respecto desde nuestra primera noche juntos y, gracias a la intimidad que propiciaba ese momento y al hecho de que se estaba mostrando bastante cariñoso conmigo, pensé que quizá respondería de una vez a esa pregunta.

—Metralla —dijo—. Estaba descendiendo en rápel desde un helicóptero a una azotea donde impactó el proyectil de un lanzagranadas, y se me incrustó un trozo enorme de acero en el muslo. Me arrancó el músculo en el acto.

—¿Te duele? —quise saber.

—No siempre, pero sí —respondió—. No ayuda que se me hiperextendiera esa rodilla al caer de golpe en otra misión; me rompí todos los tendones que la atraviesan. La cirugía me fue bien, pero la pierna sigue jodida.

Igual que la mía. Vaya par.

—Ojalá nunca tengamos que huir de nadie.

Se echó un poco hacia atrás, fulminándome con la mirada.

—¿Te parezco la clase de hombre que huye?

Puse los ojos en blanco.

—Ay, perdona. Por un momento he olvidado con quién estaba hablando. Seguro que no tienes más que sacar un poco de músculo delante de nuestros enemigos para que todos caigan rendidos a tus pies al ver lo mazado que estás.

Él arqueó una ceja y me lanzó una sonrisa de lo más arrogante.

—Contigo ha funcionado.

—Locura transitoria —aseguré—. ¿Vas a besarme o no, Jakob?

Me respondió con un gruñido grave y arrastrándome de mi asiento. Le pasé la pierna por encima mientras él me ponía a horcajadas sobre él. Mi cadera se quejó, pero, qué cojones, aquello bien valía un poco de dolor. Jakob se inclinó hacia mí y me atrapó la boca en un ardiente beso que no duró ni la mitad de lo que debería haber durado. Cuando se apartó, yo estaba sin aliento, con el labio inferior aprisionado entre sus dientes. Me mordió con tanta fuerza que me escoció y luego me soltó.

—Un día de estos voy a averiguar qué hacer con esa boquita tuya —me soltó con sus ojos claros brillando en la penumbra.

—No mientas. Te encanta mi boquita. —Le pasé las manos por su fornido pecho y entrelacé los dedos detrás de su cuello—. Te gusta que, en lugar de hacerte la pelota, como hacen todos tus amigotes, te diga algunas verdades.

Posó sus desafiantes ojos sobre los míos, pero no negó mis palabras.

Me incliné hacia delante y le rocé la oreja con los labios.

—A lo mejor puedes hacer algo para que me calle. Me resultaría bastante difícil hablar con esa polla tan grande que tienes en la

boca.

Me agarró por los muslos y se restregó contra mí, demostrándome lo grande que se le ponía el miembro cuando estaba completamente erecto.

—¿Esta polla?

Deslicé la pelvis hacia su acometida, sin prestarle atención al dolor de cadera. Me encantaba que ya estuviera empalmado. Había algo muy primitivo en volver a otra persona medio loca de deseo. Jakob me producía el mismo efecto, pero no quería saber cómo reaccionaría su ego si alguna vez se enterara.

Volvió a embestirme y la fricción de los vaqueros me provocó una descarga de placer que me adormecía el dolor y me abrasaba por dentro. Le solté el cuello y le subí un poco la camiseta para desabrocharle los pantalones. Quería esa polla tan gorda en mi boca. Llevaba pensándolo desde que había hecho que me corriera, pero no por el toma y daca, sino por el deseo de explorar y saborear cada centímetro de ese hombre. ¿Cómo de suave sería su piel? ¿Cuánto aguantaría sin…?

La luz de unos faros me dejó paralizada. Joder, había estado a dos segundos de tirarme al suelo y chupársela allí mismo, en el coche. Podría haber pasado cualquiera y habernos visto. Jakob le había dicho a Daniel que yo era bastante reservada y, casualmente, tenía razón. La idea de que nos pillaran mientras le hacía una mamada fue como un jarro de agua fría.

Jakob me atrajo hacia él y se giró un poco mientras un camión subía por el camino de acceso, cubriéndome con su cuerpo.

—Se me había olvidado por completo dónde estamos —le susurré en el cuello.

El camión pasó de largo y la oscuridad volvió a envolvernos. Jakob se recostó en el asiento, aflojando los brazos. Esos faros me habían estropeado la visión nocturna y apenas podía verle el blanco de los dientes mientras sonreía.

—Es el efecto que provoco en las mujeres —dijo con un marcado tono presuntuoso.

Ya me había soltado esa misma frase por la mañana y, sin querer, me eché a reír.

—No finjas que tú no te habías olvidado también de dónde estamos.

—Ah, no, yo me acordaba —replicó—, pero me importa una mierda.

Nos quedamos mirando como a un palmo de distancia, reajustando los ojos a la oscuridad. Quería besarlo de nuevo y, a juzgar por cómo me agarraba los muslos, era evidente que él también a mí, pero no había tiempo para empezar nada y, si lo hacíamos, corría el riesgo de perder el poco autocontrol que aún me quedaba y dejarme arrastrar al asiento de atrás…, y a la mierda si nos veían.

Jakob lanzó un gemido de frustración, como si sus pensamientos hubieran caído en la misma trampa que los míos.

—Cuanto antes entremos y hagamos la ronda, antes podremos irnos. ¿Lista?

—Uy, más que lista —insinué.

En mi mente, lo veía tumbado debajo de mí, desnudo y en tensión. Estaba tan excitada que casi me sentía incómoda.

Jakob hundió los dedos en mis vaqueros.

—Como sigas así, acabaremos follando en público.

Dejé caer la cabeza sobre su hombro.

—Tienes razón, perdona.

—No vuelvas a disculparte por mirarme de esa forma —dijo mientras deslizaba las manos hacia mi trasero.

Abrió la puerta de golpe y salió del coche, sujetándome con un solo brazo. Me aferré a él unos segundos para disfrutar de la firmeza de sus músculos con las manos antes de quitarle las piernas de la cintura. Me sostuvo mientras yo me deslizaba hacia el suelo. En cuanto toqué el pavimento, di un paso calculado hacia atrás para poner espacio de por medio, algo que necesitaba desesperadamente en ese momento.

«Estás en la entrada de la casa de Daniel King, a punto de entrar en un espacio lleno de delincuentes borrachos —me recordé a mí misma—. Mantén la compostura».

Me recoloqué la ropa e intenté no mirar demasiado a Jakob. La verdad es que era un cabronazo gigantesco y, entre los tatuajes ensortijados y la oscuridad que lo envolvía, se parecía más a un espectro de verdad que a un miembro de los Reyes. Cuando vi de reojo que se llevaba la mano a los vaqueros, volví a posar la mirada en él mientras se la reajustaba. Yo debía de tener una vena sádica, porque el hecho de saber que se había empalmado por mí al menos dos veces ese día sin que llegara a correrse me dio ganas de torturarlo un poco. Se dio la vuelta y alargó el brazo para coger su chupa del asiento trasero, y, mientras me daba la espalda, aproveché para deshacerme el moño despeinado y arreglarme la melena con los dedos.

Se enfundó la chupa y cerró el coche con llave. Nos fuimos juntos hacia la casa. Yo me cogí el pelo y empecé a trenzármelo mientras

caminábamos.

Él me miraba mientras nos adentrábamos en el halo dorado de los focos. Con la mirada fija en mis dedos mientras terminaba la trenza, dijo:

—¿Qué haces?

Me la até y me la eché por encima del hombro.

—Un aliciente para luego.

Para dejar claro el mensaje, me la enrollé en la muñeca y tiré de ella.

Jakob soltó un taco muy sentido y me arrastró hacia el interior de la casa.

14

No tenía ni idea de cómo lo hacían Daniel y Eva King. Si yo viviera en una casa tan bonita como la suya, nunca permitiría que entraran cinco moteros borrachos, y menos aún cincuenta. El ruido era ensordecedor. La gente chillaba para hacerse oír por encima de la música. Entre los gritos, los inesperados estallidos de carcajadas atronadoras y algún que otro idiota dando acelerones con la moto en el exterior, estuve a punto de taparme los oídos.

Jakob me condujo por la planta baja como si estuviera cumpliendo una misión. Entrelazó los dedos con los míos en cuanto pusimos un pie en la casa y prácticamente me arrastraba detrás de él, alzando con sutileza la barbilla para responder a los saludos que iba recibiendo a su paso. Quizá provocarlo no había sido muy buena idea. A pesar de que nos habíamos visto obligados a estar juntos casi las veinticuatro horas de los últimos días, todavía no sabía gran cosa de él. Vale, había bajado la guarda un par de veces y se había mostrado más o menos juguetón, pero en ese momento no sabría decir si había cruzado algún tipo de línea excitándolo. Para mí no eran más que preliminares, pero, por sus marcados músculos de la mandíbula, Jakob parecía más cabreado que cachondo.

Recorrimos un pasillo que atravesaba el centro de la casa y fuimos a parar a un salón. A mi izquierda, un hombre muy corpulento

gesticulaba al hablar, con una cerveza en la mano. La espuma se le salía a borbotones de la lata y caía al suelo de madera. Él o no se daba cuenta, o le daba igual. La mujer con la que conversaba le echó un vistazo al estropicio que se había montado, pero no parecía tener ninguna prisa por ponerse a limpiar lo del borracho.

Pasamos junto a ellos y entramos en la cocina. Tenía que ir tirando de los pies cada pocos pasos para despegar las suelas de las baldosas, cubiertas de otras bebidas derramadas y sabe Dios de qué más. En un rincón había un cubo enorme de basura a rebosar. El humo del tabaco y la marihuana se mezclaban en el aire, creando una nube tóxica sobre nosotros. Era como si hubiera vuelto al instituto y hubieran montado un fiestón aprovechando que los padres se habían ido. Aquello parecía más una juerga de adolescentes, carentes de respeto por las cosas ajenas, que de adultos ya creciditos.

Fijé la mirada en la espalda de Jakob. Yo era una persona bastante ordenada y ver todas aquellas latas de cerveza cubriendo cada centímetro de superficie disponible me ponía de los nervios. ¿Qué se le estaría pasando por la cabeza a un fanático de la limpieza como él?

Le tiré de la mano.

Él se detuvo y se volvió hacia mí, enarcando una ceja con gesto inquisitivo.

Gesticulé con la cabeza hacia el fregadero desbordado.

—¿Quieres que te busque unos guantes y un cepillo?

Por su mirada inexpresiva, deduje que había entendido la broma, pero que *no* le había hecho gracia.

Le sonreí.

Él meneó la cabeza y siguió caminando, tirando de mí. Frente a nosotros, un conjunto de puertas acristaladas se abría hacia un gran porche. Cogí una bocanada de aire fresco en cuanto estuvimos afuera. Unas antorchas tipo *tiki* flanqueaban las barandillas que había alrededor, manteniendo a raya a los insectos más molestos gracias a su aceite con aroma a citronela. La terraza estaba abarrotada de gente comiendo y bebiendo. A la izquierda, un hombre gigantesco con delantal volteaba unas hamburguesas en la parrilla al aire libre. Una motera joven pasó corriendo a su lado y vomitó por encima de la barandilla mientras sus amigas se reían de ella.

Aparté la mirada, algo revuelta, y contemplé la escena que tenía lugar alrededor. El patio trasero era enorme, con un jardín que podía haber costado fácilmente cien mil dólares. Al fondo, un imponente muro de contención retenía una pequeña colina. La piscina, de dimensiones olímpicas, se hundía en el centro y estaba equipada con trampolines, toboganes y un pequeño ejército de tumbonas. Alrededor había zonas de descanso, pérgolas, mesas de pícnic, una cascada que desembocaba en lo que parecía un río artificial, dos braseros de exterior y aún más moteros borrachos.

Mientras contemplaba a la multitud, se me vino a la mente la palabra «lupercalia». Era una antigua fiesta romana que giraba en torno al sexo y a la matanza de animales. Los Reyes parecían estar haciendo todo lo posible para volver a ponerla de moda. La piscina estaba repleta de personas en diversos grados de desnudez. Un hombre blanco en pelotas de estatura y complexión medias se había acercado al borde, con las manos levantadas por encima de la cabeza mientras gritaba. Su polla, completamente erecta, era

descomunal. Como la de una estrella del porno. Alguien le lanzó una lata de cerveza desde la piscina y él saltó en bomba, tratando de caerle encima. En un jacuzzi contiguo, un hombre y una mujer le daban al tema como conejos, sin preocuparse por la gente que había ahí dentro con ellos ni por los que estaban cerca, que los miraban embelesados. Aparté la vista de la pareja cuando dos mujeres se levantaron de una mesa de pícnic que había al fondo y comenzaron a darse de hostias. Cuando vi que unos moteros se abalanzaban hacia ellas, pensé que iban a separarlas, pero en vez de eso se unieron a la pelea y formaron una pequeña reyerta en su rincón del patio.

Iba demasiado sobria para esa mierda.

Jakob se volvió hacia mí.

—Como un turno ruidoso en el bar, ¿eh?

Le devolví la misma mirada inexpresiva que él me había lanzado en la cocina e intenté soltarle la mano. Había una nevera portátil llena de cerveza cerca que llevaba mi nombre.

Me apretó los dedos y me atrajo hacia él.

—Tú no vas a ninguna parte. Esto no es como una noche en el Charley's. Aquí no hay reglas.

Miré más allá de él. La mujer del jacuzzi empezó a gritar mientras se corría.

—Ya lo veo.

Jakob me agarró la barbilla y me hizo volver a mirarlo.

—Hacemos esto cada dos meses para desahogarnos. La gente bebe hasta perder el conocimiento. Todos se follan a quien quieren y se pelean con quien quieren, y después no hay malos rollos. Aquí no hay consecuencias, ¿lo entiendes?

Cuando me soltó, asentí con la cabeza, tratando de no contagiarme del ambiente que allí se respiraba. No iba a ser fácil, siendo una persona tan extrovertida. Aquel era el tipo de energía de la que me alimentaba en el bar, solo que a un nivel muy superior. Una embriagadora oleada de adrenalina me recorrió las venas y me espabilé. Entre lo que acababa de pasar en el coche y la pareja del jacuzzi, estaba excitada. Los sonidos de una pelea cercana me pusieron en estado de alerta mientras esperaba a que la violencia se extendiera entre la muchedumbre. Era una extraña mezcla de emociones, y me sentía temeraria y salvaje.

Aparté la mirada de Jakob y la dirigí hacia el patio. Dios, entendía perfectamente por qué hacían todo aquello. A pesar de que una pequeña parte de mi psique me gritaba que me largara de allí, una parte mucho mayor quería quedarse un rato. ¿Qué pasaría si, durante una sola noche, todo me importara una mierda? ¿Si hiciera lo que me diera la gana sin tener que preocuparme por las consecuencias?

De repente, la ropa me apretaba demasiado. Sentía la electricidad del aire nocturno en la piel. Quería echar la cabeza hacia atrás y aullar, desnudarme y unirme a la pareja del jacuzzi, llevar a Jakob al límite y ver lo que era capaz de hacer cuando se soltaba de verdad. Tenía la sensación de que o bien eso derivaría en la mejor noche de mi vida, o bien me dejaría marcada para siempre. Quizá ambas cosas.

Sentía la intensidad de su mirada mientras yo contemplaba la fiesta y, poco a poco, volví a posar los ojos en los suyos. Se le dilataron las pupilas cuando se centró en mi rostro, como un depredador que avista a su presa.

—Jakob —musité.

Él miró hacia otro lado.

—Joder —soltó. Lo habían llamado a gritos desde el gentío. Lo ignoró y se volvió hacia mí—. No hemos venido a divertirnos. Aún no estás preparada para eso.

—No me digas para qué estoy preparada —respondí.

Frunció el ceño.

—Vale. Soy yo el que no está preparado.

—No vas a asustarme.

Se rio sin alegría.

—No me digas lo que no voy a hacer.

Vale, me lo merecía.

—¡Jakob! —rugió alguien.

Los dos nos giramos. Mierda, era Daniel King. Se había levantado de su asiento junto a uno de los braseros y gesticulaba hacia nosotros.

Él respondió alzando una mano y luego se acercó a mí, con la mirada azul y brillante bajo la luz de las antorchas.

—Acabemos con esto y salgamos de aquí.

Respiré hondo y asentí, poniéndole freno a mi audacia.

Bajamos del porche y, a través del bullicio, nos abrimos paso entre la pequeña multitud que se había reunido alrededor de su rey. Daniel le dio una colleja al tipo que estaba sentado a su lado y le hizo un gesto para que se levantara. El hombre se frotó la nuca, mascullando entre dientes mientras se retiraba.

—No te alejes mucho —me dijo Jakob antes de apartarse de mí y ocupar el asiento que había quedado libre.

Me di la vuelta y fui hasta un banco lleno de mujeres que había al otro lado del fuego.

—¿Os importa si me siento? —pregunté.

La mujer que tenía más cerca era una motera de veintipocos. La había atendido un par de veces en el bar, pero no conseguía ponerle nombre. Era guapa, con piel de aceituna, rizos caoba y un rostro engañosamente inocente. Si no fuera porque llevaba un chaleco de cuero con el emblema de los Reyes, cualquiera pensaría que, más que miembro de una banda, era una profesora de guardería queridísima.

—Sin problema —contestó echándose un poco a un lado.

La mujer que estaba junto a ella se volvió hacia mí en cuanto me senté. Yo me la quedé mirando. No pude evitarlo; estaba impresionante con esa piel tan pálida brillando como el alabastro pulido a la luz del fuego. Su espesa melena rubia se movía con la brisa. Me clavó sus ojos azules, ligeramente enrojecidos por los bordes, sin dejar de mecerse. Si estuviéramos en el bar, empezaría a plantearme dejar de servirle.

—¿Te estás tirando a Jakob? —balbuceó.

Guau. Que empiece la fiesta.

—¿Quién lo dice? —pregunté.

Ella echó un vistazo alrededor y luego me miró como si yo fuera idiota.

—Todo el mundo.

—Vale —respondí.

Durante los últimos tres meses había aprendido que, ante una persona borracha, lo mejor era mantenerse lo más neutral posible.

Entrecerró los ojos.

—Entonces ¿es verdad?

Me encogí de hombros.

—Claro.

Se inclinó por delante de la mujer que estaba entre nosotras.

—Yo antes me lo tiraba.

La otra intentó empujarla hacia atrás.

—No seas zorra, Amanda.

Amanda la fulminó con la mirada.

—No me digas lo que tengo que hacer, Emily.

Esta se giró hacia mí.

—Pasa de ella. Ha tenido un mal día.

Miré alternativamente a una y a otra.

—Son cosas que pasan.

Amanda volvió a inclinarse hacia mí, girándose para mirar al otro lado de la hoguera, donde Jakob y Daniel estaban enfrascados en una conversación.

—Cuando estábamos juntos, no podía quitarme las manos de encima. Si aún siguiera con él, me habría arrastrado de un tirón a su regazo, nunca me habría enviado a sentarme a otro sitio.

—Vale —repetí, porque ¿qué otra cosa le iba a decir?

Estaba claro que quería discutir, y otra de las lecciones que había aprendido en el Charley's era que no servía de nada razonar con una persona borracha.

Sonrió. Su expresión no era amistosa.

—No le debes de gustar mucho.

Suspiré.

—¿Por qué no nos dejamos de tonterías y simplemente me dices qué esperas sacar de esta conversación?

Alargó el brazo y me dio un empujón en el hombro.

—Ah, ¿quieres pelea? —pregunté—. Te he visto en el bar. Soy quince centímetros más alta que tú y tengo unos quince quilos más de músculo. Además, yo estoy completamente sobria. No vas a acabar bien.

Intentó empujarme de nuevo, pero Emily la agarró.

—Para ya, Amanda. Estás borracha. —Se volvió hacia mí—. Lo siento mucho. No suele comportarse así.

—No pasa nada —le dije. Miré a la otra—. ¿Te corrías con Jakob?

Ella parpadeó.

—¿Qué?

—Cuando estabas con él, ¿te corrías?

Se echó hacia atrás.

—Eso no es asunto tuyo.

Me encogí de hombros.

—No, pero dame el gusto.

—Sí que me corría. —Su sonrisa era mordaz—. Hasta dos o tres veces cuando follábamos.

Reaccioné con alegría.

—Bueno, pues ya tengo algo con lo que ilusionarme.

Arrugó el entrecejo. Evidentemente, esa no era la respuesta que esperaba.

—Mira —proseguí—. ¿Qué te parece si, en vez de pelearnos por algo que nos va a hacer quedar como unas mezquinas y unas celosas, nos felicitamos por haber elegido acostarnos con un hombre que sabe dónde está el clítoris?

Me miró con los ojos entornados, pero no parecía enfadada, sino como si estuviera esforzándose por entender mis palabras. No la

envidiaba. Pensar con un colocón de ese calibre no era fácil. Yo también había hecho algunas estupideces y me había comportado de forma impropia cuando iba piripi, y por eso estaba dispuesta a ser lo más paciente posible con ella.

—Venga ya —le soltó Emily—. Krista siempre ha sido maja contigo. Y a ti ya ni siquiera te gusta Jakob. —Amanda levantó la vista hacia su amiga, que le acarició la espalda—. No pasa nada.

La otra parecía a punto de llorar.

—Mierda. Tienes razón. —Se volvió hacia mí—. Perdona.

—No te preocupes —respondí—. ¿Por qué has tenido un mal día?

Miró a su izquierda, a un grupo de hombres reunidos alrededor de una mesa de pícnic.

—Mi novio no sabe dónde está el clítoris.

Cuando se rompió la tensión entre Amanda y yo, acabé llevándome bastante bien con las dos mujeres. Nos pasamos una hora entera hablando allí sentadas. Emily pertenecía a los Reyes, así que era excombatiente. Había estado en el Ejército de Operaciones Terrestres, como Jakob, y, mientras caía la noche y la fiesta bullía, nos recogimos en nuestro pequeño rincón junto al fuego e intercambiamos anécdotas de guerra.

Amanda se había pasado al agua tras nuestra pequeña polémica y empezaba a recobrar la sobriedad. Me contó que había nacido y se había criado en Kearny. Sus padres eran los dueños de la panadería del pueblo, iban a misa todos los domingos y estaban muy implicados en las distintas juntas y clubes de Kearny, así que le llegaban los mejores cotilleos. Resulta que su novio sí sabía dónde

estaba el clítoris, pero antes se la veía tan enfadada porque últimamente él se comportaba como un capullo con ella, hasta el punto de que estaba pensando en dejarlo.

—¿Y tú? —le pregunté a Emily—. ¿Sales con alguien de por aquí?

En respuesta, levantó la mano izquierda, mostrando un anillo de boda.

—Trabaja en una plataforma petrolífera que hay frente a Corpus Christi.

—¿Cómo son sus turnos? —pregunté.

Había conocido a algunos trabajadores de plataformas cuando me mudé más cerca de la costa y, por lo visto, los horarios podían ser brutales.

—Se va dos semanas seguidas —dijo—. Cuando está allí, trabaja siete días a la semana, doce horas al día. Pero luego vuelve a casa otras dos semanas y tiene todo ese tiempo libre, así que no está tan mal.

Amanda llevó la vista de Emily hasta mí.

—No te dejes engañar. Siempre está preocupada cuando él está fuera.

La aludida se encogió de hombros.

—Quizá porque cualquier error puede provocar una explosión gigantesca y un terrible derrame de petróleo.

—¿Ha pensado en dejarlo? —pregunté.

Ella asintió.

—Lo hablamos siempre que viene a casa, pero por aquí nadie paga lo mismo ni ofrece tantas prestaciones.

Amanda dejó el vaso de agua a sus pies.

—Están construyendo una fábrica de coches unos pueblos más allá. Se supone que eso traerá unos diez mil puestos de trabajo a la zona.

Emily negó con la cabeza.

—Ya lo hemos mirado. El sueldo inicial de un operario es solo la mitad de lo que gana ahora.

Me recosté en el asiento.

—Joder.

Frente a nosotras, Daniel King soltó una risotada tan fuerte que ahogó las siguientes palabras de Amanda. Ella le lanzó una mirada de reproche que yo seguí hasta él. Se habían ido congregando más moteros a su alrededor mientras yo charlaba con Amanda y con Emily, y ya contaba con todo un séquito al otro lado del fuego. Jakob seguía sentado junto a él. Pensaba que le iba a caer otra bronca, pero Daniel, con más pinta de sociópata que nunca, siempre estaba sonriendo cuando yo miraba.

Jakob se había apartado un poco de él mientras hablaba con otro matón de los Reyes que estaba sentado a su otro lado. La luz de la hoguera jugaba con los ángulos de su rostro, acentuando sus facciones. Detrás de él, la bacanal seguía rugiendo con furia y los miembros del club comían, bebían, se peleaban y follaban como si intentaran resucitar a un dios de la depravación muerto hacía mucho tiempo.

El matón le dijo algo a Jakob, que asintió y le dio un trago a su cerveza. Yo misma me había tomado dos durante el rato que había estado ahí sentada, pero, en lugar de animarme, el alcohol no había hecho más que agravar mi agotamiento. Quería irme. El banco de madera era incómodo y empezaba a dolerme la pierna.

Como si hubiera sentido que lo observaba, Jakob me clavó la mirada desde el otro lado del fuego. Lo había hecho bastante desde que nos habíamos sentado: a veces se me quedaba mirando fijamente un buen rato mientras hablaba; otras solo me echaba un rápido vistazo, como si quisiera comprobar que seguía allí.

Cruzamos la mirada.

—¿Estás lista? —gesticuló con la boca.

Asentí.

Él dejó la cerveza y se puso de pie.

Me volví hacia las mujeres que tenía al lado.

—Nos vamos a ir.

Amanda miró a Jakob.

—No te conformes con menos de dos orgasmos.

Sonreí.

—De acuerdo.

Me había hecho reír unas cuantas veces mientras hablábamos. Su sarcasmo y su capacidad de autocrítica hicieron que me alegrara de haber evitado el altercado.

Me levanté del banco y me detuve un segundo, respirando para sobrellevar el dolor. *Joder*, qué agonía.

Emily se puso de pie y me cogió del codo para sujetarme.

—¿Estás bien?

Asentí con la cabeza.

—Tengo una lesión en la pierna. Se me pasa enseguida.

En realidad, eso no lo sabía. Se me había instalado un dolor intenso y punzante en la cadera. La rodilla tampoco la tenía muy allá. Entre la pelea del ascensor y el esprint por el pasillo de la residencia, ese día me había exigido demasiado. Sentarme en un

banco duro como una piedra no había hecho más que empeorar las cosas.

Jakob observó mi cara y se acercó.

—Ya me encargo yo —le dijo a Emily.

Ella asintió y volvió a sentarse.

Él se pegó a mí y me deslizó un brazo por la espalda, como si se dispusiera a levantarme.

Le puse una mano en el pecho para detenerlo. La pared de músculos pectorales sobre la que apoyé la palma parecía impenetrable.

—Si me sacas de aquí en brazos, nunca me lo perdonaré. Déjame caminar.

Su expresión se volvió hermética.

—Si te caes, tampoco te lo perdonarás.

—Diré que estaba borracha.

Él negó con la cabeza.

—Joder, qué testaruda.

—Joder, qué mandón —le espeté.

Emily hizo un ruidito extraño detrás de nosotros. Parecía como si estuviera conteniendo la risa.

Jakob la ignoró, cerniéndose sobre mí con la boca apretada.

—Si veo que vas a caerte, te echo sobre mi hombro. Prefiero tratar contigo enfadada que dolorida.

—Todo un caballero… —apuntó Amanda con voz soñadora.

Jakob la miró con gesto serio.

Yo me reí entre dientes y comencé a alejarme renqueando, contenta de que ella hubiera roto la tensión. Qué curioso, podía mantener la cabeza fría frente a una borracha beligerante, pero, en

cuanto Jakob empezaba a darme órdenes, los frenos de mi carácter se averiaban. No le había mentido a la nana cuando le dije que igual acabábamos matándonos.

Amanda me guiñó un ojo al pasar.

—La primera ronda corre de mi cuenta la próxima vez que vayáis al bar —les dije a las dos mujeres.

—Te tomamos la palabra —respondió Amanda.

No sabía si era por el dolor o porque la energía de la fiesta había cambiado, pero mientras nos íbamos ya no sentía la tentación de unirme al desenfreno. Ni siquiera me excité al ver a dos personas follando contra una pared, medio ocultas entre las sombras del porche. Lo único que quería era volver a casa de los padres de Jakob y dormir doce horas seguidas. Menos mal que al día siguiente no tenía que trabajar.

Desde que habíamos llegado, la casa había pasado de estar sucia a ser un desastre y, muy a mi pesar, me supo mal por Daniel y Eva. ¿Quién iba a limpiar todo aquello por la mañana? ¿Tiraría él de autoridad y ordenaría a algunos de los nuevos reclutas que lo hicieran? Si así era, no los envidiaba.

Le eché un vistazo al comedor cuando pasamos por delante y me arrepentí en el acto. Habían potado ahí dentro. Pero a chorros, como en *El exorcista*. El vómito estaba diseminado por una de las paredes y se había incrustado en la alfombra, como si la gente lo hubiera pisado. Me estremecí y, a partir de ese momento, mantuve la vista fija al frente. La pierna me dolía a rabiar y caminaba con pasos lentos y vacilantes. Pensar en los analgésicos que llevaba en el bolso, en la parte de atrás del coche, era lo único que me impedía tirar la toalla y dejar que Jakob me sacara de allí en brazos.

Suspiré aliviada cuando doblamos la esquina de un pasillo y la puerta principal apareció ante nuestros ojos. A mi derecha, un *collage* de fotos cubría una pared en la que se exhibía la vida de Eva y Daniel King. Había fotos de ella de adolescente con un precioso vestido de quinceañera que le llegaba hasta los pies, rodeada de los que debían de ser sus familiares. Era joven, hermosa y rematadamente feliz. Cerca había una en la que salían ella y Daniel el día de su boda, los dos con una sonrisa de oreja a oreja mientras bailaban una pieza lenta.

Cuando deslicé la mirada hacia el siguiente marco, frené en seco.

Jakob paró detrás de mí y me pasó un brazo alrededor de la cintura, sosteniéndome.

—¿Estás bien?

Había dos moteros apoyados contra una pared, cerca de la puerta principal. Levantaron la vista al oírlo. Debía andarme con cuidado. No los conocía, pero estaba segura de a quién le eran leales.

Mi respuesta fue girarme entre los brazos de Jakob y darles la espalda a esos hombres. Me puse de puntillas y lo besé. Quería que fuera un pico rápido, pero él abrió los labios y no sé qué hizo con la lengua que me dejó sin sentido.

Al final me obligué a apartarme.

Jakob frunció el ceño, con los ojos ensombrecidos.

—Pensaba que era un gilipollas mandón —dijo en voz baja.

—Y lo eres —le aseguré.

No solía mostrarme muy afectuosa en público, pero necesitaba que aquello pareciera real. Llevé las manos a la parte superior de su pecho, hundí los dedos en la chupa de cuero y lo atraje hacia mí, dándole besos en el cuello hasta que llegué a su oído y susurré:

—Mira la foto que tenemos al lado. La que está a la izquierda del retrato de la boda.

Él deslizó las manos hacia abajo para agarrarme el trasero y giró un poco la cabeza, lo justo para que yo le mordisqueara el lóbulo de la oreja. Supe el momento exacto en el que vio la foto a la que me refería. Se puso rígido y me clavó los dedos antes de obligarse a relajarlos. Luego se volvió hacia mí y me rozó los labios con los suyos. Cualquiera que nos viera, pensaría que nos estábamos besando, pero apenas nos tocábamos la boca.

—Vámonos de aquí cagando leches —susurró.

Asentí y me aparté, echándole un último vistazo a la foto antes de salir por la puerta. Era de la época de Daniel en el Ejército. Aparecía junto a otros soldados, todos con los brazos sobre los hombros de sus compañeros. Llevaban el camuflaje claro correspondiente al uniforme oficial del desierto y, detrás de ellos, las dunas de arena se extendían hacia el horizonte. Los hombres y las mujeres enmarcados parecían demacrados pero felices, como si acabaran de ganar una dura batalla. Daniel tenía el brazo sobre un soldado de rostro aniñado que apenas habría cumplido los dieciocho. Con diez años más, veinte kilos extra de músculo en su esbelta complexión y la cara un poco más redonda, era el vivo retrato del gerente de Magnolia Hills que había visto antes en la comisaría. Redding, según la etiqueta de identificación que llevaba en el pecho. Jakob debía de haber visto esa foto cientos de veces al pasar por el vestíbulo de Daniel. Por eso aquel hombre le había resultado familiar.

Caminamos hacia el Mustang en silencio. La noche era calurosa, pero el escalofrío que me recorrió la espalda me dio ganas de

temblar. Cuando llegamos al coche, Jakob lo abrió y yo me subí y saqué el teléfono de la guantera, donde lo había guardado.

—¿Qué haces? —preguntó él.

Levanté un dedo y marqué el número de la residencia de ancianos.

—Hola, ha llamado a Magnolia Hills —anunció la recepcionista de noche—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Estoy intentando localizar al señor Redding —expliqué—. ¿A qué hora llegará mañana?

—Sobre las ocho, en principio.

—Muchas gracias —dije antes de colgar.

Me volví hacia Jakob. Tenía una expresión meticulosamente impasible.

—A ver si me aclaro. El líder de tu club de moteros sirvió en la misma unidad que el hombre que dirige la operación de drogas de una banda rival. Dicha operación ha invadido el territorio de los Reyes y podría desestabilizar vuestro control sobre Kearny y arrastraros a ambas bandas a un conflicto abierto.

Jakob metió las llaves en el contacto y arrancó el coche. El motor rugió al encenderse.

—Puede que no signifique nada —señaló.

Arrugué el entrecejo.

—Eso no te lo crees ni tú.

Me miró de reojo y negó con la cabeza.

—No. No me lo creo.

15

Me desperté con el tacto de unos dedos acariciándome la piel. Sentí una presión en el cuello, seguida de un suave cosquilleo y una oleada de calor, como si alguien acabara de besármelo.

«Mmm…, qué agradable».

Abrí los ojos, todavía desorientada. Ese no era mi apartamento. Unas amplias cortinas opacas cubrían las ventanas que tenía delante. Estaba tumbada de lado, sobre un colchón blando como una nube. Bajé la vista. Las sábanas se habían amontonado alrededor de mi cintura. Llevaba una camiseta blanca enorme y juraría que aún tenía puesta la ropa interior.

La noche previa me vino a la mente de golpe. La fiesta. La foto que habíamos visto al salir. Lo último que recordaba era a Jakob mirándome de reojo en el Mustang y diciéndome que reclinara el asiento y descansara. Debí de quedarme dormida mientras él conducía. Y, como no recordaba haberme bajado del coche, suponía que él me había llevado en brazos y me había acostado.

Noté una mano deslizándose por debajo de mi camiseta. Jakob me pasó el brazo por la cintura, flexionando el bíceps mientras me atraía hacia atrás entre las sábanas. Me acurruqué en el hueco que formaba su cuerpo, grande y cálido. Cuando noté su erección en la parte baja de la espalda, me invadió una oleada de excitación.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Casi mediodía —respondió.

Me dio un beso en el cuello. Y otro más. Gemí de placer mientras bajaba los labios hacia la clavícula, abrasándome la piel. Me estorbaba la camiseta. Él levantó el brazo de mi cintura y agarró el dobladillo mientras yo me incorporaba lo justo para que me la quitara. La tiró a un lado y luego me cogió del hombro para girarme hacia él y dejarme boca arriba.

Las cortinas opacas bloqueaban la mayor parte de la luz, pero por los bordes se colaba lo justo para verlo. En lugar de contemplar a un sanguinario vikingo, me encontré con el rostro de un hombre apenas despierto. Tenía un aspecto… adorable, la verdad. Tenía el pelo revuelto. El sueño le había suavizado la dureza de las facciones. Me miraba con los ojos medio cerrados. Parecía más joven, despreocupado y casi infantil.

Levanté una mano y le aparté el pelo de la frente. Él cerró los ojos y se inclinó hacia mi caricia. Intenté recordarme a mí misma lo cabrón que podía llegar a ser a veces, pero entonces se giró y me dio un beso en el interior de la muñeca, y aquello fue extremadamente real, muy parecido al afecto sincero. El estómago me dio un pequeño vuelco para nada bienvenido. Tenía que hacer algo para romper el hechizo. Él seguía con los ojos medio cerrados, clara señal de lo cansado que debía de estar, así que me aferré a eso.

—Me voy a ofender muchísimo si ahora mismo te quedas dormido —bromeé.

Él reaccionó desplomando medio cuerpo sobre mí y empezó a roncarme en el oído.

Le di un empujón en el hombro. Por Dios, pesaba una barbaridad.

—No tiene gracia —aseguré.

Se incorporó apoyándose sobre los codos.

—¿Y por qué sonríes?

Mierda, estaba sonriendo, ¿verdad?

—Cállate —respondí alargando una mano hacia él.

Jakob se deslizó entre mis muslos.

—No, cállate tú.

Me reí y lo rodeé con las piernas, tratando de acercarlo más a mí. Me gustaba ese lado suyo juguetón.

Me puso su enorme manaza en la boca y, amortiguando mi risa, desvió la mirada hacia la puerta.

—En serio, Krista —dijo en voz baja.

Entonces lo pillé: el sonido de la vida fuera del dormitorio. Una conversación flotaba escaleras arriba. En algún lugar cercano, una lavadora arrancaba el ciclo de centrifugado. Vale. No era su apartamento. No estábamos solos.

Le mordí ligeramente la palma de la mano y él la apartó.

—Sé estar callada —aseguré.

Él dibujó una sonrisa inquietante.

—Eso ya lo veremos.

Acomodó los codos a ambos lados de mi cabeza y movió las caderas hacia delante, deslizando su duro miembro por mis genitales. Me tragué el gemido que amenazaba con salir. Dios, qué sensación más agradable. Demasiado para haber muchas capas entre nosotros. Estiré la cabeza para mirar y, efectivamente, Jakob no llevaba calzoncillos.

—¿Cómo va la pierna? —preguntó empujando de nuevo las caderas.

Dejé caer la cabeza sobre la almohada. Mi cuerpo vibraba de placer, lo que me impedía centrarme en sus palabras.

—Bien —respondí.

Y era verdad. Me había tomado un relajante muscular en el coche y, entre eso y las diez horas que debía de haber dormido, el dolor de la noche anterior se había desvanecido en la familiar rigidez matutina a la que ya estaba acostumbrada. Con la fricción de la polla de Jakob sobre el clítoris se me tensó el bajo vientre y mi creciente excitación relegó cualquier molestia residual a un segundo plano.

—Hazlo otra vez —le pedí.

Él volvió a embestirme con las caderas y bajó la cabeza, dejándome una estela de besos en la mejilla. Aparté el rostro para darle mejor acceso y él siguió adelante; la presión de su miembro desaparecía a medida que bajaba más y más con sus besos, que me ardían por el cuello y a lo largo de la clavícula. Con cualquier otra persona, en esa posición me habría apetecido un polvo pausado y somnoliento, y luego quizá volver a echar una cabezadita. Pero se trataba de Jakob. Sus besos no eran suaves. No eran aletargados ni tiernos. Aunque no podíamos hacer ruido, me marcaba la piel de una forma que me obligaba a apretar los dientes y a respirar entrecortadamente por la nariz. Cinco minutos antes estaba dormida, pero en ese momento estaba tan excitada que sentía mi propia humedad empapando las bragas.

Frente a nosotros, el elegante aire acondicionado de pared se puso en marcha con un zumbido y el aire frío me endureció los pezones. Jakob agachó la cabeza, se metió uno en la boca y pasó la

lengua por encima. Yo me agarré a las sábanas y me arqueé hacia él. Siempre había tenido unos pezones sensibles. Si seguía lamiéndome así, cualquier roce suave en el clítoris me desarmaría por completo.

Pasó de un pecho al otro, envolviéndolos con las manos y ahuyentando el frío del aire acondicionado con el calor de sus palmas. Mientras me pasaba la lengua por un pezón, el otro me lo acariciaba con los dedos, manteniéndome hiperestimulada. Me sentía cada vez más llena, más blanda; mi cuerpo se estaba preparando para él. El calor se me acumuló en el bajo vientre. Las paredes internas me palpitaban al ritmo de los latidos, un doloroso recordatorio de que seguía vacía. Casi me sentía abandonada por no tenerlo dentro…, así de desesperada me tenía.

Sabía que parte de esa desesperación era un remanente del día anterior. Había hecho que me corriera mientras él conducía, pero, en lugar de liberarme, eso solo había conseguido ponerme más tensa. Los dos estábamos completamente vestidos. Apenas volvimos a tocarnos el resto del día. Me había visto obligada a contemplar sus anchos hombros, ocultos bajo la chupa, y su firme trasero, cubierto por los vaqueros, durante horas y horas. Así que verlo en ese momento, totalmente desnudo y adorando mi cuerpo, me destrozó por completo.

—Jakob —musité.

Debió de percibir la necesidad en mi voz, porque me puso una mano en la cadera y empezó a bajarme las bragas. Sus labios desaparecieron de mi pezón y casi grito al sentir su ausencia. Descendió por mi cuerpo, deteniéndose sobre el vientre para inhalar.

De su pecho brotó un sonido grave de aprobación, casi como un ronroneo.

—*Huele* a lo mucho que me deseas.

Yo también lo olía. Con el aparato del aire acondicionado aún soplando sobre nosotros, el aroma almizclado de mi excitación era incuestionable. Volvió a respirar hondo, expandiendo la caja torácica entre mis muslos, y luego bajó más todavía. Con las manos, me empujó las rodillas hacia los lados, abriéndome para él. La mirada posesiva de su rostro al contemplar mi coño me volvió absolutamente del revés.

—Jakob —dije más alto.

Vislumbré la oscura silueta de una sonrisa perversa mientras se inclinaba hacia delante. No jugó conmigo. No se tomó su tiempo. Hundió la lengua en mi interior sin más. Yo me arqueé sobre la cama, sin aliento. Ese hombre debía de estar famélico, porque me comió con tal dedicación que enseguida me puse a jadear. Pero si yo tenía mi lado sádico, Jakob me superaba. En lugar de proporcionarme el alivio que necesitaba tan desesperadamente, hizo el deliberado ejercicio de ignorar mi clítoris y siguió lamiéndome el coño, llevándome a cotas de placer cada vez más intensas.

Moví las caderas, intentando decirle con el cuerpo lo que quería que me hiciera. Él lanzó un gruñido sordo contra mi carne húmeda y me colocó las piernas sobre sus hombros. Luego me rodeó los muslos y la cintura con sus fuertes brazos, inmovilizándome por completo. El mensaje estaba claro: él ya sabía lo que yo quería y me lo haría cuando le saliera de los huevos. Hasta entonces, pensaba tomarse su tiempo para devorarme.

Me habría enfadado si no hubiera estado tan preocupada por si me daba un infarto. Estar tan excitada durante tanto tiempo sin llegar a correrme no podía ser bueno para mi salud a largo plazo. Mi respiración se reducía a unos jadeos entrecortados. El pulso me latía por todo el cuerpo como un tren descarrilado. En lo más profundo de mi ser, los músculos se me contraían una y otra vez, suplicando por algo a lo que aferrarse.

Deslizó la lengua dentro de mí mientras yo forcejeaba para soltarme. Le iban a salir moratones en las zonas de la espalda donde, buscando algún tipo de agarre, le clavaba los talones, pero mi desesperación solo parecía animarlo. En su garganta resonó un gruñido sordo. Cuando su boca tembló sobre mi carne febril, me di cuenta de que se estaba riendo.

Entonces fui yo quien gruñó. Me lo iba a cargar si no hacía que me corriera pronto.

La verdad es que…, por mucho que me costara admitirlo, en cierto modo me gustaba que me sacara de mis casillas. Que me desafiara todo el rato, incluso en ese momento, durante los preliminares. De no ser así, no estaría tan insoportablemente excitada. Lo que había entre nosotros era algo retorcido y, que Dios me perdone, por alguna razón me encantaba. En lo más profundo de mi mente ya estaba ideando formas de devolvérselo, las cuales incluían lazos de seda, satisfacción aplazada y… «Ay, Dios, ¿qué acaba de hacer con la lengua?».

Cambió el ángulo de la boca, lamiéndome otra vez así, con la nariz contra el clítoris, y los ojos me hicieron chiribitas.

—Qué impaciente —murmuró hacia mí.

—Sádico… —balbuceé.

Él se rio entre dientes y me dio un beso en la parte de mi anatomía que más deseaba que tocara. Me quedé sin aliento mientras un ligero temblor me recorría las extremidades. Había llegado el momento. Por fin iba a darme lo que necesitaba.

Me dio otro beso en el clítoris y me miró a través de las pestañas, y entonces me quedé totalmente inmóvil debajo de él. Porque, joder, era bellísimo. De una forma salvaje, como ver a un tigre acechando tras los barrotes de su jaula y saber que, si en algún momento llegaba a escaparse, estarías jodida. Y aun así había algo más en sus ojos. Algo que me hacía sentir segura y valorada.

Comprendida.

Me provocaba todo el rato, pero, cuanto más le sostenía la mirada, menos burlona me parecía su expresión y más lo invadía un deseo profundamente arraigado. Sentí que por fin me estaba dejando que yo lo comprendiera a él.

Sus ojos perdieron el último atisbo de picardía, que fue sustituido por lo que parecía una necesidad cruda y voraz. Volvió a bajar la boca hasta mi clítoris palpitante, me introdujo uno de sus largos y amplios dedos en el coño y comenzó a chupar. El orgasmo fue tan rápido e intenso que se me tensó todo el cuerpo. Gracias a Dios, porque si no habría gritado. Me lamía, provocándome, alargando cada sacudida de placer hasta que las últimas oleadas me arrasaron y me quedé inerte debajo de él. Me dio un beso algo más largo y después se limpió la cara con las sábanas antes de levantarse y dirigirse hacia la cómoda.

Giré la cabeza para observarlo, fijándome en cómo se le marcaban y se le flexionaban los músculos con cada movimiento. No me extrañaba que los romanos estuvieran obsesionados con las estatuas

de hombres musculosos. Había algo intrínsecamente carnal en un cuerpo esculpido por años de duro entrenamiento.

—Deberías ir siempre desnudo —dije, embriagada por el sexo.

Quizá luego me arrepintiera de esas palabras, pero en ese momento no me importaba ni lo más mínimo. Al menos había tenido sentido común suficiente para bajar voz.

Abrió un condón y se lo puso, lanzándome una mirada cuando terminó.

—Recuérdalo la próxima vez que te cabrees conmigo.

—Quiero que estés desnudo hasta cuando me cabree contigo —respondí, porque era verdad.

Al oírlo, se le endureció visiblemente la polla y vino hacia mí con paso felino. Esperaba que se subiera a la cama, pero clavó las rodillas a los pies, me rodeó las caderas con los brazos y tiró de mí con cuidado hasta dejarme medio cuerpo fuera del colchón. Aterricé en su regazo e, incluso mientras me sujetaba, yo intentaba alcanzar su polla. Quería más. Más fuerte. Más profundo. Los orgasmos clitorianos eran geniales, pero no tenían ni punto de comparación con los cervicales, que duraban más y me encendían de placer todos los nervios del cuerpo a la vez.

Jakob me levantó las caderas, tensando los músculos de los hombros, y yo lo guie hasta el agujero. Con un movimiento suave e increíblemente placentero, me deslicé a lo largo de su miembro hasta el fondo. Así colocados, estábamos casi a la misma altura, y vi cómo se le abrían los labios y soltaba un pequeño gemido, apenas audible. Tuve que morderme los carrillos para reprimir una respuesta sonora. La tenía más grande que cualquier otro hombre con el que

había estado y las sensaciones que me provocaba al llenarme, al expandirme, me parecían casi demasiado intensas.

Exploró mi rostro con los ojos, con las pupilas dilatadas por la lujuria, y se le formó un pequeño pliegue entre las cejas cuando echó las caderas hacia atrás y volvió a clavármela. Los pechos me rebotaban con el movimiento, y él bajó la vista y se los quedó mirando embelesado, penetrándome otra vez hasta el fondo. Me atravesó una feroz oleada de orgullo. Me encantaba tener ese efecto sobre él. Hacía un momento pensaba que Jakob poseía el control absoluto, pero ahora, tan de cerca, era evidente que se estaba desmoronando a marchas forzadas.

Me eché hacia atrás y me apoyé en el colchón, confiando en que su fuerza le permitiera soportar mi peso. Me aferró el culo para estabilizarme.

—Otra vez —dije.

Me sorprendió inclinándose hacia delante, más cerca de mí, y cambiando el ángulo, y noté la piel de la parte baja de su abdomen resbalando sobre mi clítoris mientras me penetraba con fuerza. Y entonces volvió a posar los labios en mi cuello, justo por debajo de la oreja. Su aliento me calentaba la piel a la par que iniciaba un ritmo constante. Sus envites eran profundos y uniformes; su cadencia, suave. Como la última vez, Jakob abordaba el asunto como si fuera una maratón, no un esprint.

Se incorporó un poco y yo le envolví la cintura con las piernas. En esa posición, tenía que arquear la espalda para mantener el roce de su piel contra el clítoris, así que parecía que le estaba ofreciendo los pechos. Él lanzó un gruñido y plantó los labios sobre uno de los pezones, y yo alcé la mano y me acaricié el otro con los dedos.

Notaba fricción en todos los puntos donde la necesitaba; estaba recibiendo estímulos en tantas partes del cuerpo que el placer empezaba a difuminarse y me sentía ingrávida y mareada.

—Jakob —jadeé, incapaz de detener el desgarrador gemido que se me acumulaba al fondo de la garganta.

Él estampó la boca contra la mía, moviendo los labios mientras me metía la lengua. Yo lo agarré por los hombros y basculé las caderas al ritmo de las suyas, dejándome llevar por la lujuria que me recorría. Alcanzó un punto en lo más profundo de mí y me sentí tan bien que casi me pongo a gritar, pero no pude. Él se tragaba todos los gemidos que yo emitía mientras seguía penetrándome, despacio pero con firmeza. Cerré fuerte los ojos al notar que venía otro orgasmo. Si el primero había sido rápido e intenso, este avanzó por mi cuerpo con la potencia lenta y devastadora de un maremoto. Sentí como si me corriera durante muchos minutos; tenía los músculos internos tan apretados que Jakob apenas podía moverse.

Cuando todo pasó, salió de mí y me dio la vuelta para ponerme boca abajo. El colchón descansaba sobre una plataforma bastante baja, así que, con las caderas flexionadas como estaba, me incliné hacia delante y apoyé mi torso sudoriento sobre las sábanas. Aún me estremecía con las réplicas de mi potente orgasmo cuando Jakob me agarró por las caderas y, con una embestida suave, me la clavó por detrás. Pensé que a esas alturas aceleraría el ritmo. Sentía su polla enorme en mi interior; debía de estar a punto de correrse. Sin embargo, mantuvo el mismo tempo tortuoso y, cuando llevó una mano hasta mi clítoris para acariciarlo con los dedos, supe que aún no había terminado conmigo.

Apreté las sábanas con los puños, buscando algo a lo que agarrarme.

—No puedo —gemí.

Si volvía a correrme, iba a sufrir un aneurisma. Lo tenía claro.

—Claro que puedes —replicó Jakob con voz grave y exigente—. Dame otro, Krista.

En cuanto aceleró los dedos sobre mi clítoris, me puse a empujar las caderas contra sus embestidas, moviéndome de forma instintiva mientras perseguía otra ráfaga liberadora que me derritiera la mente. «Uf, no», pensé al notar una dolorosa presión acumulándose en mi interior. Era imposible que sobreviviera a otro, ¿no? Pero era como si mi segundo orgasmo nunca hubiera desaparecido del todo y enseguida me vi obligada a hundir la cara en las sábanas para ahogar los agudos gemidos de placer que salían de mi boca.

Un segundo después caí al vacío, arqueé la espalda y eché las caderas hacia atrás. Menos mal que el aire acondicionado y esa lavadora cercana estaban puestos; de lo contrario, cualquiera que pasara por allí oiría el sonido de la carne al chocar.

Los dedos de Jakob abandonaron mi clítoris y aterrizaron en mi cadera sana. Con la otra mano me agarró por el hombro. Me atrajo hacia él y empujó con fuerza, y su polla se puso rígida dentro de mí al tiempo que mi orgasmo desencadenaba el suyo. La sensación de sus latidos contra mi cérvix prolongó mi placer y, cuando este se desvaneció, me derrumbé, agotada.

Jakob se deslizó fuera de mí y me levantó del colchón, abrazándome contra él. Estábamos empapados en sudor. Sentía su corazón latiendo en la espalda, así que todo apuntaba a que se había corrido con tanta intensidad como yo.

—Virgen santa —jadeé.

Tres orgasmos. Me temblaban los muslos. Si no hubiera sido porque Jakob tenía los brazos alrededor de mi cintura, me habría desplomado en el suelo como un trozo de carne muerta.

Llevó los labios hasta mi cuello y soltó un gruñido de satisfacción.

—Sabía que te quedaba otro.

—No te vengas muy arriba. Casi me matas.

—Qué va —replicó—. Ya te acostumbrarás.

¿A tener tres orgasmos seguidos?

—¿Estás seguro de que no es peligroso? —pregunté con un hilo de voz aguda.

Él se rio entre dientes y la vibración de su risa me recorrió de tal manera que provocó otra pequeña oleada de placer que me sacudió por dentro. Era como si hubiera desencadenado un terremoto en mi interior.

—Venga —dijo—. Tenemos que ducharnos.

Me ayudó a ponerme de pie y yo refunfuñé cuando sentí una punzada en la cadera. Mierda, cómo dolía. Entre el segundo y el tercer orgasmo, en algún momento me había pinzado un nervio. Lo sentí; un extraño pinchacito de dolor que, por experiencia, sabía que luego iría a peor, aunque en caliente apenas lo había notado.

Jakob vio mi mueca de dolor y, sin darme tiempo a protestar, me cogió en brazos y me llevó a zancadas hasta su cuarto de baño. Había una bañera con patas gigantesca que se alzaba bajo una hilera de ventanas bajas con vistas al río. Me dejó en el suelo y abrió el grifo. Yo me apoyé contra el lavabo doble mientras él echaba una buena cucharada de sales de Epsom en la bañera. Unos segundos

después, el familiar y relajante aroma del eucalipto me llegó a la nariz.

Jakob iba de un lado para otro con el ceño fruncido y la mandíbula apretada, como si estuviera enfadado. No era fácil interpretar sus emociones, debido a su perpetua cara de pocos amigos, pero por la rigidez de sus hombros pensé que a lo mejor en ese momento sí que estaba mosqueado.

Unos minutos después nos metimos juntos en la bañera, con él a mi espalda, sujetándome. Me puso la mano en la cadera y empezó a masajearme la articulación lesionada.

—¿Por qué estás de mala leche? —pregunté.

—¿Por qué no has dicho nada? —replicó enseguida.

Apoyé la cabeza contra su pecho y cerré los ojos mientras él ponía los dedos manos a la obra con mis músculos doloridos.

—¿Sobre la pierna?

Contestó con un ruido sordo.

—No ha empezado a dolerme hasta que se han disipado las endorfinas —expliqué.

Él soltó un gruñido que sonaba a incredulidad, así que ahora me tocaba a mí sentirme molesta.

—Jakob, no soy una flor delicada y marchita —afirmé—. Tengo voz propia. Si algo me duele demasiado como para que sigamos, te lo haré saber.

Detuvo los dedos sobre mi piel y noté la agitación de su pecho mientras cogía aire con fuerza.

—No quiero hacerte daño.

Me derretí un poco. Su voz era grave, insistente, con un tono cargado de una emoción que me nublaba la mente. Era como si sus

palabras tuvieran un significado más profundo, como si no quisiera que me hicieran daño *nunca*, ni física ni emocionalmente.

Antes de ponerme a darle demasiadas vueltas al asunto, giré la cabeza y atraje su rostro hacia el mío.

—Pues no lo hagas —dije sellando sus labios con los míos.

16

La nana no tenía un buen día. Como era de esperar, despertarse en un lugar desconocido rodeada de extraños la había desconcertado. Cuando Jakob y yo salimos de nuestra pequeña mazmorra sexual, todos almorzamos juntos en el patio de atrás mientras Molly iba y venía de una persona a otra bajo la mesa, mirándonos con sus enormes y expresivos ojos para que le diéramos las sobras. La brisa que soplaba desde el prado ahuyentó a los mosquitos de tamaño jurásico que plagaban esa zona de Texas y mantuvo a raya el exceso de calor.

Mientras comíamos, Jakob y sus padres respondían a las preguntas de la nana sobre quiénes eran ellos y yo me encargaba de las relacionadas con qué hacíamos nosotras allí. Por la tranquilidad con la que los Larson manejaban la situación, nada hacía pensar que algo iba mal, y sentí una extraña mezcla de gratitud y tristeza por que ya hubieran pasado por aquello con la abuela de Jakob.

—Gracias por el almuerzo —le dije a Jennifer un rato después, mientras recogíamos.

—De nada —contestó ella mirando más allá de mí—. Ya me encargo yo de esos, cariño.

Liam le entregó una pila de platos que había retirado de la mesa y luego se fue a por más.

Jakob estaba delante del fregadero, enjuagando platos antes de meterlos en el lavavajillas. Los clubes de moteros y la gente que se unía a ellos a veces podían ser sorprendentemente retrógrados, y el hecho de que hubiera muchas mujeres tanto en los Reyes como en los Espectros no significaba que no se las encasillara a menudo en los roles de género tradicionales o se las tratara como miembros «de segunda». Cuando llegué a casa de los Larson, no sabía cómo iba a ser la dinámica familiar, por lo que ver a Liam y a Jakob ayudando en la cocina fue una sorpresa de lo más agradable. Aunque, pensándolo bien, tal vez podía haber anticipado algo así después de pasar la noche en el impecable apartamento de Jakob.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté echándoles un vistazo a los platos que Jennifer tenía en las manos.

Ella miró a través de la puerta de cristal, hacia la cómoda tumbona en la que estaba la nana.

—Podrías ir a sentarte un rato con ella.

Asentí y los dejé trabajar. Tenía razón. Mi abuela necesitaba ver un rostro conocido más que ellos otro par de manos. No es que hubiera estado evitando quedarme a solas con ella, pero sí me sentía muy culpable por no saber qué decirle. Era culpa mía que estuviéramos allí. Si me hubiera mantenido al margen de los asuntos de los Reyes, quizá ella seguiría en su apartamento y tendría otro de sus días buenos.

Respiré hondo y salí a sentarme con mi abuela, recordándome a mí misma que allí ella no estaba a salvo. Que tuviera un mal día por encontrarse en un entorno nuevo era mejor que exponerla al peligro en un lugar lleno de pandilleros infiltrados que ya le habían robado una receta y podrían estar preparándose para sisarle otra. Pero eso

no significaba que tuviera que gustarme. Y, desde luego, no me servía de gran ayuda a la hora de aliviar mi persistente culpa. Ella me había cuidado increíblemente bien durante muchos años, incluso cuando era una adolescente insoportable que siempre andaba metida en líos, y sentía que, ahora que me tocaba a mí cuidar de ella, le estaba fallando.

—Hola —saludé mientras me dejaba caer en la tumbona de al lado.

Ella se volvió hacia mí, con la melena oscilante por la brisa. Lucía una sonrisa de oreja a oreja y, bajo la luz del sol vespertino, aparentaba menos edad y más salud de las que tenía.

«Puto alzhéimer», pensé por millonésima vez desde su diagnóstico.

—Aquí se respira paz… —dijo.

Asentí y me giré para contemplar las vistas.

—La verdad es que sí.

La brisa amainó y, abajo, a lo lejos, oí el discurrir del agua a lo largo de las orillas, como si el río no fuera tan lento y letárgico como había supuesto al principio.

—Tienes un pretendiente muy guapo —afirmó con un tono burlón, y yo me volví hacia ella.

—Yo también lo creo —respondí.

No tenía sentido llevarle la contraria. Había vuelto a presentarle a Jakob antes de sentarnos a almorzar —se había olvidado de él durante la noche— y, si me guiaba por su primer encuentro, intentar convencerla de que no éramos pareja parecía una batalla tan perdida que sería estúpido librarla por segunda vez.

—Y sus padres parecen majos —añadió—. Sobre todo dadas las circunstancias. No habría mucha gente dispuesta a acoger a dos mujeres que están en el punto de mira de una organización criminal.

Asentí, pero mantuve la boca cerrada. A veces, cuando la nana tenía un mal día, se enfadaba con facilidad, y no me pareció prudente decirle que las personas a las que acababa de calificar de «majas» también formaban parte de un grupo delictivo.

—¿Cuánto tiempo crees que tendremos que quedarnos aquí escondidas? —preguntó.

—No mucho, espero. Ayer, cuando hablé con la policía, me dijeron que iban a abrir una investigación en Magnolia Hills.

—¿Piensas arreglar tu apartamento cuando sea seguro volver a casa? —quiso saber.

Le había ofrecido un breve resumen de los últimos días, sin entrar en su implicación en buena parte de lo ocurrido para que no se sintiera mal ni se enfadara por haber olvidado algunas cosas.

Me mordí el labio mientras meditaba su pregunta. Había estado evitando a conciencia pensar en mi apartamento destrozado. Ese lugar había sido mi refugio desde que me mudé al pueblo. Me había esforzado mucho por hacer nido, pues anhelaba tener un sitio que por fin considerara *mío*. Entre lo mucho que nos mudábamos cuando era más joven y que mis primeros años como adulta me los pasé viviendo en cuarteles o alojamientos militares transitorios, no estaba muy familiarizada con el concepto de hogar, y eso es justo lo que quería que fuera mi apartamento. Después de lo sucedido, me resistía a la idea de volver. Alguien ya lo había profanado y no creía que volviera a parecerme el espacio seguro y acogedor con el que tanto había soñado.

—No creo que pueda arreglarlo —le respondí a la nana.

—Ay, cariño —dijo estirándose para cogerme la mano—. Lo siento mucho.

Asentí, conteniendo las lágrimas.

—Ya lo sé. Yo también lo siento.

Su expresión se endureció.

—Tú no tienes nada que sentir. Esto no es culpa tuya.

Tragué saliva para bajar el nudo que se me estaba formando en la garganta e intenté digerir sus palabras. Creérmelas.

Detrás de nosotras se oyó un zumbido suave, y las dos nos dimos la vuelta y vimos a Jakob empujando la puerta corredera.

—Madre mía, menudo ejemplar —soltó la nana bajando la voz para que él no la oyera… Gracias a Dios—. Puede que no sea guapo al estilo clásico, pero no te cansas de mirarlo, ¿verdad?

Tuve que asentir con la cabeza. Sí, así era.

Mi abuela me miró, se echó a reír y luego se levantó de la tumbona.

—Creo que voy a ver si Jennifer necesita ayuda.

—No la necesita —me apresuré a responder para que la nana se quedara fuera; apenas habíamos pasado cinco minutos juntas.

—Ya, bueno —añadió mirándonos alternativamente a Jakob y a mí —, creo que voy a entrar de todos modos.

Al cruzarse con él, le dio una palmadita en el brazo mientras le sonreía con ternura.

—Pórtate bien con mi pequeña.

—Sí, señora —contestó él.

Ella se inclinó y le susurró sin mucho disimulo:

—A veces es más terca que una mula. Necesita un hombre guapo y fuerte como tú que le plante cara.

Jakob dibujó una sonrisa de lo más maliciosa mientras se volvía hacia mí y entonces recordé que habíamos mantenido esa misma conversación hacía unos días.

Entrecerré los ojos. «Joder, Jakob, ni se te ocurra».

—Uy, sé perfectamente lo terca que puede llegar a ser —contestó él alargando las palabras.

Iba a matarlo. Ya era bastante desagradable tener que oír dos veces esa conversación. Al menos la nana tenía una excusa para repetir lo mismo, pero no hacía falta que Jakob se mostrara tan satisfecho al volver a oírlo.

Mi abuela se rio y entró en casa.

Mientras Jakob se acercaba a mí, yo negaba con la cabeza, pero, debajo de aquel cabreo, una parte de mí se sentía casi… «agradecida» (seguramente no era la palabra adecuada) de que la nana lo conociera así y no recordara la presentación anterior, mucho más tensa debido a que Jakob y yo nos estábamos portando fatal el uno con el otro.

Sí, *definitivamente*, «agradecida» no era la palabra adecuada, porque ¿cómo iba a sentirme así por una enfermedad que le había robado esos recuerdos? Quizá llevaba tanto tiempo buscándole el lado positivo al alzhéimer que mis reacciones a cómo le afectaba a mi abuela comenzaban a desviarse tanto como mi brújula moral.

Sin darme tiempo a analizar *ese* inquietante pensamiento, Jakob se puso delante de mí. Levanté una mano para protegerme los ojos y mirarlo.

—Estás muy guapa cuando te cabreas —dijo.

—Vuelve a tratarme con condescendencia, venga —le espeté bajando la vista hasta su cintura.

Tenía la entrepierna a tiro y, aunque no llegara a golpearle en la polla, si fingía que le lanzaba un puñetazo y él se echaba para atrás, podría vacilarle por siempre jamás.

Como si me estuviera leyendo el pensamiento, se acuclilló frente a mí. Me miró a los ojos y vi cómo la alegría se desvanecía de su rostro.

—Tenías razón —dijo con tono sombrío—. La doctora Perez no está metida en el ajo.

A pesar del calor, se me puso la piel de gallina.

—¿Qué ha pasado?

—Ha llamado un amigo de mi padre. La policía de Mayville la ha encontrado esta mañana.

Mayville era el pueblo de al lado, un poco más distinguido que Kearny. Es donde viviría alguien con los ingresos de la doctora Perez.

Me agarré a los brazos de la tumbona.

—¿Está…? —Dios, no era capaz de decirlo.

—Está viva —respondió Jakob.

Solté un profundo suspiro y me incliné hacia delante en el asiento.

Él me puso una mano en la nuca y me la masajeó un poco, como si intentara calmar mi ansiedad.

—Está en el hospital de allí, en estado crítico. Tenemos un contacto entre los empleados y nos ha dicho que llamará cuando se despierte.

—¿Está en coma? —pregunté con la mirada fija en sus botas.

—Se lo han inducido médicamente. Le dieron una buena paliza y tenía el cerebro un poco inflamado.

Mi persistente culpa se esfumó. Había hecho lo correcto llevando a la nana allí. Entre los destrozos de mi apartamento y lo de la doctora Perez, no podía arrepentirme de las decisiones que había tomado. Mi abuela estaba en casa de los padres de Jakob y, sí, no era uno de sus mejores días, pero estaba a salvo, joder, y a esas alturas era lo único que importaba.

Jakob me dio un último apretón en la nuca y luego me levantó la cabeza por la barbilla para mirarme a los ojos.

—Tengo que ir a Kearny. ¿Sigues queriendo formar parte de esto?

Me lo quedé mirando durante un minuto antes de responder. ¿Cómo se las arreglaba para parecer peligroso incluso estando de cuclillas? A lo mejor era porque siempre iba con ropa oscura, o quizá tuviera más que ver con la forma en que se le tensaban los músculos, como si estuviera a punto de pasar a la acción. En cualquier caso, agradecí el recordatorio de que el hombre con el que me acostaba podía ser tan implacable como violento. Me sentí menos pirada en cuanto al hecho de que lo que acababa de contarme no me había asustado ni lo más mínimo. En realidad, hasta me habían entrado ganas de dispararle a algo. O, mejor dicho, a algunas personas.

—Sigo queriendo formar parte de esto —respondí.

Con los ojos centelleantes de aprobación, se inclinó hacia mí y me dio un beso rápido y apasionado en los labios. Se apartó con la misma celeridad y abrió la boca para decir algo, pero deslizó la mirada más allá de mí y entonces oí otro zumbido en el aire cuando la puerta se abrió detrás de nosotros. Me giré en la tumbona justo cuando su padre salía al patio. Detrás de él, la nana y Jennifer charlaban de pie junto a la isla de la cocina. Liam las miró un

segundo y luego cerró la puerta, dirigiéndose hacia nosotros con gesto preocupado. Jakob se incorporó mientras su padre se acercaba y los dos hombres se cernieron sobre mí.

—Voy a enviaros a unos cuantos Espectros —apuntó Liam en voz baja.

En ese momento no parecía uno de los hombres más peligrosos del estado, sino un padre cualquiera que se ha puesto nervioso porque su hijo se ha metido en un lío.

—¿Y que me digan que no soy capaz de librar mis propias batallas sin la ayuda de mi padre? Paso —respondió Jakob—. Además, esto es asunto de los Reyes. Deja que intentemos resolverlo nosotros primero.

Ahí volvió a quedar patente la experiencia militar adquirida. Desde el primer día de entrenamiento te enseñaban a solucionar todos los problemas al nivel más bajo posible. ¿Que uno de tus compañeros se comporta como un capullo contigo? Encuentra la manera de hacer que pare. Si no lo consigues, entonces sí puedes molestar a tu sargento con tus tonterías.

Liam asintió, todavía tenso.

—Pero ¿me mantendrás al tanto?

Jakob lo miró de reojo.

—Si me prometes que no vas a meterte hasta que te pida ayuda.

La tensión se acabó disipando cuando Liam esbozó una sonrisa.

—Te lo prometo.

Una hora más tarde, Jakob y yo nos subimos a una insulsa furgoneta que llevaba tiempo acumulando polvo en el descomunal garaje de los Larson. El Mustang era genial si querías llegar rápido a algún sitio, pero el maletero no era muy grande y no tenía aire

acondicionado, y ese día íbamos a estar casi a treinta y ocho grados. Mientras yo le dedicaba algo de tiempo a la nana, Jakob y Liam habían cargado la furgoneta. Después le habían cambiado las matrículas y, de forma milagrosa, conseguí mantener la bocaza cerrada en lugar de preguntar por qué.

Me abroché el cinturón de seguridad y le eché un vistazo a la parte posterior de la furgoneta mientras Jakob conducía por el largo camino de tierra de sus padres. Los asientos traseros estaban plegados contra el suelo y, justo detrás de nosotros, había una pila de bolsas de viaje enormes llenas de Dios sabe qué. Levanté la vista hacia los paneles laterales. Varios parches metálicos circulares destacaban sobre la pintura. Cuanto más los miraba, más segura estaba de que su función era tapar agujeros de bala. Debajo, una mancha blanca se extendía por la moqueta trasera, como si hubieran echado varios litros de lejía para quitar una mancha de sangre.

«Por favor, que no nos paren», recé. Lo único que podría hacer que ese cacharro pareciera aún más sospechoso sería pegarle un cartel que dijera CARAMELOS GRATIS.

—¿Qué son esas bolsas? —pregunté.

—Quería matar dos pájaros de un tiro —respondió Jakob—. Vamos a Kearny, así que no nos cuesta nada hacer una entrega para mi padre.

O sea que llevábamos armas, drogas o a saber qué otra carga ilegal propiedad de los Espectros o de los Reyes. Me di la vuelta y contemplé el ondulante campo de hierba por mi ventanilla. En parte, me preocupaba que las bolsas estuvieran llenas de armas para nosotros. Había estado con Jennifer y con la nana mientras Jakob y Liam elaboraban un plan de acción, así que no tenía ni idea de qué

íbamos a hacer en Kearny. ¿Espiar Magnolia Hills? ¿Localizar a los cabrones que habían mandado al hospital a la doctora Perez?

A Jakob le sonó el teléfono. Lo cogió del portavasos que había entre nosotros y se lo llevó a la oreja.

—¿Dónde está? —preguntó sin molestarse siquiera en saludar.

Apenas oí la respuesta amortiguada, y mucho menos distinguí las palabras.

Jakob frunció el ceño.

—Llegaremos a Kearny en una hora. Si se mueve, avísame. —Dicho eso, colgó.

—Déjame adivinar. ¿Era el novato de los Reyes al que tienes vigilando Magnolia Hills? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—No. La compañera a la que puse a seguir a Redding. Ahora mismo está en Weyhome.

Tratando de asimilar la noticia, arrugué el entrecejo.

—¿No es de donde son los Jokers?

—Sí, y Redding acaba de entrar en su local. El cabrón ni siquiera intenta ser discreto.

—¿Crees que allí estará a salvo la compañera a la que tienes siguiéndolo?

—Es exagente de la HUMINT —señaló—. Estará bien.

Se refería a la «inteligencia de fuentes humanas», la versión militar de los espías: personas que se adentraban en territorio enemigo y se mezclaban con la población local para enviar información al cuartel general. Espiar a una banda rival de moteros debía de ser pan comido para una mujer con ese tipo de

experiencia, de modo que me relajé un poco en el asiento mientras subíamos por el camino.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —pregunté.

—Vamos a ir a entregar esta mierda —dijo Jakob señalando con el pulgar las bolsas que había en la parte de atrás—. Y luego esperaremos a que nos digan hacia dónde se dirige Redding cuando salga de Weyhome.

—¿Vamos a ir tras él? —quise saber.

Jakob negó con la cabeza.

—Todavía no.

Me volví hacia la ventanilla, sopesándolo todo. Había algo que no cuadraba y no acababa de entender qué era. Mi mente volvía una y otra vez a Daniel King. ¿Por qué Jakob se centraba tanto en Redding y no en él? No me gustaban los enigmas y Daniel King me parecía uno gigantesco, y además vestido de cuero. Igual se cuela en el apartamento de Jakob y suelta unos comentarios de lo más críptico que le da una palmada amistosa en la espalda cuando lo ve en el bar. Luego le echa una bronca por teléfono y, pocas horas después, se comporta como si fueran uña y carne durante una fiesta. Sus bruscos cambios de conducta eran muy raros. Perturbadores. Jakob había dicho que nada de lo que hacía ese hombre tenía sentido para nadie y ahora me preguntaba por qué. ¿Era Daniel King simplemente un paranoico? ¿Un maestro del crimen? ¿O un puto chiflado?

Pese a la acumulación de pruebas en su contra, la noche anterior Jakob dudó a la hora de condenarlo, y solo Dios sabía qué le había dicho a Liam mientras yo estaba con la nana. No acababa de entender sus reacciones. Para mí era evidente que Daniel King estaba implicado. Ese hombre había servido con Redding, y ahí

estaba ahora este, trabajando para los Jokers con el objetivo de desestabilizar Kearny.

Daniel King *tenía* que estar colaborando con él. A lo mejor estaba harto de dirigir una subdivisión de los Espectros, siempre a las órdenes de Liam. A lo mejor quería liderar su propia banda sin ningún tipo de supervisión. Evidentemente, no iba a contarle a Jakob lo que estaba tramando; Liam era su padre. Evidentemente, a Jakob iba a caerle un buen rapapolvo por meter las narices; seguro que temía que Liam se enterara de su traición. Entonces ¿por qué Jakob le otorgaba el beneficio de la duda? ¿Por qué le era tan leal a un hombre que lo trataba como una auténtica mierda?

Quería volverme hacia él y exigirle respuestas, pero si algo había aprendido de mis preguntas anteriores era que Jakob se cerraba en banda siempre que le mencionaba a su malvado líder.

Su teléfono sonó entre nosotros. Lo cogió y le echó un vistazo a la pantalla, reduciendo la velocidad de la furgoneta para verla mejor. Apretó la mandíbula y lo tiró donde estaba.

—¡Me cago en todo! —espetó.

—¿Qué pasa? —pregunté con recelo al ver la expresión de su cara.

—Cambio de planes —contestó mientras salía hacia la carretera principal—. Tenemos que ir a hablar con alguien después de entregar esta mierda.

—¿Con quién?

Su respuesta fue negar con la cabeza.

Me quedé mirando su perfil, reprimiendo las ganas de gritar.

—Y dices que yo soy terca, Jakob, madre mía.

Extendió el brazo y me cogió la mano, acercándosela para darme un beso en los nudillos. Por encima de ellos, sus ojos se encontraron brevemente con los míos, transmitiéndome a la vez una promesa y una advertencia. ¿La promesa de que iba a responderme pronto? ¿La advertencia de que no hiciera más preguntas?

«¡Argh!».

¿Por qué tenía la sensación de que en realidad nunca llegaba a saber qué estaba pasando con ese hombre? ¿Por qué me sentía todo el rato confusa y desbordada?

Intenté apartar la mano, pero él me la sujetó con fuerza, acariciándome la piel con el pulgar mientras conducía.

—Suéltame. —Soné más enfadada de lo que estaba.

Necesitaba reflexionar, intentar poner en orden mis pensamientos sobre lo que estaba pasando y mis cambiantes y contradictorios sentimientos hacia ese hombre imposible, pero al parecer no podía hacer ninguna de esas cosas mientras él me tocaba.

Volvió a mirarme y advirtió mi expresión. Frunció el ceño, me soltó la mano y puso el intermitente para detenerse a un lado de la carretera.

Eché un vistazo alrededor: campos de maíz a la izquierda, campos de maíz a la derecha.

Jakob puso la furgoneta en punto muerto, se bajó y vino a mi lado del vehículo. Antes de preguntarle qué coño estaba haciendo, abrió mi puerta de golpe, me desabrochó el cinturón de seguridad y me sacó en brazos.

—¡Jakob! —chillé, agarrándome a su cuello mientras él se adentraba a zancadas en el maizal.

La furgoneta seguía en marcha, con ambas puertas abiertas de par en par, como si nos hubieran secuestrado. Si alguien pasara por allí, se quedaría tan sobrecogido por la atmósfera de *Los chicos del maíz* que, o bien se largaría como alma que lleva el diablo, o bien llamaría a la policía.

—A veces me vuelves loco —regruñó.

—Lo mismo digo, colega —contesté, dándole un toquecito en su fornido pecho para enfatizar mis palabras.

—¿Por qué no me crees cuando te digo que te responderé en cuanto pueda?

—¡No sabía que era eso lo que me estabas pidiendo! —repliqué—. ¿Por qué no me lo dijiste directamente?

Lanzó un bramido de frustración y luego me atrajo hacia él para sellarme los labios. La cabeza me daba vueltas mientras me besaba, con fiereza, con pasión, y otra vez volví a hacer esa cosa tan estúpida de olvidarme de respirar. Cuando se apartó, estaba mareada y profundamente agradecida de que me sostuviera entre sus brazos.

—Vamos a ver a Daniel King —dijo.

El mareo desapareció de golpe.

—Eh…, ¿qué?

—Y no he dicho nada en la furgoneta porque mi padre podría haber escondido algún micrófono.

—Eh…, *¿qué?*

—Tenemos que dejar de perder el tiempo y volver a la carretera antes de que mire el localizador GPS y se pregunte por qué cojones hemos parado aquí.

Dicho eso, dio media vuelta y avanzó para salir del maizal.

Yo iba aferrada a él, atónita, repasando los últimos días en mi mente y comenzando a entender que, si en algún momento había sentido que no sabía lo que estaba pasando, era porque, efectivamente, no tenía ni idea.

17

El resto del trayecto hasta Kearny lo hicimos en silencio. ¿Qué narices iba a decir, sabiendo que Liam podía estar escuchando todas y cada una de nuestras palabras? Y, ya que estábamos, ¿*por qué* iba a hacer eso? ¿Era de natural paranoico? ¿De ahí le venía al hijo? La verdad es que acababa de conocerlo. Aparte de lo que me había contado Jakob y de lo que había visto con mis propios ojos, no sabía nada de él. Liam parecía una persona bastante equilibrada, pero, por lo visto, en realidad era un obseso del control que había ocultado micrófonos en sus vehículos porque quería enterarse de todo lo que se decía cuando él no estaba presente.

«Virgen del amor hermoso». Jakob me había hecho correrme en el Mustang.

Empecé a girarme hacia él horrorizada, pero me detuve. Ese coche ni siquiera tenía elevalunas automáticos, así que era imposible que sus circuitos permitieran instalar un sistema de escucha complejo. O eso esperaba. ¿Y Jakob me habría metido los dedos si pensara que su padre podría estar escuchando cada sonido que hiciéramos? Lo dudaba. Es verdad que la noche anterior no le había importado una mierda que nos vieran en el camino de entrada de los Reyes, pero que lo intuyeran unos instantes a través de las ventanillas tintadas y que lo escucharan furtivamente durante un

periodo de tiempo más prolongado eran dos cosas muy diferentes. Además, en el coche había estado mucho más hablador y abierto conmigo —para ser Jakob, me refiero—, mientras que en la furgoneta apenas había abierto la boca.

Solté un suspiro tembloroso e intenté calmarme. Vale, probablemente Liam no había oído cómo su hijo me hacía correrme. Aun así, ese día nos había prestado un vehículo que podría tener micrófonos ocultos. Después de sugerirle a Jakob que fuera acompañado de algunos Espectros.

Recordé la tensa conversación que habían mantenido en el patio, la evidente preocupación de Liam, consciente de que su hijo podía estar poniéndose en peligro. ¿Y si no era más que un padre nervioso? Jakob era su único hijo; sería comprensible que fuera algo sobreprotector con él. ¿O allí pasaba algo más?

En el maizal, no se había comportado como de costumbre. Pensé en su beso desesperado, en lo lejos que me había llevado para responder a mis preguntas, en su prisa por volver a la furgoneta tras mencionar que su padre podría estar mirando el localizador GPS. Todo indicaba que Jakob estaba…, si no asustado de su padre, como mínimo receloso de él. Lo que sí había quedado claro era que no quería que se enterara de a quién íbamos a ver.

Me puse a repasar los últimos días y a cuestionar mi percepción de todo lo que había sucedido. En lugar de haberme centrado tanto en Daniel King y en Redding, su misterioso amigo, ¿no debería haber pensado más en Liam Larson?

Intenté tomar cierta distancia y observar la situación desde la perspectiva de alguien ajeno a ella. Mi aversión hacia Daniel King me hacía *querer* pensar que ese tipo no tramaba nada bueno. Que era

la clase de hombre que pondría en peligro a gente inocente, como mi abuela, solo para progresar en la vida. Y, en realidad, ¿qué culpa tenía yo? A Jakob y a mí nos traicionó al día siguiente de enterarse de nuestra relación falsa. Había irrumpido en su apartamento y lo había tratado como a un perro.

Sin embargo, pensándolo bien, pensándolo bien *de verdad*, me daba cuenta de hasta qué punto mis propios prejuicios podían haber sesgado mi enfoque de los acontecimientos recientes.

Por muy mal que me cayera, por mucho que me crispara, sabía que Daniel King era bueno para el pueblo. Que se preocupaba por él. ¿Era un hombre muy problemático? Sí. ¿Un megalómano volátil con el que nunca jamás me habría permitido estar a solas? Pues también. Pero las cosas no eran blancas o negras. El carácter de la mayoría de las personas que había conocido tenía matices de gris y, por mucho que me doliera admitirlo, eso incluía a Daniel King.

No había ni un solo evento en Kearny en el que él no estuviera involucrado de una manera u otra, ya fuera donando su tiempo o su dinero. Era juez en la feria anual dedicada a los jóvenes. Los Reyes patrocinaban a tres equipos juveniles de deportes de la zona. Incluso habían puesto en marcha un campamento de verano para niños desfavorecidos, de forma que tuvieran un lugar donde ir durante las vacaciones y sus padres pudieran seguir trabajando sin tener que preocuparse por pagar dos meses de centros recreativos. La esposa de Daniel, Eva, formaba parte de la mitad de las juntas municipales y, aunque casi todos los vecinos de Kearny sentían un temor reverencial hacia él, a ella la veían como a una auténtica líder de la comunidad. Confiaban en sus opiniones. Recurrían a ella en busca de consejo.

No tenía sentido que los Reyes se tomaran tantas molestias para que el pueblo fuera próspero y seguro y que luego Daniel diera un giro de ciento ochenta grados e introdujera drogas en él, así que cuanto más revaluaba mi teoría original, más lagunas le veía.

Porque, a ver, ¿qué ganaba Daniel King desestabilizando Kearny? ¿Cómo podía una guerra territorial con una subdivisión de los Bandidos ayudarlo a librarse de la supervisión de Liam Larson y los Espectros?

Igual yo no era muy astuta y no sabía ver más allá, pero, por muchas vueltas que le diera al asunto, siempre llegaba a la misma conclusión: si Daniel King estuviera planeando iniciar una guerra para que pareciera que los Espectros no eran capaces de proteger a los suyos, tanto Kearny como él mismo saldrían malparados. Además, una pelea de ese calibre atraería la atención de todo el país, algo que no interesaba ni a los Reyes, ni a los Jokers, ni a los Espectros ni a los Bandidos, ya que tras la atención nacional llegaría la intervención federal, y nadie quiere darle al FBI ningún motivo para entrometerse.

Después de darle vueltas al problema durante unos diez minutos, seguía sin ver cómo ese tipo de táctica podía beneficiar a Daniel. Y apostaría lo que fuera a que Daniel King no hacía nada a menos que le beneficiara de alguna manera.

Entonces ¿qué narices estaba pasando realmente? ¿Quién salía ganando al debilitar el control de ese hombre sobre el pueblo? El jefe de los Jokers era el principal candidato. Con Daniel fuera de juego, en Kearny se crearía un vacío de poder que su banda podría intentar ocupar, aunque no lo conseguirían sin luchar de forma encarnizada con el resto de los Reyes. Ambos clubes *se odiaban*. Su

rivalidad se remontaba a tiempos tan lejanos que era imposible que los Reyes aceptaran el yugo del liderazgo de los Jokers, y estaba claro que los Espectros tampoco iba a permitirlo sin antes presentar batalla. Lo que me llevó de nuevo a la idea de que a nadie le interesaba llamar la atención de los federales.

Tal vez el objetivo no fuera hacerse con el territorio de los Reyes. Tal vez los Jokers solo querían desestabilizarlos para librarse de la competencia.

O tal vez era alguna otra cosa.

Me giré en el asiento y miré a Jakob, pero pensando en su padre. Liam Larson. Un hombre que, a todas luces, amaba a su hijo más que a casi cualquier otra cosa en el mundo. Se preocupaba por él. Lo enorgullecía. Probablemente quería lo mejor para él. Verlo alcanzar el mismo tipo de poder e influencia que tenía Liam.

La forma más rápida de conseguirlo era deshacerse del hombre que se interponía en el camino de su hijo. Daniel King no se portaba bien con Jakob. Quizá Liam se había dado cuenta y no le gustaba. Quizá pensaba que tendría mayor influencia sobre Kearny y sobre los Reyes si era su hijo quien dirigía el club.

Liam debía de saber lo leales que le eran a Daniel su hijo y los demás miembros del club. Entonces ¿cómo iba a destronarlo sin que los Reyes sospecharan de él?

La respuesta era obvia: incriminándolo. Trayendo a un hombre del pasado de Daniel y colocándolo al frente de una operación de tráfico de drogas rival justo a las puertas de Kearny para que pareciera que Daniel *tenía* que estar al tanto. Que *tenía* que estar implicado.

Y yo había caído en la trampa con todo el equipo.

Jakob se sintió observado y me echó una mirada, y yo empecé a verlo con otros ojos. Me había parecido el típico hombre fuerte y callado, pero ¿y si me estaba equivocando con él tanto como con su padre? Había crecido en el mundo de los clubes de moteros. ¿Cuántos años tendría cuando se acercó por primera vez al politiqueo de los clubes más grandes? ¿Lo había sometido Liam a una dieta constante de paranoia y coacciones durante toda su vida? ¿Le había enseñado a su hijo a jugar con los demás? ¿A mantenerse en segundo plano y manipular los acontecimientos como un titiritero tras los hilos de sus marionetas?

¿Desde cuándo sospechaba Jakob que su padre podía estar implicado? Porque, en vista de lo sucedido esos últimos días, era bastante obvio que él no creía que Daniel estuviera detrás de todo.

¿Lo sabía desde aquella primera noche en el bar? Jakob fue quien se acercó a mí y entabló conversación, y más tarde supe que había estado investigándome cuando me mudé al pueblo. ¿Sabía de antemano que la nana estaba en Magnolia? ¿Había dejado caer ese comentario críptico sobre su seguridad con intención de embaucarme?

Dios mío, ¿me había encerrado a propósito en su apartamento y luego me había seducido tan solo para colarse conmigo en Magnolia Hills y comprobar con sus propios ojos lo que allí estaba pasando?

Me aparté de él, con el estómago revuelto. Porque parecía… posible.

«No te precipites, Krista».

Respiré hondo y traté de calmarme. Había sacado conclusiones precipitadas sobre Daniel y mira dónde me habían llevado. Después

de todo lo que habíamos pasado Jakob y yo los últimos días, lo mínimo que se merecía era el beneficio de la duda.

Me volví hacia mi ventanilla con el ceño fruncido, dejando a un lado durante un minuto la inquietud que sentía respecto a Jakob. Todavía quedaba por resolver el problema de mi apartamento. Si Liam estaba detrás de todo, ¿había ordenado que lo destrozara? ¿O quizá Redding y sus matones habían actuado por su cuenta?

Recuperé una de las preguntas que me había planteado antes: ¿quién salía ganando con todo aquello? Al destrozar mi apartamento, los matones enviaban el mensaje de que allí no estaba a salvo y de que tenía que dejar de meter las narices donde no me llamaban, pero Liam…

Si él era tan manipulador como empezaba a temerme, entonces era plausible que Redding le hubiera contado que su hijo había ido a la residencia de ancianos y en compañía de quién. ¿Le habría dicho también a Liam que yo había presentado a Jakob como mi novio? Si así era, ¿qué mejor manera de mantener a su hijo alejado de Magnolia y de Kearny que haciéndole creer que allí su supuesta novia corría peligro? Al fin y al cabo, la primera reacción de Jakob había sido sacarme de Kearny y llevarme a su hogar familiar, dejándonos directamente a merced de Liam. Mi apartamento destrozado le garantizaba que él iba a quedarse allí.

La cabeza me daba vueltas. Si en ese momento Jakob ya sospechaba que su padre podía estar implicado en todo aquello, quizá se había imaginado que era él quien estaba detrás de los destrozos de mi apartamento y me había llevado a la casa familiar con el objetivo de seguirle el juego. De ese modo, Jakob podría vigilar a Liam y, a la vez, hacerle creer que no tenía ni idea de lo que

estaba pasando en realidad. Porque, si a su padre no le había temblado la mano a la hora de hacer que saquearan mi apartamento, y a lo mejor hasta había llegado al extremo de atacar a la doctora Perez, ¿qué sería lo siguiente? ¿Ordenar que me hicieran daño? ¿Que se lo hicieran a la nana?

Me quedé pálida. Por Dios, la había dejado allí con él.

Podía esperar hasta que llegáramos a Kearny para interrogar a Jakob, pero el asunto de la seguridad de mi abuela tenía que solucionarse ya.

Mientras salíamos de Hill Country y descendíamos de vuelta a la civilización, saqué mi teléfono del bolso y tecleé en mayúsculas en mi aplicación de notas, a la espera de que nos detuviéramos en un semáforo para ponérselo delante de las narices a Jakob.

Decía: «¿DE VERDAD ESTÁ MI ABUELA A SALVO CON TUS PADRES?».

Él extendió la mano, me agarró del hombro y se bajó las gafas de sol para mirarme a los ojos.

—Sí —fue todo lo que dijo y, por la convicción de esa única palabra, estaba claro que eso era lo que él creía.

Pero ¿y yo? Si Liam estaba dispuesto a destrozar mi apartamento solo para salirse con la suya, ¿hasta dónde sería capaz de llegar? ¿A quién más se atrevería a hacerle daño?

Y, ya puestos, ¿hasta dónde sería capaz de llegar Jakob?

¿Algo de lo que había pasado entre nosotros había sido real?

Una cosa estaba clara: en cuanto saliéramos de la furgoneta, Jakob y yo íbamos a hablar largo y tendido.

18

Kearny era un pueblo de los de antes, atravesado por unas vías de tren que lo dividían en dos partes, una buena y otra mala. Las bolsas de la parte posterior de la furgoneta traqueteaban mientras cruzábamos esas vías y nos dirigíamos hacia la parte mala, donde los sueldos eran más bajos, las casas más pequeñas y no sucedía nada sin que se enteraran los Reyes.

La mente me iba a toda máquina mientras Jakob nos adentraba en el territorio del club. ¿Daniel o Liam? ¿Liam o Daniel? ¿O alguien completamente diferente? Ya me había equivocado una vez con Liam. ¿Y si me volvía a equivocar? ¿Con los dos?

Me froté la nuca, tratando de mantener a raya el dolor de cabeza que amenazaba con aparecer. No entendía nada. Los últimos días habían pasado demasiadas cosas y me costaba procesarlo todo. Tampoco ayudaba sentir que estaba montando un rompecabezas al que le faltaban la mitad de las piezas. Maldito Jakob y su negativa a contarme qué estaba sucediendo en realidad. Aunque no me hubiera seducido a propósito solo para entrar en Magnolia, tenía muchos motivos para estar enfadada con él. Como, por ejemplo, el hecho de que me hubiera ocultado tantas cosas, las cuales lo único que hacían era ponerme más en peligro.

«Oye, Krista, vente a jugar a mi mundo. Ah, que quieres saber las reglas del juego… ¡Mala suerte!».

Nunca habría estado tan relajada con Liam si hubiera sabido que Jakob sospechaba de él.

Ah, mierda. ¿Y si me había mantenido en la inopia *justo* por eso? En realidad, solo nos conocíamos desde hacía unos días. ¿Cómo iba a confiar en que yo mantuviera la boca cerrada sobre sus sospechas? ¿O en que fuera lo bastante convincente como para hacerle creer a Liam que me sentía cómoda con él?

Cuanto más lo pensaba, más creía entender el comportamiento de Jakob. Un hombre *bueno*, un hombre *decente*, habría ido con la verdad por delante y me habría dejado decidir por mí misma cuánto me quería involucrar. Él ya había confirmado que no era ninguna de esas cosas. Y, si se hubieran invertido los papeles, ¿le habría confiado yo todo eso a un desconocido? No tardé ni un minuto en admitir que la respuesta era un no rotundo.

¿Seguía mosqueada con Jakob? Sí, pero creía entender sus motivos, lo que complicaba aún más las cosas.

Ufff.

Unos minutos más tarde, Jakob detuvo la furgoneta frente a un estudio de tatuajes de aspecto mugriento. Había varias motos aparcadas en la acera, con el emblema de los Reyes estampado con orgullo en el lateral del depósito de gasolina. Los escaparates de la tienda estaban cubiertos de polvo. Algunas letras del cartel de neón estaban apagadas y, en lugar de BRAD'S INK, se leía BAD INK. Muy apropiado. Parecía un lugar perfecto para contraer la hepatitis C.

Miré a Jakob de reojo.

—Por favor, dime que nunca te has tatuado aquí.

Se quitó las gafas de sol y me lanzó una mirada penetrante.

—Nadie se tatúa aquí.

Arrugué el entrecejo y me volví hacia la fila de motos que teníamos al lado. Si sus dueños no estaban dentro tatuándose, ¿qué hacían allí? ¿Hablaba Jakob en serio o se estaba haciendo el listillo? ¿Era ese estudio solo una tapadera para otros negocios más turbios de los Reyes?

Eché un vistazo a los cristales sucios y al estado de abandono general del local. Yo no me haría un tatuaje ahí, y quizá eso era justo lo que perseguían los Reyes. Quizá la suciedad y la decadencia no fueran fruto del descuido, sino algo deliberado.

Antes de preguntárselo a Jakob, por la puerta principal salió un hombre latino corpulento, más o menos de mi edad, que se dirigió hacia nosotros. Llevaba una camiseta negra muy ceñida con un chaleco de cuero por encima en el que destacaba el parche de los Reyes en la zona del pecho, a la derecha, similar al de Jakob del otro día. Tenía la cabeza rapada. Los tatuajes le serpenteaban por los brazos. Las pobladas cejas le ensombrecían sus oscuros ojos, lo que le confería una expresión dura suavizada gracias a unos labios carnosos. No lo había visto en mi vida.

—Quédate aquí —dijo Jakob mientras bajaba de la furgoneta.

Por mí, perfecto. No quería tener nada que ver con el intercambio que estaba a punto de producirse. Ya era bastante arriesgado verme envuelta en los asuntos de los Reyes como para encima añadir «cómplice de tráfico ilegal de armas» a mi lista de delitos.

Jakob intercambió unas palabras con el otro motero que, por suerte, se perdieron bajo el zumbido sordo del motor de la furgoneta. Tras asentir brevemente hacia él, el latino se giró y

caminó hacia la entrada del estudio. La puerta se abrió de par en par y salieron otros tres hombres. No reconocí a ninguno, a pesar de que todos llevaban los emblemas del club en las prendas de cuero. Tampoco es que me extrañara. No todos los Reyes frecuentaban el Charley's y, en el último recuento, el club contaba con más de doscientos miembros.

Con eficiencia y celeridad, descargaron las bolsas de la parte posterior de la furgoneta. Yo mantuve la mirada al frente y puse cara de mujer ocupada en sus propios asuntos. Después volvieron al interior, y el hombre latino rebuscó en su bolsillo y le entregó algo a Jakob antes de irse.

Él regresó y abrió la puerta del lado del conductor. Apagó el motor y me hizo señas para que saliera. Bajé y di la vuelta para reunirme con él, que me llevó hacia la parte de atrás del estudio. No habló hasta que estuvimos casi a cien metros de la furgoneta.

—Vamos a coger otro coche.

Tan solo asentí con la cabeza. No sabía lo sensible que sería el sistema de escucha de Liam y no quería decir nada que pudiera oír. Teníamos la furgoneta a nuestras espaldas y noté un picor entre los omóplatos, como si el vehículo fuera una criatura consciente a las órdenes de Liam que nos observaba incluso a esa distancia.

Jakob pulsó un botón del llavero remoto que le había entregado su colega motero y un llamativo BMW rojo que había aparcado a la sombra del edificio emitió un ruidito agudo. El tráfico ilegal de armas debe de dar mucho dinero.

Me subí por el lado del copiloto y me abroché el cinturón de seguridad.

—¿Aquí podemos hablar? —le pregunté a Jakob mientras se deslizaba junto a mí.

—Sí —respondió.

Pulsó un botón en el salpicadero y el motor arrancó con un rugido casi tan fuerte como el del Mustang.

—¿Me sedujiste a propósito solo para entrar en Magnolia? —quise saber.

Pensé que mejor quitarme de encima la pregunta más difícil y determinar de una vez por todas lo enfadada que debía estar en realidad.

Me echó una mirada antes de poner el coche en primera y salir disparado de la plaza de aparcamiento.

—No exactamente.

Me puse rígida.

—Explícate.

—Parecías mi mejor baza para entrar en Magnolia —confesó—. Y he querido follar contigo desde tu primer turno en el Charley's. De modo que, sí, te persuadí para que vinieras a mi casa con la esperanza de matar dos pájaros de un tiro, pero ambas cosas no están conectadas. Si me hubieras rechazado, igualmente te habría pedido que dijeras que era tu novio para que me dejaran entrar.

El aire que había estado conteniendo salió en forma de siseo.

Él me miró mientras salíamos rugiendo del aparcamiento, con los bíceps flexionados mientras cambiaba de marcha y el coche ganaba velocidad.

—Sabes que de todas formas habrías accedido para mantener a salvo a tu abuela.

Sí, así era, pero aquello no me gustaba. Se parecía demasiado a la manipulación y me pregunté si ese hombre seguía mintiéndome, ocultándome algún dato crucial.

Recordé su expresión cuando salí de la comisaría y me dijo que habría sido más difícil sacarme de allí que de Magnolia. Parecía que hablaba en serio. Como si por mí hubiera merecido la pena organizar un asalto a un edificio lleno de hombres y mujeres armados y con la ley de su parte.

Volvió a mirarme muy brevemente, apenas un parpadeo.

—Entiendo que estés enfadada —aseguró—. Lo siento. No sabía cómo sacar el tema sin que te cuestionaras todo lo que ha habido entre nosotros.

—Bueno, pues buen trabajo —contesté—. Ahora me estoy cuestionando todo lo que ha habido entre nosotros.

Se me escapó un grito ahogado cuando dio un frenazo. Un conductor tocó el claxon detrás de nosotros y, cuando nos adelantó, gritó: «¡Gilipollas!». Yo me aflojé el cinturón de seguridad del pecho y me froté el esternón. Au.

Jakob se giró hacia mí.

—Todo lo que ha habido entre nosotros es real. No voy a rogarte que confíes en mí ni voy a ponerme a discutirlo contigo. Puedes creerme o no. —Bajó la mano y se agarró la entrepierna. Me sorprendió ver que estaba empalmado—. Incluso ahora mismo, preferiría estar encerrado en algún sitio haciéndote gritar mi nombre que lidiando con esta mierda, y, si no te crees nada de lo que he dicho, créete al menos eso.

Joder. Debía de estar perdiendo la cabeza por ese hombre, porque, a pesar del cabreo, al ver el bulto de sus pantalones me

entraron ganas de subirme encima de él allí mismo, en el coche. Quizá el cabreo formaba parte de ello. Quizá, en el fondo, yo siempre supe que los momentos más auténticos entre nosotros los habíamos pasado desnudos y empapados en sudor.

Exhalé largamente y dejé que sus palabras calaran en mí, recordando todo lo que había pasado entre nosotros durante los últimos días.

—Te creo —dije.

Porque era verdad. Tal vez yo no tuviera muy claro cómo sentirme respecto al resto de las cosas que había hecho Jakob, pero sabía que me deseaba y confiaba en él como para creer que no era capaz de mentirme sobre eso.

Lanzó un suspiro. Fue una exhalación violenta, como si la hubiera estado conteniendo y se sintiera aliviado, y eso fue lo que me llevó a comprender que yo no era la única que estaba perdiendo la cabeza por lo que había entre nosotros.

—Bien —sentenció.

Y entonces me puso las manos en las mejillas, las deslizó hacia el pelo y me apretó cada vez más mientras me atraía hacia él. El cinturón de seguridad se bloqueó y no pude ir más allá. Él se encargó del resto: acortó la distancia que nos separaba para besarme con una intensidad que me dejó sin aliento. La pasión de sus labios y la exigencia de su lengua me obligaron a corresponder cada uno de sus envites. Seguía enfadada con él, pero eso no hacía más que aumentar mi necesidad, mi excitación, mi deseo de quitarle la ropa y ver la simple verdad en el anhelo que sentía hacia mí.

Se retiró demasiado pronto, jadeante, y me acarició los labios con el pulgar.

—Tenemos que ir a casa de Daniel.

Asentí.

Él siguió contemplando mi boca como si estuviera hipnotizado.

Sonreí sin querer.

—Entonces, creo que deberías soltarme.

Volvió a torcer el gesto.

—Sí, es verdad.

Pero, en lugar de eso, se inclinó hacia mí y me besó de nuevo, esa vez sin parar, clavándome los dedos en el cuero cabelludo, mordisqueándome los labios. Me recordó a la primera noche que pasamos juntos, en su apartamento, con el culo sobre el frío mármol de la isla de la cocina y él entre mis piernas, ardiendo como el fuego, incendiándome con su tacto.

Esa vez fui yo quien interrumpió el beso, porque, si él hubiera seguido, no habríamos llegado nunca a casa de Daniel y el mundo entero habría implosionado antes de separarnos. Cuando me aparté, aflojó la mano que tenía sobre mi cuello y se echó un poco hacia atrás en el asiento, lo suficiente para que yo volviera a sentirme un ser racional. El aire que nos rodeaba seguía cargado, denso y electrificado, como si fuera a caer un rayo en cualquier momento. Necesitábamos algo que aliviara la tensión.

—¿Desde cuándo sospechas de tu padre? —pregunté.

Jakob me soltó y se enderezó en el asiento. Sentí una pequeña satisfacción al ver que tenía las mejillas sonrojadas. Sacudió la cabeza, como si intentara aclarar las ideas, y luego miró hacia delante y metió primera.

—Desde los doce años —dijo fijándose en los retrovisores antes de acceder de nuevo a la carretera.

Fruncí el ceño. Quizá no lo había oído bien por el ruido del motor.

—¿Desde los doce años?

Dijo que sí con la cabeza.

—Escuché a escondidas una llamada a uno de sus matones y me di cuenta de lo manipulador que era. Después de aquello, nunca volví a confiar del todo en él.

Vale, de acuerdo.

—Me refería a desde cuándo sospechabas que estaba implicado en lo que está pasando en Magnolia Hills.

—Desde el principio —señaló—. Siempre que pasa algo en Kearny, sospecho de él por defecto.

—¿Por qué?

—Porque odia a Daniel y quiere echarlo —respondió Jakob.

Se me escapó una sonrisa. Al menos había conseguido desenmarañar por mí misma una parte de lo que estaba pasando. ¡Viva!

—¿Cuándo empezaste a sospechar de mi padre? —preguntó Jakob.

—No sospeché nada hasta que me dijiste que la furgoneta podía tener micrófonos ocultos.

—¿Y ahora piensas que él está detrás de todo esto?

Dudé antes de responder. La forma en que lo dijo me hizo preguntarme qué pensaba *él*. No parecía del todo convencido de que fuera su padre, igual que tampoco sospechaba de Daniel. Tal vez Jakob era de esas personas que se guardaban su parecer hasta el último momento.

—No sé qué pensar —dije—. No es que hayas estado muy comunicativo conmigo.

Asintió.

—Es verdad. Pero cuéntame tus teorías.

Los restos del deseo que aún sentía hacia él se ahogaron bajo una nueva ola de frustración.

—¿En serio? ¿Sigues sin darme nada y esperas que yo te suelte todas mis conjeturas sin fundamento?

—No quiero influenciarte —aseguró—. En parte, ese es el motivo por el que no te he dicho una mierda sobre mis sospechas. —Me miró de reojo mientras volvíamos a coger velocidad—. Quiero saber lo que piensas. Eres lista y mi padre tenía razón sobre tu instinto; es bueno. A lo mejor has captado algo que yo he pasado por alto.

Maldita sea. Antes de conocerlo debía de estar hambrienta de afecto, porque me ruboricé por sus elogios y el estómago me dio un estúpido vuelco.

—Primero déjame hacerte unas preguntas —planteé, aún vacilante.

—Dime.

—¿De verdad vas a responderme?

Se le dibujó una sonrisilla traviesa.

—Puede.

—A veces eres un grano en el culo, ¿lo sabías?

—Pero solo porque me gusta sacarte de quicio —afirmó agrandando la sonrisa por completo.

No sabía si darle un beso o un puñetazo. Ambas opciones me parecían igual de tentadoras. Al final decidí formularle mis preguntas mientras tuviera la oportunidad.

—¿Crees que tu padre sería capaz de ordenar que destrozaran mi apartamento y me atacaran en un ascensor?

Jakob respondió sin mirarme. Iba centrado en la carretera mientras salía a toda velocidad del feudo de los Reyes, como si nos persiguieran.

—Lo del apartamento sí. Cuando le dije que iba a llevarte a casa, él debió de dar por hecho que lo nuestro iba en serio y pensó que destrozar tu piso sería la mejor manera de tenerme donde él quería.

—Bajo su control —apunté.

Jakob asintió, redujo de marcha y cruzó las vías del tren hacia el lado bueno del pueblo tan rápido que durante unos segundos pareció que íbamos volando por los aires. Al llegar a la otra parte, los dientes me traqueteaban en el cráneo y la cadera me dolía de los impactos.

—¿Podrías ir más despacio? —gruñí.

Jakob me miró de reojo, vio mi expresión dolorida y enseguida redujo la velocidad al límite permitido.

—Lo siento —se disculpó.

Que Dios bendiga a los hombres que no tienen miedo de pedir perdón. Lo había hecho dos veces en pocos minutos y en ambas ocasiones había sonado sincero.

—No pasa nada —respondí—. ¿Por qué tu padre se empeña en que vuelvas a casa? ¿Para mantenerte alejado de Magnolia?

—Probablemente.

—Pero no crees que fuera capaz de hacer que nos atacaran a mí o a la doctora Perez.

Él negó con la cabeza.

—¿Qué me dices de Daniel? ¿Crees que está implicado de alguna manera?

—No —sentenció—. Si esta mierda se viene abajo, Daniel estará jodido.

—¿Y eso?

—Perdería la lealtad del club. No se trabaja con los Jokers. Nunca. Son el enemigo. Si alguien más de los Reyes supiera lo que nosotros sabemos, ese hombre ya estaría fuera.

Me quedé un rato pensando en sus palabras y me di cuenta de que solo le había contado lo de Redding a Liam. Al menos delante de mí.

—Solo le has contado a tu padre lo de Redding para ver su reacción, ¿verdad? —pregunté.

Jakob me lo confirmó con un gesto de la cabeza.

—¿Se delató en algo?

—No —contestó—. Pero eso es normal en él.

—¿Y no se lo has contado a nadie más?

Jakob negó con la cabeza.

—¿Y los moteros que fueron contigo a Magnolia? —dije.

—Creen que los Jokers están detrás de todo.

—¿Y la mujer a la que tienes siguiendo a Redding?

—No tiene ni idea de quién es ese tipo —respondió—. Solo que queremos vigilarlo.

—Entonces, salvo tu padre y nosotros, ¿nadie más sabe lo de Redding? —pregunté, solo para dejarlo claro.

—Yo no se lo he contado a nadie más.

Observé cómo cambiaba de marcha, tensando su torso grande y musculoso, con movimientos rápidos y seguros, casi elegantes. Me daba la sensación de que había elegido esas palabras con esmero.

Quizá no se lo había dicho a nadie más, pero estaba claro que Jakob creía que había más gente al tanto de lo de Redding.

Cuando lo conocí, pensé que solo era un hombre grande y violento con un atractivo sexual irresistible. Luego resultó que debajo de todo aquello había un cerebro. Es algo que llevaba sospechando desde nuestra primera noche juntos, pero ahora empezaba a preguntarme hasta qué punto era un tipo avispado. Me había hecho contarle mis sospechas para ver si yo había captado algo que él hubiera pasado por alto, pero juraría que Jakob Larson no era un hombre al que se le escapara nada.

—¿Quién es Mike? —quise saber, cambiando de táctica.

Recordaba el nombre del primer encontronazo que presencié entre Jakob y Daniel. Se me había quedado grabado en el fondo de la mente, molestando como un mosquito que revolotea justo al límite de lo audible.

Él desvió la vista hacia mí con una sonrisa cálida, suavizada por su gesto de aprobación. Cogió su teléfono, lo desbloqueó y me lo pasó. En la pantalla había una foto de Redding junto a otro hombre, un tipo blanco grandote de pelo rubio y ojos eslavos.

—Ese es Mike —confirmó Jakob.

—Trabaja para tu padre, ¿no?

Arqueó una ceja y volvió a mirarme.

—¿Por qué lo dices?

Me encogí de hombros y le devolví el teléfono.

—Es solo una corazonada.

—Pues has acertado —dijo colocando el teléfono en un portavasos que había entre nosotros—. Trabaja para mi padre. Pocos saben

quién es. Él lo envía cuando necesita resolver algo que no quiere que se relacione con el club.

—¿Por qué te dijo Daniel que lo suyo no había salido bien? —insistí.

—Ni puta idea —respondió Jakob, ya con cierta frustración—. Como he dicho, nada de lo que hace Daniel King tiene ningún sentido para nadie más que para él mismo.

—Pero tendrás alguna sospecha, ¿no?

Asintió.

—Hasta esa noche, desconocía que Daniel sabía quién era Mike. Ahora creo que tal vez llevaba más tiempo que yo al tanto de lo de Magnolia y que desde el principio ha intentado echarle las culpas a mi padre. Creo que mencionó a Mike porque quería ver mi reacción.

Arqueé las cejas.

—¿Pensaba que estabas compinchado con tu padre?

Jakob hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Todavía lo piensa? —pregunté.

—Ni idea —respondió.

—¿Quién creías que nos estaba observando esa primera noche?

Se rio.

—Nadie. Solo quería acercarme a ti y necesitaba una excusa.

Resoplé al recordar lo mucho que yo también había deseado acercarme a él.

—No habrías necesitado ninguna excusa.

Me lanzó una sonrisa traviesa.

—Ya, me di cuenta enseguida.

Me lo quedé mirando unos minutos, dándole vueltas a todo. Tenía miles de preguntas más que hacerle, pero ninguna era realmente

importante y solo la mitad iban dirigidas a averiguar lo que estaba pasando. Decidí que podían esperar.

—Esas eran mis dudas más relevantes —anuncié—. ¿Ahora vas a decirme qué crees tú que está pasando?

—Creo que mi padre está implicado de alguna manera, pero no estoy seguro de hasta qué punto —dijo—. Todo esto es demasiado chapucero para ser él. Es muy grande y volátil. Si la cosa se pone fea entre los Jokers y nosotros, los clubes principales se implicarán y se producirá una guerra. Mi padre no querría eso.

—Y nunca te habría puesto en peligro a propósito —añadí al recordar la cara de preocupación de Liam.

—Es verdad —confirmó él.

—Entonces ¿qué ha pasado?

—Creo que, de alguna manera, se le ha ido la cosa de las manos, así que tenemos que averiguar quién coño es realmente Redding antes de sacar ninguna otra conclusión.

—Por eso quieres hablar con Daniel.

Jakob asintió.

—Hay que sacar todo esto a la luz. Daniel podría tener la información que nos falta y, si no nos aclaramos pronto, puede que él y mi padre acaben deshaciéndose el uno del otro.

—¿Deshaciéndose el uno del otro? —repetí—. ¿Te refieres a…?

Me miró por el rabillo del ojo mientras reducía la velocidad para parar en un semáforo. Habíamos vuelto a la zona más elegante del pueblo, a pocos kilómetros de la casa de Daniel y Eva.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero —contestó.

—Ufff… —Fue lo único que conseguí articular. No me extrañaba que Jakob estuviera tan tenso. Su padre y el líder de la banda a la

que pertenecía llevaban todo ese tiempo a un paso de intentar matarse.

Extendió el brazo y me levantó la barbilla, sacándome de mis oscuros pensamientos.

—Deberíamos irnos a algún sito cuando todo esto haya terminado.

—¿Qué? —pregunté, reprimiendo las ganas de reclinarme entre sus brazos.

—Salir del pueblo un fin de semana largo. Relajarnos.

Levanté una ceja.

—O sea, pasarnos tres días follando sin interrupción.

Posó la vista en mis labios.

—Sí, justo.

Sonreí, pero no duró más que un instante.

—Todavía estoy cabreada contigo por no haberme contado nada.

Me acarició los labios con el pulgar, bajando la mirada para observar el movimiento.

—No sabía cuánto iba a durar esto. No tenía sentido contarte nada si lo único que querías era un rollo de una noche, ayudarme a entrar en Magnolia y luego largarte.

Vale, visto así, su silencio inicial tenía sentido, pero seguían sin gustarme sus continuas evasivas.

—¿Y después? —pregunté—. Tuviste mucho tiempo desde que me llevaste a casa.

—No puedo darte un buen motivo para eso. Al menos ninguno que no me haga quedar como un capullo. Lo siento.

Con esa iban tres disculpas en cinco minutos. Debía de haber batido un récord mundial masculino.

—Sé sincero conmigo a partir de ahora y veré si puedo perdonarte.

—Trato hecho —dijo.

De reojo, vi que el semáforo se había puesto en verde, pero yo no podía apartar la mirada de Jakob. Esa forma de observar mi boca, la sencillez con la que se había disculpado, el hecho de que cada momento que pasaba con él descubría una nueva faceta suya… Me estaba convirtiendo en una adicta. No quería dejar de mirarlo nunca. Porque entonces quizá no vería cómo se le derretía el hielo de los ojos cuando se giraba hacia mí, o me perdería esa pizca de humor negro como la que había vislumbrado el otro día o la tontería que había hecho esa misma mañana, cuando se dejó caer encima de mí roncando.

Tocaron el claxon detrás de nosotros.

Jakob me acarició la mejilla con un gesto lento y prolongado, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

El pitido se volvió más insistente.

—Jakob —dije mirándolo a los ojos.

Entonces retiró la mano.

Unos minutos después, estacionamos en el largo camino de acceso de Daniel y Eva King. De día, la casa parecía otra, más pequeña, un poco más descuidada. No ayudaba que el jardín delantero estuviera lleno de latas de cerveza. Fuera había un pequeño ejército de gente que iba de acá para allá limpiando. La puerta principal estaba abierta, y un montón de jóvenes de ambos sexos entraban y salían de la casa cargados con bolsas de basura hasta los topes.

—¿Nuevos reclutas? —pregunté.

—Sí. Pobres desgraciados —respondió Jakob.

Me estremecí, compadeciéndome de la persona a quien le hubiera tocado limpiar el vómito. Iba a necesitar un producto industrial para alfombras y un estómago más duro que el mío para enfrentarse a ese salón.

Jakob aparcó el coche fuera del garaje y después se volvió hacia mí en su asiento.

—Daniel no es como mi padre. A veces se deja llevar por su mal genio.

—No intentarás provocarlo, ¿no? —quise saber.

Negó con la cabeza.

—No, pero está entre la espada y la pared. Y, si además cree que estoy compinchado con mi padre, podría perder los estribos por cualquier cosa.

—Lo describes como a un animal herido —dije.

—Lo es. ¿Me dejas llevar la voz cantante?

Asentí.

—Y procura no meterte si la cosa se pone fea.

—Lo intentaré —respondí.

Jakob abrió su puerta.

—Acabemos con esto de una vez por todas.

19

Daniel King tenía un aspecto horrible. Estábamos en el vestíbulo de su casa, pero tan adentro que la luz del sol que entraba por la puerta principal, que habíamos dejado abierta, no lo alcanzaba. Tenía los ojos inyectados en sangre y la piel cenicienta. Cada vez que alguien se movía demasiado rápido o hablaba demasiado alto, él hacía una mueca. Jakob había dicho que las acciones de la noche anterior no tendrían consecuencias para nadie. Qué mala suerte para Daniel que eso no se aplicara a las resacas.

—¡Buenos días! —le chillé, porque, sí, era tan rencorosa que me gustaba verlo estremecerse.

—¿Qué queréis? —preguntó con una voz áspera como el papel de lija.

—Tenemos que hablar —dijo Jakob. Justo en ese momento, un chaval con un chaleco de los Reyes pasó a toda prisa cargando una caja de botellas de cerveza vacías. Jakob esperó a que se fuera antes de decir nada más—. En algún sitio tranquilo.

Daniel asintió; parecía aliviado ante la oportunidad de tomarse un descanso del vestíbulo. Se dio la vuelta y nos condujo hacia el interior de la casa. Al pasar junto a su foto con Redding, Jakob alargó la mano y la arrancó de la pared, tan silenciosamente que no

oí más que el murmullo suave del cuero. Se lo metió en la chupa antes de que nadie lo viera, apretando el brazo para sujetarlo.

Pensaba que Daniel y Eva se verían obligados a quemar la casa hasta los cimientos y empezar de cero en algún otro lugar tras los destrozos de la noche anterior, pero los nuevos reclutas se estaban tomando muy en serio las tareas de limpieza. Todos habían servido en el Ejército y, si sus primeros años se parecían algo a los míos, sabían mantener la cabeza gacha y sacar adelante un trabajo difícil quejándose lo mínimo.

Daniel se abrió paso entre el bullicioso gentío y nos hizo subir una escalera que había en la parte de atrás. Conducía a un pasillo de la planta superior que parecía haber escapado de las perversiones más extremas de la fiesta.

—Por aquí —indicó Daniel empujando una puerta y accediendo a la estancia con paso firme.

Era un despacho amplio, pintado de un verde intenso. Parecía más propio de una mansión rural inglesa que de un rancho del sur de Texas, con un escritorio de madera maciza, estanterías y tres sillones de cuero incluidos. Debía de ser obra de Eva; a Daniel no le pegaba nada. Para empezar, era demasiado elegante. Ese hombre tenía más pinta de soltar sus peroratas en un sórdido club social con las paredes cubiertas de parafernalia militar y de moteros.

Daniel se acercó a un carrito de bebidas *vintage* y se sirvió un vaso de whisky. No nos preguntó si queríamos uno. Si fuera cualquier otra persona, habría dado por sentado que no pretendía ser un anfitrión descortés, sino que simplemente estaba demasiado resacoso para funcionar con normalidad. Con Daniel, no me cabía la menor duda de que aquello era una sutil maniobra de poder.

«Gilipollas».

Jakob se sentó sin esperar a que se lo ofrecieran, así que yo hice lo propio en el sillón de al lado. Daniel se dejó caer frente a nosotros, haciendo equilibrios con el whisky en la rodilla. Se frotó la cara con una mano y logró disipar parte de su aturdimiento.

—¿De qué va todo esto? —preguntó.

—¿Quién coño es Redding? —exigió saber Jakob.

Me agarré a los brazos del sillón, tensando los músculos, lista para incorporarme de un salto. Por Dios, Jakob. Menos mal que íbamos a ir poco a poco.

Daniel debía de tener los nervios de acero, porque ni siquiera parpadeó.

—Ni idea.

Jakob se sacó la foto de la chupa y se la arrojó.

El tío era un buen actor. Frunció el ceño al cogerla y se la quedó mirando unos segundos antes de poner cara de haberlo reconocido.

—Ah, este chaval. —Dejó la foto a un lado—. No es más que un tipo con el que serví en el Ejército.

Levantó el vaso y bebió whisky lentamente, como si no pasara nada y aquello fuera una conversación cualquiera. Me recordó a la primera noche en el apartamento de Jakob. Pero, mientras bajaba la mano libre por el lateral del sillón, sus ojos lo delataron. Debía de tener un arma sujeta debajo.

Yo estaba a punto de lanzar un grito de aviso cuando Jakob habló.

—Ni se te ocurra apuntarme con un arma —dijo—. Yo no tengo nada que ver con los asuntos de mi padre.

Daniel detuvo la mano. Una oscura sonrisa se le extendió por el rostro.

—No te creo.

Jakob suspiró con brusquedad.

—No quiero dirigir el club. Soy feliz tal y como estoy. No te lo voy a repetir.

Daniel se inclinó hacia delante tan rápido que el whisky se derramó por el borde del vaso.

—Entonces ¿por qué te quedas en casa de Liam? —exigió saber—. ¿Para presentarle a tu novia falsa?

Me recliné en el sillón, sorprendida. Joder, era bueno. Tan solo había fingido que caía en nuestra trampa; nos había seguido el juego, había hecho todo lo posible para difundir el rumor por todo el pueblo y, todo ese tiempo, sabía que estábamos mintiendo. Jakob había intentado engañarlo y él nos la había devuelto. No volvería a subestimarlo.

—Me quedo en su casa porque me ha obligado —explicó Jakob—. Y no hay nada de falso entre Krista y yo.

Estuve a punto de atragantarme.

Daniel volvió la vista hacia mí, con los ojos fuera de las órbitas, como el animal herido que Jakob me había advertido que era, a punto de estallar.

—¿Tú también estás metida en esto?

La puerta se abrió con un clic detrás de nosotros.

—Ya basta —sentenció una voz suave y femenina.

Me giré y vi entrar a Eva King. Llevaba su oscuro cabello recogido en un moño alto, dejando al descubierto sus impresionantes facciones. En lugar del acostumbrado atuendo profesional, llevaba unos pantalones de chándal holgados y una camiseta ceñida. Nos

abarcó a los tres de un vistazo con sus ojos felinos, un poco menos sanguinolentos que los de su marido.

Cerró la puerta tras de sí y se acercó a él.

—Deja de comportarte como un cabrón paranoico. Si Jakob tuviera algo que ver, no estaría aquí haciendo preguntas. Cuéntaselo.

Daniel la miró fijamente, con expresión obstinada.

Eva entrecerró los ojos y le clavó un dedo en el hombro.

—O se lo cuentas tú o se lo cuento yo.

Él lanzó un suspiro y se reclinó en el sillón.

—Redding es un puto sociópata que estuvo en mi unidad hace unos diez años. Agredió sexualmente a una chica afgana de la zona durante un despliegue y yo intenté que lo juzgara un tribunal militar. Su tío era senador o representante estatal o algo por el estilo, así que movió unos cuantos hilos para que lo licenciaran con honores. Llevo sin verlo desde entonces, pero, cuando se despidió de mí, hace todos estos años, me prometió que se vengaría, y aquí estamos.

—¿Qué hace en Magnolia? —preguntó Jakob.

—¿Tú qué crees? —respondió Daniel, mirándolo como si fuera idiota—. Tu padre lo encontró y lo trajo aquí para joderme.

Al oír eso, Eva se dejó caer sobre el brazo del sillón de su marido y empezó a frotarle la espalda.

—Liam tiene que parar —le dijo a Jakob.

Este los miró alternativamente a ella y a Daniel.

—¿Estáis seguros de que mi padre está detrás de esto?

Él asintió e hizo un simple apunte:

—Mike.

Jakob se sacó el móvil del bolsillo y se lo entregó. Me dio tiempo a entrever la pantalla. Mostraba la foto de Redding y Mike.

Daniel resopló, sacó su teléfono y se lo dio a Jakob. Yo me incliné y observé cómo pasaba con el pulgar varias fotos de Redding y Mike que parecían tomadas a lo largo de varias semanas. Jakob tenía razón: Daniel se había enterado antes que él.

—Sigo pensando que esto es demasiado chapucero para mi padre —opinó Jakob mientras le devolvía el teléfono.

—¿Os alertó la doctora? —preguntó Eva.

Fruncí el entrecejo y pregunté:

—¿Te refieres a Perez?

Ella asintió.

—No es propio de Liam ordenar que apalicen a una mujer inocente.

—Creo que Redding se le descontroló —supuso Daniel—. Es un capullo consentido con sed de venganza y cero disciplina. Tu padre no habría podido mantenerlo a raya durante mucho tiempo.

Cerré los ojos un segundo y respiré hondo. Qué puto lío.

—Necesito hablar con mi padre —resolvió Jakob.

Eva se cruzó de brazos.

—Tienes que decirle que deje de entrometerse. No es bueno para el club, no es bueno para Kearny y, desde luego, no es bueno para mi familia.

Jakob meneó la cabeza.

—Nunca dejará de entrometerse. Mi padre es así. Se le ha metido en la cabeza que tengo que dirigir un club y no dejará de intentarlo por todos los medios. —Miró a Daniel—. Tampoco ayuda que tú seas un capullo y no le caigas bien.

¡Sutileza! Tu nombre es Jakob.

Me puse tensa mientras esperaba la reacción de Daniel, que simplemente sonrió. No era agradable de ver.

—Convéncelo para que nos deje en paz —pidió Eva.

—Nadie puede convencer a ese hombre de que haga nada que no quiera —le contestó Jakob.

Me incliné hacia delante y pregunté:

—¿Ni siquiera después de esto? ¿De que esta mierda se le haya ido de las manos y haya puesto en peligro justo a la persona a la que intentaba ayudar?

Daniel soltó una risa ahogada antes de contestarme:

—Ni siquiera entonces.

Eva bajó la mirada hacia él.

—¿Y si Jakob se va del pueblo? Podría trasladarse a Hill Country y pasarse a los Espectros, ¿no?

Daniel negó con la cabeza.

—Liam podría intentar expulsarme por rencor.

Vaya, pues *sí* que lo odiaba. Me preguntaba desde cuándo existía esa inquina entre ellos y cuántas putadas le habría hecho a Jakob para que Liam lo odiara tanto.

Eva se puso de pie.

—Entonces, se acabó.

Daniel se la quedó mirando.

—¿Qué?

—Se acabó —dijo—. Por si se te había olvidado, tenemos tres hijas. Estoy harta de tener que mandarlas lejos cada vez que te da por destrozar nuestra casa. Estoy harta de tener que preocuparme por si se verán envueltas en el fuego cruzado de Liam. —Dio medio

vuelta y se dirigió hacia la puerta—. Si me necesitas, estaré con ellas en casa de mis padres.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó él.

Ella se giró de golpe, con la mano en el pomo de la puerta y fuego en los ojos.

—Lo que tardes en arreglar esta mierda. —Y después se marchó.

Daniel se volvió hacia nosotros y nos fulminó con la mirada. Se inclinó hacia delante en su asiento y apuñaló con el dedo índice el aire que había entre él y Jakob.

—*Tú* eres quien tiene que arreglarlo —afirmó—. Es tu padre el que está desestabilizando Kearny y trayendo drogas al pueblo. Y todo por culpa del imbécil malcriado de su hijo.

—Lo arreglaré —aseguró Jakob.

—¿Cómo? —quiso saber Daniel.

Jakob lo observó.

—No te va a gustar.

—Últimamente no me gusta nada que tenga que ver contigo, así que suéltalo de una vez.

—Los Espectros quieren anexionar un club de Georgia al que le tienen echado el ojo —apuntó Jakob—. Si hablo con mi padre, quizá lo convenza de que te deje integrarlos como una subdivisión de los Reyes.

Daniel frunció el ceño, con una mirada reflexiva en sus oscuros ojos.

—¿Mi primera subdivisión?

—Sí —contestó Jakob.

Le eché una mirada, admirando su ingenio por segunda vez en menos de una hora. Parecía una buena jugada. Daniel era avaricioso

y estaba sediento de poder; solo podía tentarlo con una oferta así.

—Tendría que irme un tiempo a Georgia —observó el otro.

Jakob asintió con la cabeza.

—Podrías llevarte a Eva y a las niñas, salir del pueblo, lejos de la influencia de mi padre; mientras, yo encuentro la manera de hacer que se retire de una vez por todas.

Daniel agudizó la mirada.

—Quiero una tregua entre Liam y yo, con testigos, por escrito, para que no cambie de idea y me apuñale por la espalda en cuanto me vaya de Kearny.

—Me ocuparé de ello —respondió Jakob.

—Pero aún queda el tema de Redding.

—Eso déjamelo a mí —repuso—. Es una cagada de mi padre. Entre él y yo encontraremos la forma de solventarlo.

Daniel se limitó a mirarlo fijamente.

—Solo tienes una oportunidad. Si no lo consigues, estás fuera. —Se recostó en el sillón, con los ojos encendidos—. Me la pela quién seas; tu pertenencia a los Reyes se está convirtiendo en un problema. Yo creé este club desde cero y esta gente me es más leal a mí que a tu padre. No caeré sin luchar. Si Liam no se relaja de una puta vez, le va a estallar un buen motín en las manos, y sé que no somos el único club que está hasta las narices de su microgestión y sus jueguecitos de poder.

—Necesito que me expliques con pelos y señales por qué aguantas a ese gilipollas —dije cuando estábamos de vuelta en el coche.

No hubo respuesta.

Terminé de abrocharme el cinturón de seguridad y me giré hacia Jakob. Tenía las manos en el volante, con los nudillos blancos y el cuero crujiendo bajo sus dedos. Se le marcaban los músculos de los brazos. Tenía los ojos cerrados y apretaba la mandíbula mientras respiraba por la nariz. Parecía un hombre a punto de cometer un asesinato y lo único que lo mantenía conmigo en el coche era su violenta forma de aferrar el volante.

«Oh, oh».

Alargué la mano y lo agarré por el hombro. Parecía de hierro.

—No pasa nada —lo calmé mientras trataba de encontrar la forma de convencerlo para que no se tirara al vacío—. Lo has hecho muy bien ahí dentro. Has mantenido la calma y el juicio incluso cuando él se estaba comportando como un imbécil. Y muy buena idea lo de la subdivisión de Georgia. Creo que a Eva también le gustará, así que nos ayudará a convencer a Daniel de que es una buena jugada, sobre todo teniendo en cuenta que sus hijas estarán más seguras allí hasta que pase la tormenta con tu padre.

Giró la cabeza lo justo para echarme una mirada y me quedé inmóvil en el asiento. De algún modo, durante los últimos días había olvidado lo peligroso que era ese hombre. Resultaba difícil centrarse en su mala reputación de violento cuando no paraba de besarme con tanta pasión. Su mirada me dio ganas de encogerme y convertirme en un objetivo lo más pequeño posible, y eso que ni siquiera era yo el foco de su rabia. Que Dios se apiadara de Daniel si alguna vez se pasaba de la raya con Jakob.

En lugar de encogerme, me incliné hacia delante y apoyé la frente en la suya.

—Ey —dije—. Lo has conseguido. Has averiguado quién es Redding y has ideado una forma de evitar que Daniel y tu padre entren en guerra. Estoy muy orgullosa de ti.

Él cerró los ojos y respiró hondo, y parte de la tensión que notaba en la mano comenzó a aliviarse.

—En serio, Jakob —proseguí—. No sé cómo lo has hecho. Yo me habría tirado al cuello de Daniel en el minuto uno. Tienes todo el derecho del mundo a estar cabreado. No soporto cómo te habla.

Jakob volvió a abrir los ojos. El hielo que antes reflejaban se había derretido un poco y ya no sentí que estuviera a punto de dejarme tiesa en mi asiento.

—¿Quieres volver ahí dentro y defender mi honor? —preguntó.

Puse los ojos en blanco.

—Ja, ja.

Él apretó los labios.

—¿Cantarle las cuarenta por tratarme tan mal?

—Para —lo frené, aunque me sentía aliviada de que estuviera haciendo bromas.

Se le arrugaron las comisuras de los ojos.

—¿Seguro que no quieres darle una paliza? Tiene una buena resaca. A lo mejor se rinde solo con que vuelvas a gritarle hola.

Sonreí.

—Has pillado esa pequeña maldad, ¿eh?

Asintió con la cabeza.

—Nunca te había visto tan animada. —Soltó el volante con una mano, dejando una serie de marcas perfectamente definidas sobre él.

Guau.

Entrelazó esos dedos brutales con mi cabello y me rodeó la nuca con una suavidad sorprendente. Bajó la vista hasta mi boca y dijo:

—¿Tienes una parte sádica que desconozco?

Me entregué a su caricia con intención de mantenerlo distraído, contenta de que la lujuria fuese una forma sencilla de cambiarle el humor.

—Supongo que sí, porque no dejo de fantasear con atarte.

Se le iluminaron los ojos al posarlos sobre los míos.

—Vente conmigo una vez que arreglemos esto y podrás atarme a lo que quieras.

Y así, sin más, mi aprensión desapareció. El deseo me atravesó. Dios, *cuántas* opciones… Una silla. La cama. Joder, hasta podríamos alquilar un piso antiguo con vigas a la vista para atarlo, con los brazos en tensión por encima de la cabeza, incapaz de hacer nada más que empujar mientras yo me arrodillaba delante de él y…

—Tienes esa mirada que me da ganas de follarte en público —dijo Jakob.

—Me estoy imaginando todas las cosas a las que podría atarte —confesé.

La sonrisa traviesa que se le dibujó en el rostro me hizo *sentir cosas*.

—Entonces ¿vendrás conmigo?

Asentí. Después de tanto estrés, los dos necesitábamos un descanso y, madre mía, estaba más que dispuesta a disfrutar de un fin de semana largo de sexo desenfrenado con ese hombre. Quería pasar tiempo con él, conocerlo lejos del club, saber quién era *en realidad*.

Jakob se inclinó hacia delante y me plantó la boca en los labios en un beso arrebatador.

—Pues acabemos con esta mierda para largarnos cuanto antes —dijo mientras arrancaba.

El motor rugió con un sonido gutural, y Jakob pisó el acelerador y salió del camino de entrada de los Reyes a toda velocidad. Yo suspiré aliviada mientras girábamos hacia la carretera principal, con la sensación de que todos acabábamos de esquivar una bala. Quizá hasta en sentido literal.

—No le falta razón —apuntó Jakob.

—¿A quién, a Daniel? —pregunté.

Dijo que sí con la cabeza, cambiando de marcha mientras cogíamos velocidad.

—Mi padre se está extralimitando. *Es verdad* que trabajar con Redding ha desestabilizado Kearny. Nuestra regla de oro es nada de drogas, y él la ha roto solo para que Daniel pareciera débil. Yo también estaría cabreado de cojones si estuviera en su piel.

—Ya, pero ¿hace falta que se comporte como un puto gilipollas por eso? —pregunté tirando mi bolso al asiento de atrás con más fuerza de la necesaria.

Jakob se rio entre dientes y me echó una mirada.

—¿Seguro que no quieres que dé la vuelta?

—No —respondí mientras lo visualizaba dándole una somanta de puñetazos a Daniel—. Demasiados testigos.

—Bien visto.

—¿Va a ser mucho peor la conversación con tu padre? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Depende de lo que entiendas por «peor».

—¿Debería preocuparme?

Asintió.

—Con mi padre, siempre hay que estar preocupado.

«Genial».

Me recosté en el asiento y empecé a tamborilearme el muslo con los dedos. La ansiedad se apoderó de mi mente, mezclada con una buena dosis de miedo. Aunque la conversación con Liam fuera mejor que la que acabábamos de mantener con Daniel, e incluso en el hipotético caso de que el padre de Jakob aceptara sus condiciones para el alto el fuego entre él y Daniel, aún tendríamos que lidiar con el tema de Redding y los Jokers. Llevaba en Kearny tiempo de sobra para haber sido testigo de cómo impartían justicia los Reyes. Para los clubes de moteros la debilidad era una cosa execrable, y los Jokers habían conseguido que el control de los Reyes sobre Kearny pareciera débil. Iban a pagarlo con creces. Y, con la presencia de los Jokers en Magnolia Hills, tan cerca de Kearny, me preocupaba que la violencia se extendiera por nuestro pueblo.

Los hombres querrían hacer alarde de su poder. Demostrar su superioridad. Quizá hasta darse golpes en el pecho y rugir sobre los cadáveres de sus enemigos, por si acaso. Pero ¿y si hubiera una forma que no implicara violencia? Con la que nadie, excepto Redding, saliera herido.

En mi mente se estaba formando un plan, pero, si lo llevaba a cabo, podía perder a Jakob incluso antes de haberlo tenido de verdad.

20

Tuve tiempo de sobra para darle vueltas a mi plan después de volver a casa de los Larson. Jakob quería hablar con sus padres a la vez, contarle a su madre lo que había estado haciendo su padre para que ella lo ayudara a que Liam entrara en razón. Parecía una discusión reservada para la familia. No necesitaban ninguna *voyeur* involuntaria de su drama y, entre todo lo que había descubierto esa mañana y el enfrentamiento con Daniel, tenía los nervios a flor de piel. Necesitaba un descanso.

La nana y yo nos sentamos juntas en el salón a ver una de sus películas favoritas, *Magnolias de acero*. Molly estaba tumbada en el suelo frente a nosotras, casi encima de los pies de mi abuela. Jakob, Liam y Jennifer se habían encerrado juntos en el despacho de Liam, al otro lado de la casa.

Supe que las cosas no iban bien cuando oí a Jennifer gritar: «¿Qué has hecho *qué*?».

Le quité el mando a distancia a la nana y subí el volumen un par de niveles.

Supongo que la mujer no estaba al tanto de los planes de Liam, después de todo. En el trayecto de vuelta, me había preguntado si ella sabría lo que él tramaba, pero me había guardado mis pensamientos para mí. Jakob ya tenía suficientes problemas como

para dudar también de su madre, y yo no conocía a Jennifer tanto como para verbalizar mi suposición. El único motivo por el que se me había venido el tema a la cabeza era que, después de lo de esa mañana, dudaba de todos menos de mi abuela.

¿Quién decía la verdad? ¿Quién mentía? ¿Quién seguía intentando engañarnos?

Llegué a cuestionarme lo que había pasado en casa de Daniel. ¿Habló en serio cuando dijo que Redding quería vengarse de él? ¿O eran solo más mentiras, destinadas a quitarse a Jakob de encima y echarle toda la culpa a Liam?

Mis dudas se disiparon cuando entramos por la puerta y Jakob le dijo a su padre:

—Tenemos que hablar de por qué está aquí Redding en realidad.

Liam se puso rígido y su rostro reflejó arrepentimiento y una determinación férrea. Si esa no era la viva imagen de la culpa, estaba dispuesta a tragarme mis palabras.

—Krista —dijo la nana.

Me giré hacia ella.

—¿Mmm?

—Esa era tu frase favorita y ni siquiera te has reído. ¿Qué pasa? —preguntó.

Suspiré.

—Estoy cansada, nada más. Ha sido un día muy largo.

Me miró arqueando una ceja.

—Cariño, aún no es ni la hora de cenar.

—Lo sé, pero igualmente ha sido un día muy largo.

—¿Quieres hablar de ello?

Se oyeron voces al final del pasillo y negué con la cabeza. Si parábamos la película, oiría todo lo que dijeran los Larson, y no necesitaba que la volvieran a arrastrar a ese circo.

—¿Estás segura? —preguntó—. Me da la impresión de que quieres desahogarte.

—Estoy segura. Solo es cansancio, de verdad. —La mentira me pesaba y el rostro debió de delatarme, porque la nana frunció el ceño con preocupación.

Dio unas palmaditas sobre el cojín que tenía al lado.

—¿Por qué no te tumbas junto a mí, como hacías antes? —propuso—. Y te acaricio el pelo.

Mi aspecto exterior debía de corresponderse con cómo me sentía por dentro. Cuando era niña, la nana solía leerme todas las noches antes de acostarme, pasándome los dedos por el pelo o acariciándome suavemente la espalda hasta que me quedaba dormida. Era un ritual nocturno que me hacía sentir segura y querida en una época muy inestable de mi vida. Dejó de hacerlo cuando entré en la secundaria y anunció que ya era demasiado mayor para que me estuvieran leyendo como si fuera un bebé. A partir de entonces, solo en momentos de extrema adversidad se ofrecía a acariciarme el pelo, su manera de consolarme cuando no podía hacer ninguna otra cosa para sacarme del lío en el que me hubiera metido. La última vez que me lo propuso, estaba despertándome de una operación. Si aceptaba la oferta que acababa de hacerme, se daría cuenta de lo mal que iba todo en realidad, pero, tras los últimos días, yo necesitaba desesperadamente algo familiar, sentirme segura y querida aunque fuera durante unos instantes robados.

Asentí y me tumbé, apoyando la cabeza junto a su muslo, en un cojín. Deslizó los dedos por mi melena, peinando los largos mechones, y entonces cerré los ojos y dejé que la mente me transportara a tiempos más sencillos, cuando lo único que me perturbaba era que me mandara a la cama a una hora determinada o que me limitara el consumo de tele. Tenía una frase muy ingeniosa sobre los dibujos animados y el deterioro mental que siempre me hacía poner los ojos en blanco, pero que sin duda iba a robarle si alguna vez llegaba a tener hijos.

Debí de quedarme frita —la falta de sueño de las dos últimas noches había acabado pasándome factura—, porque cuando abrí los ojos ya había oscurecido. La abuela se había ido. De la cocina llegaba el sonido de los platos chocando con el mármol y el olor a carne chisporroteante. En algún lugar cercano, Molly lanzó un ladrido sordo.

De pronto, Jakob apareció en mi campo de visión y se agachó delante de mí. En el salón las luces seguían apagadas, seguro que porque la nana había querido dejarme dormir, y la escasa iluminación que me permitía distinguir a Jakob provenía de la cocina, rodeándolo a la vez de luz y oscuridad. Muy apropiado.

Sus ojos brillaron como el mercurio cuando se encontraron con los míos, y entonces levantó una mano y me apartó el pelo de la cara, bordeando con los dedos la parte de atrás de mi oreja antes de retirarlos.

—¿Cómo ha ido? —susurré.

Respondió frunciendo el ceño y negando con la cabeza. Sabía por el grito que la cosa no había empezado bien, pero esperaba que hubiera mejorado durante mi siesta. Al parecer, no.

—Lo siento —le dije.

—Yo también —contestó él.

Nuestras palabras estaban cargadas de significado. No sabía qué lastraba las de Jakob, pero las mías se veían arrastradas por lo que iba a ocurrir. Por lo que sentía que debía hacer, aunque ello implicara que él no volviera a hablarme jamás.

Después de cenar, Liam y Jakob desaparecieron en el despacho del padre mientras Jennifer los observaba con recelo. La nana ya se había acostado, así que solo quedábamos nosotras dos en la cocina.

—¿Adónde han ido? —pregunté.

—A planear la mejor forma de hacer que los maten, sin duda —respondió Jennifer con amargura.

Le eché un vistazo al pasillo y luego miré a la oscuridad, más allá de las ventanas.

—¿Puedo hablar contigo un momento ahí fuera? —propuse.

No sabía si Liam era tan paranoico como para ocultar micrófonos en su propia casa, pero necesitaba decirle unas cuantas cosas a Jennifer sin que él me escuchara.

Se me quedó mirando antes de responder, recorriendo mi cara con los ojos como si buscara algo en ella. Al observar a Liam, se notaba enseguida que Jakob era su hijo: por el color de los ojos, la elevada estatura y sus labios carnosos. En el caso de Jennifer, el parecido era más sutil. Tenía que ver con su forma de asimilar toda una estancia de un solo vistazo, con su manera tranquila de observar a los que tenía alrededor y con lo poco que hablaba, ya que solo decía lo que realmente merecía la pena ser dicho.

Tras una pequeña eternidad, asintió con la cabeza.

Exhalé, sintiendo como si acabara de superar algún tipo de prueba, y luego fui a coger un par de cervezas de la nevera. Tenía la impresión de que esa charla iba a requerir de algún tipo de bebida.

Crucé la puerta corredera con ellas en la mano y salí a la brisa nocturna. Eran las nueve, pero aún debíamos de estar al menos a veinticinco grados, así que agradecí haberme puesto unos pantalones cortos y una camiseta holgada de tirantes antes de cenar.

—Toma —dije mientras le daba a Jennifer su cerveza.

Ella chocó su botella con la mía.

—Gracias. Salud.

Le respondí con el mismo brindis y di un trago, preguntándome cómo plantear la conversación.

—Jakob me ha dicho que la cosa no ha ido bien… —dije con cautela.

Ella miró a través de la puerta corredera y luego me agarró del codo.

—Aquí no —soltó mientras me arrastraba por el patio hacia un cenador acristalado construido justo al borde del precipicio.

Hostia puta, ¿de verdad había micros en su casa?

Salimos del pavimento de pizarra y tomamos un sendero flanqueado por ladrillos. A medida que las luces de la casa se desvanecían a nuestras espaldas, el cielo nocturno se abría ante nosotras. El terreno era tan llano que parecía como si las estrellas bailaran justo a un palmo de distancia, casi tan cerca como para tocarlas y tan brillantes que resplandecían cual diamantes sobre un lecho de terciopelo negro. Los grillos cantaban entre la hierba. Las luciérnagas danzaban sobre el césped como una alfombra viviente

de luces de hadas. Se oyó una vaca mugiendo en un campo aledaño. Era un sitio tranquilo y bucólico que contrastaba totalmente con el estrés y la preocupación que me invadían.

Mantuve la boca cerrada hasta que nos refugiamos en el cenador. Apenas veía a Jennifer con tanta oscuridad, pero al menos no había mosquitos.

—Un momento —dijo trasteando a ciegas cerca de una de las vigas de madera.

Un segundo después, una guirnalda de luces se encendió sobre nosotras y sus bombillas de estilo antiguo nos bañaron en una luz ámbar.

Jennifer lanzó un profundo suspiro y se hundió en una de las tumbonas.

Yo me senté frente a ella y le di otro trago a mi cerveza, esperando a que hablara.

—No ha ido bien —anunció. Tenía los ojos entrecerrados y los labios contraídos—. Mi marido, Dios lo bendiga, se cree más listo que nadie y no es capaz de admitir que la ha cagado.

Exhalé un suspiro tembloroso. Así que al final había sido Liam. Pero ¿en qué medida era culpable?

—Me destrozaron el apartamento por culpa suya —declaré.

Ella torció el gesto.

—Sí, lo siento mucho. Te pagaremos lo que cueste cambiarlo todo.

—No se trata de mis cosas —aclaré con un tono más duro de lo que pretendía.

Me lanzó una mirada penetrante.

—Lo sé. Quizá mejor de lo que imaginas. Pero no es conmigo con quien deberías estar enfadada.

—Perdona —me disculpé, pasándome una mano por la cara—. No quería que sonara así. Estoy enfadada en general, por toda esta situación.

Se rio sin ganas.

—Pues ya somos dos.

—¿Y lo del tío del ascensor? —pregunté.

—Eso no fue cosa de Liam —aseguró—, sino del desgraciado que trajo.

—¿Y la doctora Perez?

—También fue Redding.

Me invadió una sensación de alivio. ¿Estaba mosqueada con Liam? Sí, pero era de esos enfados que podía superar si recibía una disculpa sincera y me daban algo de tiempo para perdonar…, unos años, por ejemplo. En cambio, que me atacaran o que una mujer inocente acabara en el hospital era el tipo de ofensa que nunca perdonaría.

—¿Dónde demonios encontró a Redding? —pregunté.

—A través de un amigo de un amigo —contestó ella.

—Y, déjame adivinar, ¿a que no ha tenido mucho contacto con él en persona?

Ella negó con la cabeza.

—Ninguno, por lo que nos ha contado.

—No hay manera de evaluar a una persona si no la conoces.

Sus ojos verdes brillaban bajo la cálida luz.

—Tienes toda la razón. No hay manera de saber, por ejemplo, si alguien es un sociópata peligroso que está a punto de hacer que descarrile todo el puto tren.

—Entonces ¿Redding se rebeló y Liam ha estado intentando meterlo en vereda desde entonces?

Me señaló con su cerveza.

—Bingo. —Le dio un trago a la botella y luego meneó la cabeza, y sus brillantes rizos pelirrojos le bailaron sobre los hombros—. El problema del poder es que uno se acostumbra a él, a cómo te responde la gente. En el mundo de los clubes de moteros, Liam es una figura reconocida. Los hombres y las mujeres con los que interactúa a diario lo conocen, conocen su reputación, respetan su autoridad y, por lo general, hacen lo que él dice. Está acostumbrado a eso, así que, cuando trata con gente ajena a nuestro entorno, se vuelve un poco…; «arrogante» quizá no sería la palabra.

Casi se me escapa la risa. A mí me parecía que la palabra era bastante acertada.

—«Ciego» sería más preciso —se corrigió—. Sus expectativas están sesgadas por su experiencia. Espera que todos sigan órdenes, que hagan lo que él quiere. Se está volviendo incapaz de lidiar con lo inesperado. No vio venir que Redding pudiera rebelarse o romper filas; incluso ahora, lo trata como si fuera un motero díscolo y envía a Mike a arreglarlo en lugar de cortar lazos con él o resolver el puto lío en el que nos ha metido. —A medida que hablaba, su acento irlandés se volvía más marcado y la ira se iba apoderando de sus palabras.

Liam tendría que disculparse con mucha gente por ese motivo. Con suerte, hacerlo le costaría tan poco como a su hijo.

Aparté la vista de Jennifer, hacia la oscuridad de la noche, y empecé a darle vueltas a la cabeza.

—Y ahora que todos sabemos lo de Redding, a Liam se le ha acabado el tiempo para resolver este asunto con discreción.

—Justo —respondió Jennifer—. Al menos Daniel tuvo a bien callarse esta mierda. Su silencio es lo único que me da esperanzas de que la situación sea remediable.

Me volví hacia ella, con el ceño fruncido.

—¿Por qué dices eso?

—Si él le hubiera contado al club lo que ha hecho Liam, todos se habrían vuelto en contra de mi marido. Daniel sabe lo feas que se pondrían las cosas y le está dando una última oportunidad para arreglarlas antes de organizar una rebelión a gran escala.

—Mencionó que el club le era más leal a él que a Liam —recordé.

Ella asintió.

—Es lo que pasa cuando fundas tu propio club. Mi marido ha metido la pata hasta el fondo. Los miembros de los Reyes no son idiotas. Se dan cuenta de esas microagresiones a su líder y no les gustan. Si Daniel da la orden, irán a la batalla por él.

—¿Liam ha accedido a dar marcha atrás y a que Daniel integre ese club de Georgia?

—Sí —respondió—, pero solo porque lo he amenazado con divorciarme de él si no lo hacía.

—¿Y qué hay del alto el fuego entré él y Daniel?

Su gesto se volvió inexpresivo.

—Lo firmará si quiere seguir casado.

Me pasé una mano por el pelo, introduciendo bien las uñas, dominada por la ira.

—Menudo lío de mierda.

—Y que lo digas. Debería haberme casado con algún irlandés agradable —musitó—, como quería mi madre…, pero no, *tenía* que ser el americano alto y guapo.

Solté una carcajada.

Ella arrugó las comisuras de los ojos, ocultando su diversión.

—Para ti no es demasiado tarde, ¿sabes?

Sonreí.

—Lo sé.

—¿Y aun así quieres seguir adelante?

Se me borró la sonrisa y asentí con la cabeza.

—Entonces, bienvenida a nuestro mundo —dijo—. ¿Estás segura de que puedes con esto?

—Puedo con esto —afirmé.

La pregunta era si Jakob querría seguir adelante conmigo después de lo que estaba a punto de hacerle. Llevé la vista hasta la casa, señalándola con la cerveza.

—¿Qué crees que están tramando esos dos?

Ella siguió mi gesto con la mirada y, al llegar a la casa, su rostro se llenó de preocupación.

—Algo violento para enviar un mensaje. Que Redding haya roto filas deja a Liam de débil, así que querrá darle un castigo ejemplar.

—¿Ejemplar para quién? —pregunté—. Las únicas personas que lo sabemos somos nosotros, Mike, Daniel y a quienquiera que se lo haya contado Daniel.

Respondió con una sonrisa amarga.

—Más gente de la debida.

Meneé la cabeza.

—¿Y si hubiera otra forma de arreglar las cosas?

Ella aguzó la mirada.

—¿A qué te refieres?

—¿Y si pudiéramos joder a Redding y a los Jokers sin que el resto nos viéramos arrastrados con ellos?

—¿Cómo? —preguntó.

—No puedo decírtelo. Necesitas poder alegar negación plausible. Tú y todos.

Se le arrugó aún más el entrecejo.

—¿Y Liam no tendría oportunidad de vengarse?

Negué con la cabeza.

—Nadie pensaría que tuvo algo que ver. Ni él, ni Jakob, ni nadie de ninguno de los dos clubes.

—No va a darte las gracias por dejarlo sin su venganza —señaló ella.

—Al menos seguirá vivo para enfadarse conmigo.

Me observó unos instantes, tratando de determinar mis intenciones.

—¿Qué necesitas de mí?

—Que retrases sus planes todo lo que puedas y que me ayudes a salir de aquí cuando llegue el momento —respondí.

Ella asintió.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—¿Me oirá alguien si hago una llamada desde aquí fuera? —pregunté.

Hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Entonces ¿podrías volver dentro y dejarme unos minutos a solas?

Sin decir nada, se levantó para marcharse. Cuando llegó a mi lado, se detuvo y me puso una mano en el hombro.

—Espero que sepas lo que haces.

—Así es, pero después de esto Jakob no querrá saber nada de mí.

Me sorprendió que esbozara una sonrisa.

La miré frunciendo el ceño.

—Debe de gustarte mucho para llegar tan lejos. —Me apretó el hombro y se marchó.

Esperé a que desapareciera en el interior de la casa antes de coger mi teléfono y desplazarme por la lista de contactos hasta dar con el nombre de Nicholas Nguyen-Forrester, aquel soldado vietnamita-estadounidense de la inteligencia de la Fuerza Aérea con el que había volado en Siria. Dada la escasez de recursos, nuestro avión podía usarse tanto para funciones de ataque como de reconocimiento, por lo que él y otros agentes de inteligencia volaron un par de veces con nosotros después de acoplar un sistema de antenas a nuestro equipo para recopilar datos de comunicaciones de los vehículos terrestres rusos de la zona.

Era un bombón de metro ochenta con la espalda ancha, una sonrisa increíble y un cuerpo de infarto. Empezamos a coquetear en el momento en que nos vimos, con una química que no era posible ignorar. Pasamos un par de noches en vela sobre el terreno y el sexo fue tan maravilloso como cabía esperar. Sin embargo, la cosa no pasó de ahí y perdimos el contacto cuando él y los suyos se fueron a otro avión.

Nos habíamos hecho amigos en Facebook hacía unos años y para entonces él estaba casado y tenía una hija que aún llevaba pañales y otro bebé en camino. Mantuvimos un contacto propio de conocidos

no muy allegados: dándole a «me gusta» de vez en cuando en las publicaciones del otro o escribiendo «LOL» si alguno publicaba un meme especialmente gracioso. Cuando me mudé a Kearny, él le había dado «me gusta» a mi estado y se había puesto en contacto conmigo por Messenger. El hecho de que Jakob no supiera nada de él significaba que en realidad no me había investigado tan a fondo. Porque, si hubiera sabido de la existencia de Nick, nunca me habrían dejado entrar en el Charley's.

Contestó al segundo tono, con la voz pastosa por el sueño.

—¿Krista? —dijo—. ¿Va todo bien?

Me aparté el teléfono de la oreja y miré la hora. Eran casi las diez.

—Siento llamar tan tarde —me disculpé—. Pero ¿y si te dijera que sé cómo puedes fastidiar a un club de moteros? Lo único que tendrías que hacer es ir a tomar un café conmigo.

—Dime dónde y cuándo, y ahí estaré —respondió.

21

A la mañana siguiente, me desperté antes que Jakob. Por las cortinas se filtraba una suave luz dorada y supe que debía de ser temprano. El aire acondicionado zumbaba ligeramente sobre mí, generando corriente en la habitación. El frescor no me llegaba. Tenía calor por todas partes, porque Jakob, estando dormido, había vuelto a acercarse a mi lado de la cama, había apoyado la cabeza sobre mi almohada y me había pasado su pesado brazo por la cintura.

La noche anterior se había colado en el dormitorio muy tarde, bien pasadas las doce, cuando volvía de planear la dominación del mundo con su padre. Sus movimientos habían sido cautelosos, furtivos, como si intentara no desvelarme, pero yo no podía dormir y ya estaba despierta. Cuando se deslizó bajo las sábanas, yo me volví hacia él y le recorrí los brazos y su amplio pecho con las manos. Quería tocarlo todo lo posible mientras pudiera. Él se giró hacia mí para devolverme las caricias. Entonces bajamos las manos y nos tocamos, nos masajeamos y nos acariciamos mutuamente hasta alcanzar el clímax.

Nos quedamos dormidos desnudos, con los brazos entrelazados bajo las sábanas. Era bastante entrañable que siguiera acurrucándose así contra mí, como si su subconsciente quisiera acortar la distancia que nos separaba.

Suspiré. Si el día iba según lo previsto, su parte consciente pronto querría poner toda la tierra que pudiera de por medio.

En el interior de la casa se oían los ruidos de la vida cotidiana. Liam y Jennifer eran madrugadores, lo que estaba muy bien, porque a la nana le pasaba lo mismo. Renuncié a volver a pegar ojo y, con cuidado, me zafé de Jakob. Él se puso boca arriba, pero no se despertó. Me quedé un momento de pie junto a la cama, observándolo, con sentimientos encontrados. Vale, aquello era un poco raro, pero podría ser mi última oportunidad de verlo completamente relajado, con el pelo revuelto, las facciones suavizadas por el sueño. Me empapé de la belleza de sus tatuajes, de la complejidad de sus patrones ensortijados, y luego desplacé la mirada hacia los definidos músculos de su pecho antes de llevarla aún más abajo. Las sábanas se le habían arremolinado en las caderas, dejando al descubierto su abdomen perfectamente cincelado. Alcé la vista hasta su rostro y estudié sus rasgos, memorizando la carnosidad de sus labios, esa nariz algo torcida, la afilada línea de su mandíbula y sus marcados pómulos.

«Por favor, perdóname por lo que estoy a punto de hacer», recé. Porque no quería que esa fuera la última vez. Jennifer tenía razón: si había llegado tan lejos era porque él me importaba de verdad. No quería que le hicieran daño. No quería que arriesgara su vida solo para satisfacer el estúpido ego de su padre o para ayudarlo a resolver un problema que nunca debería haber existido.

No habían pasado más que unos días, pero no necesitaba más tiempo para saber que quería varios más con ese hombre, semanas, joder, meses. Era voluble, reservado y, sí, demasiado temperamental. A veces se dejaba llevar por su carácter. Cuando

creía estar en posesión de la verdad, era un cabrón prepotente. Pero también sabía pedir perdón. Confiaba en mí para tomar la iniciativa incluso en situaciones peligrosas. Y, cuando se soltaba, era divertido, con ese humor seco, ligeramente macabro, a veces hasta algo tonto, que sacaba a relucir cuando estábamos los dos solos. Quería tiempo para disfrutar ese lado suyo. Quería más mañanas como esa y noches interminables de exploración y placer.

Volvió a moverse en sueños, girando la cabeza hacia mí, y yo me aparté antes de que abriera los ojos y me viera inclinada sobre él en la oscuridad, como si me estuviera preguntando a qué sabe su médula ósea.

Me vestí a toda prisa y salí a hurtadillas por la puerta. La nana, Jennifer y Liam estaban en la cocina, de pie alrededor de la isla, tomando café. Miré a mi abuela y analicé sus facciones, tratando de interpretarlas, como había hecho Jennifer conmigo la noche anterior. ¿Tenía un buen día? ¿Se había despertado confusa, sola y asustada? Con muy buen criterio, Jennifer había decidido instalarla en una habitación justo al lado de la de ellos. Había dicho que tenía el sueño ligero y que, si la nana se despertaba y llamaba a alguien, ella la oiría y estaría cerca para ayudarla.

La nana parecía relajada. Sonrió afablemente por algo que había dicho Liam y, al volverse hacia Jennifer, me vio plantada en la entrada al pasillo.

—Te has levantado temprano —observó—. Hay café.

Se me relajaron los hombros. Parecía que estaba bien. Lúcida. Como si recordara quién era esa gente y tal vez incluso por qué estábamos allí. Gracias a Dios. El día anterior su confusión me había

sentado como un jarro de agua fría y, aunque sabía que había hecho lo correcto al llevarla allí, la culpa me comía por dentro.

Esbocé una sonrisa y avancé con paso firme, diciéndome a mí misma que sí, quizá perdiera a Jakob, pero mis acciones también podían garantizar la seguridad de la nana y su vuelta a la residencia más pronto que tarde.

—Buenos días —dije deteniéndome para darle un abrazo rápido y un beso en la mejilla.

Liam se dirigió a la nevera.

—¿Cómo lo tomas? —preguntó.

Casi me parto de risa al recordar que su hijo me había hecho esa misma pregunta y casi le suelto un comentario totalmente inapropiado.

—Solo con leche —logré balbucir—. Gracias.

—Estás de buen ánimo —señaló la nana advirtiendo mi estallido de humor.

—Es que hace un día precioso —le respondí.

Ella me lanzó una sonrisa traviesa.

—Sí, seguro que es por eso y que no tiene nada que ver con esa maravilla de la naturaleza que tú… ¡Ay!

Le acababa de dar un codazo.

Liam se rio entre dientes mientras me servía el café. Jennifer disimuló un poco mejor y se giró antes de que la nana la viera sonreír.

—Así no hacéis más que animarla —afirmé.

—Avergonzar a los niños es una de las cosas más divertidas de ser una figura parental —contestó Liam.

Me entraron ganas de darle un puñetazo. Su tono era despreocupado e informal, igual de relajado que su cara, como si no les hubiera jodido por completo la vida a todos los que se habían visto envueltos en sus intrigas, incluida yo.

Asentí, con una sonrisa un poco forzada, y le di un sorbo al café antes de que mi boca tomara el control. Si no hubiera estado allí mi abuela, la conversación habría sido completamente distinta y, cuando miré a Liam a los ojos antes de apartar la mirada, entendí que él lo sabía.

—Ven a sentarte conmigo fuera —dijo la nana cogiéndome del brazo—. Tienes que ver el amanecer sobre la meseta. Es precioso.

Dejé que me guiara hacia la puerta corredera.

—¿Puedo ir con vosotras? —preguntó Jennifer.

—Cuantos más, mejor —respondió la abuela.

Por el rabillo del ojo, vi que Liam hacía ademán de venir, pero Jennifer se volvió hacia él con una mirada de advertencia y el gesto abiertamente hostil, y se lo pensó mejor. Era evidente que ella tampoco estaba lista para perdonarlo todavía.

«Cosechas lo que siembras, gilipollas».

Si, por puro milagro, Jakob llegara a perdonarme, seguiría estando el tema de Liam. Mis padres me enseñaron unas durísimas lecciones desde muy pequeña y siempre pensé que aquello de «la familia es lo primero» era una verdadera gilipollez. Cada vez que se la oía decir a alguien, me entraban ganas de pegarle fuego a algo. Por esa frase la gente se mantenía atada a familiares tóxicos que más les valdría tener lejos. Las acciones de Liam podían nacer del amor que sentía por su hijo, pero eran tan retorcidas que yo sabía que nunca volvería a confiar en él aunque al final encontrara la manera de perdonarlo.

No quería tenerlo cerca ni meterme en su camino, pero era el padre de Jakob, formaba parte de su vida, y eso implicaba que probablemente tuviera que aprender a lidiar con él. Iba a ser muy complicado. A mí no me temblaba la mano a la hora de cortar lazos con la familia si sabía que iba a estar mejor sin ellos, y me costaba entender que un hombre tan decidido como Jakob se expusiera a las manipulaciones de Liam. Pero no era culpa suya, no era su bagaje, sino el mío. Tenía que ser más empática, más comprensiva. El problema era que mi vena sobreprotectora medía como un kilómetro de ancho. A mí puedes decirme lo que quieras, pero, si le haces daño a alguien que me importa, te borro del mapa.

Con todo lo que Liam les había hecho pasar a Jakob y a la nana, iba a necesitar cantidades ingentes de plutonio para la bomba que ese hombre merecía.

—Y hasta aquí tu buen humor —soltó la nana mientras se sentaba.

Parpadeé, volviendo en mí. Supongo que mi cara había delatado mis pensamientos homicidas. Forcé una sonrisa y me senté en la tumbona que había junto a la suya.

—Me estaba dando el sol en los ojos.

Ella resopló.

—Sí, claro.

Aparqué mis pensamientos sombríos en un rincón de la mente y me centré en el paisaje. Era tan temprano que el sol apenas asomaba por el horizonte. La noche anterior había habido tormenta y sus rayos bañaban las nubes que aún no se habían ido, tiñéndolas de rosas, naranjas y morados vivos. A nuestros pies, el pavimento de pizarra seguía húmedo y las gotitas de agua centelleaban bajo la luz dorada como si hubieran derramado miles de cuentas de cristal.

Era realmente hermoso.

Se oyó un suave zumbido a nuestras espaldas: estaban abriendo la puerta corredera. Jennifer se dio la vuelta en su tumbona con un gesto muy severo que se suavizó de inmediato. Eché un vistazo por encima del hombro y vi que Jakob se acercaba tranquilamente hacia nosotras. Llevaba unos pantalones de chándal y una camiseta ancha. Aún tenía el pelo revuelto y rodeaba una taza humeante con sus largos dedos. Ralentizó el paso y se la llevó a los labios, soplando antes de darle un sorbo cauteloso. Al ver la sencilla cotidianidad de aquella escena me dio un vuelco el estómago.

Sus ojos se encontraron con los míos sobre el borde de la taza y se oscurecieron, y entonces mi mente se fue directa a la noche anterior, cuando me metió los dedos y yo le acaricié su gruesa polla, los dos jadeando de deseo. Supongo que los pensamientos se reflejaron en mi cara, porque, cuando se apartó la taza de la boca… Dios, la curvatura de sus labios *no* era apta para todos los públicos. Cualquiera que lo mirara se habría dado cuenta de que su sonrisa rezumaba sexo.

Miré a la nana y a Jennifer, pero ambas estaban giradas. Jakob se reía entre dientes cuando volví a fijar la vista en él.

Al llegar a mi lado, se agachó y susurró:

—La cara siempre te delata. —Por su tono, deduje que eso le gustaba.

Me dio un vuelco el estómago y endurecí la expresión para no dejar que se me notara lo que sentía. Era muy arriesgado. Qué forma de acelerarme el pulso con solo una mirada. De ponerme nerviosa porque le gustaba cómo reaccionaba. De hacer que lo deseara y, de alguna manera, a la vez quisiera estrangularlo.

—Buenos días —dijo Jennifer.

—Buenos días —respondió Jakob, dejándose caer en el asiento que había a mi lado.

Le dio otro sorbo cuidadoso al café.

—Me sorprende que te hayas levantado tan temprano —apuntó Jennifer—. Tu padre y tú os acostasteis tarde.

Jakob se encogió de hombros.

—Me he despertado y Krista ya no estaba.

Lo miré a través de las pestañas, curiosa. Ya no estaba y… ¿para qué se había levantado? ¿Para asegurarse de que yo estaba bien? ¿Para comprobar que seguía ahí? ¿O solo porque quería verme?

Jennifer sonrió, mirándonos alternativamente a su hijo y a mí, con la misma cara de aprobación que la noche anterior cuando dijo que Jakob debía de importarme mucho. Por lo visto, ella también pensaba que yo le importaba mucho a él.

Aparté la mirada, con el corazón encogido. Ya le había advertido de que Jakob seguramente no querría saber nada de mí después de lo que iba a hacer, pero no le había dicho que ella tampoco. Eso me dolía, porque Jennifer me caía bien. Quizá porque me recordaba a su hijo. O porque había cuidado a la nana. Y, sí, quizá incluso un poco por lo enfadada que se había mostrado con Liam por lo que había hecho.

El teléfono me vibró en la mano y al bajar la vista vi un mensaje de Nick.

Cogiendo un avión. A mediodía estaremos listos

Le respondí cayendo en la jerga militar sin darme cuenta:

Recibido

Siempre me has recibido muy bien

Qué gracioso

Miré el reloj del móvil antes de bloquear la pantalla. Eran las siete de la mañana. Solo tenía unas horas para salir de ahí sin Jakob pegado a mi culo. Puede que Nick y compañía no llegaran hasta el mediodía, pero había mucho que hacer antes de que aterrizara su avión. Tenía que llamar a Magnolia Hills, encontrar una cafetería en Hermannsburg, el pueblo situado entre el territorio de los Jokers y el de los Reyes, y después aún tendría que conducir al menos una hora para llegar allí.

Nick y yo habíamos hablado mucho la noche anterior para repasarlo todo. El plan era bastante sencillo, pero teníamos otros de contingencia por si las cosas se torcían. Si algo habíamos aprendido en el Ejército era que las cosas siempre se torcían.

—¿Cuál es el pueblo más cercano? —pregunté.

—Peterborough —respondió Jennifer.

—¿Tiene farmacia?

—Sí —contestó ella.

—Tendré que ir en algún momento esta mañana.

—Yo te llevo —dijo Jakob.

«Mierda».

Lo miré arqueando una ceja.

—¿No me ves capaz de ir a una tienda y volver sana y salva?

Él me miró directamente a los ojos.

—Con el historial que tienes, no.

—Pues me ha ido muy bien por mi cuenta estos últimos veintiséis años —repliqué.

La abuela resopló.

—Si tú lo dices, pequeña…

Me incliné hacia delante para mirarla.

—No empieces tú también.

Ella sonrió, sin mostrar el más mínimo arrepentimiento.

—Dejad a la mujer que vaya sola —intervino Jennifer, acudiendo en mi ayuda—. Lleva días sin tener un minuto para sí misma. Probablemente necesite un descanso.

Jakob me miró con gesto interrogante.

—Estaría bien pasar algo de tiempo sola —coincidí—. Me daría la oportunidad de aclarar un poco las ideas.

—¿Me llamarás si pasa algo?

Fingí molestarme.

—¿Qué va a pasar? Dudo que los Jokers estén ahí plantados esperándome.

—Nunca se sabe —contestó él con expresión obstinada.

—Vale. Te llamaré si pasa algo —cedí.

Cinco horas más tarde, estaba sentada en una pequeña cafetería de Hermannsburg. Era un local diminuto, más orientado a pedir para llevar que a sentarse a comer. Me había hecho con la mesa más próxima a la ventana, después de pagarles a tres chicas de instituto para que se levantaran y se fueran a una del fondo. Seguían ahí sentadas, cuchicheando y lanzándome miradas desconcertadas.

Hice lo posible por ignorarlas, fijando la vista en la calle. Hermannsburg era un pueblecito pintoresco. Los pobladores originales eran alemanes y, como ocurría en otras localidades más grandes de Texas fundadas por germanos, la arquitectura se parecía más a la del viejo mundo europeo que a la de los Estados Unidos de hoy en día. En el exterior de las tiendas colgaban elaborados carteles que ayudaban a crear atmósfera. Yo estaba en el Hanks 'Kaffee. Al otro lado de la calle había un bar llamado Der Platz. Google me dijo que podía traducirse como «El Lugar».

Era un pueblecito ecléctico y muy guay; decidí volver de visita cuando mi vida recuperase la normalidad.

«Si es que eso pasa», pensé. Había muchas probabilidades de que el tiro nos saliera por la culata. Daniel King había dicho que Redding era un bala perdida. Llegó a llamarlo «sociópata». Pensé en cómo me había mirado Redding en la comisaría: ese gesto frío, esos ojos inexpresivos, vacíos de emoción. Había agredido a una chica en Afganistán y aquí había ordenado que apalizaran a una mujer inocente. No creía que Daniel se equivocara al llamarlo sociópata.

Le había transmitido toda esa información a Nick la noche anterior y la mayoría de nuestros planes de contingencia giraban en torno a cómo reaccionar si Redding se descontrolaba. No había forma humana de predecir el comportamiento de alguien como él y eso me preocupaba especialmente, porque, en menos de media hora, cruzaría la puerta de la cafetería en la que yo me encontraba.

En ese momento entró otro hombre. Vestía un traje azul oscuro de corte moderno que parecía hecho a medida. Llevaba su pelo negro peinado con mucha gracia. Ocultaba sus ojos oscuros tras unas gafas de aviador. Giró la cabeza hacia mí y sonrió; la cegadora

blancura de sus dientes contrastaba con su piel bronceada. De la mesa del fondo llegó un coro de suspiros. Las chicas del instituto debían de haberlo visto.

Estuve a punto de girarme y decirles: «Y además tiene cerebro». Nick era una de las personas más inteligentes que había conocido. En cuanto dejó el Ejército, unos años antes que yo, empezaron a lloverle ofertas de trabajo: la CIA, la NSA, un agradable trabajo de oficina en Washington D. C.… Podría haber hecho lo que le hubiera dado la gana. Al final se unió al FBI.

Nick parecía una estrella de cine y, si le dabas el tiempo suficiente, podía seducir a cualquiera. Por eso, pocos años después de entrar en la agencia, su jefe de departamento empezó a ponerlo delante de las cámaras. Tampoco es que fuera famoso. Todavía. De momento solo había salido unas cuantas veces por televisión, informando sobre casos locales no muy relevantes. Su jefe quería que se hiciera al entorno y se sintiera cómodo hablando con los periodistas y ante las cámaras antes de lanzarlo a la escena nacional. Probablemente Liam no sería capaz de reconocerlo y apostábamos a que Redding tampoco sabía quién era.

Nick trabajaba en Crimen Organizado, una sección de la División de Investigación Criminal que se ocupaba de grupos violentos como la mafia y los clubes de moteros fuera de la ley. Por eso se puso en contacto conmigo cuando me mudé a Kearny. El FBI llevaba años intentando infiltrar a alguien en la zona, sin demasiado éxito. Me ofreció un trato bastante atractivo: trabajar en algún local del pueblo, como el Charley’s, y mantener los ojos abiertos. Cada semana informaría a mi superior de lo que había visto y oído. Nada más. No tenía que ensuciarme las manos. No tenía que esconderme

ni ponerme en peligro, y a cambio recibiría un buen sueldo y un paquete de prestaciones respetable.

Aun así, lo rechacé. Había dejado de trabajar para el Gobierno por algo, y a esas alturas ya había conocido a varios miembros de los Reyes y no quería arriesgar el cuello por andar jodiendo a otros veteranos. Nick me había pedido que lo avisara si cambiaba de opinión o corría peligro, así que ahí estábamos.

¿Me gustaba que las cosas hubieran llegado a ese punto? No, pero confiaba en Nick. La noche anterior me había dicho que echaba de menos la emoción de la caza y lo creí. Ni siquiera estaba ahí de forma oficial. El pequeño grupo de personas que él mismo había seleccionado para acompañarlo sabía que se trataba de una operación no autorizada, y a todos les parecía bien. Era muy difícil conseguir que se mantuvieran los cargos contra las bandas de moteros. Los miembros no se delataban entre ellos, las pruebas solían ser escasas y los clubes tenían en nómina a abogados como Katherine Jenkins para entorpecer las investigaciones, ahogarlos en gastos legales y luego destrozarlos en los tribunales.

Todo eso enfurecía a los agentes, que perdían la fe en el sistema, motivo por el que Nick y su equipo no habían tenido ningún problema a la hora de acudir en ayuda de una civil como yo para joder a Redding y a los Jokers. Seguro que también influía el hecho de que de paso frenarían una operación de tráfico de drogas y evitarían una guerra entre clubes de moteros. Si los Espectros y los Bandidos se enfrentaban, muchas personas inocentes se verían atrapadas en el fuego cruzado, algo que los federales debieron de tener en cuenta cuando decidieron ayudarme.

Que Nick fuera del FBI era el motivo por el que no le había contado a Jennifer lo que tenía planeado. Ella no podía saberlo. Ninguno de ellos. En primer lugar, me lo habrían impedido. Porque no se trabaja con los federales. Si valorabas tu vida, al menos. Los miembros del club que hacían tratos con agentes del FBI tenían los días contados. En cuanto se enteraban de lo que habías hecho, estabas muerto, daba igual que fueras un recluta novato o un hombre con la influencia y el poder de Liam Larson.

Por eso Jakob no iba a querer nada conmigo cuando le contara lo que había hecho. Llevar a Nick a su territorio era traicionar su confianza de la peor forma posible y, si alguna vez se sabía que yo había llamado a los federales para arreglar la cagada de su padre, me echarían de Kearny antes siquiera de decir «soplona». Si no me mataban sería solo porque no formaba parte del club.

Esperaba que nada de eso llegara a suceder. Nick me había dicho que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para mantener en secreto mi ayuda en la operación, y yo confiaba en que, de un modo u otro, lo conseguiría.

Cerró la puerta de la cafetería tras él y se acercó a mi mesa con paso firme.

—Dichosos los ojos.

—Lo mismo digo —contesté levantándome de la silla—. Me alegro de verte.

Se quitó las gafas, dejando al descubierto unos ojos oscuros con forma de almendra, y me envolvió en un abrazo.

—Yo también.

—Tienes buen aspecto, Skywalker.

«Skywalker». Me había olvidado del apodo. Cuando nos acostábamos, mis compañeros de tripulación le contaron que una vez yo alcancé un blanco imposible «no más grande que una rata *womp*», y a él se le metió en la cabeza que yo era como un personaje de *La guerra de las galaxias*.

Nos separamos y le sonreí.

—Tú también. ¿Cómo está Elena?

—Genial, gracias —respondió sentándose a mi lado.

Me dejé caer junto a él.

—¿Cuándo sale de cuentas?

—En dos meses —dijo con una sonrisa tan amplia que se le arrugaron las comisuras de los ojos—. ¿Y tú? ¿Cómo va la pierna?

—Hoy me está dando la lata. No pude ir a mi última visita con el fisio por culpa de toda esta mierda.

—Lo siento.

—No pasa nada —aseguré—. ¿Está todo el mundo en su sitio?

Asintió.

—Tenemos a tres en el edificio de enfrente. Y, de un momento a otro, parará un vehículo en la acera.

En ese preciso instante, una anodina furgoneta blanca aparcó en perpendicular a nosotros.

—No quiero que se me vea la cara en las fotos —advertí.

Él retiró la silla que tenía a su otro lado. Ahí estaría colocada de espaldas a la ventana.

—Ponte aquí —dijo.

Me cambié de sitio.

—¿Has averiguado algo más sobre Redding?

—Ah, sí —contestó Nick—. El tipo es todo un personaje. Hicieron un buen trabajo encubriendo el intento de juicio militar, pero a su tío no se le dio tan bien ocultar algunos de sus otros delitos.

Al final resultó que el hombre era representante estatal.

Arqueé una ceja con curiosidad.

—¿Sus otros delitos?

—Digamos simplemente que nadie va a echar de menos a ese cabrón.

—¿Ni siquiera su tío? —pregunté.

Él negó con la cabeza.

—A estas alturas, creo que se alegrará bastante de librarse de Redding. Quiere presentarse a gobernador y, si alguien descubre que ha estado barriendo bajo la alfombra los delitos del violador de su sobrino, sus sueños gubernamentales se irán a la mierda.

Apreté los puños bajo la mesa. Si los Jokers no se deshacían de Redding, lo haría yo misma, con o sin la ayuda de Jakob.

Un hombre pasó junto a nosotros por la acera. Llevaba vaqueros y una camiseta, y tenía una cara tan poco memorable que costaría identificarla en una rueda de reconocimiento. Nick lo observó atentamente, así que volví la cabeza para echarle otro vistazo. Justo alcancé a ver el sutil movimiento de mano que hizo antes de desaparecer de nuestra vista. Me volví hacia Nick con el ceño fruncido.

—Prepárate —dijo—. Redding viene de camino.

22

La campanilla que había encima de la puerta tintineó y Spencer Redding entró en la cafetería como si el lugar le perteneciera. Al igual que Nick, llevaba un traje, solo que sin corbata y con la chaqueta desabrochada. Tenía los dos botones superiores de la camisa abiertos, dejando al descubierto una piel tersa y bronceada y los elegantes músculos de su cuello. Su atractivo era de los que reflejaban una buena cuna y mucho dinero heredado.

Las chicas del fondo suspiraron de nuevo y en esa ocasión quise girarme y gritarles: «¡Corred!». Si hubiéramos tenido más tiempo para preparar la llegada de Redding, les habría pagado para que se marcharan, pero, por supuesto, él tenía que llegar insultantemente pronto a la reunión. A lo mejor quería echarle antes un vistazo al local, como nosotros. Debía de tener algún motivo oculto para estar ahí tan pronto, porque pareció molesto al ver que nos habíamos adelantado.

O a lo mejor esa era simplemente su cara.

Detrás de él había un hombre blanco alto, de pelo plateado y espalda ancha. Para que Redding aceptara ir hasta allí, yo le había dicho que quería que nos reuniéramos con nuestros respectivos abogados en un punto neutral e intentáramos resolver los cargos al margen de los tribunales, a ver si podíamos llegar a un acuerdo.

Nick se hacía pasar por el mío. El caballero más mayor debía de ser el de Redding. Sonrió afablemente cuando nos levantamos.

—Buenas —dijo acercándose hacia nosotros. Tenía una voz grave y nasal, y su aire de «ay, puñetas» me hizo pensar que era de los que llamaban al resto de los hombres «compañero».

Me tendió la mano cuando llegó a mi lado.

—Winston Beaufort, encantado de conocerla.

Se la estreché.

—Krista Evans.

Nos soltamos y, mientras Nick se presentaba tanto a Winston como a Redding, yo introduje la mano en mi bolso y volví a encender el móvil. Llevaba varias horas apagado.

«Venga, Jakob. No me falles».

—¿Quieren algo, amigos? ¿Café? ¿Una bagel? —preguntó Nick, dirigiendo su radiante sonrisa hacia los hombres.

—No —contestó Redding antes de sentarse.

Winston miró a su cliente de reojo con el ceño ligeramente fruncido, como si le desconcertara su brusquedad. Supongo que no lo conocía muy bien. Me pregunté si quizá trabajaba para Magnolia Hills, no para Redding.

El desconcierto del abogado no duró ni un segundo; se le volvió a iluminar el rostro en cuanto se giró hacia Nick

—Tomaré un café, por favor. Con leche y dos terrones de azúcar.

Nick asintió y dio unas zancadas hasta la barra. Yo volví a sentarme, con cuidado de colocarme de espaldas a la ventana. Winston se ubicó frente a mí, sacó el pañuelo que llevaba en la abertura delantera de la chaqueta y lo usó para secarse la frente. A su lado, Redding me miraba como si no hubiera nadie más alrededor.

Yo quería que me tragara la tierra. Nick acababa de confirmarme que era un violador, y ahí lo tenía, sentado tan cerca que solo con alargar la mano podía tocarme. Tan cerca que *sentí* la caricia viscosa de su mirada recorriéndome. Casi me dan arcadas.

—Es increíble el calor que hace —comentó su abogado—. Si seguimos así, este verano va a ser abrasador.

Me aferré a la distracción que me brindaba.

—Parece que mañana van a subir aún más las temperaturas.

Winston hizo una mueca que me habría hecho sonreír si no fuera porque, por el rabillo del ojo, veía que Redding seguía mirándome. Cuando estaba a punto de decirle al abogado que el calor remitiría en pocos días, me sonó el teléfono en el bolso.

Fingí apuro.

—Lo siento. Le diré a quien sea que vuelva a llamarme y luego lo silenciaré.

Winston asintió con gesto comprensivo. Redding continuaba observándome, inexpresivo pero absorto, y mi ansiedad se convirtió en un miedo atroz.

Aparté la mirada y me centré en la pantalla del teléfono. Era Jakob. Gracias a Dios. Deslicé el dedo hacia la derecha para contestar y me llevé el dispositivo a la oreja.

—¿Hola?

—¿DÓNDE COÑO ESTÁS? —rugió, tan alto que lo oyó toda la cafetería.

Retiré el teléfono de golpe para evitar que me reventara el tímpano. Frente a mí, Winston enarcó las cejas sorprendido.

—Eh…, ¿me disculpan un momento? —les pregunté a los hombres mientras me levantaba de la silla.

Me llevé el teléfono fuera, agachando la cara para que no vieran mis expresiones, y me alejé de la cafetería, dejando juntos a Redding, a su abogado y a un agente del FBI. Casi *oía* el clic de las cámaras al otro lado de la calle.

—Jakob —dije.

—¿Dónde coño estás y por qué llevas tres horas con el móvil apagado? —espetó.

—Me estoy tomando un café con un amigo —respondí. Técnicamente, no era mentira—. Nos hemos encontrado por casualidad. Apagué el móvil dentro de la farmacia y se me debe de haber olvidado volver a encenderlo. Lo siento. —Esa era una trola en toda regla.

—Así que acabas de encontrarte con tu amigo, ¿eh? —prosiguió Jakob, con un tono más seco que el Sáhara—. ¿En Hermannsburg?

Me quedé de piedra. ¿Cómo cojones sabía dónde estaba?

—¿Hermannsburg? —pregunté tratando de ocultar el pánico en mi voz.

—Es lo que indica el rastreador GPS de tu coche.

Mierda, no.

—¿Le has puesto un rastreador GPS a mi coche? —pregunté volviendo a acelerar el paso. Seguro que los federales habían puesto micrófonos ocultos en la cafetería y no necesitaba que oyeran ningún fragmento más de esa conversación—. Eso *no* está bien, Jakob.

—No he sido yo. Es cosa de mi padre.

Puto Liam.

—Pero aun así lo has usado para localizarme.

—Sí, después de pasarme dos horas tratando de ponerme en contacto contigo y de que mi padre finalmente me dijera lo que había hecho, lo he usado para localizarte. Pensé que Redding o los putos Jokers te habían raptado. ¿Por qué no me has escrito para decirme que estabas bien?

Porque todo aquello era parte del plan. Yo no era mejor que Liam, manipulando a su hijo, asustándolo deliberadamente, contando con que iba a llamarme una y otra vez, para que, cuando por fin volviera a encender el teléfono dentro de la cafetería, su llamada me diera una excusa para irme.

La culpa me carcomía. Me sentía fatal, no solo por traicionar su confianza, sino también por…

Un momento. ¿Ha estado dos horas de los nervios hasta que su padre le ha contado lo del GPS? Pero si ha dicho que sabía que llevaba apagado tres horas… ¿Qué había estado haciendo la hora que llevaba rastreándome?

El estómago me dio un vuelco. «No, por Dios».

—Jakob, ¿dónde estás? —pregunté.

—Tomando la salida de Hermannsburg en la autopista.

¡Mierda! Ni siquiera Nick podría haber previsto que las cosas se torcieran *tanto*.

—Da la vuelta —le dije a Jakob.

—Dime qué estás haciendo allí —repuso.

—Esto no es una negociación. No puedes venir.

Mi confianza en Nick tenía un límite. Compartíamos un pasado. Joder, casi podría decirse que una vez le salvé la vida, cuando impedí que tocara algo en el avión que lo habría dejado frito. Ese hombre me debía una y no creía que me la fuera a jugar. Pero

Jakob… Si no le había hablado de él a Nick había sido por algo. Matón de los Reyes e hijo de uno de los fundadores de los Espectros…: quizá era una lombriz demasiado suculenta como para que Nick se resistiera. Si Jakob se presentaba allí, me preocupaba que el agente encontrara la forma de meterlo en aquello, sacarle fotos o chantajearlo para que colaborara con los federales.

—Lo sabía —soltó—. En cuanto mi madre ha empezado a actuar de manera evasiva, he sabido que estabas haciendo alguna estupidez.

—No estoy haciendo ninguna estupidez. Estoy haciendo una cosa lógica y calculada, y *no* puedes estar aquí. Da la vuelta, joder.

—No.

Quería matarlo.

Me aparté el teléfono de la oreja y respiré hondo varias veces. ¿Cómo iba a quitármelo de encima? Se le había metido entre ceja y ceja que, o bien yo necesitaba que me salvaran, o él necesitaba estar al corriente de lo que yo estaba haciendo, y el tono inflexible de su voz me indicaba que yo no podía hacer nada para que cambiara de opinión.

Aunque quizá sí había una cosa por la que no querría ir a rescatarme nunca más: la verdad.

Volví a pegarme el teléfono a la oreja.

—Es *verdad* que he quedado con un amigo —repetí bajando la voz para que los transeúntes no me oyeran—. En eso no he mentido. Se llama Nick y trabaja para el FBI.

Al otro lado de la línea se oyó un silencio sepulcral.

—He engañado a Redding para que viniera con una trola sobre no ir a juicio; le he dicho que nuestros abogados lo resolverían todo —

añadí—. Y, sí, sé que probablemente ese no sea el verdadero motivo por el que él ha accedido a reunirse conmigo, y es posible que tenga segundas intenciones con este cara a cara, pero era un riesgo que debía correr. Nick es una figura destacada del FBI. Ahora mismo, hay varios agentes federales haciéndoles fotos a él y a Redding en una cafetería. Vamos a enviarles las imágenes a los Jokers para hacerles creer que Redding lleva todo este tiempo haciendo de topo y que los federales están al tanto de su pequeña operación en Magnolia.

Más silencio.

Respiré hondo.

—Es un plan inteligente, Jakob. Los Jokers se asustarán y se largarán de Magnolia. Con un poco de suerte, ellos mismos acabarán con Redding.

Aún más silencio.

—Di algo, Jakob.

—¿Has sido un topo de los federales todo este tiempo? —preguntó con voz falsamente neutra.

—No. Nick me pidió que trabajara para él cuando me mudé aquí y yo rechacé la oferta. De todo lo que te he contado, créete al menos eso. Confía en mí; yo confié ayer en ti en el coche.

—Krista, si me estás mintiendo…

Tendrá morro, el tío.

Entonces me invadió la calma. La que precedía a la batalla. Esa que solo alcanzaba cuando me habían llevado al límite de la exasperación y que luego me sumía en una auténtica ira.

—Tú me has metido en esto —le recordé—. Viniste a mi bar y me arrastraste a este lío, y ahora tanto mi abuela como yo corremos peligro. Eres tú quien ha estado mintiendo todo este tiempo. ¿Cómo

te atreves a lanzarme esas acusaciones, cuando lo único que intento es manteneros a salvo a ti, a tus padres y al resto de las personas a las que has involucrado en esta mierda?

—Mi padre…

—Tu padre te ha enseñado bien —solté—. Te quejas de él, pero la cruda realidad es que, desde el principio, me has estado tratando igual que él a ti.

—Eso no es justo —sentenció.

—Ah, ¿no? ¿Acaso no manipulaste mis emociones y te aprovechaste del miedo que sentía por lo que pudiera pasarle a mi abuela aquella primera noche? ¿No me sedujiste para conseguir lo que querías de la forma más fácil que se te ocurrió? ¿No mentiste para protegerme y evitar que me viera inmersa en un lío del que no podría salir? Todo mientras te decías a ti mismo que aquello lo hacías por mi bien a largo plazo…

De nuevo, el silencio. Le había tocado la fibra.

—Y pese a todo, Jakob, decidí perdonarte. Decidí creer que no pretendías comportarte como tu padre. Que, si no me habías dicho nada antes, era porque no sabías cómo contarme todo aquello sin perderme. Que no volverías a tratarme así, porque eras consciente de que entonces me marcharía. Porque en realidad te importo.

—Así es —dijo él.

Gracias a Dios.

—Tú también me importas —proseguí—. Siento haber apagado el móvil y haberte asustado. Siento haber llamado a los federales, pero no voy a disculparme por hacer lo que creo que es correcto. Por hacer lo único que se me ha ocurrido para evitar que haya más inocentes envueltos en esta pesadilla.

—Tienes razón —respondió Jakob—. Siento no haber confiado en ti.

Volví a detenerme y me apoyé contra la pared de una tienda de chocolates. Así, sin más, había admitido que se había equivocado. No era fácil seguir enfadada con él cuando se mostraba tan comprensivo, se disculpaba con tanta facilidad y parecía que de verdad quería arreglar las cosas.

—Voy a parar —añadió.

—No tienes que parar. Tienes que dar la vuelta.

—No.

Abrí la boca para discutírselo, pero entonces él me interrumpió a mí.

—No estoy tan cerca del centro de Hermannsburg como para que me vean los federales. No sabrán que estoy aquí. Me cabrea que vayas a hacer esto, pero confío en que lo sacarás adelante. Eso sí, nunca confiaré en los federales y, joder, ni de coña confío en Redding. Si se pasa de la raya, quiero estar cerca para darle al menos un buen porrazo antes de que lo mates.

Casi me eché a reír. Dios, creí que estaba a punto de perder la cabeza.

—Llámame cuando acabes —dijo—. Te seguiré de vuelta al rancho y allí ya resolveremos todo lo demás.

Madre de Dios, parecía que estaba dispuesto a darme una oportunidad.

—¿Qué más hay que resolver? —pregunté.

—Para empezar, tenemos que idear un plan para ver qué hacemos si los Jokers hablan con Redding antes de matarlo y descubren que fue mi novia quien lo engañó para que se reuniera con el FBI.

Pasé por alto el hecho de que me hubiera llamado «novia» y me fui directamente al «Ay, mierda». Tanto hacer planes y, no sé cómo, había obviado esa posibilidad. Había dado por sentado que los Jokers iban a responder de forma instintiva a las imágenes. Que iban a actuar movidos por la emoción y con una violencia extrema, porque eso era lo que esperaba de ese tipo de clubes. Los trataba como si no fueran más que un grupo de delincuentes estúpidos tan solo porque no me caían bien. ¿No me había enseñado lo de Daniel a no subestimar a las personas? Y aun así casi cometo otro error fatídico. ¿Qué coño iba a hacer si se paraban a hablar con Redding? ¿Lo creerían a él antes que a las fotos?

—No se me había ocurrido —admití con un hilo de voz.

Siempre me enorgullecía de ser lógica, de pensar las cosas en detalle y de analizar los planes desde diferentes ángulos. Ese descuido era imperdonable y podría haberme costado la vida y haber empeorado las cosas justo para las personas a las que intentaba proteger.

—No se te había ocurrido porque tomaste una decisión precipitada y no estás acostumbrada a nuestro mundo —contestó Jakob—. Pero, Krista…

—¿Qué? —pregunté, nerviosa por el tono que había utilizado.

—Nick *sí* que está entrenado para pensar mierdas así. Dudo mucho que él haya pasado por alto esa posibilidad. Podrías preguntarte por qué no te lo mencionó antes de seguir confiando ciegamente en tu antiguo follamigo.

«Mierda, mierda, ¡MIERDA!».

—¿Cómo… sabes que es un antiguo follamigo?

—Ya te dije que te investigué cuando llegaste al pueblo.

Y, con esa última réplica, me colgó.

Me aparté el teléfono de la oreja, con el corazón a mil. Madre mía, Jakob sabía lo de Nick desde el principio.

Al parecer, aún no me había cansado de subestimar a la gente.

23

La furgoneta blanca había desaparecido.

Me detuve a unos quince metros de la puerta de la cafetería, mirando fijamente el lugar donde estaba aparcada antes. El flujo del tráfico de la acerca se veía obligado a rodearme y la gente me lanzaba miradas confusas o molestas al pasar. Lógico: me había parado en seco en medio de la calle y debía de parecer que estaba pensando en las musarañas.

¿Dónde coño estaba la furgoneta del FBI?

Parpadeé un par de veces y luego recorrí la calle de arriba abajo con la mirada, preguntándome si los federales la habrían movido por algún motivo. A lo mejor habían aparcado mal y algún funcionario municipal inoportuno había amenazado con ponerles una multa.

Tenía la frente perlada de sudor. El sol pegaba con ganas y cocía el asfalto. De él ascendían unas ondas de calor que me hicieron plantearme si al final no habría acabado perdiendo la cabeza y estaba alucinando. Volví a comprobar la calle. No, no estaba alucinando. La furgoneta había desaparecido.

Torcí el gesto y me obligué a caminar hacia la cafetería. Jakob sabía lo de Nick. ¿Cómo? *¿Cóóómo?* ¿Y por qué no había dicho nada antes? ¿Por qué me había dejado entrar en Kearny, en el Charley's, sabiendo que me había acostado con un agente del FBI? Quizá

Jakob también tuviera amigos que aún trabajaban para el Gobierno, alguien de la NSA que se prestó a piratear mi cuenta de Messenger y le dijo a Jakob que había rechazado la oferta de Nick. O quizá le había contado a Daniel que yo representaba un peligro y ambos habían acordado dejarme entrar solo para darle una lección al FBI. Asesinándome de forma violenta. ¿A que sería para morirse de risa después de todo lo que me había pasado?

Solté una carcajada. Sonó tan histérica como yo misma me sentía. La simpática anciana blanca que pasaba junto a mí por la acera me echó una mirada y enseguida aceleró el paso para alejarse de la loca. Quería disculparme con ella, explicarle que estaba bien, pero no sabía si era cierto. Jakob tenía razón; no estaba acostumbrada a su mundo. Por muy desquiciada que estuviera tras sobrevivir a dos guerras y un accidente de avión, aún tenía principios. Tal vez tuviera algunos rincones oscuros en la mente, pero en ellos también había luz. Buscaba el lado bueno de la gente. Jakob era la prueba. Mi primer instinto era hacerme amiga de una persona, no buscar la forma de manipularla.

Lo que pasaba era que me sentía desbordada con tanto cabrón retorcido a mi alrededor.

Con esa idea en la cabeza, abrí la puerta de la cafetería y, por tercera vez en menos de cinco minutos, me quedé paralizada. Dentro reinaba el silencio. La música suave que hacía un rato llegaba del techo estaba apagada. No oía ninguna conversación a media voz. Ni el tintineo de las tazas de cerámica, ni el zumbido de las máquinas, ni el roce de las patas de las sillas sobre las baldosas. Nada.

La puerta se abría al centro del local. Justo enfrente se encontraba el mostrador. Cuando entré hacía un rato, atendían tres personas: un adolescente con acné manejaba la caja registradora, y, detrás de él, dos baristas que espumaban, batían y servían café. Ahora la barra estaba vacía y eso me ponía los pelos de punta. Aparté la vista y observé el resto del espacio.

Toda la puta cafetería estaba vacía.

¿Qué coño estaba pasando?

Noté un movimiento por el rabillo del ojo. Me giré y vi a Nick saliendo de la trastienda.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté.

Me dedicó una de sus deslumbrantes sonrisas, como si no pasara nada. Esa vez no me lo tragué.

—Ven, siéntate conmigo —dijo sacando un taburete de la mesa que habíamos compartido antes.

Yo no me moví de la puerta.

—Nick, responde la pregunta.

—Lo haré —contestó sin dejar de sonreír—. Pero ven a sentarte.

Lo obedecí solo porque sentía que mis piernas estaban a punto de ceder. Habían pasado demasiadas cosas durante las últimas horas —*joder*, durante los últimos días— y mi mente comenzaba a desmoronarse. La Krista Evans lógica y tranquila, que, si era sincera consigo misma, se creía más lista que la media, no había dejado de equivocarse una y otra vez, y había acabado en una cafetería vacía con un agente del FBI y sumida en una crisis existencial de las buenas. Quizá el cielo no era azul, sino morado. Y, en serio, ¿qué *es* la vida?

Me dejé caer a plomo en el asiento que me había ofrecido.

—¿Dónde coño está todo el mundo?

Nick se sentó grácilmente a mi lado, con aire imperturbable.

—Ahí detrás, haciendo un descanso de quince minutos.

Lo miré a los ojos.

—¿No los has matado a todos?

Se rio con gesto jovial.

—No. Están bien.

—¿Y Redding y su abogado? ¿Qué ha pasado con nuestro plan?

Entonces se puso serio.

—Redding ha dicho una cosa de ti que no me ha gustado, así que lo he arrestado.

«Pero ¿qué coño…?».

Lo observé. No parecía que siguiera sintiendo nada romántico hacia mí. A juzgar por lo que había visto en internet y en persona, parecía que realmente quería a su mujer. No me creía que hubiera detenido a Redding por celos o sobreprotección, así que ¿de qué iba todo aquello?

—¿Acaso estás autorizado? —le pregunté—. ¿Tienes algún motivo para detenerlo?

Se sacó el móvil de un bolsillo interior del traje.

—Anoche, después de hablar contigo, lo investigué un poco más.

—Sí, ya me lo has dicho.

Tocó la pantalla del teléfono y me lo pasó.

—Échales un vistazo.

Lo cogí. Una mujer me devolvió la mirada. Miré a Nick con el ceño fruncido.

—¿Qué es esto?

—Sigue pasando —indicó.

Bajé la vista hacia su teléfono y deslicé el dedo a la izquierda para pasar a la siguiente foto. Y luego a la siguiente. Mientras las ojeaba, comencé a ver un patrón. Todas eran mujeres de pelo largo y oscuro, piel morena, labios carnosos y ojos marrones. Mujeres muy parecidas a mí.

Nick se ajustó los puños de la chaqueta.

—En las fotos no se aprecia, pero todas miden más de uno setenta.

—¿Son… las víctimas de Redding?

Nick me miró a los ojos.

—Sí. No podemos probar todos los casos. Ha mejorado mucho en lo suyo desde que salió del Ejército, pero cotejé los lugares que sabíamos que rondaba con los casos de violaciones sin resolver de mujeres que encajaban en su perfil y resulta que él estaba a poca distancia en coche de todas y cada una de ellas.

Sentí como si el suelo se hundiera bajo mis pies. Recordé el momento en el que Redding me vio por primera vez, en Magnolia Hills, y la vaga sensación de que parecía estar comparando mis rasgos con algún tipo de base de datos interna. Así fue. Esas eran las segundas intenciones de Redding. Había accedido a reunirse conmigo porque quería sondear su próxima violación. No solo encajaba en su perfil, sino que salía con un hombre cercano a Daniel King. ¿Qué mejor manera de reírse de él, de que se sintiera acosado, que violando a una mujer que la gente consideraba que estaba bajo la protección de Daniel y los Reyes?

Me invadió una oleada de náuseas al recordar cómo me miró Redding en la comisaría. Aquella sonrisa enfermiza. Y ahí, en la cafetería, la ardiente intensidad de su mirada.

Mientras le devolvía el teléfono a Nick, me temblaban los dedos.

—Por eso no dijiste nada de qué pasaría si los Jokers hablaban con Redding en lugar de matarlo.

Nick asintió, guardándose el móvil en el bolsillo.

—Sabía que no tendrían oportunidad de hacerlo. En cuanto me di cuenta de que encajabas en su perfil, no quise correr el riesgo de que se les escapara y viniera a por ti.

—¿Tienes suficiente para retenerlo o debería preocuparme que al final se te escape *a ti*?

—Tengo suficiente para retenerlo durante mucho mucho tiempo —aseguró—. La doctora Perez se ha despertado hace una hora.

Por fin una buena noticia.

—Gracias a Dios.

—Fue Redding quien le dio la paliza.

La rabia anegó mi alivio.

—Puto cabrón de mierda. Por favor, dime que no… —Como le había ocurrido a Beth en el bar la otra noche, no me atreví a decirlo.

—No la agredió sexualmente.

Los hombros se me destensaron un poco. Menos mal que existían esos pequeños milagros.

—¿Cómo se le ocurrió que podría irse de rositas?

Nick negó con la cabeza.

—Creo que no esperaba que la doctora sobreviviera. Sufrió muchas lesiones. En cuanto al resto… —Se encogió de hombros—. Los sociópatas tienden a ser más descuidados cuanto más tiempo llevan en activo. Se les dispara el ego. Cuanto más se salen con la suya, más se convencen de que nunca los atraparán. Son demasiado listos para nosotros, los necios agentes de la ley. Súmale que

algunos familiares suyos en puestos de poder le echaron una mano. Cuando lo he arrestado, ha bromeado con que los cargos nunca duraban mucho tiempo.

—Gracias a su tío, el representante estatal.

—Y a otro que es juez federal —añadió Nick.

Me lo quedé mirando.

—¿En serio?

Él asintió con una mueca. Redding era más capullo y elitista de lo que había intuido.

—Por favor, dime que tienes pruebas de que lo han estado encubriendo —dije.

—Todavía no, pero las tendremos para cuando Redding vaya a juicio por lo que le hizo a la doctora Perez.

Parecía tan seguro de sí mismo que estuve a punto de creerlo.

—Y ahora, ¿qué? —pregunté.

Volvió a sacarse algo del bolsillo y lo deslizó hacia mí. Era una memoria USB.

—Todas las fotos que necesitas están ahí. Puede que no consigas eliminar a Redding, pero, en cuanto los Jokers lo vean conmigo, se largarán de Magnolia.

—Gracias —dije—. Encontraré la manera de hacérselas llegar.

Sonrió.

—Seguro que el padre de tu novio sabrá cómo.

Mierda. Todos estaban enterados de todo menos yo. ¿Por qué coño me había metido en aquello?

A Nick se le borró la sonrisa. Mi estúpida y expresiva cara debía de haberme delatado.

—No te lo tomes como algo personal, Skywalker. Llevamos años vigilándonos mutuamente. Conocer los movimientos del otro jugador es parte de nuestro trabajo. —Me echó una mirada antes de continuar—. Cuando todo se calme, quizá quieras dar un paso atrás y tomarte un respiro para pensar si de verdad quieres meterte en este mundo. No estás tan dentro como para no poder salir.

El «todavía» del principio de la frase quedaba claramente implícito. Cuanto más tiempo pasara rodeada de aquella gente, más cómplice me volvería, más mierdas vería y más difícil me resultaría salir de ahí. Nick tenía razón. Esa semana todo había sucedido muy rápido. Era como en la peli *Speed*, y Jakob y yo éramos Keanu y Sandra. Nos habíamos visto obligados a estar juntos. El peligro nos había obligado a crear un vínculo rápido para trabajar por un objetivo común, con la sombra del desastre acechando a cada paso. En el Ejército aprendí lo mucho que unían a la gente esas situaciones. Si a eso le añadíamos nuestra química, estaba claro que iba a enamorarme de él rápidamente y a lo bestia. Una vez que pasara la amenaza de la destrucción inminente, ¿qué quedaría? ¿Estaba dispuesta a seguir adelante para averiguarlo?

—Piénsatelo —concluyó Nick, levantándose de su asiento para marcharse.

Asentí con la cabeza, mirando por la ventana, recordando la locura de los últimos días. Tanto estrés había causado estragos en mi cuerpo. Me dolía todo, no solo la pierna. Tenía el cerebro embotado. Ya no estaba segura de nada y una extraña clase de desconexión se estaba apoderando de mi psique. El miedo anticipatorio se aferraba a lo más recóndito de mi mente. ¿Qué sería lo próximo? ¿A quién más había subestimado? ¿Cuando saliera de esa cafetería descubriría

que Jakob llevaba todo ese tiempo trabajando con su padre? ¿O que Daniel no se había ido a Georgia, sino que se había quedado para desatar la Tercera Guerra Mundial? Si había aprendido algo desde que me había metido en aquello era que se me daba fatal anticipar el siguiente giro en el camino.

Nick se detuvo a mi lado y me puso la mano en el hombro.

—¿Estás bien?

Negué con la cabeza.

—No. Pero ya me conoces, saldré adelante.

Me dio un apretón y me soltó. Luego se fue.

Yo debería hacer lo mismo. No quería estar ahí cuando los empleados de la cafetería volvieran y se preguntaran qué coño había pasado después de que Nick les hubiera ordenado marcharse. Estaba tan fuera de mí que era capaz de decir la verdad.

Empujé la silla hacia atrás y me levanté. Al salir, el calor me golpeó en la cara y acabé empapada en sudor al instante. Tenía que llamar a Jakob.

Contestó al primer tono.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

El mero hecho de que me lo preguntara significaba que todavía debía de importarle un poco. Eso podría haberme dado esperanzas si no hubiera estado tan hecha polvo. ¿De verdad quería que hubiera esperanza? ¿O era mejor que simplemente me alejara? Dios mío, no quería, pero sentía que quizá no tenía más remedio si pretendía aclarar las ideas, al menos durante un tiempo.

—Estoy bien —respondí.

Oí su brusca exhalación a través del teléfono. Sí, le importaba. Tal vez más de lo que debería.

—Tenías razón sobre lo de que Nick me estaba ocultando cosas —anuncié—. Cuando he vuelto, en la cafetería no había nadie. Había detenido a Redding.

—¿Qué? —soltó Jakob.

Lo puse al corriente de todo mientras volvía a mi coche, empezando por que la doctora Perez estaba consciente, y de ahí hacia atrás. Tuve que apartarme el móvil de la oreja cuando llegué a la parte en la que Nick me había mostrado a las víctimas de Redding.

—¿QUÉ QUIERES DECIR CON QUE ENCAJAS EN SU PERFIL?

—¿Puedes dejar de gritar? Me va a sangrar el oído.

Bajó la voz.

—¿Dónde lo tienen?

Me entró un escalofrío a pesar del calor. Tal vez era mejor que gritara que esa aterradora calma en la que había caído. Era como estar de nuevo en la comisaría, cuando, como quien no quiera la cosa, mencionó que asaltaría una instalación del Gobierno para dar conmigo. No podía ayudarlo a descubrir dónde estaba Redding. Solo conseguiría que lo mataran.

—No sé dónde lo tienen y, aunque lo supiera, no te lo diría.

—Llama a Nick. Averígualo.

—No, psicópata. No voy a colaborar en tu intento de suicidio.

Su voz se convirtió en un murmullo grave y relajado.

—Tienes que dejar de subestimar de lo que soy capaz.

Casi me doy una palmada en la frente. Madre mía, ¿no era *justamente* eso lo que acababa de decirme a mí misma?

—Tienes razón —contesté—. Tengo de dejar de hacer eso. A propósito, ¿cómo sabías lo de Nick?

—Les eché un vistazo a tus amigos de Facebook e investigué un poco a todos los que habían estado en el ejército o en algún cuerpo de seguridad.

—Sí, pero ¿cómo sabías que me había acostado con él?

—El mundo es un pañuelo. Aún tengo amigos en activo y les hice las preguntas adecuadas a las personas adecuadas.

—Pero no sabías que me había pedido que trabajara para él…

Jakob suspiró.

—No, pero lo supuse.

—Y aun así me dejaste entrar en el Charley's. ¿Por qué? ¿Para darme una lección y usarme de ejemplo?

Se rio con ironía.

—No estoy tan mal de la cabeza. Te dejé entrar en el Charley's porque vi cómo interactuabas con los miembros del club. No parecía que fueras a delatarnos, así que seguí mi instinto.

—Tienes buen instinto —afirmé en referencia a las palabras que su padre había pronunciado la otra noche.

—Pero ningún mérito. Si te dejé entrar fue, en buena parte, porque me gustabas.

—¿Te gustaba? —pregunté. Podría haber dicho «porque quería acostarme contigo», pero no lo hizo. Su elección de palabras denotaba que sentía algo por mí desde mucho antes de que yo lo sintiera por él, y que ya al principio para él aquello era más que sexo.

—Sí, me gustabas. —Lo soltó como si fuera una confesión que no quería hacer.

Casi sonreí. Sentí que mi lado más retorcido se ponía en alerta.

—Oooh, estabas colado por mí y tardaste tres meses en reunir el valor para pedirme salir.

—Para.

—Es adorable, Jakob. Sabía que por dentro eras un blando.

—Si te prometo amorrarme bien al pilón cuando volvamos, ¿te callas?

—No. Vas a tener que vivir con esto —aseguré—. ¿Algo más que quieras confesar, ya que estamos?

—Tus padres vinieron al pueblo hace como un mes.

No estaba preparada para oír eso, así que me tropecé con mis propios pies y casi me caigo de morros en la acera.

—*¿Qué?*

—Los largué antes de que volvieran a joderos la vida a tu abuela y a ti.

Santo Dios.

—Vale. Ya basta. No sé cuántos giros argumentales más sería capaz de soportar.

Se rio. Con ganas.

—¿Cómo sabías que iban a jodernos la vida? —pregunté, sin poder evitarlo.

—Vi sus antecedentes penales. Y las denuncias de protección de menores.

—Ah —dije con un hilo de voz mientras pensaba en aquella simpática señora de los servicios sociales que me preguntó, a mis cuatro años, dónde me había dado el puñetazo mi madre.

—Parecía que te iba bastante bien y sé de primera mano que los padres pueden destrozarte la vida. —Obviamente, se refería a Liam.

—¿Por qué lo aguantas? —pregunté.

—Porque es mejor tenerlo cerca para saber en qué anda metido. Si rompo el vínculo, podría perder la cabeza. Y no vería venir su siguiente manipulación.

Bueno, eso lo explicaba todo. Me sentía estúpida por haberlo visto como una víctima de su padre.

—Y por mi madre —añadió con tono más suave.

—Entiendo —respondí; yo también querría quedarme cerca de Jennifer si fuera mi madre.

Permanecimos en silencio mientras yo caminaba hacia el coche. Quería decirle y preguntarle de todo, pero no encontraba las palabras. Una cosa era estar de acuerdo con Nick en que tenía que dar un paso atrás, y otra muy distinta, mantener esa postura cuando hablaba con Jakob. Sentía que se me escapaba la determinación. El murmullo grave de su voz me traía demasiados recuerdos: las deliciosas amenazas sexuales que me susurró al oído nuestra primera noche juntos; la discusión a gritos fuera de Magnolia; su sonrisa demente cuando me preguntó si su psicopatía me ponía como una moto… Por todo eso quería quedarme un poco más con él para ver qué pasaba a continuación.

Bueno, por eso y por la atracción física que ese hombre parecía ejercer sobre mí. Ya volvía a estar al límite, sin ninguna vía de escape por la que descargar todo mi miedo, mi ira y mi ansiedad, y necesitaba una nueva dosis de vida. Necesitaba regodearme en el hecho de que Redding no me había pillado. Desnudar a Jakob y recorrer sus espectaculares músculos con la lengua me parecía una buena manera de conseguirlo.

Pero ¿era saludable? En el Ejército había tomado un par de cursos de tácticas psicológicas. Sabía lo suficiente sobre psicología humana

para comprender que todos anhelábamos lo desconocido. Por eso había tanta gente enganchada a las redes sociales. Más que un concurso de popularidad, eran una manipulación mental. ¿Qué nos íbamos a encontrar cuando iniciáramos sesión? ¿Diez «me gusta»? ¿Veinte? ¿O ninguno? El miedo a lo desconocido nos hacía volver una y otra vez, y nos provocaba unos picos de endorfinas que nos estaban convirtiendo a todos en adictos a marchas forzadas. Y por ese mismo motivo había mujeres que se sentían atraídas por capullos inestables: no es que les gustara que las trataran como basura, sino que eran incapaces de resistir la fascinación por lo desconocido.

¿Era eso lo que había entre Jakob y yo? Él no me trataba como basura, pero, sin duda, era impredecible.

Llegué a mi coche, me detuve y respiré profundamente, fortaleciendo mi voluntad. Necesitaba dar un paso atrás. Necesitaba, como mínimo, un par de días sin estrés para desconectar de toda esa locura y dar rienda suelta a todos mis sentimientos. Solo con la mente despejada podría saber qué sentía por Jakob en realidad, y en esos momentos mi mente distaba mucho de estar despejada.

—Estoy en mi coche —le dije—. Supongo que quieres que nos quedemos para seguirme hasta la casa de tus padres, ¿no?

—Sí, pero primero quiero que pases por donde he aparcado para asegurarme de que los federales no te estén siguiendo.

—Buena idea —respondí.

Después de todo lo que había pasado ese día, no creía que volviera a confiar en nadie jamás, así que, por una vez, me alegré de que él fuera tres pasos por delante.

Me subí al coche y seguí las indicaciones de Jakob, que aún no había dejado de rastrearme por GPS.

—Toma la siguiente carretera a la izquierda —señaló.

Giré según sus instrucciones.

—Estoy en la zona de aparcamiento que tienes a la derecha. Cuando llegues al final de la calle, gira a la izquierda y luego da la vuelta.

Levanté la mano y lo saludé al pasar.

—Hola —dijo—. Me alegro de que estés bien.

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Yo también me alegro de estar bien —respondí sin saber por qué le estaba mintiendo.

No estaba bien. No estaba bien en absoluto.

24

Colgamos el teléfono en cuanto establecimos que no me estaban siguiendo. Jakob conducía la furgoneta con micrófonos, sin duda para que su padre pudiera rastrearnos a los dos, y yo no dejaba de imaginarme a Liam inclinado sobre la pantalla de un teléfono mirando nuestros puntitos del GPS rebotando por todo Hermannsburg como en un juego de arcade de los de antes.

En cuanto Jakob me dio luz verde, me metí en la autopista. Nada más incorporarme, se puso detrás de mí y, a partir de entonces, lo llevé pegado a mi parachoques como una lapa. ¿Qué pensaba que iba a hacer? ¿Poner mi coche de mierda al límite, que, en un día bueno, podía ser de unos cien kilómetros por hora, e intentar despistarlo? Improbable. Además, la nana seguía con sus padres.

De vez en cuando, echaba un vistazo por el retrovisor y me encontraba con el pétreo semblante de Jakob. Antes de colgar el teléfono se había mostrado borde, rozando el mal genio, y en ese momento, con su cara de «que te jodan» en todo su esplendor, me di cuenta de lo *poco* que se la había visto esos últimos días.

Tal vez no fuera la única que necesitaba un respiro. Aunque antes me hubiera parecido que Jakob estaba dispuesto a darme una oportunidad, él también debería tomarse un tiempo de reflexión. Mi traición había sido descomunal. Imperdonable, para muchos. Yo

sabía lo mal que estaba llevar allí a los federales, y aun así lo había hecho. Vale, había tomado la decisión porque quería protegerlos a todos, pero mis intenciones eran lo de menos. Las de Liam también eran buenas y mira cómo había acabado todo el mundo.

Me mordí el labio mientras conducía, preguntándome las consecuencias de mis acciones. Nick sabía con quién me acostaba y tenía la sensación de que no iba a ser la última vez que viera a mi viejo amigo. Una cosa era que supiera de mi trabajo en uno de los locales del club, y otra muy distinta, que se enterara de hasta qué punto estaba involucrada en los asuntos de los Reyes.

Volví a mirar por el retrovisor. Jakob sujetaba el móvil contra la oreja, esperaba que poniendo al corriente de todo a su padre para que no tuviera que hacerlo yo. Ese día ya había tenido suficientes emociones y no me apetecía revivir cada uno de los momentos humillantes mientras explicaba que había subestimado a todo el mundo y malinterpretado gran parte de las situaciones.

Al ver a Jakob al teléfono, recordé que yo también tenía que hacer algunas llamadas. La primera, a la mujer de Charley, Lisa. Ella era la encargada de organizar los turnos en el bar y necesitaba pedirle la noche libre. Me preparé para mantener una conversación de lo más frustrante. Normalmente era igual de estricta que su marido, pero contestó al teléfono con tono amable.

—Hola, cariño —saludó—. ¿Cómo lo llevas?

—Bien, gracias. ¿Qué tal tú?

—No me puedo quejar. ¿Cómo está tu abuela?

Fruncí el ceño hacia la carretera que tenía delante, preguntándome quién le habría contado lo de la nana, antes de recordar lo cotillas que eran los Reyes. El otro día coincidimos con

varios de ellos en la residencia de ancianos. A esas alturas, el rumor de lo que había ocurrido ya debía de haberse propagado por todo el club, exagerado en cada nueva versión hasta acabar convirtiendo a Jakob en un caballero andante que habría acudido en mi rescate y a mí en su damisela en apuros. En la historia que ella había oído, seguramente él derrotaba a los Jokers sin ayuda de nadie bajo una tormenta de balas, y luego me cargaba sobre su hombro y conducía hacia el atardecer como el conquistador que todos creían que era.

—Mi abuela está bien. Gracias por preguntar —respondí—. Oye, te llamo porque necesito tomarme la noche libre. Sé que te lo estoy diciendo a última hora, y lo sien…

—Hecho —contestó.

Parpadeé.

—Ah, vale.

—Jakob ha llamado esta mañana y ha dicho que quizá necesitaras unos días libres. No te he puesto ningún turno hasta el viernes. ¿Te va bien o necesitas más tiempo?

Vaya, estaba siendo muy maja. ¿Qué coño le había dicho Jakob? ¿O acaso se mostraba tan servicial precisamente porque era él quien se lo había pedido? En cualquier caso, lo tenía claro: a caballo regalado…

—Me va bien —me apresuré a decir—. Gracias, Lisa. Te lo agradezco.

—No hay problema, cariño.

Nos despedimos y colgamos el teléfono. Tener libre hasta el viernes era una maravilla. Me daría tiempo a ver qué podía salvar de mi apartamento, a encontrar otro sitio en el que vivir y a volver a instalar a la nana en Magnolia. Mientras tanto, podría llevarla al

norte, a la pequeña granja que tenía su hermana Iliza a las afueras de Austin. Hacía tiempo que no la visitaban y la última vez que hablé con ella me dijo que allí siempre seríamos bienvenidas.

La llamé y, efectivamente, estaba encantada de que nos quedáramos con ellos.

Después de colgar, se me destensaron los hombros. La granja de Iliza y su marido Fred era un trocito de cielo en los campos de Texas, y no se me ocurría un lugar mejor para tomar distancia, relajarme y aclarar las ideas. No podía quedarme con los Larson ni una noche más. Para empezar, acabaría acostándome otra vez con Jakob, y ya tenía bastante lío en la cabeza como para añadir además una dosis de hormonas borrachas de sexo. En segundo lugar, lo más seguro era que Liam ya hubiera decidido echarme de casa igualmente. Si no por lo que había hecho, sin duda por la conversación que pensaba mantener con él.

Me pasé el resto del trayecto ensayando qué decir. Quería causar el mayor impacto posible sin dejar que la conversación descarrilara. Por muy tentador que fuera entregarse a una pelea imaginaria a gritos donde yo terminaba dándole una patada en tijera a Liam en la garganta, era consciente de lo inútil que sería. Además de insano. Y, pensándolo bien, ese hombre medía como su hijo, así que no estaba segura de poder saltar tan alto para patearle el cuello. Sin coger carrerilla, quiero decir, pero entonces me vería venir a un kilómetro de distancia.

Tenía que inspirarme en Katherine Jenkins. Su calma inalterable durante la charla en comisaría era algo a lo que aspirar. Si lograba mantener la compostura y decía todas las cosas que Liam necesitaba oír, quizá podría detener una guerra civil y evitar la destrucción de

una relación. Para mis padres y para mí ya era demasiado tarde, pero había visto de primera mano lo mucho que Liam quería a Jakob y creía que quizá él aún estuviera a tiempo de arreglar lo que se había roto entre ellos.

Cuando aparqué en la entrada de los Larson estaba…, bueno, no sé si calmada, pero sí centrada en lo que tenía que hacer. Jakob se detuvo a mi lado y salió de la furgoneta antes incluso de que yo me desabrochara el cinturón de seguridad. Por su forma de acercarse hacia mi coche, con paso firme, supe que seguía enfadado. En lugar de salir, sostuve su agria mirada mientras reclinaba lentamente el asiento, desapareciendo de su vista.

Apenas llegué a ver la exasperación apoderándose de sus rasgos antes de acabar tumbada en el asiento, sin ningún sitio adonde ir.

—Sal del coche, Krista —gruñó con la voz amortiguada al otro lado de la ventanilla.

—No. ¡Llevas la cara de dar miedo! —le grité.

Él apoyó la frente contra el cristal y se me quedó mirando.

—Esta no es mi cara de dar miedo. Es mi cara de preocupación.

—¿Me prometes que no vas a asesinarme brutalmente? —pregunté.

Su mirada indicaba que estaba tentado a hacerlo.

—No. Deja de comportarte como una cría y sal del coche.

Le saqué la lengua.

Él cerró los ojos, como si estuviera rogando paciencia.

Sabía que estaba siendo infantil, pero era la única forma que se me ocurría de aliviar la tensión del momento. La única que no implicaba desnudarnos, al menos.

—Krista —dijo Jakob empañando mi ventanilla con el aliento.

Me armé de valor y pulsé el botón de desbloqueo. Él tiró de la puerta en cuanto oyó el clic y, antes de que me diera cuenta, me vi fuera del coche bajo el calor y con la espalda pegada a la ardiente puerta de atrás mientras Jakob me oprimía. Abrí la boca para decirle que esperara un segundo, pero me calló con un beso apasionado. Me clavó los dedos en el cuero cabelludo mientras me sujetaba la cabeza con sus enormes manos. Me dio una patada en el pie bueno para abrirme las piernas lo suficiente para encajarse, acortando la distancia que nos separaba. Había pasión, sí, pero sentí algo más en su abrazo. Era como si necesitara meterse en mi espacio para asegurarse de que yo seguía ahí. De que estaba a salvo.

Me embistió con la lengua y gemí, dejándome llevar durante incontables minutos. Se apartó lo justo para mordisquearme la comisura de la boca antes de cogerme el labio con los dientes. Después volvió a la carga, entrelazando la lengua con la mía y echándome la cabeza hacia atrás con ímpetu para conseguir un mejor ángulo.

Espera, ¿qué estaba haciendo? Necesitaba espacio. «¡Espacio, Krista! ¿Recuerdas?». Pero mis malditas manos tenían voluntad propia y, en lugar de empujarlo, lo agarré por la camiseta y lo atraje hacia mí.

—Joder, no vuelvas a hacerme eso nunca más —jadeó contra mis labios.

—De acuerdo —respondí.

—Lo digo en serio. Para que esto funcione, tienes que ser tan sincera conmigo como quieres que yo lo sea contigo.

Hice un gesto vacilante.

Se apartó lo justo para mirarme.

—Ahora es tu cara la que da miedo.

—Ah, ¿sí? —No sentía que le estuviera poniendo cara de «que te jodan», sino más bien que estaba al borde del llanto.

Asintió.

—Dilo.

—¿El qué?

—Eso que me hace sentir que estás a punto de marcharte.

Dios mío, él pensaba que estaba a punto de irme, por eso se había asustado al ver mi cara. «Ay, Jakob…». Justo cuando me había armado de valor para hacer lo que consideraba mejor para los dos, va él y vuelve a ponerse cariñoso.

—Es que voy a marcharme —le dije.

Se le endureció la mirada y su característica expresión intratable se le extendió por las facciones.

Me apresuré a hablar antes de que dijera nada.

—Unos días, al menos. Necesito un respiro, tiempo para pensar, y al parecer soy incapaz de hacerlo cuando estoy contigo.

—¿Y eso no te lo dice todo? —preguntó—. Tienes buen instinto y él no quiere que te vayas. Confía en él.

Me reí con amargura.

—Ahora mismo no puedo confiar en mí misma. Me he equivocado en todo estos últimos días, así que, evidentemente, mi instinto no es tan bueno como tú te empeñas en decir.

—Sí que lo es. Lo que pasa es que solo te ha llegado parte de la información y has estado tomando decisiones basándote en lo poco que te hemos contado. No es culpa tuya no haberte enterado de nada la mitad de las veces.

Negué con la cabeza.

—No es solo eso. No es solo por nosotros. Llevo todo este tiempo en un estado constante de hipervigilancia, sintiéndome al borde del peligro, y necesito descansar de tanto estrés.

Se echó hacia atrás, sonriendo con aire burlón.

—¿En serio?

—¿Qué? Sí, claro.

Afiló la sonrisa.

—He estado observándote. Puedes decirte a ti misma lo que quieras, pero fuiste tú la que quiso meterse en esto. Fuiste tú la que se ofreció a ayudar, a formar parte de la venganza contra los Jokers. —Volvió a inclinarse, me rozó la oreja con los labios y, con la voz peligrosamente grave, añadió—: Y has disfrutado cada segundo. Así que no hagas como si no te sintieras más viva que nunca desde que dejaste de volar.

Me quedé inmóvil, acorralada por él. *Hostia* puta. Esa sí que era una verdad incómoda que no quería oír. Por muy estresada y asustada que estuviera, por mucho que me preocuparan la nana, yo misma y todo el pueblo de Kearny, me sentía como… mi yo de antes. Como la Krista que sacaba medio cuerpo fuera de la puerta abierta de la plataforma, a trescientos metros del suelo, riéndose contra el viento que nos azotaba mientras sobrevolábamos el campo de batalla.

Pero ¿quería ser ella? ¿Me sentía tan saturada como para renunciar a la poca luz a la que me había estado aferrando? ¿Como para descender con Jakob hacia las tinieblas y deleitarme en las sórdidas entrañas de la sociedad? No lo sabía. Él estaba muy cerca. Igual que yo de él, de todo aquello, y su revelación no hacía más que confirmar que debía poner distancia de por medio.

—Si habéis acabado de fornicar en mi entrada, ¡moved el culo y entrad! —gritó Liam detrás de nosotros.

Eché un vistazo por un costado de Jakob y lo vi plantado junto a la puerta principal, con los brazos cruzados sobre su amplio pecho y el semblante nublado.

Miré a su hijo.

—Por favor, dime que se lo has contado todo de camino aquí.

Jakob asintió y dio un paso atrás, ignorando a su amenazante padre, con los ojos clavados en mí.

—Lo nuestro no ha acabado.

—No digo que haya acabado. Digo que necesito un par de días.

Tensó la mandíbula. Sin decir nada más, giró sobre los talones y entró en la casa a zancadas.

Saqué mis cosas del coche y, unos minutos más tarde, lo seguí. Liam bloqueaba la puerta. No había ni rastro de Jakob.

—¿Adónde ha ido? —pregunté.

Él me miró con la misma atención inquebrantable que su hijo.

—Al sótano, supongo, a darle una paliza a un saco de boxeo.

—Bien. Tú y yo tenemos que hablar.

Extendió una mano. Por la cara que tenía, estaba tan enfadado conmigo como yo con él.

—Primero dame la memoria USB.

La saqué del bolso y se la entregué.

Se volvió hacia la casa en dirección a su despacho trasero. Lo seguí, pero me detuve unos segundos a charlar con la nana y Jennifer, que jugaban a las cartas en el salón.

—¿Cómo va? —pregunté.

Jennifer resopló.

—Me está destrozando.

Crucé una mirada con mi abuela por encima de su cabeza y sonreí.

—Ya te dije que era una pájara.

La nana me devolvió la sonrisa.

—¿Quieres jugar?

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—Iliza nos ha invitado a quedarnos con ella y con Fred unos días.

A la nana se le iluminó la cara.

—¿De verdad?

Asentí.

—¿Recoges tus cosas? Quiero salir pronto para llegar a tiempo para la cena.

—En cuanto terminemos esta mano —dijo la nana.

Jennifer soltó un gruñido quejumbroso y tiró su siguiente carta. Por el brillo hambriento que reflejaban los ojos de mi abuela, estaba a punto de acabar con ella.

Liam estaba en su escritorio cuando entré en el despacho. Miraba la pantalla de ordenador que tenía delante, con unas gafas apoyadas en la nariz. La imagen me recordó que, al fin y al cabo, era un ser humano que envejecía y erraba, como el resto de nosotros. La nana y Jennifer estaban en la habitación de al lado; Jakob, abajo, gritando a poca distancia. No debía temer a Liam. Su única forma de lastimarme eran las palabras, y la experiencia me decía que la gente solo te hacía daño si tú se lo permitías. Lo bueno era que su opinión no me importaba tanto como para que me molestara lo que pensara de mí y, mientras me centraba en esa idea, comencé a prepararme para entrar en guerra con él.

—Ya está —dijo cerrando el portátil. Dejó las gafas a un lado y se volvió hacia mí—. Le he enviado las fotos a Mike. Él se las pasará a los Jokers. Deberían abandonar Magnolia en unas horas.

—Bien. Gracias —respondí, porque no pasa nada por ser educada.

—Lo que has hecho… —dijo Liam.

Lo interrumpí.

—No.

Frunció el ceño.

—¿Perdona?

—No —repetí—. No tienes derecho a sentarte ahí y juzgarme. Y menos después de toda la mierda por la que nos has hecho pasar a Jakob, a mi abuela, a tu mujer, a mí y sabe Dios a cuántas personas más.

—Escúchame bien… —intervino, iracundo.

—No —proferí con voz tranquila pero firme. Y luego, igual de calmada, dije—: Vas a perder a tu hijo.

Parpadeó. Lo había pillado desprevenido. Perfecto.

—No me hablo con mis padres —expliqué—. Son unas personas horribles y estoy mucho mejor sin ellos en mi vida. Jakob está a un paso de sentir lo mismo por ti. Lo sé bien. Reconozco las señales de alerta.

—La relación que tenga con mi hijo no es asunto tuyo —espetó Liam.

Me encogí de hombros, ya lejos de que me importara lo más mínimo. Ni siquiera su tono enfadado lograba sacarme de quicio. Me habían pasado demasiadas cosas e iba a decir lo que tenía que decir antes de largarme de allí.

—Tal vez no, pero ahora sí es asunto mío, porque nadie más va a decirte esto y necesitas oírlo. La relación que tienes con tu hijo es una cagada tras otra. Jakob no me trajo aquí para que conociera a la familia. No quería presumir de novia ni ver si su padre la aprobaba, porque a él le importa una mierda lo que hagas o dejes de hacer. Me trajo aquí porque sabía que lo estabas manipulando y él quería devolvértela siguiéndote el juego. No vino aquí para pasar tiempo contigo, sino para espiarte. Que te quede claro. Y, ya que estamos, me dijo que la única razón por la que aún tiene algo que ver contigo es que quiere ver venir la siguiente manipulación.

Liam se puso de pie y apuntaló los nudillos en el escritorio.

—¿Cómo te atreves a hablarme de mi propio hijo como si no supiera nada de él? ¿Quién coño te crees que eres? —preguntó con una voz más parecida a un gruñido. Me recorrió con ojos desdeñosos—. Acabas de conocerlo. El mes que viene se estará follando a otra.

Me tragué la virulenta respuesta que se me había subido a la lengua y me obligué a mantener la calma.

—Puede —repliqué—. Pero he pasado tiempo de sobra con Jakob y conozco sus dos facetas. He visto su cara pública, pero también lo he visto relajarse cuando está rodeado de gente en quien confía. Se ríe. Hace bromas. A veces hasta deja de fruncir el ceño. —Apuntalé los nudillos al otro lado del escritorio de Liam y me incliné hacia delante, negándome a sentirme intimidada—. Dime, Liam, ¿cuándo te sonrió tu hijo por última vez?

Abrió la boca, pero no dijo nada. Dudaba que, aparte de su familia, nadie le hubiera hablado así en los últimos tiempos, y el hombre no sabía cómo reaccionar. Jennifer tenía razón: el poder se

le había subido a la cabeza. La gente hacía lo que él decía sin cuestionarle nada y, si alguien viraba a la derecha cuando él le había dicho que virara a la izquierda, no era capaz de encajar el golpe y adaptarse. Mi lado sádico aullaba de júbilo al ver que mis golpes estaban dando en el blanco. Que estaba abriéndole los ojos. Pero lo que más me alegraba era saber que le estaba haciendo daño, igual que él a mí.

—No es demasiado tarde —señalé—, pero por poco tiempo. Tienes que dejar atrás lo de Daniel.

Al oír ese nombre, Liam puso mala cara.

—Créeme, lo entiendo —proseguí. Dios, vaya si lo entendía—. He hablado con él menos de cinco veces y todas y cada una de ellas ha dicho o hecho algo que me ha dado ganas de partirle la boca. He visto cómo trata a tu hijo y no me gusta. Me imagino que, a estas alturas, tú ya has visto suficiente como para odiar de por vida a ese cabrón adulador. Pero ese hombre no es problema tuyo, sino de tu hijo y de los Reyes. Deja que ellos se encarguen. A nadie le va a parecer bien que te entrometas, y menos aún a Jakob. ¿Te has parado a pensar que, cada vez que te involucras, lo dejas de débil?

Liam parpadeó.

Seguí insistiendo.

—Como si no fuera capaz de resolver sus problemas sin la ayuda de papá.

—Eso no es lo que estoy haciendo —aseguró Liam, pero por el tono de sus palabras supe que ya no se creía sus propias gilipolleces.

—Es justo lo que estás haciendo —razoné—. Y, si sigues por ahí, presionando a Jakob para que adopte un rol que no desea, acabarás

perdiéndolo.

Liam se me quedó mirando como si intentara prenderme fuego con los ojos.

—¿Algo más? —farfulló.

Ya le había dicho todo lo que necesitaba decirle, pero, después de haber conseguido soltarle todo aquello sin perder los nervios, *todavía* me quedaba una cosa.

—Sí: que te jodan por ordenarles a tus matones que me destrozaran el apartamento.

Se echó hacia atrás como si le hubiera pegado.

Continué hablando:

—Que te jodan por poner en peligro a personas inocentes como mi abuela. Y que te jodan por no tener ni la decencia de disculparte por ello.

Se irguió todo lo alto que era, flexionando las manos a los costados como si quisiera formar puños.

—Lárgate de mi casa.

—Voy tres pasos por delante de ti, gilipollas —le espeté mientras me daba la vuelta. Me detuve junto a la puerta—. Ah, y, antes de irme, voy a necesitar que me extiendas un cheque de diez mil dólares.

Dio un paso atrás, incrédulo.

—¿Que *qué*?

—Se han colado en mi apartamento, han destrozado todas mis cosas, me han dado un susto de muerte y cuando volví me sentí insegura. Así que ahora vas a pagar el primer mes, el último y la fianza de mi próximo piso; y la sustitución de todo lo que rompiste y

un poquito más para ayudarme a superar parte del trauma emocional que me has causado.

Resopló.

—¿Trauma emocional?

—Sí, trauma emocional —repetí sosteniendo su dura mirada—. Ten el cheque listo para cuando me vaya.

Sintiéndome como una gladiadora que acababa de sobrevivir a diez asaltos en la arena, giré triunfalmente sobre los talones y me marché con gesto airado.

Directa hacia Jennifer.

Estaba del otro lado de la puerta y, por su expresión, se notaba que había escuchado hasta la última barbaridad que le había soltado a su marido. Casi me encojo de miedo. Acababa de plantarle cara a un vikingo gigante e iracundo sin inmutarme, pero la idea de que esa mujer reprobara mi conducta me desarmaba. Porque, a diferencia de lo que ocurría con Liam, me importaba lo que ella pensara. Quería gustarle, pero seguramente me odiaba por lo que acababa de hacer. A ver, seguro que estaba cabreada con Liam, pero, al fin y al cabo, él era su marido. Yo quería golpear a Daniel por portarse mal con Jakob. Lo más probable era que Jennifer estuviera a punto de despellejarme viva por lo que acababa de hacerle pasar al hombre que ella amaba.

Se llevó un dedo a los labios, pidiéndome silencio, y señaló con la cabeza hacia la izquierda para que la siguiera por el pasillo. Obedecí arrastrando los pies, como una mujer que camina hacia el cadalso.

Se detuvo cuando llegamos a la cocina. Hice una mueca de dolor, a la espera de recibir su bofetada. Dios, me la había ganado. Entonces ella me atrapó entre los brazos.

—Gracias —dijo.

«¿Gracias?».

Con algo de retraso, le devolví el abrazo.

—Eh…, de nada, supongo.

Me soltó y dio un paso atrás.

—Liam necesitaba oírlo. Creo que hasta te ha escuchado.

—¿Estás segura de que no he empeorado las cosas?

Negó con la cabeza.

—El miedo a perder a Jakob era lo único que podía hacerlo reaccionar, y creo que tu comentario sobre el hecho de que nunca sonríe cuando está con él ha puesto las cosas en su lugar.

—¿No estás enfadada conmigo?

Me sonrió con tristeza.

—No me ha gustado cómo le has hablado, pero la cruda realidad es que alguien tenía que decírselo.

Asentí, con sensación de haber esquivado una bala.

—¿Dónde está mi abuela?

—Recogiendo sus cosas. ¿Estará bien con su hermana?

—Sí. Seguramente esté mejor allí. No te lo tomes a mal.

—Claro que no —respondió Jennifer—. Estoy segura de que todos los recuerdos que tiene de su hermana y su cuñado la ayudarán a estabilizarse. A mi madre le pasaba lo mismo. Siempre se encontraba mejor cuando nos visitaban familiares del viejo continente.

—Muchísimas gracias por cuidar de mi abuela estos días —declaré —. Me preocupaban muchas cosas, pero saber que ella estaba aquí contigo me ha ayudado más de lo que puedo expresar con palabras.

Jennifer esbozó una sonrisa.

—Bajo esa dura coraza hay una chica muy dulce. Como mi Jakob. Asegúrate de decirle adiós antes de irte.

—Lo haré.

—Y dale una oportunidad, ¿vale?

Le devolví la sonrisa.

—Me lo pensaré.

Jennifer se rio.

—Adelante, y tómate el tiempo que consideres necesario. —Lo dijo como si pensara que fuera tonta por necesitar tiempo para eso. Pasó junto a mí y avanzó por el pasillo hacia el despacho de Liam. Se detuvo y, con una mirada por encima del hombro, añadió—: Y no te preocupes. Me aseguraré de que te firme el cheque antes de irte.

—¡Te he oído! —gritó él.

Jennifer endureció el gesto mientras se daba la vuelta.

—¡Pues vas a oír cosas mucho peores!

Hui de sus voces elevadas bajando al sótano. Las escaleras terminaban en medio de un espacio diáfano. A un lado había un salón con sofás grandes, una televisión plana, una mesa de billar, un futbolín e incluso un pequeño bar en la esquina. El otro lado estaba ocupado por un gimnasio doméstico.

Jakob se había puesto unos pantalones cortos. Tenía los tatuajes que le cubrían la parte superior del cuerpo empapados de sudor y brillaban bajo las luces del techo mientras apalizaba un saco de boxeo. Aún no había advertido mi presencia, así que me quedé unos minutos observándolo. Los músculos de los brazos y la espalda se tensaban cada vez que asestaba un puñetazo, un gancho y luego un directo. Dio un paso atrás, creando distancia entre él y su oponente imaginario, y luego giró sobre el pie de apoyo y lanzó una patada

giratoria tan fuerte que podría haberle arrancado la cabeza a alguien.

Madre de Dios.

Tragué saliva para contener la oleada de lujuria. Debía de estar acercándome a las tinieblas por mi cuenta, porque estar ahí plantada mirándolo no me dio miedo. Tan solo deseaba ver el daño que podría hacerle a otro ser humano con todo ese entrenamiento y esa potencia.

Por supuesto, *entonces* fue cuando me vio y se dio la vuelta, y, por la brusquedad con la que contuvo el aliento, supe *con certeza* que se me había quedado cara de «fóllame en público».

Meneé la cabeza e intenté aclarar mis pensamientos. ¿Para qué había bajado allí? Ah, sí.

—La nana y yo nos vamos enseguida.

Jakob se quedó donde estaba, con el pecho agitado y el cuerpo lleno de sudor. Gracias a Dios. No respondería de mis actos si se acercaba.

—¿Adónde vais? —preguntó.

—A casa de mis tíos abuelos, cerca de Austin.

—¿Me enviarás la dirección por mensaje?

—¿No puedes simplemente seguir el rastreador GPS de mi coche?

Me miró a los ojos.

—Si no hay otra emergencia, no. Prefiero que me des la información tú misma.

Suspiré. No me lo ponía nada fácil con su puta decencia.

—Te la enviaré.

Asintió.

—¿Y me llamarás si ves algo raro o si te metes en líos?

—Viven en un pueblecito de ensueño en mitad de la nada. Dudo que me meta en líos.

Levantó las cejas.

—Con el historial que tienes, todo es posible.

Meneé la cabeza.

—No puedes evitar tocarme las narices.

Él me miró a través de las pestañas, con un brillo ardiente en los ojos.

—Me gusta tocarte las narices, ¿recuerdas?

Sí, claro que me acordaba. Le gustaba por cómo reaccionaba yo. Si me quedaba ahí abajo mucho tiempo, igual hasta me sacaba lo que quería. Qué difícil era sostenerle la mirada y no comérmelo con los ojos como la adolescente cachonda en la que me había convertido.

—Tienes dos semanas —dijo.

Mi confusión ayudó a despejar un poco la neblina que envolvía mis pensamientos.

—¿Dos semanas?

Dijo que sí con la cabeza y volvió a golpear el saco de boxeo. Torcí el gesto. Supongo que ya había terminado de hablar. ¿Tenía dos semanas hasta que pasara qué? Tal como lo había dicho, parecía que me estaba amenazando.

Supongo que debería haber tenido miedo.

Pero no fue así.

Madre de Dios, si casi estaba emocionada por descubrir qué iba a hacer cuando se cumplieran esas dos semanas.

25

—Odio los hospitales —masculló la nana junto a mí.

—¿Desde cuándo? —pregunté.

Hasta donde yo sabía, no había estado ingresada en ninguno. Tuvo a sus dos hijos en casa y el abuelo murió mientras dormía. La única vez que la recordaba en un hospital fue cuando yo… «Ah».

—Desde lo tuyo —dijo dándome un codazo en las costillas.

Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta e intenté hablar a pesar de él.

—Has sido tú la que ha querido venir conmigo.

—Ya lo sé. —Hizo una pausa y miró alrededor. El puesto de enfermería quedaba a nuestras espaldas. Los médicos y los celadores se movían con rapidez y eficiencia de un lado a otro del pasillo. Un hombre en bata se aferraba con todas sus fuerzas al portasueros mientras se arrastraba hacia nosotras. La abuela se inclinó hacia mí y bajó la voz—. Pero no sabía que iba a ser todo tan *hospitaloso*.

Debía de sentirse muy incómoda para llegar al punto de inventarse palabras.

Me enganché a su brazo y le di un tirón.

—Entonces, no perdamos más tiempo aquí fuera y vamos a ver a la doctora.

Nos dirigimos juntas hacia la puerta, ya familiar, situada a mitad de pasillo. La nana no se separaba de mí y parecía ligeramente mareada. Habían trasladado a la doctora Perez de la UCI unos días después de despertarse, y yo había empezado a ir a verla en cuanto el médico que la llevaba permitió las visitas.

Ese día había un latino alto y fornido con uniforme de guarda fuera de su habitación, y al verlo no pude evitar fruncir el ceño.

Alzó una mano para detenernos cuando nos acercamos.

—¿Nombres?

—Krista e Izzy Evans —le indiqué.

La nana me tiró del brazo.

—No me habías dicho que la estuvieran vigilando.

—Porque hasta ahora no era así —respondí.

Esa novedad me dejó preocupada. ¿Había pasado algo?

El guarda habló por el *walkie-talkie* que llevaba sujeto al hombro. Le respondieron que podíamos pasar, así que asintió y nos abrió la puerta.

—Gracias —contestamos la nana y yo al unísono.

Al entrar, vimos a la doctora Perez sentada en la cama. Mi abuela contuvo el aliento a mi lado. Ya la había avisado de lo que se iba a encontrar, pero aquella era mi cuarta visita y yo aún seguía estremeciéndome cuando posaba la vista sobre la doctora. Los colores púrpura, verde y amarillo intenso le marcaban la piel del rostro desde la mandíbula izquierda hasta el cuero cabelludo. Una hilera de hematomas le rodeaba el cuello, justo donde Redding había intentado estrangularla. Tenía la nariz hinchada y vendada con esparadrapo, y los ojos morados debido a la gravedad de la fractura. Llevaba media cabeza vendada, como si fuera una momia, para

cubrir las grapas que le sujetaban el cuero cabelludo. Tenía la pierna derecha rota, igual que el brazo izquierdo. Su postura era rígida porque tenía varias costillas fracturadas.

—Ay, María… —dijo la nana, dando un paso al frente.

La doctora Perez levantó la cabeza al oír su nombre. Estaba leyendo y sostenía el libro en alto con la mano que no tenía lesionada. Le eché un vistazo a la portada. Era una de esas novelas románticas antiguas, tan problemáticas como adictivas. Enseguida dejó el libro a un lado.

Me di cuenta de que lo colocó con la portada hacia abajo y sonreí.

—¿Qué estás leyendo, doctora?

Por su expresión avergonzada, deduje que sabía que la había pillado.

—Nada, un libro que me ha prestado una enfermera. —Arrastró un poco las palabras. Entre los medicamentos que le habían recetado y el dolor de mandíbula, aún le costaba hablar. Todavía no era capaz de sonreír, pero se le iluminaron los ojos al ver a mi abuela—. Izzy, me alegro de verte.

La nana se acercó y le dio un abrazo lleno de ternura.

—¿Cómo lo llevas?

—He estado mejor —afirmó la doctora Perez.

Me aseguré de cerrar bien la puerta detrás de mí antes de unirme a la nana, junto a la cama.

—¿Y ese guarda?

A la doctora Perez se le ensombrecieron los ojos.

—Redding ha pagado la fianza.

Un velo rojizo de rabia tiñó los márgenes de mi visión. La fianza se había fijado en medio millón de dólares. Era uno de los motivos por

los que Nick pensaba que podría retener a Redding. Supongo que al final no fue así.

—¿Cuándo? —gruñí.

—Hace unas horas —respondió ella—. La policía se lo comunicó a la administración de aquí y consideraron que la situación era bastante peligrosa, así que me han asignado protección las veinticuatro horas del día.

Nos miramos a los ojos unos segundos y entre nosotras fluyó un mundo de palabras no pronunciadas. Habíamos hablado mucho durante mis visitas —bueno, yo, al menos—, pero solo habíamos comentado de pasada lo que le había hecho Redding. Cada día la visitaba un buen terapeuta del hospital para ayudarla a superar el trauma, y yo no podía decirle nada de provecho. Todas mis palabras estaban impregnadas de mi deseo de ver muerto a ese hombre. Yo solo le habría podido dar un consejo: «Apuesto a que te sentirías mejor si lo mataras». Al final la había acabado ayudando de la única forma que podía: dedicando buena parte de nuestro tiempo a hablarle de mi propia convalecencia tras el accidente de avión; lo que me había funcionado, lo que no y lo que podía funcionarle a ella también.

—¿Estás bien? —le pregunté—. ¿Quieres que vea si puedo quedarme a dormir contigo esta noche?

Ya lo había hecho antes. El primer día que la visité fue duro y ella no quería estar sola, así que las enfermeras, aunque a regañadientes, me dejaron quedarme. Esa noche tenía que trabajar, pero no me importaba llamar y decir que estaba enferma, si ella quería.

Negó con la cabeza.

—No, gracias. No debería pasar nada con los guardas armados ahí fuera.

—¿Me llamarás si pasa?

—Claro —aseguró.

Notaba en las manos el picor del deseo de apretar los puños.

—¿Me disculpáis un segundo?

La nana agitó una mano en el aire y dijo:

—Claro, pequeña.

Sin embargo, la doctora Perez se me quedó mirando un buen rato antes de asentir. Se le daba muy bien calar a la gente —eso fue lo que la metió en este lío— y debió de ver algo en mi expresión que la preocupó.

Aparté la mirada y, antes de revelar nada más, me dirigí hacia la puerta.

El guarda me miró con gesto interrogativo cuando salí de la habitación.

—Me voy un momento a hacer una llamada —expliqué—. Enseguida vuelvo.

Asintió.

—Tendrás que salir fuera. Aquí son bastante estrictos con el uso de los móviles.

—Vale, gracias —respondí, ya de camino a los ascensores.

Una de las enfermeras de la planta, una mujer negra de mediana edad algo rellenita que había estado ayudando a la doctora Perez los últimos días, me reconoció y sonrió.

—Hola, Krista.

Me obligué a devolverle la sonrisa.

—Hola, Michelle.

—¿Has venido a ver a la doctora?

—Sí. Solo voy a hacer una llamada rápida. —Sonreí con más ganas, tratando de actuar con normalidad—. ¿Le has prestado tú esa novela romántica?

Michelle soltó una carcajada y se retiró unas trenzas cortas de la cara.

—¿Prestársela? Cariño, le llevé la biblioteca móvil y fue ella misma quien la eligió.

—Lo sabía.

—No te metas demasiado con ella —contestó Michelle.

Le hice un saludo militar.

—Sí, señora.

Su risa se desvaneció en cuanto entré al ascensor. No había nadie más conmigo, así que, en cuanto se cerraron las puertas, me quité la máscara y me permití lanzar unos leves gruñidos. Estaba segura de que, si soltaba el grito que amenazaba con salir, me oirían y vendrían corriendo. Puto Redding. El cabrón se le había escapado a Nick de las manos y, si era tan vengativo como para ir a por Daniel *diez años* después de que este lo puteara, no tenía la menor duda de que regresaría a Kearny para terminar lo que había empezado.

Pero ni de coña iba a dejar que eso pasara.

Pulsé el botón de la planta baja y di un paso atrás para esperar. Estaba rodeada de paredes de acero, tan brillantes que me veía reflejada en ellas. Tenía un aspecto aterrador. Los ojos se me salían de las órbitas. No dejaba de curvar la comisura izquierda de los labios en una mueca de enfado. El hospital solo tenía seis pisos y la habitación de la doctora Perez estaba en el último. Me pasé las seis plantas entreteniéndome con una fantasía breve pero vívida en la

que desmembraba a Redding pedazo a pedazo con mis propias manos. Tal vez podría esconderlo en alguno de los almacenes olvidados de los Reyes. Si me tomaba mi tiempo, podría alargar el proceso durante *meses*.

Cuando llegué al piso de abajo se oyó un tintineo e hice lo posible por controlar mi expresión antes de cruzar el vestíbulo. Ya llevaba el teléfono pegado a la oreja cuando puse un pie fuera del ascensor.

—Cógelo, cógelo —musité.

Hacía más de una semana que me había largado de la casa de los Larson. Durante ese tiempo, la nana y yo habíamos descansado en la granja de Iliza, yo había encontrado otro apartamento, había vuelto a trabajar en el Charley's y a mi abuela la había instalado de nuevo en Magnolia, ya libre de Jokers. Jakob y yo no habíamos hablado en todo ese tiempo —me estaba dando el espacio que le había pedido—, pero, todas las noches que me tocaba ir a trabajar, él, sin falta, acudía al bar. Enviaba a algún esbirro a pedir sus bebidas y él se quedaba en una mesa del fondo. No me quitaba los ojos de encima. Sentí su intensidad cada minuto de cada turno.

La gente había empezado a darse cuenta. Sabían que algo pasaba entre nosotros, pero, como ni Jakob ni yo decíamos qué era, no tenían más remedio que hacer elucubraciones. Al parecer, la más aceptada era que yo había hecho algo para cabrear al vikingo, así que todos habían empezado a evitarme como la peste, cosa que habría celebrado si no fuera porque implicaba que casi nadie me pedía bebidas, con lo que mis propinas se habían desplomado. Por suerte, aún tenía guardados un par de los grandes del cheque de Liam. Podría vivir de eso hasta que la gente recobrara el sentido

común y entendiera que Jakob no iba a matarlos solo por hablar conmigo.

El teléfono sonó varias veces antes de que él contestara.

—Aún no han pasado tus dos semanas —soltó—. ¿Es que vas a tirar la toalla antes de tiempo, Evans?

Ignoré su provocación y fui directa al grano.

—Redding ha salido bajo fianza.

Lo oí coger aire. Y luego se rio.

—Aleluya, joder.

Se cortó la línea.

Aparté el teléfono y me quedé mirando la pantalla. Tenía cuatro barras de cobertura, así que la llamada no se me había cortado. Jakob debía de haber colgado.

Volví a llamarlo. No lo cogió. Intenté escribirle un mensaje.

Qué vas a hacer? Quiero participar!

No me contestó. Mierda. Volví a escribirle.

Ten cuidado. Seguro que Nick lo está vigilando

Seguía sin responder.

Apreté los dientes, giré sobre los talones y volví a entrar.

—¿Todo bien? —preguntó la abuela cuando reaparecí en la habitación de la doctora Perez.

—Sí, genial —contesté con una sonrisa de oreja a oreja.

Arrugó el entrecejo. Debía de parecer trastornada. Así me sentía yo.

Jakob tenía razón sobre mí. En cuanto me había enterado de que Redding había salido bajo fianza, mi reacción había sido idear un plan para localizarlo y acabar con él. No dejarlo en manos de la ley, no confiar en que la policía protegería a la doctora Perez, sino asegurarme de que Redding recibiera el castigo que en mi opinión merecía. Y mi plan no era una fantasía de venganza improbable. Hablaba muy en serio cuando decía que quería matarlo. La cárcel no era suficiente. Ese hombre tenía que morir por lo que le había hecho a la doctora Perez. Por lo que les había hecho a todas esas otras mujeres. Por lo que quería hacerme a mí. Si Jakob me dejaba formar parte de lo que estaba a punto de hacer, yo intervendría encantada y luego no perdería ni un minuto de sueño.

El hecho de que Jakob tuviera razón tampoco resultó muy revelador. Yo misma me había dado cuenta a las pocas horas de alejarme de él. Iliza y Fred nos habían recibido a la nana y a mí con los brazos abiertos. Disfrutamos de una cena maravillosa mientras recordábamos visitas anteriores y comentábamos lo bien que nos sentaba volver a vernos. Después, salí y me senté en el porche delantero de la granja para tomarme un par de cervezas y relajarme. Iliza tenía colgadas unas evocadoras guirnaldas de luces en el techo. Su casa estaba tan alejada de la carretera que no se oía ni un solo ruido de maquinaria humana. Los grillos me hacían compañía. De vez en cuando balaba una oveja o relinchaba un caballo en alguno de los establos cercanos.

Era un lugar apacible, más tranquilo incluso que el porche acristalado que los Larson tenían junto al río. Lo disfruté media hora. Y luego me aburrí. Entonces empecé a preguntarme qué estaría haciendo Jakob. ¿Pensaría mucho en mí? ¿Se habría ido de casa de

sus padres para volver a su pequeño y ordenado apartamento? ¿Le habría contado Jennifer mi discusión con su padre? ¿Estaría orgulloso o molesto por que me hubiera enfrentado a Liam? Me imaginé la cara ceñuda y reprobatoria de Jakob y sonreí.

Mi sonrisa se desvaneció poco después, cuando me di cuenta de que llevaba *años* sin sentirme tan viva como durante esos últimos días con él, algo que tenía tanto que ver con el hombre con el que los había pasado como con los sucesos disparatados que habían tenido lugar. Después de todo aquello, ¿cómo iba a volver a agachar la cabeza como una buena ciudadana, atender el bar, visitar a la nana y luego irme sola a casa, a un apartamento vacío?

La respuesta era que no podría.

Pero aun así me tomé mi tiempo. Me mantuve alejada de Jakob y le di vueltas al asunto sin parar mientras estuvimos separados. No cambió nada pese a lo mucho que lo deseaba. No me convertí de pronto en una persona decente. Si acaso, esos días con mis tíos abuelos en la graja no habían hecho más que reforzar la idea de que *no* quería ser una persona decente. No quería llevar una vida tranquila y estable. Quería violencia, pasión, bullicio, que cada día trajera una nueva sorpresa. En definitiva, quería formar parte de todo aquello, con Jakob, quizá hasta con los Reyes, lo que me hizo preguntarme si no me parecería más a mis padres de lo que pensaba.

Unos días más tarde, dejamos la granja y volvimos a Kearny. Instalé a la nana en la residencia y fui a firmar el contrato de un nuevo apartamento que había alquilado al otro lado del pueblo, más cerca del bar y el territorio del club. Después, lo primero que hice fue ir a una tienda de muebles y comprar una cama California King.

Ocuparía casi todo mi minúsculo dormitorio. No necesitaba algo tan grande solo para mí, pero visualicé el inmenso cuerpo de Jakob y supe que él no iba a estar cómodo en nada que fuera más pequeño. El dependiente de la tienda me miró raro cuando empecé a darle tirones al cabecero, preguntándome cuántos golpes aguantaría, pero lo ignoré y seguí con mi prueba de resistencia. Ya me importaba una mierda lo que nadie pensara de mí.

Esa noche volví a hacer un turno en el bar. Al principio contenía la respiración, tratando de mantener la calma mientras echaba miradas furtivas hacia la multitud, buscándolo. Y ahí estaba, como si lo hubiera invocado, mirándome fijamente a través de aquel mar de moteros que se extendía entre nosotros. Me estremecí cuando cruzamos la mirada, con la excitación recorriéndome las venas, amenazando con salir a la superficie y evidenciar ante cualquiera que nos observara lo mucho que deseaba a ese hombre.

Estuve a punto de ir hacia él, pero me contuve. ¿Y si no cedía? ¿Y si esperaba las dos semanas enteras antes de responderle? Me sentía tan tensa que pensaba que iba a estallar, pero, por Dios, cómo me miraba… Quería que *siguiera* mirándome así, como si acabara de salir tambaleándose del desierto y yo fuera la primera gota de agua que veía en días. ¿Cómo reaccionaría Jakob cuando se cumplieran las dos semanas? ¿Cuánta tensión podría yo generar entre nosotros hasta entonces?

Quería averiguarlo y alargar la situación todo lo posible, supongo que impulsada por mi pequeño —vale, probablemente más grande de lo que estaba dispuesta a admitir por el momento— lado sádico.

Por eso empecé a sonreírles a hombres desconocidos durante mis turnos, solo para provocarlo, pero él se limitaba a quedarse ahí

sentado, con cara imperturbable y un destello en los ojos, como si le pareciera mono que yo intentara ponerlo celoso. Unas noches atrás, una pelirroja guapa se sentó a su lado en la mesa y le restregó la cadera, y él *se lo permitió*. Estuve a punto de saltar por encima de la barra, pero entonces vi cómo se le contraían los labios. Nadie más se habría dado cuenta, pero yo ya era toda una experta interpretando sus expresiones, detectando sus estados de ánimo, como hacen los sumilleres con las añadas de vino poco comunes, y supe que le gustó la posesividad reflejada en mi rostro. Como venganza, no volví a mirarlo durante el resto del turno. Nina me dijo que lo había visto marcharse con cara de querer matar a alguien, algo que me tomé como una victoria.

Y así seguimos, asumiendo cada vez más riesgos en ese juego suicida. La noche anterior, Nina se había inclinado hacia mí para decirme que paráramos si no queríamos provocar una pelea.

La miré con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—La tensión que hay entre vosotros está contagiando a todos los demás —afirmó.

Observé a la multitud con otros ojos, fijándome en las caras rígidas y los hombros encogidos, como si todos estuvieran conteniendo la respiración conmigo, esperando a que lo que estaba pasando entre Jakob y yo acabara explotando.

Mientras charlaba con la abuela y la doctora Perez, comencé a plantearme si aguantar esas dos semanas enteras era buena idea. Tal vez yo no fuera la mejor persona del mundo, pero estar sentada en la cama de hospital de la doctora me había hecho entender que

no iba a permitir que nadie más saliera herido solo porque Jakob y yo encontráramos algún tipo de placer torturándonos.

El resto de la visita me lo pasé convenciéndome de que no pasaba nada por ceder, por mostrarme como una persona madura si así conseguía proteger a los demás. Nos despedimos de la doctora Perez justo antes de cenar. Dejé a la abuela en la residencia, volví a casa, me cambié de ropa y fui a hacer mi turno, dispuesta a tragarme el orgullo y fingir que entre Jakob y yo todo iba bien. Esa noche necesitaba hablar con él. Aún no me había devuelto la llamada ni me había contestado el mensaje, y teníamos que decidir qué íbamos a hacer con Redding. Me había prometido que me dejaría participar en la revancha, y no me parecía la clase de persona que da su palabra a la ligera.

Pero esa noche no apareció por el bar.

Y tampoco estuvo por allí la noche siguiente.

Ni la de después.

Lo llamé y le escribí media docena de veces más sin obtener ningún tipo de respuesta, así que, cuando llegó el viernes, yo ya estaba preocupada de verdad. ¿Y si había ido a por Redding y este se había resistido más de lo que él había previsto? Era exmilitar, como Jakob. A saber qué tipo de entrenamiento tenía. Podría encontrarse en apuros. Podría estar herido en algún sitio, a merced de ese sociópata.

Al final cedí y el viernes por la mañana llamé a Jennifer.

—Hola, Krista —saludó ella.

—Hola, Jennifer.

—¿Qué pasa?

Respiré hondo.

—Sé que ahora mismo probablemente yo no sea tu persona favorita, pero no consigo localizar a Jakob. ¿Has sabido algo de él?

—Sí —contestó ella.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Se encuentra bien? —pregunté.

—Se encuentra bien.

—¿Sabes dónde está?

—No —respondió, ya algo intranquila—. ¿Debería preocuparme?

—No creo —le dije.

—¿Me avisas si pasa algo?

—Claro. Gracias por hablar conmigo.

Ella soltó una risita.

—Tranquila, Krista. No tengo ningún problema contigo. —La risa se desvaneció de su voz—. Pero, si le rompes el corazón a mi hijo, iré a por ti.

Eeeh… ¡Guau! Parecía que hablaba muy en serio. De ahí debía de venirle a Jakob su lado aterrador.

—Intentaré no hacerlo —aseguré.

Nos despedimos, colgamos y luego me dejé llevar por la *ira*. No quería romperle el corazón a su hijo, pero en ese momento me habría conformado con romperle algún que otro hueso. Una cosa era que me provocara en el bar con una pelirroja cualquiera, pero si aquel era otro de sus jueguecitos se estaba pasando. Me tenía realmente preocupada. Hasta el punto de que se me revolvía el estómago. Estaba tan preocupada que, si Jennifer no hubiera sabido nada de él, habría ido a casa de los Larson y habría colaborado con el enemigo, alias Liam, para intentar localizar a Jakob mediante GPS,

algún satélite espía o cualquier otro sistema que ese hombre tuviera a su alcance. Pero su madre acababa de confirmarme que su hijo se encontraba bien, así que ¿qué coño estaba haciendo y por qué no me respondía?

Dejé el móvil en la isla de la cocina y me di la vuelta. La zona principal de mi nuevo apartamento era un espacio abierto que integraba la cocina, el comedor y el salón. En la pared del fondo había una puerta corredera que daba a un balconcito con vistas a una piscina mucho más bonita que la de mi antiguo piso. Empecé a ir de un lado a otro mientras le daba vueltas a la cabeza. Todo ese tiempo no había hecho otra cosa que centrarme por completo en mis mierdas, en asimilar lo que había sucedido y en cómo me sentía al respecto. Había interpretado las provocaciones de Jakob en el bar como un juego. Creía que, como yo, él estaba disfrutando extrañamente de aquella pequeña separación. Me había dicho que le gustaba tocarme las narices, así que la suposición tenía su lógica. Pero ¿y si yo había malinterpretado la situación, como me había pasado con todo lo demás? ¿Y si en lugar de provocarme para tocarme las narices estaba siendo cruel conmigo? Yo lo había perdonado, lo quería, con todas consecuencias, pero ¿me había perdonado él a mí? ¿Seguía queriéndome?

Iba de un lado a otro como una posesa. La pierna apenas me dolía. Había ido al fisioterapeuta hacía unos días y me había recomendado una serie de ejercicios que me estaban yendo la mar de bien. Además, me lo estaba tomando todo con más calma. Después de los descubrimientos de la semana anterior, no quería seguir mintiéndome a mí misma. No estaba al cien por cien y es probable que nunca volviera a estarlo. Forzarme demasiado no había

demostrado nada y, al final, lo único que había conseguido era hacerme daño. Ya iba siendo hora de dejar de comportarme como si no padeciera un dolor crónico.

En el bar, había empezado a sentarme en un taburete acolchado entre cliente y cliente y, milagrosamente, nadie me dijo nada al respecto. Cada noche, antes de acostarme, hacía una larga serie de estiramientos y luego me masajeaba las articulaciones y los músculos para aliviar la rigidez. Repetía la misma rutina por la mañana, poniéndome hielo en la rodilla para evitar la hinchazón y tomándome una aspirina si notaba que ese día necesitaba un poco más de ayuda. Apenas había transcurrido una semana, pero ya notaba la diferencia, y me daban ganas de darme cabezazos contra la pared por haber sido tan idiota respecto a mi pierna durante tanto tiempo.

Llamaron a la puerta.

Mis pies ya iban en esa dirección antes de que mi cerebro hubiera acabado de procesar el ruido. ¿Era Jakob? Me detuve en seco. ¿O Redding? Llevaba unos días sumida en un estado de paranoia extrema, mirando a mi espalda cada vez que me sentía expuesta, pidiendo a algún compañero que me escoltara a casa todas las noches y se quedara en la entrada por si había que llamar a emergencias mientras yo comprobaba si habían forzado la puerta o había algún intruso.

Tenía armas guardadas por toda la casa y, con Redding en mente, me di la vuelta y cogí una pistola de la cocina antes de dirigirme hacia la puerta. Eché un vistazo por la mirilla y lancé un suspiro cuando vi a Jakob de pie al otro lado. Dios, qué guapo estaba ahí

plantado en el descansillo, iluminado como un pequeño fragmento de noche.

Abrí la puerta de golpe y él entró sin esperar a que le diera permiso. La cerró tras de sí, se dio la vuelta y los dos nos observamos en silencio. Me recorrió de arriba abajo con los ojos, recreándose hasta en el más mínimo detalle. Yo no dejaba de mirarle la cara, en busca de alguna pista que me indicara cómo estaba y qué sentía por mí. Cuando me vio la mano arqueó una ceja. Ups. Aún sostenía la pistola. La dejé sobre la encimera de la cocina y me giré hacia él.

—¿Dónde has estado? —pregunté.

—Preparándolo todo para nuestro fin de semana largo —respondió.

Me alegraba mucho de volver a oír su voz. Sus palabras me provocaron una oleada de alivio, pero no podía dejar que eso me distrajera.

—¿Por eso me colgaste y ni siquiera te has molestado en enviarme un mensaje estos últimos días? Jakob, me estaba volviendo loca.

Dibujó una sonrisa burlona.

—¿Verdad que es una mierda?

Contuve el aliento. Joder, ¿me estaba castigando por haber apagado el móvil cuando fui al encuentro de Nick? A lo mejor no me había perdonado, después de todo.

Cuando vio mi expresión se ablandó.

—Siento haberte asustado.

—En serio, ¿qué has estado haciendo? —pregunté.

Se le endurecieron las facciones y entonces reconocí su mirada de advertencia.

—Organizando nuestro viaje —repitió lentamente.

Ya. Por algún motivo, en ese momento no podía ser sincero conmigo. ¿Por qué? ¿Creía que me estaban vigilando? Quizá Liam o Daniel, tal vez, incluso…, Nick. Si fuera Liam o Daniel, a Jakob no le importaría decir: «En realidad, lo que estaba haciendo era asesinar brutalmente a un puto sociópata», así que debía de pensar que era Nick quien me estaba observando.

«Dios mío de mi vida».

Justo cuando pensaba que por fin iba a tener un respiro va y se tuerce todo. ¿Acaso lo de Redding había sido una trampa? ¿Podía ser que Nick lo hubiera *dejado* salir para ver qué hacía yo? ¿Para ver qué hacía Jakob? Si lo matábamos y él se enteraba, o bien nos metería a los dos en la cárcel, o, más probablemente, nos chantajearía para que lo ayudáramos a acabar con los Reyes o los Espectros.

«Esto era lo que querías», me recordé a mí misma.

Respiré hondo. Sí, así era. Y empezaba a darme cuenta de lo mal de la cabeza que estaba, pero a la mierda. Había decidido que participaría y eso iba a hacer. Tendría que confiar en que Jakob me contara la verdad cuando él lo creyera conveniente.

—Vale —dije.

Me lanzó una mirada penetrante.

—¿Seguro?

Asentí.

Por primera vez, desvió la vista de mí, hacia el apartamento.

—Me gusta tu nuevo piso.

Yo seguí su mirada por encima de mi hombro. Todavía estaba un poco vacío; el único mueble del salón era un sofá. Aún no había

tenido tiempo de cambiar la tele, y no tenía mesitas auxiliares, alfombras ni mantas que hicieran el espacio más cálido y acogedor, pero todo se andaría. Esa vez estaba decidida a crear un verdadero hogar.

—Gracias —respondí, girándome hacia él.

—¿Pudiste cubrirlo todo con el cheque de mi padre?

—Y sobró un poco —dije—. Bueno, ¿cuándo nos vamos de viaje?

—Ahora mismo.

Arrugué el entrecejo.

—No puedo. Tengo que trabajar todo el fin de semana.

Negó con la cabeza.

—Le he pedido a Lisa que te cambie los turnos.

Bueno, eso zanjaba el tema.

Me llené de emoción, pero intenté contenerla para que no se escapara y yo acabara haciendo alguna tontería, como soltar una risita.

—¿Significa eso que me has perdonado?

Dio un paso adelante, acortando por fin la distancia que nos separaba. Tenía los ojos clavados en los míos.

—Hiciste lo que creías que debías hacer. Quizá no me gustara o no estuviera de acuerdo, pero funcionó. Resolvió la mayor parte de nuestros problemas. Hasta mi padre parece menos perturbado.

Joder, a lo mejor mis palabras habían calado en Liam.

—Además —continuó diciendo mientras alzaba la mano para acariciarme la mejilla—, después de todo lo que te he hecho pasar, sería un hipócrita si no te perdonara.

Me entregué a su caricia.

—Sí, es verdad.

—No quiero convertirme en mi padre —añadió.

Le agarré la muñeca y lo miré fijamente.

—Eso no va a pasar.

Se le formó un pequeño pliegue entre las cejas. Estaba a punto de fruncir el ceño.

—No soy perfecto. Ni siquiera soy una buena persona, pero voy a intentar no volver a tratarte así.

Levanté la cara y posé la mirada en su boca.

—No más tonterías.

—No más tonterías —convino sellándome la boca con los labios.

Me dejé envolver por él. Seguía acariciándome la mejilla, inclinándome la cabeza hacia atrás mientras profundizaba con su lengua en mi boca. Me deslizó la otra mano por la espalda y flexionó el bíceps a mi costado para atraerme hacia él.

Entonces supe que había tomado la decisión correcta. Nunca me había sentido así por nadie. Me volvía loca de la peor *y* la mejor manera posible, y ya no podía concebir conformarme con menos.

Me hizo una última caricia y se apartó lo justo para hablar.

—¿Te apuntas, Evans?

—Me apunto —respondí.

Dejó caer el brazo que tenía en mi cintura mientras daba un paso atrás.

—Pues coge lo que necesites y larguémonos de una vez.

Quería hacerlo, Dios, vaya si quería, pero no podía abandonar el pueblo sin saber si existía el riesgo de que Redding encontrara a la doctora Perez o a mi abuela. No podía preguntárselo directamente, porque Nick podría estar escuchándonos de alguna manera —joder, si me había puesto micros en el apartamento, juro por Dios que iba

a hacérselo pagar—, así que le hablé a Jakob como cuando descubrí que Liam tenía micrófonos en la furgoneta.

—¿Podemos irnos del pueblo ahora mismo?

Jakob asintió, nivelando su mirada con la mía.

—Sí. —Lo dijo con tanta convicción que lo creí.

—Vale, voy a hacer la bolsa —decidí—. ¿Adónde vamos?

Sonrió.

—A un sitio en el que no se oirán los gritos que vas a dar durante los próximos tres días.

Parpadeé.

—¿Se supone que eso es sexy o terrorífico?

Su sonrisa se tornó demencial.

—Sí.

Me reí. Debió de ser la reacción que él quería, porque su sonrisa volvió a ser la de siempre. Mejor que la de siempre, en realidad. Me sonrió con más ganas que nunca. Con tantas ganas que le aparecieron dos pequeños hoyuelos cerca de las comisuras de los labios.

Me aparté para ir a hacer la bolsa, porque si no iba abalanzarme sobre él, y, si en ese instante le ponía las manos encima, nos pasaríamos el fin de semana follando en un apartamento vacío. Eso no iba a funcionar, porque él me había prometido que me dejaría atarlo y ahí no había nada que resistiera su fuerza.

Llamé a la nana mientras hacía la bolsa para decirle que estaría fuera unos días.

—¿Con Jakob? —preguntó; y la *oí* sonreír.

—Sí —respondí metiendo ropa a puñados en mi bolsa de viaje.

—No hagas nada que yo no haría —soltó con voz cantarina.

Tuve que resoplar.

—Me has contado historias traumáticas de sobra como para saber que hay muy pocas cosas que tú no harías.

La nana se echó a reír a carcajadas.

—Pues, entonces, diviértete.

—Lo haré. Te llamaré cuando lleguemos.

—Vale. Te quiero, pequeña.

—Yo también te quiero —contesté.

En cuanto colgamos, llamé a Nina para cancelar los planes que habíamos hecho para la mañana siguiente. La idea era que se viniera a probar la piscina conmigo. Al principio pareció decepcionada, pero su tono cambió cuando supo por qué tenía que echarme atrás.

—Más te vale que cuando vuelvas me cuentes hasta los detalles más sórdidos —dijo.

—Trato hecho.

—Bueno, conducid con cuidado.

—Lo haremos.

Después de colgar, fruncí el ceño mientras terminaba de hacer la bolsa a toda prisa.

—Oye —dije al salir del dormitorio—. ¿Vamos a coger mi coche? No aguantaría un viaje largo en la parte de atrás de tu moto.

Negó con la cabeza.

—Iremos en mi camioneta.

Ni siquiera estaba al tanto de que tenía una. Eso me recordó lo poco que sabía realmente de su vida. Sentía que lo *conocía*: a él, sus motivaciones, cómo le funcionaba la mente…, pero los detalles del

día a día se me escapaban. Esperaba descubrirlos los próximos días, semanas y, con suerte, meses.

Mantuvimos la distancia mientras cerraba el apartamento con llave. En ese momento no podía tocarlo y, por cómo me miraba, él tampoco a mí sin que acabáramos desnudos en el suelo.

Me quitó la bolsa de las manos y se la colgó al hombro mientras bajábamos las escaleras.

—Es increíblemente ligera —observó.

—Porque no llevo más que lencería y tacones altos.

Se enganchó la punta de la bota en el siguiente escalón y casi se tropieza. Me anoté un punto en la cabeza.

—Virgen santa —musitó casi gruñendo.

Mi carcajada retumbó por toda la escalera.

Tenía la camioneta aparcada en la plaza que había junto a mi coche. Era un modelo antiguo de Ford, negro, para sorpresa de nadie. Le había instalado un kit de elevación y era tan alta que, dondequiera que fuéramos, no tendríamos que preocuparnos por el tráfico, ya que podíamos pasar por encima del resto.

Me abrió la puerta y tiró mi bolsa a la parte de atrás.

—¿Te las apañas? —preguntó.

Levanté un poco la vista, y luego un poco más, hacia el asiento.

—Échame una mano y sin problemas.

Me la tendió y se la agarré, sirviéndome a su vez del tirador de la puerta. Me impulsé con los brazos y con el pie bueno, que había apoyado en el reposapiés.

—Pan comido —concluí mientras me acomodaba.

Él no se movió.

—Últimamente te lo estás tomando con más calma en el bar. ¿Ha empeorado la pierna?

Hice un gesto de negación con la cabeza.

—No. Es que estoy harta de fingir que no me duele todo el rato.

—Bien —respondió.

Me cerró la puerta y enseguida lo tuve sentado a mi lado.

—Aquí dentro podemos hablar, ¿no? —pregunté mientras salía del aparcamiento.

—Sí, y, antes de que lo menciones, no, no he matado a Redding. Te dije que podrías participar en la venganza y no pienso volver a romper mi palabra contigo.

—Pero ¿estás seguro de que no pasa nada si nos vamos? El hospital ha puesto un guarda en la puerta de la doctora Perez.

—Estoy seguro —contestó—. Tengo a Redding bajo vigilancia. Ahora mismo ni siquiera está cerca de Kearny, pero, si eso cambiara, serías la primera en saberlo.

—¿Y si vuelve a escaparse? ¿Y si consigue despistar a quien tienes siguiéndolo?

Me lanzó una mirada mientras conducía.

—¿De verdad crees que se ha escapado?

—No lo sé —respondí—. Quiero pensar que sí, que Nick no dejaría libre a un violador solo para tendernos una trampa a cualquiera de los dos.

Jakob soltó un gruñido.

—No subestimes a tu viejo amigo. Puede que en algún momento compartierais algo, pero ahora su lealtad es hacia el FBI.

—¿Crees que han puesto micros en mi apartamento? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—He estado fuera unos días. Quién sabe qué habrá pasado en mi ausencia. Podrían haber instalado micrófonos en tu apartamento o haberte puesto un localizador GPS en el coche.

—Genial… —ironicé, mirando con rabia a través del parabrisas.

¿Cómo narices iba a disfrutar del fin de semana sin estar todo el rato dándole vueltas a la cabeza?

—Oye —dijo Jakob acercándose para entrelazar los dedos con los míos—. Olvídalo. Olvídate de todo. Te juro que Redding no va a hacerle daño a nadie mientras estemos fuera, y lo demás puede esperar unos días sin sufrir un colapso. Ya nos ocuparemos de todo cuando volvamos. Me prometiste un fin de semana y no creo que seas una mujer que falta a su palabra.

—No lo soy —confirmé con un suspiro—. E intentaré olvidarme de todo.

Asintió con la cabeza.

—Por ahora me conformo con eso.

—¿Y adónde vamos?

—A Lost Maples —contestó—. Un amigo de mi padre tiene una cabaña allí, en medio del bosque.

Contemplé su perfil mientras conducía.

—Claro. Donde no me oigan gritar.

Se giró hacia mí y me echó una mirada abrasadora.

—Ni gemir, ni jadear, ni suplicar.

Le levanté una ceja como gesto de desafío.

—El único que va a suplicar eres tú. Recuerda lo que me prometiste.

Gesticuló con la cabeza hacia la plataforma de la camioneta y dijo:

—Lo recuerdo.

Me giré en mi asiento y me quedé paralizada. En la parte de atrás había un rollo de cuerda de color blanquecino.

—Es de lino —apuntó Jakob—. La mujer de la tienda erótica me dijo que no rozaba tanto como las demás.

¿«La mujer de la tienda erótica»? Dios, me lo imaginé eligiendo su *propia* cuerda y a esa pobre mujer desprevenida mirándolo como un pasmarote mientras él comprobaba su resistencia a la tensión.

Me partí de risa. Puede que el fin de semana acabara siendo más relajante de lo que pensaba.

Epílogo

JAKOB

Krista Evans iba a acabar conmigo.

Con los tacones, esa mujer era un pecado de más de un metro ochenta envuelto en oscuridad. La bata de seda apenas le cubría la parte superior de los muslos. La llevaba bien ceñida a la cintura, lo que acentuaba y de algún modo también ocultaba esas curvas que me volvían loco desde el día en que llegó al pueblo. Si supiera cuánto hacía que la deseaba, y en qué medida, nunca dejaría de recordármelo.

El sol se deslizaba hacia el horizonte y la cabaña en la que nos alojábamos estaba bañada en sombras. Krista se acercó a mí contoneando las caderas y yo la recorrí con la mirada de los pies a la cabeza. Su oscura melena le ondeaba hasta la cintura. Normalmente no usaba maquillaje, pero en ese momento llevaba un poco. Se lo notaba en los ojos, delineados de negro, y en la boca, más carnosa de lo habitual y con los labios brillantes, como si acabara de chupármela. Aún no lo había hecho, y seguro que tenía algo que ver con la maliciosa sonrisita que lucía en el rostro.

Estuve a punto de gruñir. Todavía no habíamos hecho *nada*, aparte de tirar nuestras bolsas en el dormitorio, y, como tardara

mucho en meterme mano, iba a empezar a poner a prueba esos amarres.

Me había tomado medio en broma lo de dejar que me atara, incluso después de comprar la cuerda. Pensaba que no sería más que otro de nuestros juegos, pero, cuando ya nos habíamos deshecho de las bolsas, me lo pidió con un dulce ronroneo, y ahí estaba yo, con el culo al aire en medio del salón y los brazos en tensión por encima de la cabeza. Me había atado a una puta viga. Y, como ella no era tan alta para hacerlo sola, había acabado ayudándola.

De modo que, sí, estaba loco por esa mujer. Y tenía que dejar de fingir lo contrario. Me había pasado las dos últimas semanas intentando, sin éxito, darle el espacio que me había pedido. Conseguí no llamarla ni conducir hasta su apartamento, pero seguía yendo todas las noches al bar. No dejaba de decirme a mí mismo que parara, que me apartara un poco, pero entonces la veía mirarme entre la multitud y pensaba que quizá, solo quizá, ella también era bastante retorcida y disfrutaba de nuestros jueguecitos.

—¿Vas a hacer algo? —le pregunté—. ¿O piensas dejarme aquí hasta que se me duerman los brazos?

Se detuvo como a un metro de distancia y ladeó la cabeza mientras me miraba de arriba abajo.

—¿Es que no puedo mirarte ni un minuto sin que te pongas de mal humor?

Solté un bufido.

—No estoy de mal humor, estoy impaciente. Probablemente no lleves nada debajo de esa bata y no puedo tocarte. Cuanto antes

hagamos realidad tu pequeña fantasía, antes podré follarte como queremos los dos.

Conseguí la respuesta que quería. Separó los labios y el negro de sus ojos se impuso al marrón cuando se le dilataron las pupilas. Joder, era preciosa. Los hombres de los Reyes —bueno, y también muchas de las mujeres— se volvieron locos cuando Krista empezó a trabajar en el Charley's. Los fue rechazando uno tras otro. Pero a mí no, algo que me hacía sentir muchísimo mejor de lo que debería. Me hacía sentir mucho más posesivo con ella de lo que se consideraría sano. Me sentía como un puto hombre de las cavernas cada vez que le sonreían.

«Ella fuerte. Hacer bebés bonitos. MÍA. Como tú sonreír, cojo palo».

Quizá por eso disfruté tanto tirándole del pelo la primera vez que follamos.

Me sonrió con aire burlón y dijo:

—Debería haber traído una mordaza. Eres tan bocazas como yo.

La miré arqueando una ceja.

—¿Es que tenías mordazas a mano? ¿De verdad te gusta todo este rollo del *bondage*? —A mí no, pero, si a ella le gustaba, intentaría poner de mi parte.

Ella negó con la cabeza.

—No, y en realidad tampoco. Pero me encanta la idea de ponerte a mil y que tú no puedas moverme a tu antojo.

Puse voz grave y dije:

—Te gusta cuando te muevo a mi antojo.

Ella se estremeció.

—Sí, es verdad. Pero volverte loco me gusta casi tanto como eso.

Se llevó las manos al cinturón de la bata. Lo soltó con un rápido movimiento de dedos. Sacudió los hombros con delicadeza y la seda negra cayó al suelo, detrás de ella. Contuve el aliento, que comenzó a vibrarme en el pecho. En efecto, *no* llevaba nada debajo. Me miró a los ojos mientras permanecía ahí de pie, sin ningún pudor, gloriosamente desnuda. La luz del sol se colaba por las ventanas en un ángulo muy pronunciado, dejándola medio iluminada, medio en penumbra. Yo no sabía dónde coño mirar. Su cuerpo era firme y esbelto por todos lados. Estaba claro que hacía ejercicio, pero aun así sus curvas eran de infarto. La turgencia de sus pechos y la redondez de sus caderas me atraían como el canto de una sirena.

Cuando dio un paso adelante, entendí por qué se había puesto tacones. Estábamos casi a la misma altura. Solo tenía que agachar la cabeza para alcanzar sus labios. Me acerqué un poco y le sellé la boca. Ella se inclinó hacia mí, y noté sus suaves tetas contra el pecho y sus dedos sobre el abdomen. Fue un beso casto, con los labios cerrados, y cuando traté de intensificarlo se apartó. Lancé un gruñido casi animal. Ella dio un paso atrás y se rio. Estaba perdiendo esta ronda, pero, joder, no había podido tocarla en dos semanas y casi me vuelvo majareta. Así que tenerla tan cerca sin poder hacerle lo que yo quería… Debía de ser más sádica de lo que yo creía para estar disfrutando de aquello. Y seguramente a mí la situación no debería excitarme tanto, pero noté la polla tensa entre nosotros, como si tuviera vida propia.

Cuando se dio la vuelta, volví a gruñir. Qué culo. Me cago en la puta.

La vi dirigirse hacia el sofá con esos imponentes tacones sin apenas titubear en el paso. Me encantaba que se estuviera tratando

mejor, que estuviera siendo más amable con su cuerpo. Me alegraba por ella, pero, egoístamente, también me alegraba por mí. Significaba que podríamos guarrear un poco más. Por mi parte, había mucha tensión acumulada que descargar. Si la pierna empezaba a molestarle a mitad del fin de semana, daba igual. Ya encontraría la forma de llevarla en brazos por toda la cabaña para que ella ahorrara energías. Reuniría todos los cojines de la casa y le haría un pequeño trono con ellos. Buscaría maneras de hacer que se corriera sin que tuviera que moverse. Ansiaba los ruiditos que hacía cuando se dejaba llevar, desesperado por oír mi nombre de sus labios mientras alcanzaba el clímax.

Cogió un cojín del sofá y, mientras volvía hacia mí, lo lanzó a mis pies.

—Ven aquí —dije agachando la cabeza.

Quería besarla. Quería provocarla con la lengua, llevarla al mismo frenesí al que ella me había conducido, pero no hizo más que sonreír con picardía y negar con la cabeza.

Con un movimiento fluido, se arrodilló a mis pies. Casi le pregunto si iba a estar bien así, pero me contuve. Era una mujer hecha y derecha que conocía sus límites físicos. Si ella pensaba que la rodilla no iba a causarle problemas durante un rato, yo tenía que confiar en que así sería.

Me deslizó suavemente las uñas por los muslos. Se me volvió a endurecer la polla y una gota brillante asomó por la punta. Ella la ignoró y giró la cabeza para besarme la parte interna del muslo. Tan cerca y, mierda, a la vez tan lejos.

Me dio otro beso en la pierna, esa vez un poco más arriba, y luego me susurró:

—Aquella mañana hablaba en serio.

—¿Qué mañana? —solté.

Esa mujer me iba a provocar un infarto.

Me miró a través de las pestañas y estuve a punto de colapsar. «Joder, qué bellezón». Flexioné los brazos para probar las ataduras. Aquella cabaña era vieja y apenas se usaba. La viga a la que me había atado crujió, así que me detuve. Podría estar carcomida por las termitas y, si se nos caía el techo encima en mi intento de liberarme, luego ya no podría tocarla.

—En casa de tus padres —contestó, y yo volví a centrar toda mi atención en ella—. Cuando te dije que deberías ir siempre desnudo. Iba en serio.

—Puedes verme en cueros cuando quieras. Solo tienes que decirlo.

Ella sonrió y continuó atormentándome. Me presionó un poco más fuerte con los labios, me clavó un poco más las uñas. Sus preciosas tetas, grandes y pesadas, tenían los pezones endurecidos por el deseo. Quería chupárselas y acariciárselas hasta hacerla gemir. Por fin levantó los dedos y me los deslizó por el miembro. Se me tensaron las pelotas y la presión comenzó a acumulárseme en la parte baja de la columna. Estaba a un instante de correrme en su mano como un puto adolescente.

Me frotó el capullo con el pulgar y usó el líquido para deslizar la mano hacia abajo más fácilmente. Me apretó la base y a mí se me cayó la barbilla sobre el pecho mientras gruñía. Entonces se inclinó hacia delante y me tomó con la boca. Yo la miraba desde arriba, viendo cómo mi polla desaparecía entre sus voluminosos labios, sintiendo su lengua resbalando sobre mi piel ardorosa. Cerró los

párpados con un aleteo y lanzó un sonido gutural que parecía un gemido ahogado.

Dios bendiga a las mujeres que sienten placer al darlo.

La punta de mi polla encontró resistencia y sentí las contracciones de su garganta. Ella deslizó la boca hacia atrás sobre mi miembro antes de que la contracción se convirtiera en una arcada. Vale, no iba a ser posible hacer un garganta profunda. No pasaba nada. La tengo bastante grande, así que era de esperar, aunque, si ella quería, yo estaba dispuesto a enseñarle cómo metérsela entera durante los próximos días, semanas o, con suerte, meses. Por el momento hacía lo que podía y el resto lo trabajaba con una mano. Con la otra me acariciaba los huevos, sintiendo su peso, tirando suavemente hasta que yo apretaba la mandíbula.

Volví a tensar los brazos, sin pensarlo, con la cuerda quemándome la piel de las muñecas. Quería liberarme de esas malditas ataduras. Quería tocarla, introducir los dedos en su pelo y guiarla. Por encima de mí, la viga hizo otro ruido inquietante. Respiré hondo y me obligué a relajarme.

Se le hundían las mejillas mientras me la chupaba de nuevo. Tal como estaba atado, solo podía empujar. Eché las caderas hacia delante, procurando no ahogarla. La necesidad de tener cuidado no hacía más que empeorar mi frustración. Esa mujer me estaba volviendo loco. Podría correrme en ese mismo momento, pero ella había querido hacer aquello y yo deseaba que le mereciera la pena. Si descargaba nada más empezar, ella podría sentir que no había tenido ocasión de torturarme lo suficiente y era probable que acabara atado a cualquier otro objeto inanimado que le llamara la atención.

Cuando giró la lengua alrededor del capullo, casi me atraganto.

«Béisbol. Piensa en béisbol, gilipollas de mierda».

Intenté llenarme la cabeza de pensamientos sobre el gran pasatiempo estadounidense mientras ella seguía currándoselo. No sé cuántos minutos pasaron, pero entonces volvió a hacer algo con la lengua que me devolvió a la realidad entre jadeos.

«O cróquet. Sí, piensa en un montón de ingleses estirados golpeando pelotas para que atraviesen unos aros que han puesto en el jardín delantero de casa. Ahí no hay nada sexual».

Empezó a mover la boca y las manos más rápido, y al final perdí el control. La embestí con fuerza. Ella hizo un ruidito de avaricia y me acarició con más vigor.

—Krista, si sigues así me voy a correr en tu boca —gruñí.

Era mi forma de avisarla, de darle la opción de apartarse para que lo hiciera en otro sitio, como en sus preciosas tetas.

Su respuesta fue metérsela más, con la garganta ya un poco más relajada. Aquello fue demasiado. Eché la cabeza hacia atrás y me perdí en el placer. Dejé de autoconvencerme de no caer en el abismo. Era inútil cuando me la chupaba así. Opté por permitirme sentirlo todo: el abrazo húmedo de su boca, el roce suave y casi imperceptible de sus dientes, su lengua, que no dejaba de lamer, y su mano apretándome la base.

Sentí que el corazón se me salía del pecho. La presión se acumulaba en mi interior. Empezó a mover la boca y la mano aún más rápido, y mi polla se puso rígida entre sus labios. Tras una incontestable palpitación en la parte baja del abdomen, de repente, los ojos me hicieron chiribitas. Me corrí, mucho, y perdí el ritmo mientras seguía embistiéndola. El placer acabó tan deprisa como

había llegado y mis piernas decidieron que estaban hartas de sostenerme. De pronto, todo mi peso recayó sobre las muñecas atadas. Vale, no, definitivamente ese no era mi rollo. O sea, que ella me llevara al límite sí, pero las muñecas me dolían de la hostia y eso no me producía ningún placer, solo molestias.

—Desátame —le dije.

Ella no opuso resistencia. Pasándose el pulgar por sus labios relucientes, se puso de pie y cogió unas tijeras de la cocina. Tuvo que subirse a una silla a mi lado para llegar hasta la cuerda, dejando mi nariz a la altura de su ombligo. Yo me puse de puntillas, pero sus tetas estaban demasiado altas para alcanzarlas. De acuerdo, podía adaptarme. Decidí agacharme, pero tampoco llegaba a su coño.

—Date prisa, Krista —farfullé con la polla volviendo a la vida.

—Eso hago —dijo con tono agobiado—. ¿Qué tipo de cuerda has comprado? Me cuesta cortarla con las tijeras.

—No sé. La que me recomendó la señora erótica.

La oí atragantarse por encima de mí.

—La «señora erótica» —repitió derritiéndose en risitas.

Miré hacia arriba para dedicarle mi ceño fruncido y olvidé lo que estaba a punto de decir. Joder, ahora entendía a toda esa gente que estaba obsesionada con la parte de abajo de los senos.

—No dejo de imaginarte en la tienda erótica pidiéndole cuerda a esa pobre dependienta —explicó, bajando la vista hacia mí—. Seguro que estuvo a punto de desmayarse mientras te visualizaba enlazado como un regalo.

—La verdad es que se ruborizó más de lo que cabría esperar de alguien con su trabajo.

Krista se echó a reír de nuevo, olvidándose por completo de las tijeras.

—Te lo juro —dije—. Como no te des prisa, me pongo boca abajo y corto la cuerda con los dientes.

Ella articuló el saludo militar.

—¡Sí, señor!

Menuda listilla.

Tras unos minutos en los que se oyeron muchos tacos, la cuerda por fin cedió. Mis brazos cayeron a peso; ya ni siquiera los sentía. La sangre volvió a mis extremidades entumecidas con una oleada de dolor. Apreté los dientes y lo aguanté; luego me libré de las ataduras, en cuanto recuperé el control de mis manos.

Y después me abalancé sobre ella. Habíamos tenido una conversación fascinante de camino a la cabaña. Ella tomaba la píldora y los dos nos habíamos hecho análisis hacía poco y estábamos limpios, así que acordamos prescindir de los condones. Yo quería estar dentro de ella. Ya. La idea de meter la polla en su coño cálido y mojado sin nada entre nosotros me torturaba más de lo que ella podría jamás.

Aunque acababa de hacer que me corriera con tanta fuerza que casi me desmayo, estaba más que preparado para la segunda ronda. El dormitorio quedaba muy lejos, pero teníamos el sofá ahí mismo, así que la tiré encima. Ella dio un gritito al caer, pero lo transformó en una risita al ver que aterrizaba con la espalda sobre unos cojines suaves, sin dejar de buscarme con las manos. La abarqué con cuidado de no aplastarla bajo mi peso. Nuestros labios se encontraron en un beso rápido y ardiente, y luego me desplacé

hacia abajo, mordiéndola y lamiéndola. Tenía tanta hambre de ella que la habría devorado.

Soltó un jadeo cuando me metí un pezón en la boca.

—Jakob…

Pasé al otro y se lo lamí hasta que empezó a retorcerse debajo de mí.

—Te necesito —musitó.

Ya había tenido toda la satisfacción aplazada que era capaz de soportar en una noche, así que me cerní sobre ella y la penetré con una embestida dura y brutal.

Ella gimió, clavándome las uñas en los hombros.

—Otra vez —dijo.

Me retiré y volví a penetrarla con fuerza hasta tocar fondo. Esa vez gemimos los dos. Joder, era incluso mejor de lo que podría haber imaginado. Notaba su calor y su humedad, y su apretado coño me ceñía como si intentara atraerme más hacia dentro.

Estar en su interior era como volver a casa.

Me agarró los hombros más fuerte.

—Ven aquí —jadeó.

Yo me agaché y apoyé los codos a ambos lados de su cabeza. Ella subió las caderas y el ángulo cambió. La siguiente vez que empujé hacia delante, le rocé el clítoris con el bajo vientre. Por su forma de gemir, era justo lo que necesitaba. Le agarré el pelo y empecé a follármela de verdad, marcando un ritmo constante e implacable que la llevaría al borde del precipicio.

Ella me miró fijamente, con unos ojos marrones profundos y penetrantes incluso cuando empezaron a perder el foco. Se le arrugaron las cejas, conformando un ligero pliegue entre ellas. La

penetré con fuerza y observé cómo se deshacía a escasos centímetros de su cara. El sudor le perlaba la frente. Deslizó las manos hasta mi trasero y me lo agarró, urgiéndome a seguir.

Separó sus esponjosos labios con un gemido.

—*Dios*, Jakob…

Cerró fuerte los ojos y, en lo más profundo de su ser, también contrajo los músculos. Hacía ruidos roncos, desesperados y primitivos, y yo no pude aguantar más. Me desplacé hacia arriba mientras ella se corría, penetrándola hasta el fondo. Me arañó la espalda como una gata salvaje, gritando. Le agarré la cadera buena con una mano, la embestí por última vez y descargué dentro de ella.

—Joder —gruñí.

Salieron otras palabras de mis labios, pero no tenía ni idea de qué coño dije. Estaba al borde del delirio. Correrme dentro de ella fue como ver a Dios.

Prácticamente me desplomé sobre ella, con la mejilla entre los pechos. Notaba su respiración agitada. El estruendo de sus latidos me resonaba con fuerza en el oído.

Se estremeció y me di cuenta de que se estaba riendo.

—Como ver a Dios, ¿eh? —preguntó.

Mierda, lo había dicho en voz alta.

Asentí con la cabeza. No estaba seguro de que no se me escapara nada más si volvía a abrir la boca. De si resistiría el impulso de pedirle que se deshiciera de su nuevo apartamento y se mudara conmigo para que me hiciera ver a Dios ininterrumpidamente hasta que los dos muriéramos de inanición por estar demasiado ocupados follando como para acordarnos de comer.

Me dio un beso en la coronilla y me rodeó con los brazos para acercarme a ella. Teníamos que asearnos. Mierda, seguro que habíamos echado a perder los cojines del sofá. Pero su cuerpo era tan cálido y de pronto yo me sentía tan cansado que cerrar los ojos y dormirme encima de ella me parecía una idea excelente. No podría volver a escaparse de mí si conseguía mantenerla así atrapada.

Quizá atarla no era tan mala idea, después de todo.

—Eh… Jakob —dijo—. No es que no me gusten los arrumacos, pero me estás aplastando la vejiga.

Suspiré profundamente y me aparté de ella.

—¿Una ducha?

Hizo un gesto afirmativo con la cabeza y extendió una mano hacia mí. Yo la ignoré y la levanté del sofá con los brazos. Ella frunció el ceño y abrió la boca, seguro que para soltar alguna gracieta, como, por ejemplo, que tampoco se la había metido tan fuerte como para que dejaran de funcionarle las piernas, pero le sellé los labios antes de que lo dijera.

Después de la ducha, deshicimos las bolsas y nos vestimos. Aquella cabaña rústica iba sobrada de encanto, pero, si queríamos alimentarnos mientras estábamos allí, tendríamos que ir al pueblo más cercano y comprar algo de comida.

La felicidad poscoital de Krista desapareció de su rostro mientras se enfundaba unos *leggings*. La observé por el rabillo del ojo, como hacía siempre. Me pareció algo distraída cuando se puso una camiseta de tirantes con un buen escote, pero supe que estaba realmente preocupada en el momento de sentarse para calzarse las zapatillas, porque tenía el ceño muy fruncido.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Se enderezó y levantó la vista hacia mí.

—No sé si podré relajarme sabiendo que él anda por ahí.

Solté un suspiro. Mierda, íbamos a tener que hacerlo ya. Por su cara, estaba seguro de que no iba a dejarlo estar; cuando se ponía, podía ser incluso más testaruda que yo. Me habría gustado hacerlo después del fin de semana, disfrutar de un último adiós insensato antes de que todo volviera a torcerse, pero estaba claro que no iba a ser así.

—No anda por ahí —respondí.

Enarcó las cejas.

—¿Qué? ¡Jakob, me prometiste que no ibas a matarlo!

Parecía disgustada, al borde del cabreo, como si lo que le molestara no fuera que yo *pudiera* haber matado a Redding, sino que no la hubiera dejado participar.

«Por favor, Dios, haz que quiera participar», pensé. Si había malinterpretado la situación, y también a ella, huiría de mí despavorida para siempre por lo que estaba a punto de hacer.

—Vamos —dije—. Tengo algo para ti.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿El qué?

Le tendí una mano.

—Tú confía en mí, ¿vale?

Con expresión cautelosa, colocó su mano sobre la mía y dejó que la ayudara a levantarse. Tiré de ella por toda la casa y la saqué por la puerta de atrás. La cabaña no era gran cosa, pero estaba aislada y en aquel momento eso no tenía precio. No le había mentido cuando le dije que ahí no la oirían gritar. Los terrenos que nos rodeaban formaban parte de una servidumbre de conservación y no

había ni un alma en cuarenta kilómetros a la redonda. Era la casita de vacaciones de Mike. Sí, *ese* Mike. El Mike de mi padre. Y toda la mierda con la que él no quería que lo relacionaran solía acabar allí. Y al decir «mierda» me refería a cadáveres.

En la parte de atrás, había un sendero estrecho entre los árboles. Le solté la mano a Krista y la guie por él. El sol se estaba ocultando en el horizonte y proyectaba unas sombras alargadas por el camino, así que me aseguré de ir avisando cuando pisaba una raíz o una roca para que ella no se tropezara. Cuando nos habíamos adentrado varias decenas de metros en el bosque, llegamos a una pequeña choza. Apenas era un cobertizo de paredes finas como el papel que sostenían un techo metálico cubierto de óxido.

Krista se detuvo detrás de mí. Me giré y la vi mirando alrededor, ya con más miedo que cautela.

—No irás a hostiarme, ¿no?

La miré con el ceño fruncido.

—¿Hostiarte? ¿Quién habla así?

Ella sonrió tímidamente.

—No —proseguí—. No voy a hostiarte. ¿Puedes seguir? Quiero acabar con esto de una vez para que sigamos pasándonoslo bien.

Lanzó un suspiro y volvió a ponerse en marcha.

La detuve justo delante de la puerta y le puse las manos sobre los hombros.

—Cierra los ojos, no quiero que arruines la sorpresa.

Ella me clavó la mirada, escudriñando mi rostro, pero al final los cerró.

Empujé la puerta y la conduje adentro.

—Vale, ya puedes abrirlos.

Hizo lo que le dije y soltó un grito ahogado.

Ahí mismo, atado en un rincón, se encontraba Spencer Redding. Estaba sentado en el suelo de tierra, con los brazos detrás y la cabeza ladeada. Parecía como si llevara un par de días recibiendo la paliza de su vida. Así era.

En mi defensa, se lo había ganado a pulso. Quería ir a por mi chica. Se las había arreglado para abusar de muchas otras mujeres. Si aún no me había dado por hacerlo pedazos era porque intentaba mantener la compostura ante Krista.

Atraparlo sin que me pillaran habían sido un infierno. Nick lo había estado vigilando, así que tuve que pedirles a mis colegas más cercanos de los Reyes que crearan alguna maniobra para distraer a los federales mientras yo le echaba el guante. Un rollo tipo *Ocean's Eleven*. A Krista probablemente le habría encantado, pero, como no sabía hasta qué punto estaba Nick al tanto de sus movimientos, en ese momento no me arriesgué a involucrarla.

Se había pasado todo el camino a la cabaña la hostia de confundida. Habíamos cambiado de vehículo varias veces, pasando de mi camioneta a un monovolumen, después a un todoterreno y, por último, a un sedán de tamaño medio. No se calló hasta que le dije que lo hacíamos para despistar al tipo que le había puesto Nick a seguirla. Incluso con los cambios de vehículo, había preferido dar varias vueltas y pedirles a mis colegas y a los matones de mi padre que hicieran más maniobras de despiste y crearan algún atasco a nuestro paso. Hasta que no estuve convencido de que nos habíamos librado de los federales, no completamos el trayecto.

—Ah —solté—, se me olvidaba.

Me saqué un lazo arrugado del bolsillo, le quité el papel del adhesivo y se lo planté a Redding en la cabeza. Él abrió los ojos y me miró con odio. Tampoco podía hacer otra cosa. Era difícil hablar con la mandíbula recién partida y varios dientes de menos.

—Sorpresa —dije.

Krista no respondió. Tan solo se quedó allí de pie, mirando a Redding.

Yo levanté las manos.

—Antes de que te enfades, déjame subrayar que, técnicamente, no te he mentido. Te dije que no era una amenaza para nadie de Kearny y, como puedes ver —añadí señalándolo—, no lo es.

Ella parpadeó un par de veces. Mierda. Parecía que estaba a punto de entrar en shock. Debí de haberla malinterpretado.

«A la mierda —pensé—. De perdidos al río».

Por si mis intenciones no habían quedado suficientemente claras, me saqué la pistola de la parte de atrás de los pantalones y se la entregué a Krista.

Contuve la respiración mientras ella se volvía hacia mí. Había llegado el momento. Ahí era cuando se daba cuenta de que yo era un puto psicópata y volvía corriendo con Nick en busca de protección.

Levantó la mirada hacia mí. No reflejaba miedo, sino calidez. Radiante de felicidad, se puso de puntillas y me dio un beso dulce en la mejilla.

—Ay, Jakob… —comenzó a decir mientras cogía la pistola—. Es el mejor regalo que me han hecho jamás.

Bajó los talones y se puso frente a Redding. Su sonrisa se volvió tan afilada que podría haber cortado algo con ella.

—Hola, Spencer —saludó—. Me alegro mucho de volver a verte.

Agradecimientos

Este libro se gestó de una manera muy diferente. Allá por 2014, escribí unos cuantos capítulos de lo que solo podría describirse como una copia barata de *Hijos de la anarquía* y luego los publiqué en mi página web. Acabaron en mi página de autora de Goodreads y los administradores del sitio se negaron a retirarlos. A pesar de decirles que se trataba de un proyecto abandonado que nunca llegaría a completarse ni a publicarse. A pesar de señalarles que ellos mismos habían eliminado varias obras similares de autores publicados por la vía tradicional con muchos más seguidores que yo.

Por pura mezquindad (Krista se queda corta a mi lado), decidí convertir LrdK en un relato subido de tono. Pero tres capítulos se convirtieron en diez y, tras varios meses escribiéndolo, me enamoré: de Krista, de Jakob, de Kearny y hasta de los Reyes. Ahora creo que esta historia podría ser mi preferida de todo lo que he escrito hasta la fecha.

Así que viva la mezquindad, supongo.

Me resultó muy fácil escribir este libro, en parte, porque, igual que Krista, yo también serví en la Fuerza Aérea de los Estados Unidos —aunque en un puesto más parecido al de Nick que al de ella—. Me alisté por la educación gratuita y para ver mundo, pero pasé todo mi

periodo en activo al sur de Texas, en pueblos muy parecidos a Kearny.

Este libro está dedicado a todos los hombres y mujeres con los que serví.

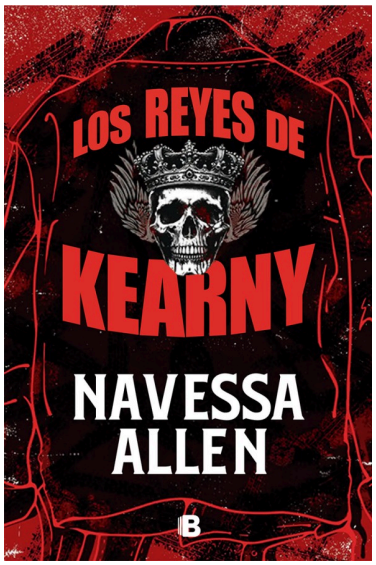
Y a Angela y Sarah, mis fieles lectoras beta, además de mis mejores amigas. Quiero darles las gracias especialmente a mis mecenas de Patreon y a los suscriptores de mi página web que leyeron LrdK por entregas a medida que lo iba escribiendo, sobre todo a Mónica y Pernille, que me brindaron unos magníficos comentarios iniciales.

Por último, muchísimas gracias por leerme. Como compañera bibliófila, sé cuántos libros hay ahí fuera, y aun así has decidido dedicarle tiempo y dinero al mío. Para mí eso lo es todo. Las autoras independientes como yo dependemos de lectores y lectoras como tú. Si has disfrutado mucho con LrdK y quieres ayudar a que se corra la voz, te agradecería que dejaras una reseña en Goodreads o Amazon.

Y, si quieres estar al corriente de mis últimos proyectos y leer los primeros capítulos de mi próximo libro, visita mi página web (en inglés):



Una historia de amor llena de peligro y ambientada en un club de moteros.



«Jakob Larson va a ser mi perdición».

Eso es lo que pienso cada vez que entra con paso firme en mi bar. Los Reyes de Kearny controlan este pequeño pueblo de Texas, y Jakob es su principal ejecutor. El Vikingo, lo llaman. Es el tipo de hombre que hace que mi lado más salvaje despierte. No me importaría ceder a sus deseos solo por una noche.

Desafortunadamente, Jakob tiene otros planes para mí. Me necesita para averiguar quién está rompiendo las reglas de los Reyes y, cada vez que creo haber descubierto lo que está pasando, se revela otra pieza del puzle.

Tengo que decidir hasta dónde estoy dispuesta a llegar, porque si me enamoro de él no volveré a vivir tranquila. Aunque lo cierto es que Jakob me hace pensar que la tranquilidad está sobrevalorada…

Navessa Allen vive en el norte de Nueva Inglaterra, en una granja de doscientos años de antigüedad, con su marido, sus gatos y un surtido de animales.



Título original: *The Kings of Kearny*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2021, Navessa Allen
Derechos de traducción acordados a través de Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Yolanda Casamayor Corderí, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial basado en el diseño original de Daniela Medina
Ilustración de portada: © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8465-1

Compuesto en: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

Índex

Los reyes de Kearny
Nota de la autora
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo. Jakob
Agradecimientos
Sobre este libro

Sobre Navessa Allen
Créditos